

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

198

IRINEO PAZ

ALGUNAS
CAMPAÑAS

2

F1233

P39

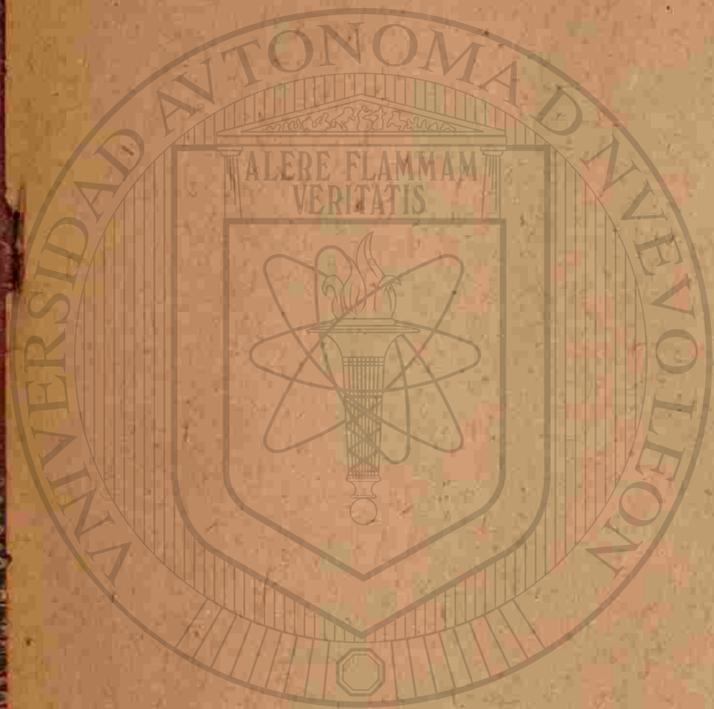
v. 2

1884-85

R. C.



1080012939



ALGUNAS CAMPAÑAS.

SEGUNDA PARTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

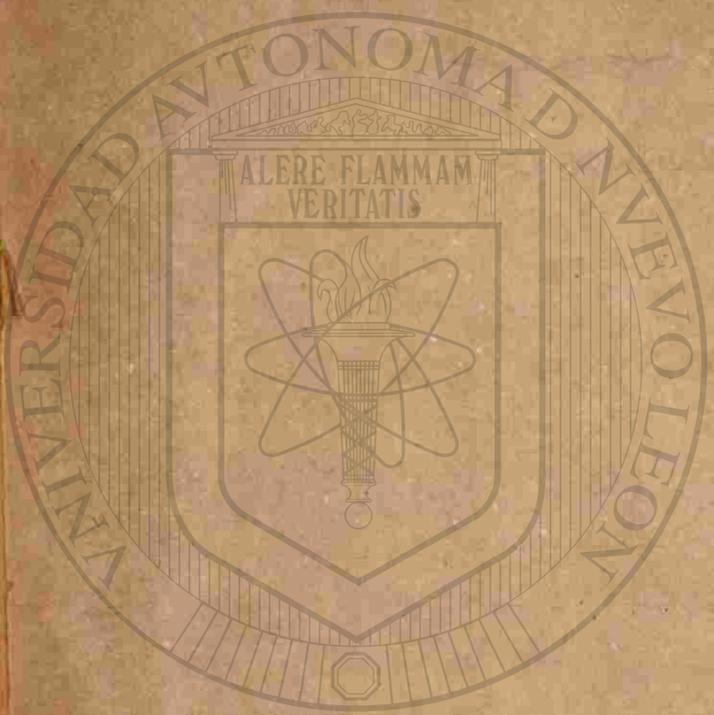
ALGUNAS CAMPAÑAS.

MEMORIAS ESCRITAS

POR

IRENEO PAZ.

SEGUNDA EDICION.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MEXICO.

IMPRENTA DE IRENEO PAZ

SEGUNDA CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUM. 2.

1884.



FONDO HISTORICO
BIBLIOTECA

2318

F-1233



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARREBIAS

155348

CAPÍTULO I.

EL GENERAL RUBÍ.

En el original de mis memorias comienza este capítulo con el siguiente párrafo:

„He llegado á un personaje que necesito pintar con las tintas más claras, independientemente de toda pasión. Antes de hacerlo, declaro que somos enemigos, por más que yo no le guarde ningun rencor por los perjuicios que me hizo y que me hace aún, comprendiendo que él de por sí es incapaz de causar mal á nadie: no lo culpo de mis actuales padecimientos (me encontraba, cuando esto escribía, encerrado en una prision) así es que al hablar de él voy á hacerlo con entera imparcialidad. Lo mismo he hecho y procuro seguir haciendo con las personas que figuran en el presente libro. Como respecto de Rubí puedo ser algo sospechoso, he creído más necesaria esta explicación.“

Pasado el tiempo, tuve el gusto de recibirlo en mi casa y sentarlo á mi mesa, olvidando todas las peripecias que pasaron entre nosotros. Ahora con más razon tengo que modificar algunos juicios, modificaciones que he repetido al registrar todos mis apuntes, pues que al escribir en aquella época sufría inmensamente, me ahogaba el encono, me quemaba la sangre ardiente de la juventud, y todas las heridas de mi corazón iban á producir una revuelta en el cerebro, haciéndome consignar mis recuerdos con el sabor de la amargura mezclada con el resentimiento. Ahora ya no es este libro un desahogo contra los que me oprimieron y befaron, sino el relato verídico de algunos acontecimientos, que puede contribuir á la formacion de la historia: por eso expongo la verdad de lo que pasó, clara y netamente, sin desviarme de ese camino en una sola línea.

Lo siguiente pertenece tambien al original de mis memorias:

„Antes de seguir adelante, voy á dar una idea de quien es Rubí, mientras le retratan los sucesos.

„Don Domingo Rubí es un hombre como de 45 años: es bajo de cuerpo, ancho de espaldas y cojo de una pierna. Su cabeza es una bola perfecta con escaso pelo. Su color es amarillento y manchado, sus ojos grises y encapotados por unos párpados llenos de carnosidad, su frente abultada tiene la propension á hincharse más cuando él se irrita, su boca es grande, sus labios extremadamente gruesos, sus dientes negros á fuerza de estar mal cuidados y de una enfermedad que padece en las encías, el bigote es espeso, formado

de pelos gruesos y ásperos y su voz es tambien demasiado brusca.

Antes de ser general fué *tanatero* de una mina en Pánuco, hijo de padres pobres, pero honrados. Su fuerza extraordinaria, su valor personal y su instinto favorable á los principios liberales, le conquistaron un lugar preferente entre sus compañeros de armas, y pudo ser oficial casi desde el principio de su carrera.

El general Don Plácido Vega supo encontrar en él algunas buenas dotes, tales como la honradez, el cumplimiento del deber, la exactitud en el servicio y la sangre fria para combatir, favoreciéndole de seguida con todos los ascensos hasta convertirlo en coronel. Esto pasó en la guerra de tres años, en la cual tuvo entre otras campañas gloriosas la del Espinal, en que fué uno de los principales héroes de la derrota que sufrió el español reaccionario general Cajen, no obstante que contaba éste con todas las superioridades para salir vencedor. La de la independencian nacional le valió el título de general de brigada, sin obtener nuevos ascensos, y no porque no peleara todos los dias con denuedo casi salvaje, sino porque se vió bien que era mucho ya tener esa categoria para sus limitadísimos alcances.

En cambio de todas esas buenas cualidades, Rubí tiene grandes defectos. Uno de ellos, y acaso el principal es su ignorancia, pues no sabe leer ni escribir, y con trabajo puede firmar. La costumbre de poner su firma usando de las mayúsculas D y R correspondientes á su nombre y apellido, le hacen plantarlas

en cualquier cosa que escribe. Por ejemplo, la palabra *verdad*, la escribirá toda su vida de esta manera: *beRDaD*.

A consecuencia de ser ignorante es crédulo y desconfiado. Crédulo con los que le adulan y le hacen chismes, desconfiado con las personas que no le hablan un idioma como el suyo, aunque sea para darle buenos consejos. Generalmente, á pesar de tener buen fondo, es más susceptible de dejarse guiar al mal que al bien, como sucede con los hombres que no han tenido educación ni principios de moralidad, ni han podido formarse un espíritu recto.

El general Rubí tiene la convicción de que no es más que un instrumento del General Corona, de que como subalterno no tiene más papel que el de la obediencia, de que no puede tener voluntad propia, y está de tal modo imbuido en esto, que mejor se abstiene de obrar cuando le cabe alguna duda, y dice francamente:

—Yo no hago eso, porque puede enojarse el tío.

A este sujeto, que ligeramente he estereotipado, fué á quien me mandó Corona que le sirviera de secretario. ¿Qué efectos podía producir semejante amalgama? Los que se producen siempre que hay mezcla de elementos heterogéneos: una monstruosidad. Por eso ningún hombre de buen sentido pudo servir mucho tiempo de secretario al Sr. Rubí, quien por esa misma causa cambió en dos años unos diez ó doce. Yo fuí el único héroe que me mantuve en el potro de los tormentos durante seis meses, nueve días, veinte horas y veintisiete minutos.

Yo quise mucho á Rubí, y despues me he acabado de convencer de que tiene un corazón de oro; pero siempre abrigo la creencia de que uno de los más grandes pecados de Corona, cometido contra un Estado tan inteligente y patriota como Sinaloa, fué haberle impuesto en aquellas circunstancias un gobernador como Rubí. Ignoro si los sinaloenses le guardan algún rencor por haberles hecho tan terrible ofensa, despues de que le ayudaron con su sangre y con su dinero á darle un lugar distinguido en la historia de la patria.

Y no se dirá que Rubí no era ya bastante conocido, pues que algunos meses ántes, desempeñando el cargo de gobernador en campaña, durante la guerra de intervención, y á consecuencia de haber sido despojado el gran Antonio Rosales de aquella investidura, se dió un baile en la Lonja de la ciudad de Culiacan, al cual concurren las más aristocráticas familias. Sabido es que en Culiacan se conservan muchas tradiciones y muchas costumbres que recuerdan el tiempo colonial. Rubí en esa noche, como en otras muchas, tuvo la debilidad de embriagarse, y entónces no sólo pronunció brándis disparatados, sino que arrastró por el suelo su decoro de gobernante, cometiendo faltas á las señoras. Entónces las familias quisieron retirarse, pero el gobernador poniéndose de pié en el centro de la sala, dijo con voz de trueno:

—*Naiden* sale de aquí hasta que rebuzne un burro en la plaza.

Era entónces su secretario D. Fortino España, quien corrió á hacer esfuerzos á su lado para ponerlo

en órden, manifestándole que algunas señoritas tenían necesidad de salir.

Entónces llamó al oficial de la guardia, y le dió la siguiente órden que pudo oír toda la concurrencia:

—Sólo dejará Vd. salir á las señoritas que vayan á correr *cualquier* lucha ó *deligencia*, acompañadas del cabo cuarto.

Ninguna quiso ya salir."

En el original de las memorias se refieren algunas otras anécdotas, que aunque de todo punto verídicas, no reproduzco ahora por no tener ya oportunidad. En aquel tiempo se trataba de demostrar con ellas al país en general y en particular al gobierno de Juarez lo inconveniente que era para un Estado de la confederación mexicana tener un gobernante como el Sr. Rubí. El coronel Granados, también hijo de Sinaloa, dijo al Presidente y á sus ministros en el Palacio Nacional, que sentía no estuviera aquel hombre delante de ellos en aquel momento, para que dijeran con toda franqueza si era posible que se le aceptara como gobernador.

Esas y otras muchas historias, que corrian de boca en boca, y otras de que yo fui testigo, las tengo allí relatadas fielmente, y las hubiera publicado entónces como arma de partido. Hoy sería imperdonable que lo hiciera: el hielo de los años por sí mismo ha venido apagando poco á poco la hoguera de los rencores políticos que hervía en mi corazón, y de rencores políticos solamente que, convertidos en cenizas, arrastran con facilidad las brisas del tiempo.

Durante dos meses no tuve más tropiezo en mi empleo de secretario, del gobierno de Sinaloa, que la dificultad con que el gobernador entendía los negocios, hasta llegar á acostumbrarse á que todo lo hiciera yo, sin más trabajo de su parte que poner firmas en los papeles. Tampoco podía ocuparse de otra cosa. Ya cuando me tuvo más confianza, me abandonaba por varios días el gobierno, y se dedicaba á las convivialidades, que es como se llaman ahora las comilonas y borracheras.

En ese periodo habían permanecido encubiertas para mí las pretensiones de Don Francisco Sepúlveda hácia los actos administrativos, hasta que empezó á susurrarse que iba á ser expedida la convocatoria. Entónces abandonó completamente la Aduana Marítima, para convertirse casi en la sombra de Rubí.

No tenía yo la suficiente malicia para comprender lo que aquello significaba; me molestaba la presencia de aquel hombre, me molestaba más aún que fuera á mezclarse en los asuntos del gobierno, y me conformaba con rechazar sus pretensiones cuando me parecían absurdas.

En la extensa correspondencia que mantenía con los distritos, seguramente se recomendaba como el hombre de las influencias, porque le mandaban todos los negocios, y llegó á convertirse en el intermediario general, llenándose de impaciencia cuando encontraba en mí un obstáculo inocente para sus planes.

Nunca hizo cólera más grande que una vez en que sorprendiendo á Rubí, le hizo firmar un documento

de pago por valor de catorce mil pesos que estaba ya firmado quince días ántes. Recordé el negocio por el nombre del buque que habia traido las armas de que se trataba. Muchos miles de pesos se pagaron entónces por la Aduana de Mazatlan, valor de facturas de armamento y pertrechos de guerra, que jamás llegaron á verse en el suelo mexicano. Ya entónces comenzaba á querer abrirse paso el cinismo y la inmoralidad. Sepúlveda viéndose cogido en un acto de marcada mala fé, fué á la Aduana y volvió diciendo que se le habia extraviado el documento, que realmente habia sido firmado hacia quince días, y que ahora pretendia un duplicado para cubrirse.

Tomaba vivo empeño en que se pagara á las personas más ricas y más influentes, de toda preferencia, lo que se les debia con motivo de las exacciones que produjo la guerra extranjera, manifestando que así quedaba aquella puerta abierta para otra oportunidad. Nosotros caíamos en el lazo, sin comprender que por todos lados estaba procurándose un buen número de simpatías y un buen número de negocios lucrativos. Mataba dos pájaros con la misma piedra.

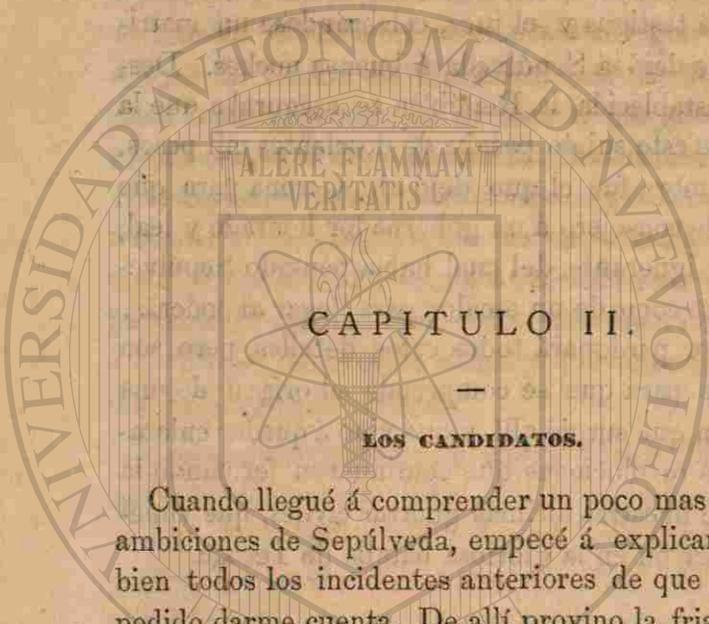
Cuando se habian amortizado... 300,000 pesos, llegó la orden suspendiendo los pagos, que tocó sólo á los pobres de los ranchos. Entónces Sepúlveda, para despedirse de las facultades extraordinarias que habiamos tenido, se pagó con largueza los sueldos de la campaña, una pension decretada para su familia, etc., etc. La fortuna de Sepúlveda consistia ántes en unas tierras ubicadas en Tepic, que vendió para comprar

una mujer-oso para exhibirla en Estados Unidos; pero en New York, el yankee que le sirvió de intérprete enamoró á la prenda, y en la primera exhibicion entraron los testigos y el juez, celebrándose un matrimonio que dejó á Sepúlveda á buenas noches. Después de establecida la República se aseguraba que la fortuna de este sujeto pasaba de doscientos mil pesos.

Tal hombre fué el que dejó allí Corona para que sirviera de consejero á un gobernador honrado y leal, pero muy ignorante, del cual habia pensado Sepúlveda servirse como de un escalon para llegar al poder...

El lector perdonará todos estos detalles, pero son necesarios para que se comprenda el origen de una revolucion que surgió allí, y que vino á quedar enlazada con las revoluciones que continuaron formando la cadena de nuestras últimas guerras civiles, que vinieron á tener fin en la gloriosa batalla de Tecoac.

capítulo III. Los candidatos.



CAPITULO III.

LOS CANDIDATOS.

Cuando llegué á comprender un poco mas tarde las ambiciones de Sepúlveda, empecé á explicarme tambien todos los incidentes anteriores de que no habia podido darme cuenta. De allí provino la frialdad con que recibió mi arribo á Mazatlan comprendiendo que iba á servirle de estorbo; de allí nació la gran ojeriza que me tuvo siempre y que siempre estuviera azuzando á Rubí contra el pobre secretario de gobierno, que de veras, no procuraba otra cosa que dar lleno á sus obligaciones de buena voluntad.

Sepúlveda queria ser gobernador del Estado y que nosotros fuéramos sus instrumentos sin sentirlo. Cuando ví muy claro esto y que los esfuerzos de aquel hombre se habian dirigido todos contra mí, escribí á Corona diciéndole que no me convenia continuar de secretario del gobierno de Sinaloa en lucha con un ene-

migo mas fuerte que yo, apoyado tal vez por él, por Rubí y por todos los que mas valian.

Trascurrió el tiempo sin recibir contestacion y continué en mi puesto, no luchando porque era imposible, pero sí sobrellevando con dificultad los golpes que á cada momento me asestaban Sepúlveda y Azcárate.

Voy á agregar dos palabras respecto del secretario particular de Rubí. D. Francisco Azcárate, que pasado el tiempo llegó á ser casi un buen amigo mio, tenia en Mazatlan dos pasiones favoritas: el vino y el juego. No le conocí aspiraciones personales, pero era un mal consejero. Las medidas mas arbitrarias, el rigor en el castigo con los traidores y el ningun respeto á la ley, eran los consejos de Azcárate.

Siempre estaba de buen humor refiriendo á Rubí cuentecitos picantes que le hacian desternillarse de risa. Eran los momentos mas felices del gobernador: cuando estaba oyendo platicar á Azcárate, no hacia caso de ningun negocio por importante que fuera. A esto se reducian del mismo modo las pretensiones de Azcárate. A mi me empezó á hacer la guerra unido á Sepúlveda, no porque quisiera mucho á este, sino por celos de la influencia que yo adquiria diariamente sobre Rubí, el cual como era natural no solo respetaba mis opiniones sino que en materias legales me veia como á un oráculo.

Repetia á Rubí con frecuencia estas palabras:

—Ha sido una inconsecuencia de Corona mandar-nos á este licenciado del interior como si no tuviéramos aquí hombres bastante ilustrados.....

Se movia la fibra que habia entonces en Sinaloa mas delicada, que era la del provincialismo.

Rubí me contó una vez que se habian reunido en su cuarto los dos hombres que me hacian la guerra: Azcárate y Sepúlveda. Alguno de los dos comenzó por censurarme algo y los dos se entendieron luego para seguir despedazando dia y noche mi pobre y humildísima personalidad. Por fin llegó la hora en que lograron hacer á Rubí que firmara una carta dirigida á Corona, en la cual á falta de acusaciones fundadas le decian que no desempeñaba mis labores con actividad y que me juntaba con malos amigos, es decir, con aquellos que no les eran simpáticos.

La contestacion á esa carta pasó, como todas, por mis manos.

—¡Como! dije á Rubí, Vd. ha escrito al general Corona diciéndole que soy flojo y que me reuno á malas compañías?

—Yo?..... ¡ah! si.... le escribí algo de eso.

—Pero le ha dicho Vd. que yo no trabajo?

—Es decir....

—Es decir, qué?

—Que no hace Vd. mas....

—¿Acaso no está el despacho ordinario de los negocios en corriente? ¿acaso no le he presentado á firmar un sin número de decretos? ¿Acaso no se ha regularizado en unos cuantos meses la marcha de la administracion?... ¿acaso no he ordenado yo lo que me encontré aquí en el mas espantoso desórden?

—Todo eso es muy verdad.

—Entonces.....

Entonces Rubí me dijo que esa misma era su opinion y que yo era muy libre para juntarme con quien quisiera, que así les habia argüido á Sepúlveda y á Azcárate cuando le habian presentado aquella carta para firmarla, pero que ellos le habian hecho entender que era lo conveniente y que obraban de acuerdo con Corona, quien exigia que siempre se me tuviera sobre el trabajo.

Las demas cartas indicaban que aquella era una nueva mentira de Rubí. En una carta particular me reprendia Corona invitándome á sincerarme de los cargos, y á los demas les decia que entrara Sepúlveda de secretario de gobierno una vez que no estaban contentos conmigo.

Aquello fué una luz para mí: estendí el nombramiento á Sepúlveda, pero este no lo quiso aceptar porque se veia precisado á abandonar la Aduana Marítima. Lo que queria era encontrar una manera de poder reunir los dos cargos.

Insistí con Rubí en separarme; pero me rogó vivamente que continuara allí si me satisfacian sus reiteradas explicaciones. Se habia resistido á firmar aquella malhadada carta y, si cedió, fué por no poderse negar mas. Por tal de que continuara en mi puesto iba á hacer que Azcárate rectificara los hechos ante el general Corona por medio de otra carta que no firmaria ni enviaria sin enseñármela. Así lo hizo y consentí en todo lo que queria.

Se anunció en esos momentos que iba á espedirse la convocatoria para elecciones generales.

D. Francisco Sepúlveda nos comunicó que le habia sido concedida una licencia con goce de sueldo por dos meses para ir á recibir algunas instrucciones del gobierno general. Antes de partir hizo á Rubí que autorizara el gasto de la cantidad que iba á costar aquel viaje en comision del servicio. El gobernador tenia aun facultades extraordinarias para disponer de los productos de la Aduana, conforme lo habia establecido desde que fué jefe de aquel Estado D. Plácido Vega.

Se comprendió que Sepúlveda iba á trabajar por su propia cuenta, aunque él afirmaba que solo iba á ponerse de acuerdo con Corona en los asuntos electorales, creyendo que habia llegado la oportunidad de postularle para Presidente. Si otro hubiera sido el jefe del partido coronista, mucho se habria adelantado en aquella ocasion.

En el Estado empezó tambien á agitarse, la cuestion electoral y dividida la sociedad en pequeños círculos, se designaban varios candidatos.

Entónces tuvimos una conferencia D. Domingo Rubí y yo en que mediaron poco más ó ménos estas explicaciones:

—¿Vd. quiere continuar siendo gobernador? le pregunté.

—No, me contestó: soy incapaz, lo reconozco así, para desempeñar este puesto debidamente y deseo dejarlo en bien del Estado de que soy hijo, á otra persona mas ilustrada.

—¿Me habla Vd. con toda sinceridad?

—Si; ya no quiero ser gobernador... lo fuí por obedecer á Corona.

—Yo quiero que me hable Vd. con toda franqueza, insistí, porque de no contraer compromiso con Vd. á quien debo consideraciones, deseo mi mas completa independencia para dar mi voto á la persona que mas me agrade.

—Es la verdad, me repitió, no tengo deseos de seguir aquí de gobernador, porque carezco de capacidad, y no siempre he de tener á mi lado personas de mi confianza que me aconsejen. Además: tengo una mina en Pánuco que hoy está abandonada y necesito atenderla. Con los productos de esa mina y con mi sueldo de general, tengo lo suficiente para vivir con mucho desahogo.

Esto me dió á entender, por lo ménos, usando del lenguaje que le era familiar.

—Está bien, le dije, estrechándole una mano en señal de completo acuerdo entre ambos, queda convenido en que no hay ningun compromiso electoral entre nosotros.

Una segunda explicacion muy semejante á esta tuvimos en mi casa el dia 3 de Julio de 1867.

A los pocos dias D. Francisco Azcárate estuvo á verme en mi propia casa para tratar asuntos electorales.

—¿En quién ha pensado Vd. para gobernador? me preguntó.

—En nadie, le contesté, y era la verdad, pues to-

davia no se me revelaba ningun hombre que yo considerara capaz de hacer feliz al Estado de Sinaloa, de cuyos destinos era yo en aquellos momentos un tanto cuanto responsable.

Me propuso algunas personas con ánimo de sondearme, y le contesté que no me agradaban. Cuando estaba esperando que yo mismo me propusiera para rebatirme con los argumentos del provincialismo quizás, dije á Azcárate y á Rubí reunidos:

—Yo desearia que el pueblo tuviera amplia libertad para votar: nosotros formaremos con el carácter de particulares una convencion liberal, se discutirá y votará el candidato, defenderemos sus cualidades en la prensa y el poder se abstendrá de circular consignas.

Se manifestaron ambos satisfechos, pero despues me dijo Azcárate en lo particular:

—Si Vd. y yo nos ponemos de acuerdo, sacamos al Gobernador que mas convenga á nuestros intereses.

—Como Vd. comprende, le contesté, yo no tengo más interés que corresponder con lealtad á la confianza de Corona mientras sea gobernador Rubi. Despues de eso no hay más intereses para mí que el bien del Estado que me ha declarado ciudadano suyo y que me reputa por hijo adoptivo.

—Bien: todo eso conseguiremos colocando en el poder á un manequí nuestro.

Era yo entonces un inocente en política, como acaso lo sigo siendo todavía, y contesté con enfado al Sr. Azcárate:

—Suplico á Vd. no me vuelva á hablar de ese asunto.

Si yo hubiera tenido el pensamiento de luchar no me hubiera entregado así al antagonismo de un hombre que tenia carácter propio para la intriga, y elementos para reducirme á polvo en unas cuantas semanas.

Siguió buscando sectarios de sus miras entre el comercio y empleados de más categoría, pero como sus candidatos eran completamente despreciables, en todas partes recibia calabazas. Entónces concibió la idea más diabólica, que fué la que vino á trastornarlo todo luego, y despues la paz del Estado.

Se le encaró á Rubí, y le dijo con audacia:

—¿Para qué hemos de andar dando palos de ciego? ¿quién más que Vd. tiene títulos para aspirar al gobierno? Vd. es hijo del Estado, vd. ha prestado eminentes servicios en la guerra de Reforma y en la de la segunda independencia, vd. es conocido y popular en el Estado, Vd. tiene ya práctica de mandar, y en fin, teniendo á su lado buenos consejeros, gobernará tan bien constitucionalmente como ha gobernado con las facultades extraordinarias.

Rubí era á lo que le tenia más miedo: á una responsabilidad luego que se entrara en el orden constitucional.

Esto me lo refirió el mismo Gobernador en una conversacion que tuvimos pocos dias despues.

Entre tanto, yo, que no tenia motivos para trabajar en la sombra, fundé, ayudado de mis amigos un periódico que se intituló: *La Palanca de Occidente*.

La Palanca establecía reglas generales para encontrar y apoyar un candidato, quedando exceptuado D. Francisco Sepúlveda para el caso de que un club que se había formado con ese objeto, lo postulara.

Poco antes no se podía encontrar una persona digna de ocupar el puesto de Gobernador del Estado, y apenas transcurridos unos cuantos días, se habían establecido cinco periódicos independientes y seis ó siete clubs, circulando los nombres de diez ó doce candidatos.

Vino á aumentar la efervescencia electoral una nueva circunstancia con que no contábamos: casi como una avalancha de prestigio y de honor, como una corriente impetuosa de valor y de patriotismo, apareció en el suelo sinaloense toda aquella pléyade de jóvenes generales y coroneles que regresaban de la campaña despues de la tragedia de Querétaro, y del establecimiento del Gobierno en la Capital. Casi juntos llegaron á Mazatlán Toledo, Granados, Adolfo Palacios, Salmon, etc., etc. El general Angel Martínez había sido nombrado jefe de las fuerzas federales de aquella zona.

Al lado del estrépito que los oficiales del gran Ejército de Occidente traían, todos nuestros clubs y periódicos parecían juegos de muchachos.

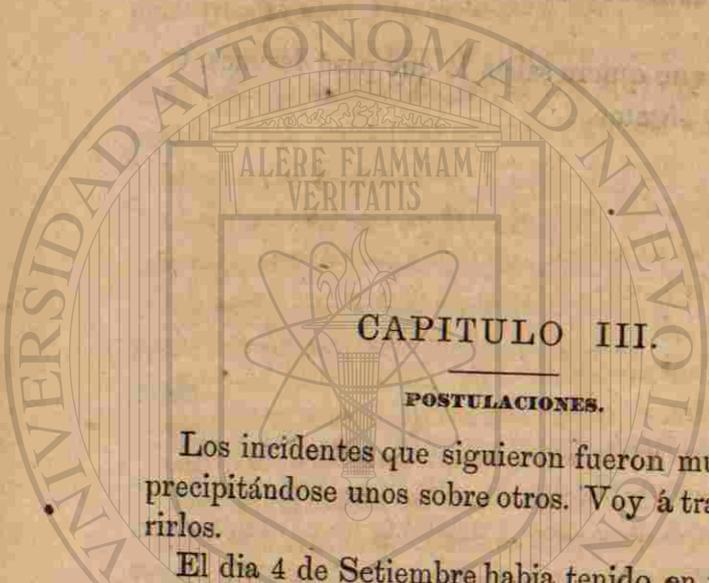
Una palabra pronunciaron que nos aturdió á todos:

—¡Traicion! dijeron, se traiciona á los principios li-

berales y necesitamos salvar las instituciones. Nuestro candidato es Angel Martínez.

—¡Es el candidato de los patriotas! respondió *La Palanca*.

El lector que quiera saber lo que pasó despues, tome su cruz y sígame.



Los incidentes que siguieron fueron muy variados, precipitándose unos sobre otros. Voy á tratar de referirlos.

El día 4 de Setiembre habia tenido en mi casa un convite de pocas personas, aunque de las más distinguidas de la población, con el objeto de solemnizar el cumpleaños de mi querida esposa: esta circunstancia me hizo faltar toda la tarde de la Secretaría, no sin dejar, como lo tenia de costumbre, instrucciones muy claras á mis subalternos para el despacho de la correspondencia oficial, que estaba toda, como es de suponerse, enteramente á mi cargo conforme á las funciones que desempeñaba.

Durante mi ausencia llamó Azcárate á todos los escribientes de la secretaría y se encerró con ellos en una pieza: me lo avisaron luego, pero no creí conveniente fijar en ello la atención.

Cuando comenzaba á oscurecer pedí permiso á mis amigos de dejarlos por una media hora y me fuí á la casa de Gobierno para ver si estaba lista la correspondencia que tenia que depositarse en el correo. Se mandaba en una caja que tenia únicamente dos llaves, una en aquella oficina y otra en mi poder. Los sellos estaban á mi cargo en las piezas que ocupaba con mi despacho. Estos y aquellas los habia encomendado por aquella vez al oficial que debia hacer mis veces. Cuando llegué estaba cerrada la caja y en poder del ordenanza que debia llevarla á la oficina postal: pedí la llave para ver sin duda si las piezas estaban completas y me encontré un exceso de cartas marcadas todas con mi sello de secretario, serian 50 ó 60. Las recogí en el acto, y sin sospechar de dónde podia provenir el abuso, comencé á abrirlas: unas estaban firmadas por Azcárate y otras por el Gobernador. Viendo el contenido de una, se comprendia el de todas que estaban calcadas en el mismo asunto: era una especie de circular á las personas de más influencia, en que se les decia que trabajaran por Rubí para Gobernador y por Fulano de tal para vice-gobernador: Fulano de tal era la persona más notable ó más apreciada en cada Distrito. Se hacian promesas, alagos y hasta amenazas á las personas á quienes se escribia, segun su posicion ó valer.

Yo me quedé confuso, sin saber qué pensar de todo aquello. Nunca habia visto, ni me lo habia imaginado hasta entónces que se pudiera trabajar de ese modo en las elecciones.

Yo era un inocente y aquello me parecía horrible, monstruoso.

Repito que hay necesidad de referir estos pequeños detalles, aunque no tengan interés alguno para el lector, porque de allí nacieron, de allí tomaron su origen las revoluciones que siguieron estallando después en la República.

Primero evoqué toda la claridad que fuera necesaria para mi inteligencia, la cual podía estar ofuscada por una comida succulenta rociada con los magníficos vinos que solamente se conocen en los puertos de mar, que había saboreado hacia dos horas, y encontré que podía darme perfecta cuenta de todo; en seguida sentí que me subían al rostro los oleages de la más exasperante indignación, después recobré la calma y con ella vino el razonamiento.

—¿Cómo es, me preguntaba, que se mezcle en la correspondencia oficial un asunto meramente particular ó por lo ménos que ataca la libertad de los individuos? ¿Cómo es que Rubí, que por más ignorante que sea no carece de sentido comun, se ha dejado imponer por Azcárate hasta el grado de firmar cartas en que á sí mismo se postula para el primer puesto del Estado, de una manera indigna, ó mas bien que eso, ridícula y caricaturesca? ¿Es posible que el amor propio, la ambicion política, ó yo no sé qué pretensiones, puedan poner una venda tan espesa en los ojos de ciertos hombres? ¿Por qué no me preguntó este santo señor, como me lo pregunta todo, si era conveniente dar semejante paso? ¿Por qué se han escondido de mí para hacer estas maniobras?

Y lleno de cólera, ó quizás celoso porque no me habian impuesto de aquella intriga, hice pedazos todas las cartas que no estaban suscritas por el Gobernador, que era el único en definitiva que podía dar á su correspondencia privada un sitio, aunque siempre indebidamente, entre la oficial.

Azcárate, que me acechaba, observó lo que habia yo hecho, y fué corriendo á comunicárselo á D. Domingo Rubí. Este, prevenido en mi contra por los informes más diabólicos, se vino á las piezas que me servian de despacho particular, en donde me encontraba trabajando y me expuso sus quejas, conociéndose por la seriedad cómica que ponía, lo mismo que por el acento, que su ánimo no estaba tranquilo. Alcé la cabeza, le exanimé durante medio segundo, y comprendiendo de lo que se trataba, le contesté:

—Sí, y he hecho muy bien en detener todas esas cartas que le ha hecho firmar Azcárate, porque me considero en el deber de evitar que vd. se deshonre.

—Hum? me preguntó á guisa de gruñido.

—Una persona que profesa principios liberales, sobre todo hallándose en el poder, no debe recomendarse á sí misma para un cargo que el pueblo tiene libertad de conferir al que considere más digno. Si hubiera varios candidatos y cada uno diera su programa de gobierno, estaba bien que en este formaran sus apologías; pero el escribir cartas privadas como esas, es muy peligroso, porque más tarde ó más temprano servirán para venir á sacar á vd. los colores á la cara. No se necesita sacrificar tanto la dignidad, y

hasta la honradez, á cambio de algunos votos que ni siquiera están asegurados.

—Ese es asunto nuestro....

—En el cual ustedes piensan que hago mal en mezclarme. En efecto, debería ser así, siempre que no fuera el responsable del uso que se haga de esos sellos para marcar la correspondencia oficial, y los cuales están á mi cargo. Mañana será otra cosa muy distinta, mañana ya podrá Azcárate introducir sus cartas, recomendando á los particulares é imponiendo á las autoridades la candidatura que guste..... hoy no, porque yo estoy aquí para no dejarme burlar de nadie. Y como de hoy en adelante sería un verdadero estorbo para ustedes, presento mi renuncia en el acto.

Cogí un pedazo de papel cualquiera, é hice mi dimision con muy pocas palabras.

—¿Qué dirá de esto el general Corona? me preguntó Rubí cogiéndome el papel de las manos con aire indeciso.

—No dirá nada, porque Sepúlveda le habrá informado á estas horas de que soy aquí un hombre inconveniente.

Despues de esta escena tuvimos una conversacion de despedida enteramente amistosa. Rubí me confesó que estaba la razon de mi parte, pero me significó que ya se encontraba comprometido y que se le habian avivado mucho los deseos de ser Gobernador. Se puso encarnado por la vergüenza cuando me dijo esto, y más cuando agregó que Azcárate era el autor

de todo y le estrechaba á emplear el poder para hacer triunfar su candidatura.

—Ahora, si vd. está de acuerdo en esto, me dijo, bien puede seguir aquí de secretario.

—Gracias, le respondí. Es cierto que hasta ahora no tengo candidato, y que tal vez vd. hubiera sido el postulado por el periódico que escriben mis amigos en caso de conservarse ageno á la lucha; pero ahora ya es imposible desde que vd. me confiesa que el poder va á tomar en las elecciones una parte decidida: ahora, ni vd. puede ser mi candidato, ni la *Palanca* servirá para otra cosa que para atacar los actos del gobierno si este sigue la marcha que vd. me anuncia.

Al despedirme me dió las gracias por tanto como habia trabajado para dar prestigio á su administracion, reconociendo que me habia conducido como verdadero amigo suyo y con toda la buena fé que se pudiera conceder al mejor hijo del Estado. Estaba en su conciencia, aunque no tuviera palabras para expresarse, que al llegar yo se hallaba su gobierno como en una cloaca, despreciado de muchos y aborrecido de los demás, y que al dejarlo se encontraba ya considerado y respetable, principalmente por el acatamiento que todos nos habiamos acostumbrado á rendir á la ley y la moralidad.

A la vez que esto sucedía, una media docena de zánganos, de esos que nunca faltan en las pobaeiones de cierta importancia, ganados por Azcárate, lanzaban vociferaciones contra mí en el seno de un club que se acababa de establecer, festejando mi salida de

la Secretaría de Gobierno que la consideraban como el fruto de sus trabajos. Los que mas gritaban, como sucede siempre, eran los que mas favores me debian.

Libre de toda traba oficial pude consagrar mis esfuerzos periodísticos en favor de la ilustracion del pueblo sinaloense, al cual por primera vez se le explicaba lo que podia significar en un pais republicano el acto grandioso de depositar el voto libre en las urnas electorales.

Los partidarios de D. Angel Martínez emplearon la táctica mas delicada para llevarme á su lado con el círculo de mis amigos. Deliberamos éstos y yo, y convenimos en que si bien el general Martínez no era un hombre instruido, ni reunia otras dotes que se buscan siempre en un gobernante, tenia mas buen sentido propio que Rubí, mejores maneras, y un círculo de personas escogidas, compuesto de comerciantes de crédito, abogados entendidos y militares valientes.

Era la candidatura más simpática, y á ella nos adherimos los que buscábamos un campeón para defender las libertades públicas y las instituciones amenazadas. Acababa de expedirse la convocatoria general, y un grito unánime de indignacion habia respondido contra las disposiciones anticonstitucionales que introdujo en ellas el ministro Don Sebastian Lerdo de Tejada. Daba el voto activo y pasivo á los clérigos, y establecia el veto en favor del gobierno contra la representacion nacional, unadiendo á esos otros ultrajes al sentimiento público, que se recibieron como los más claros síntomas de un amago de dictadura.

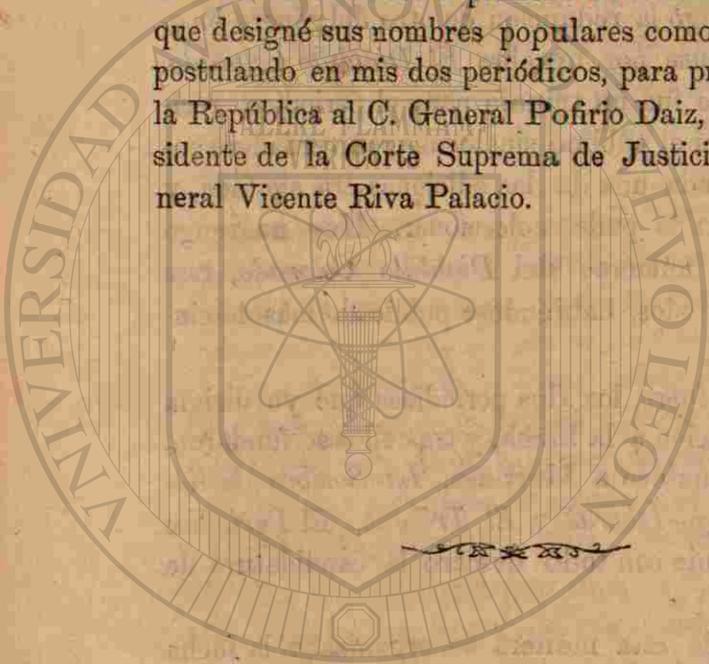
Toda la prensa liberal tomó á su cargo combatir esas ideas, que venian á esterelizar los sacrificios de la revolucion.

Consideré que un periódico bisemanal era poco, y tomé á mi cago la redaccion de otro del género jocoso, al cual puse por nombre *El Diablillo Colorado*. Su solo título fué un triunfo para el periódico, recibíendosele por el público sinaloense con verdadero entusiasmo. Cada una de las ediciones era agotada, y yo mismo no lo pude coleccionar. Hoy no tengo sino algunos números del *Diablillo Colorado*, tres ó cuatro por todos, habiéndose publicado más de cincuenta.

Sea como fuere, los dos periódicos que yo dirigia dieron animacion á la lucha, y tras ellos se fundaron, postulando tambien á Martinez, *La Sombra de Rosales*, *El Ciego Liberal* y *El Tribuno*. El *Periódico Oficial* sostenia con todo descaro la candidatura de Rubí.

Miéntras de esta manera se organizaba la lucha electoral en los Estados, preocupándose tanto con los intereses locales que poco se ocupaban del general, D. Benito Juarez y Lerdo de Tejada se estaban aprovechando de tal circunstancia para asegurarse en el poder. La convocatoria sin embargo, les habia levantado buena polvareda, y sus figuras empezaban á ofuscarse ante las de los nuevos héroes llenos de una aureola gloriosa, que habian aparecido en escena. Entre ellos, desde léjos adiviné á dos que me parecieron los que reunian mejores condiciones

para servir lealmente á la patria. Sus nombres me hacian estremecer de alegría, y el relato de sus hechos y nobles hazañas hacian desbordar mi entusiasmo. Yo fuí entonces el primero en toda la República, que designé sus nombres populares como candidatos, postulando en mis dos periódicos, para presidente de la República al C. General Porfirio Daiz, y para presidente de la Corte Suprema de Justicia al C. General Vicente Riva Palacio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO IV.

PREPARATIVOS ELECTORALES.

Se hizo en Sinaloa para asegurar el resultado del voto público lo que despues se ha vuelto una costumbre general y que entonces nos llamó muchísimo la atención: removieron á todas las autoridades que consideraron indecisas, poniendo en su lugar á los amigos y paisanos de Rubi, de quienes no era posible, en cuanto á adhesion, abrigar desconfianza alguna: entre éstos muchos habia que no conocian la O por lo redondo. Los agentes electorales empezaron á recorrer los distritos yendo entre ellos el mismo gefe de Hacienda, empleado federal, D. Atanasio Aragon.

Nosotros, para contener aquel desbordamiento de intrigas, no teniamos á nuestra disposicion mas que una media docena de periódicos y el buen sentido de los pueblos que se habian declarado en favor de nuestro candidato. ¡Bien poco por cierto tratando de luchar con un poder organizado!

Nos ayudaba mucho también el nombre del general Angel Martínez que acababa de distinguirse con gloria en la guerra de intervención y el prestigio que le iba añadido como jefe de la fuerza federal.

Con asombro de aquellos buenos habitantes de Sinaloa, que nunca habían presenciado mayores escándalos, denunciábamos día á día en los periódicos los abusos incalificables del gobierno, sacándolo con frecuencia á la vergüenza pública por su falta de pudor en la manera de hacerse prosélitos. Las facultades extraordinarias estaban á la orden del día, y en las oficinas de Hacienda quedó establecida la trata de los votos. Aquel que presentaba mejores planes y perspectivas, recibía más dinero y más lucrativos empleos. En pocos días hubo una subversión de cosas tal, que ya no se conocía al Estado de Sinaloa. ¡Infelices de los que cometían la indiscreción de manifestarse desafectos á Rubí! Solo tenían que esperar la cárcel y las mayores vejaciones. Los que vivíamos en el puerto de Mazatlán escapábamos de todo y aun disfrutábamos de alguna libertad, gracias al respeto que infundían las tropas que estaban al mando del general Angel Martínez.

Sin embargo de tantas ventajas como tenía á su disposición el poder, nosotros no nos desalentamos y seguimos trabajando con un ardor febril. Nuestras principales armas en el estado á que habían llegado las cosas, era el ridículo que empleábamos contra Rubí con maravilloso éxito. Hasta sus mismos partidarios reían á carcajadas con las anécdotas que se referían de aquel candidato y su camarilla, en el *Diablillo Colorado*.

En esta efervescencia se encontraba la lucha, sin que fuesen raros los encuentros personales en que se llegó á derramar sangre, aunque las más veces de las narices, cuando se anunció una mañana que el vapor *Colon* estaba á la vista y que á bordo de él se encontraba el conocido personaje que respondía al nombre de Francisco Sepúlveda. Esto produjo alguna sensación en los círculos. Unos vieron en él un aliado, otros una nueva entidad y hasta un competidor, y nosotros un instrumento de Corona, encargado de ponernos á todos en más dificultades.

Segun dije en otro lugar, Sepúlveda no había llevado más misión cerca de Juárez y de Corona que trabajar por su candidatura para Gobernador del Estado de Sinaloa, que era entonces su ambición suprema, y en efecto, llegó cargado con una balija de cartas, órdenes, nombramientos en blanco, despachos sin llenar, recomendaciones, etc., etc. Todo estaba firmado por el general Corona que era gran influencia en los Estados de Occidente, á fin de que los trabajos de Sepúlveda no fracasaran. Este desembarcó en el puerto con todo el aire de un conquistador: quería contestar á su protector con las palabras de César: *llegué, vi y vencí*.

¡Era demasiado tarde! Rubí hubiera sido capaz de pronunciarse contra el mismo Corona por tal de seguir en un puesto á que Azcárate había conseguido que le profesara decidida pasión, lo cual no impidió que su favorito se pusiera á temblar luego que vió el cargamento de recomendaciones que traía Sepúlveda. Aque-

llo no tenía más remedio que la obediencia ó la rebelion, y mientras resolvian á lo que debieran decidirse, dieron largas de uno ó dos dias al asunto.

Entónces el *Diablillo Colorado* tuvo tiempo de dar á Sepúlveda el golpe de gracia. Una letrilla, una simple letrilla que referia las costumbres de un pueblo en Semana Santa, bastó para destruir completamente aquella impopular candidatura, al grado que ni veinte Coronas hubieran conseguido ya que el pueblo de Sinaloa diera un voto á D. Francisco Sepúlveda.

Siento no tener, por las razones que explicaré despues, la coleccion del *Diablillo Colorado*, y ménos el número en que apareció la letrilla, del que se agotaron tres ediciones, aunque sí recuerdo que mató por entónces, y creo que para siempre á Sepúlveda, en la carrera de la política que pretendia adoptar, apoderándose de un gobierno que ya creía en sus manos y cuya posesion habia acariciado en sus sueños de más de doce meses.

Por varios dias estuvo metido en el último rincón de su casa, de la cual no era dueño de salir sin que viera á los mismos cargadores y boteros riéndose de él en sus barbas, ó cantándole la cuarteta con que terminaba la picante letrilla, y desde su escondite mandó decir á Rubí que contara con él en la lucha y que desde luego podia disponer de sus elementos.

—Se viene de este lado, dijo Azcárate, para emplearnos como instrumentos de su venganza, porque con nosotros está su interés; pero es bueno su ofrecimiento para no indisponernos con Corona: vámoslo aceptando.

Y lo aceptaron, por más que no les llevara por de pronto mas que un gran contingente de ridículo.

Entónces Sepúlveda convirtió sus recomendaciones en favor de Rubí, endozándose las como si fueran libranzas á la orden del portador.

Resultó, pues, que los cinco mil pesos tomados de los fondos de la Aduana para que Sepúlveda hiciera el viaje con el fin de conseguir recomendaciones para hacerse gobernador, fueron gastados en provecho de aquel de quien ménos se esperaba que quisiera sacar las uñas. ¡Cuántas veces salen ciertos los refranes como aquel que dice: *nadie sabe para quien trabaja!*

Sepúlveda siempre me habia visto con ojeriza, siempre me habia hostilizado, siempre me consideraba, yo creo, como principal obstáculo para realizar sus ambiciones, y por eso hizo los mayores esfuerzos para separarme no sólo del gobierno, sino del Estado de Sinaloa; pero desde la aventura que acabo de referir, fué mi más acérrimo enemigo, mi enemigo mortal. En su correspondencia que cayó más tarde en mis manos, pude convencerme del extremo á que llegó á odiarme por la clase de recomendaciones que hacia respecto de mí á sus amigos.

No tardaron en romperse tambien las hostilidades entre los dos favoritos de Rubí, los cuales se ponian en los corrillos, en el club y en sus periódicos como chupa de dómine. Cada uno queria que Rubí le diera el triunfo exclusivamente, para no tener que dividir con nadie el botín que se esperaban despues de la victoria.

Entonces el descaro llegó á su colmo: las oficinas públicas se convirtieron en talleres electorales. Se hacían los mayores sacrificios y los negocios más descabellados para que no llegara á faltar el dinero, ese precioso móvil de las acciones humanas, repartiéndose en seguida á manos llenas. Rubí es esencialmente avaro, pero se trataba de ganar á todo trance las elecciones, el amor propio estaba empeñado, sobre todo, el dinero que se despilfarraba no era suyo, sino de las arcas nacionales, y no tuvo empacho en permitir los mayores derroches.

Casi no hubo ciudadano del Estado que no recibiera una carta, una promesa, una amenaza ó algo de dinero, para concurrir á la grangería electoral. Casi no hubo un empleado, desde la más alta categoría hasta el mozo de oficios, á quien no le fuera encomendada alguna misión para dentro ó fuera de las cabeceras de Distritos. Todos cuantos recursos pueden encontrarse en cabeza humana, se pusieron en juego en aquella lucha lo mismo que el elemento oficial, que era el que más afanoso se mostraba para alcanzar el buen éxito. ¡Hasta se mandaron cantar rogativas en las iglesias.

Hubo un momento en que á pesar de todos sus ardidés y de sus buenos elementos llegaron á concebir temores de perder la partida. Entonces acudieron á sobornar al mismo general Martínez y á sus más eficaces y temibles partidarios, haciéndoles ofrecimientos absurdos. Por ejemplo, al general D. Ángel Martínez le aseguraban una cantidad de cincuenta mil pesos y el mando de las armas del Estado, á los otros

se les ofrecían puestos en la Legislatura y en las rentas: solo á mí no me ofrecían nada, y ántes bien en todos los proyectos de transacciones entraba la condición primera de que yo tenía que salir desterrado. En la vez que se propuso esto como un medio seguro de llegar á la conciliación, Martínez les contestó con una dignidad que les hizo mudar de color:

—Ustedes me proponen una infamia: yo no apoyaré con los elementos militares del gobierno general mi candidatura, porque me tendría aquel por desleal si quiere el triunfo de otra; pero jamás daré apoyo al atentado que ustedes me proponen contra un hombre que esgrime sus armas en la prensa y del modo que las leyes tienen permitido.

Luego que no surtieron efecto los brillantes ofrecimientos hechos á los principales jefes de nuestro partido, que eran el general Toledo y los coroneles Palacio y Granados, procuraron sembrar la zizaña entre nosotros. Este recurso llegó tarde, porque los cuatro amigos que formábamos el núcleo martinista, nos conocíamos bien y marchábamos tan unidos como si fuera una sola persona.

Se les ocurrió todavía otro medio no menos maligno para contrariar nuestros trabajos: se apoderaron de la administración de correos y detuvieron la circulación de nuestra correspondencia. Lo supimos pronto por fortuna y entonces establecimos correos extraordinarios por nuestra cuenta que recorrieran el Estado en todos sentidos. Algunos de éstos fueron atrapados y recogidas nuestras cartas é impresos. —

El día designado para la elección se aproximaba, y los que se reputaban nuestros enemigos políticos en el puerto de Mazatlán empezaron á redoblar sus esfuerzos, mandando gente armada á los puntos en que no creían tener segura la elección. Las instrucciones que llevaban, según fueron publicadas después algunas que vinieron á nuestras manos, eran las siguientes: el jefe ó comisionado sacaría una música por las calles y proclamaría el nombre de Rubí: si los gritos no eran secundados, procuraría á todo trance ganar las mesas y en seguida repartiría todas las boletas ya cubiertos los huecos: en caso de encontrar resistencia, se emplearían el dinero ó las amenazas, y sino surtían efecto el uno ni las otras, se apelaría á la violencia en los términos en que fuera necesaria: en todo caso se romperían las cédulas que contuviesen el nombre de Martínez y se recibirían sólo las que se mandaban con el de Rubí. Algunos no entendieron bien las instrucciones y echaron los paquetes enteros que resultaron todavía cerrados al hacerse la computación.

Nosotros esperábamos tal día con alguna zozobra; con alguna remota esperanza solamente en el entusiasmo popular que tal vez lograría sobreponerse á los manejos del poder, una vez que el pueblo viera que se estaba pisoteando el más noble, el más caro, el más fundamental de sus derechos políticos, que era la libertad del voto.

—¿Triunfarémos? nos preguntábamos unos á otros.

—Es probable, decían algunos.

—¡Es imposible! exclamábamos los que sabíamos

que el poder contaba con el dinero y las bayonetas, que son en esos casos elementos irresistibles.

¿Qué podría hacer el pueblo inerme cuando no se le dejaba más que la desesperación de la impotencia?

Suplico de nuevo al lector perdona estas explicaciones y detalles, pero los considero como la base de los acontecimientos que después se desarrollaron y por eso me extiendo en ellos.

Vamos ahora á ver, después de conocidos todos estos preparativos, cómo se hizo aquella ridícula votación.

CAPÍTULO 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

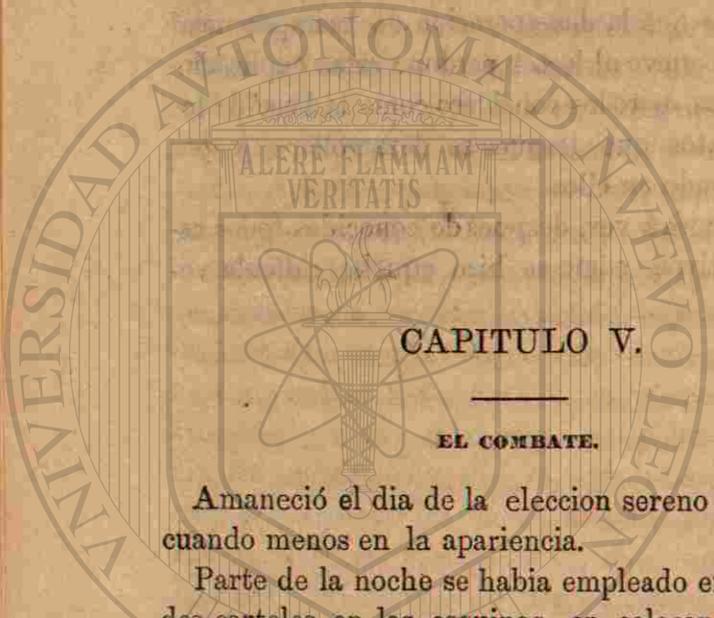
De trecho en trecho se veían grupos de 200 y 300 ciudadanos de ambos partidos, cerca de los lugares en que se habían de instalar las mesas, esperando que sonara la hora en que debía darse principio á la lucha. Ni un insulto, ni una mirada amenazadora, ni siquiera una sonrisa de desden, aparecía en los hombres que formaban los grupos martinistas, contando con el triunfo que estaban seguros de obtener.

Los partidarios de Rubí, que eran todos empleados en la administración, ó vecinos de Pánuco y Concordia, arrancaban nuestros cartelones, mandaban quitar las banderas en que estaba el nombre de Martínez, y pagaron á un ciego que fuera gritando por las calles «¡El pueblo quiere para gobernador al general Domingo Rubí!» Estos gritos eran recibidos por la multitud con sendas carcajadas.

Al dar las nueve se instalaron las cuatro mesas de los cuatro cuarteles: todas fueron ganadas sin mucho trababajo, por el inmenso partido de Angel Martínez.

Y esta era la cuenta que nos hacíamos: «Si en Mazatlan donde tiene su asiento el gobierno y mas bien organizados sus elementos, donde nadie quiere indisponerse con el poder establecido, donde se hizo votar hasta tres veces á la guardia nacional de Pánuco, han ganado los martinistas, ¿qué esperanzas pueden abrigar los de Rubí en el resto del Estado?»

En la noche estuvieron llegando noticias de que el gobierno había perdido las elecciones en las demás poblaciones del Distrito, lo mismo que en otros puntos mas cercanos á Mazatlan.



CAPITULO V.

EL COMBATE.

Amaneció el día de la elección sereno y tranquilo, cuando menos en la apariencia.

Parte de la noche se había empleado en fijar grandes carteles en las esquinas, en colocar banderas y cintas en los balcones y las azoteas, y pasear seguidas de músicas enormes farolas que contenían en gruesos caracteres estos dos nombres: «General Angel Martínez.» «Coronel Adolfo Palacio.» El primero era postulado para gobernador: el segundo para vice-gobernador. Con la primera luz empezaron también á ascender hermosos globos aerostáticos formados con los colores nacionales, que á cierta altura dejaban desprender una lluvia de papeles de colores conteniendo los nombres de nuestros candidatos.

Fué el lujo que nos permitimos los que nos apellidábamos allí el partido independiente.

Entonces ya no tuvieron paciencia los que rodeaban á Rubí, y reuniéndose los principales, determinaron armar un motin y pasar á cuchillo á todos los desafectos. El coronel D. Francisco Miranda, capitán de puerto, fué el que hizo tan descabellada proposición.

La especie circuló y la ciudad se puso en alarma. Algunos que dieron por hecha la asonada del gobierno, escribieron á Colima los pormenores, aprovechando la salida de un vapor, y al poco tiempo vimos consignada la noticia de nuestra muerte en algunos periódicos.

Lo único que hicieron los rubistas, fué reunirse en grupos, y recorrer las calles, lanzando ¡muera! contra algunos de nosotros. Mi nombre era el que mas se repetía.

Azcárate no dejó de llegarse á mi casa con uno de los grupos que mas vociferaban: por fortuna habia yo salido antes, y pude evitarme un sério disgusto personal. Al día siguiente me dió la satisfacción mas cumplida.

El resultado de las elecciones en los demas Distritos, fué segun nos lo esperábamos: en todas partes se llevaron á efecto los mas desastrosos abusos. Las pistolas, los fusiles, el dinero, el mandato de la autoridad y en último caso la chicana, hicieron contrapeso á la gran popularidad de que habiamos logrado rodear la candidatura de Martinez.

Hubo lugares como San Ignacio, en que contándose con quinientos votantes, resultaron mil votos á

favor de Rubí, y cuatrocientos al de otros candidatos. En otras poblaciones de cien habitantes, se recogieron ochocientas boletas con el nombre de Rubí.

Segun la ley electoral del Estado, publicada en el periódico oficial pocos dias antes, los expedientes de la elección debian pasar á los Ayuntamientos; éstos entregarlos á las Prefecturas, las que tenian que remitirlos al Gobierno, para que éste á su vez los pusiera en poder de la Legislatura. De suerte que aquellos podian todavia recibir enmiendas y reformas al pasar por las manos de los mismos interesados, y así sucedió en efecto: Azcárate, que era poco escrupuloso, arregló las cosas de manera que Rubí apareciera con algunos votos mas que Martinez, para que acabara por creerse que la lucha habia sido muy reñida.

—Me parece que se estrella la candidatura de Martinez, nos decia en cierto dia uno de los gefes que acababa de llegar de la capital, enviado por Corona con nuevas instrucciones.

—Se estrellaria la de un santo, le contestó uno de los nuestros.

Un tercero agregó:

—Y se seguirá estrellando siempre que el poder tome una parte tan tenaz en las elecciones.

—Esto destruye la libertad.

—Esto desprestigia las instituciones.

—Esto desmoraliza al pais.

—Si siguen este ejemplo los demas gobernantes, podemos decir que la República es una farsa.

Y seguimos filosofando sobre aquello, que en los principios, esto es, cuando todavía no se entraba de lleno al progreso, nos parecía una monstruosidad.

Como fué tan público lo que llevo referido, y todo se hizo constar con pruebas en los periódicos, empezamos á creer que la eleccion se declararia nula: bastantes motivos habia en que fundar esa resolucion; pero era que apenas habiamos visto el prólogo de la comedia: nos faltaba presenciar verdaderos escándalos y verdaderos rasgos de cinismo, junto á los cuales todo lo anterior habia sido una sencilla broma jugada por los hombres del poder.

El partido popular en Mazatlan como en los Distritos, se ocupó con ahinco de conseguir votos para su candidato, sin que le preocuparan los diputados que en el mismo acto debian elegirse. Este detalle no lo descuidó el gobierno, y antes bien le consagró toda su atencion, designando á sus mas acérrimos partidarios para que formaran la legislatura; de éstos pudo hacer salir, segun referian ellos mismos, cuatro por lo menos.

—¡Entónces nosotros podemos tener la mayoría! exclamamos alborozados los martinistas. Todavía podemos luchar con éxito.

- Algunos meses ántes se habia recibido un decreto del gobierno general previniendo que ninguna capital de Estado estuviera situada en puerto de mar, seguramente para que los poderes locales estuvieran separados de las influencias mercantiles y evitarse conflictos con empleados federales, y que en consecuencia

se trasladaran aquellos al punto que designaran por capital, si de antemano no estaba señalado alguno.

Este decreto produjo altercados en la prensa, que vinieron á indicar al partido martinista un nuevo punto de apoyo para alcanzar el triunfo. Era necesario acatar el mandato de la Union, y que el Congreso comenzara por instalarse en Culiacán, con lo cual se acataba á la vez un precepto constitucional del Estado. De esta manera, alejábamos á los diputados de las influencias del gobierno.

El diputado de Culiacán, lo mismo que los del Norte, electos en los distritos de Sinoloa, el Fuerte y Mocorito, estaban con nosotros. Contábamos tambien con el de Mazatlan.....Teniamos, pues, mayoría. ¡El triunfo se habia declarado por nosotros!

Violentamente nos encaminamos para Culiacan Adolfo Palacios y yo, llevando con nosotros al diputado por Mazatlan, Manuel Castellanos, lo mismo que al suplente por el distrito de Concordia, Francisco Cortés. Podiamos instalar el Congreso con una mayoría de seis diputados contra tres que quedaban al enemigo, y con los cuales no podia dar este un solo paso.

En la misma noche en que llegamos á Culiacan, á donde nos habia precedido nuestro querido amigo Jorge Granados, tuvimos una conferencia con los diputados, y no se pudo resolver nada, porque los ánimos estaban en excitacion. Ciertas resistencias que nos ofrecian y que nosotros creiamos infundadas, nos

empezaron á hacer creer que cerca de ellos andaba la mano del enemigo.

Al día siguiente nos reunimos en casa del Sr. Urrea: estuvieron presentes á la conferencia los Sres. Don Pomposo Verdugo y D. Manuel Castellanos. Los negocios se trataron con más calma, á cuyo efecto, eliminamos de la discusión á Granados y á Palacios, que tenían la sangre muy caliente.

Los diputados con toda lealtad y franqueza me manifestaron que casi estaban comprometidos con Rubí para instalar el congreso en Mazatlan.

—No arguyo á Vdes., les dije, con la ley en la mano invocando preceptos que no tienen poder para eludir y que en cualquier tiempo darian pretexto para alegar de nulidad contra sus actos, sino simplemente les presento de bulto un peligro que no desconoce la conciencia: vdes. no tendrán libertad para sus deliberaciones en Mazatlan, vdes. van á ser compelidos, y si no obedecen ciegamente, serán tropellados.

—¡Oh no! contestaron echándose á reír, aquí están las cartas de Rubí en que nos ofrece todo género de garantías.

—¿Y vdes. creen en tales promesas?

—¡Oh! bien se cuidará el Sr. Rubí de tocarnos un pelo.

—Vdes. están aquí en mayoría, les dije haciendo un último esfuerzo, y pueden desde luego instalarse, ejerciendo libremente sus funciones legislativas, sin necesidad de ir á exponer su independencia en Mazatlan.

—Nosotros seremos independientes en dónde quiera, me dijo uno de ellos con énfasis.

El otro agregó:

—El gobierno ni con halagos ni con amenazas nos hará variar de opinion. Tenemos decidido que sea el gobernador Angel Martinez y lo será.

—Es que vdes. no saben como está aquello ahora, insistí haciendo un esfuerzo desesperado: el gobierno está en la pendiente del crimen y no se detendrá en consideracion alguna. Yo podria jurar que si vdes. se le oponen en lo mas mínimo, van á ser ultrajados...

—¡Imposible!

—Rubí no se atreverá á nada contra nosotros.

—¡Ya le pesaria!

Despues de otro rato de discusion inútil, venimos á convenir en los siguientes puntos:

1.º Los seis diputados presentes se comprometan, bajo su palabra de honor, de volverse á Culiacan, tan luego como hubieran cubierto la formalidad de instalar el Congreso en el puerto de Mazatlan.

2.º En caso de que por circunstancias imprevistas no les fuera posible volver, se abstendrian de dar paso á la computacion, sin darnos aviso y sin decirnos cuáles eran las causas que los detenian.

3.º En caso de que el Ejecutivo no les diera toda clase de garantías, ó pretendiera en modo alguno cohibir su libertad, disolverian el Congreso, para reunirse otra vez, cuando se pudiera, en Culiacan.

En esa misma tarde partieron todos para Mazatlan, quedándonos Palacio, Granados y yo en Culiacan, esperando el desastroso resultado que ya preveíamos.

¿A dónde habría ido á dar la moralidad y la decencia, cuando en el mismo *Periódico Oficial* del gobierno se nos llenaba de injurias, especialmente á mí, por aquel nuestro viaje á Culiacan?..... Pues este resultó casi inútil, porque los señores diputados tuvieron á bien faltar á su palabra, instalando la legislatura en Mazatlan; y no fué esto solo, sino que dejándose apremiar por el Ejecutivo, procedieron á hacer la computacion de los votos emitidos para gobernador y vice-gobernador del Estado.

Vamos á llegar al desenlace de toda esa comedia.

CAPITULO VI.

UN ARDID DE GUERRA.

Era prefecto político y comandante militar de Culiacan un paisano y amigo de Rubí llamado el coronel D. Martin Ibarra: valiente, ignorante, simplon y de muy buen fondo.

Recibió orden de su gefe para ejercer sobre nosotros gran vigilancia y rodeó la casa en que viviamos de centinelas: esto nos hizo abrir los ojos y estar alerta, tanto mas, cuanto que esta medida venia coincidiendo con la aparicion de un periódico en Mazatlan llamado el *Duende* escrito por un tal Amado Santa Maria, en el cual se nos hacian amenazas de muerte. En tre las cosas mas dulces que se decian contra mí era que se consideraba como un hecho indispensable que yo desapareciera del catálogo de los vivientes para que volviera á reinar la tranquilidad en Sinaloa.

Diariamente los hombres de nuestro círculo nos

En esa misma tarde partieron todos para Mazatlan, quedándonos Palacio, Granados y yo en Culiacan, esperando el desastroso resultado que ya preveíamos.

¿A dónde habría ido á dar la moralidad y la decencia, cuando en el mismo *Periódico Oficial* del gobierno se nos llenaba de injurias, especialmente á mí, por aquel nuestro viaje á Culiacan?..... Pues este resultó casi inútil, porque los señores diputados tuvieron á bien faltar á su palabra, instalando la legislatura en Mazatlan; y no fué esto solo, sino que dejándose apremiar por el Ejecutivo, procedieron á hacer la computacion de los votos emitidos para gobernador y vice-gobernador del Estado.

Vamos á llegar al desenlace de toda esa comedia.

CAPITULO VI.

UN ARDID DE GUERRA.

Era prefecto político y comandante militar de Culiacan un paisano y amigo de Rubí llamado el coronel D. Martin Ibarra: valiente, ignorante, simplon y de muy buen fondo.

Recibió orden de su gefe para ejercer sobre nosotros gran vigilancia y rodeó la casa en que viviamos de centinelas: esto nos hizo abrir los ojos y estar alerta, tanto mas, cuanto que esta medida venia coincidiendo con la aparicion de un periódico en Mazatlan llamado el *Duende* escrito por un tal Amado Santa Maria, en el cual se nos hacian amenazas de muerte. En tre las cosas mas dulces que se decian contra mí era que se consideraba como un hecho indispensable que yo desapareciera del catálogo de los vivientes para que volviera á reinar la tranquilidad en Sinaloa.

Diariamente los hombres de nuestro círculo nos

comunicaban los sucesos que se estaban desarrollando en Mazatlan: á última hora se habian introducido algunos paquetes de boletas de las que el gobierno habia mandado imprimir para su uso particular. La gefatura de hacienda presentó una cuenta de cinco mil pesos gastada en impresiones electorales del Ejecutivo.

La comision escrutadora habia comenzado con toda formalidad los trabajos de la computacion. Martínez y Rubí eran los candidatos que reunian mayor número de votos: la diferencia que iba á resultar en favor del uno ó del otro tenia que ser insignificante, pero no se podia establecer esa base para hacer la declaracion, puesto que los licenciados Buena y Monzon tambien habian sacado algunos votos, habiendo venido tan solo á destruir la mayoría absoluta, que bien expulgada la cosa, habia obtenido Martínez.

Eso resultó al cabo: ninguno de los competidores obtuvo la mayoría absoluta de sufragios que previene la constitucion del Estado. A la legislatura correspondia entónces nombrar al que debia ser gobernador entre los que hubieran obtenido mas votos, esto es, entre Rubí y Martínez.

Esto puso en suspenso á los dos partidos mas fuertes, llenando de sorpresa á los que no obstante el poco escrúpulo con que emplearan los elementos oficiales, no habian podido alcanzar el éxito completo que juraran á todo trance obtener.

Entónces no quedaba que hacer otra cosa sino esperar la última decision de la legislatura para acatarla:

en esto estuvo conforme el sentimiento público y nadie pensaba en promover el menor disturbio, á pesar de la gran efervescencia que habia reinado en los partidos.

El gobierno por su parte tomó la precaucion de mandar armas y pertrechos de guerra á Pánuco, en cuyo punto estaba funcionando tambien una maestranza; pero no se puede hacer el cargo al general Rubí de que estuviera resuelto á oponerse con la fuerza á que el general Martínez fuera el gobernador, y más bien creo que era un ardid para que el comercio, temeroso de una revuelta, le prestara su proteccion.

El congreso del Estado pronunció una resolucion que cogió á todos de nuevo por lo inesperada. Decía en estos términos poco más ó ménos lo que habia tenido á bien decidir en sesion secreta:

"Quedan eliminados de la primera magistratura del Estado de Sinaloa, por no haber obtenido mayoría absoluta de votos, los CC. generales Domingo Rubí y Angel Martínez. Es nombrado gobernador del mismo el C. Lic. Manuel Monzon."

Esto produjo una de las explosiones mas espantosas. Los gobiernistas fueron inmediatamente con Martínez á proponerle la fusion de los dos partidos contra aquella entidad. Martínez, que guardó siempre la actitud mas digna, les contestó:

—Mi círculo político es el de mis amigos particulares en el Estado que me postulan para gobernador: yo no tengo interés alguno en llegar á ese puesto

é ignoro lo que hay que hacerse y lo que se ha hecho. Vean vdes. á mis amigos si gustan.

Las personas que encabezaban el partido de Martínez en Mazatlan no tuvieron embarazo en aceptar la liga que se les ofrecía. Siempre estuvieron dispuestos á marchar en armonía con el poder á condicion únicamente de que éste respetara la libertad del sufragio, y sus resultados, cualesquiera que fuesen.

Las miras rubiistas quedaron demostradas luego. Querian contar, si no con el apoyo, con la tolerancia al ménos del partido más fuerte, en presencia de los escándalos que iba á poner en ejecucion.

Desde luego mandó rodear el lugar de sesiones del Congreso con soldados, los cuales se encontraban á las órdenes de jefes brutales, empeñados en dirigir á punto determinado el tono de las deliberaciones. A los diputados que no querian concurrir á las sesiones, se les mandaba llevar entre filas, y á los que pretendian salirse se les obligaba á volver á la fuerza.

La órden transmitida á cada diputado sobre el primer punto que tenia que resolverse, era la revocacion del decreto en que se declaraba gobernador al Lic. Monzon.

Para dar á aquella escena de terror mayores proporciones, grupos de gente armada recorrian las calles vociferando contra el congreso: tambien decian á gritos aquellos salvajes que estaban encargados de dar muerte á los diputados al salir del Congreso, si elegian para gobernador á otro que no fuera Rubí. Aquellos vagabundos llegaban á cualquier tienda, y pedian vi-

no, que no se les negaba porque era á cuenta del gobierno.

El presidente de la legislatura dió una proclama, ofreciendo que pronto se ocuparia la cámara de aquella cuestion que tan excitadas tenia á las masas populares, en un sentido propio para calmar los ánimos. El motin, lejos de aplacarse, tomó creces con este ofrecimiento, pues se pudo palpar la debilidad de los legisladores, se vió claro que se componia aquel congreso de espíritus apocados y se les exigió, sin mas miramientos, que sobre la marcha se reunieran y destruyeran su obra, dando un voto de censura al decreto que habian aprobado.

Aquellos pobres representantes del pueblo, fueron husmeados y arrancados de las casas en que estaban ocultos, despues de varios dias de haber estado discutiendo sin resultado, y se les obligó á recomenzar las deliberaciones con la espada de Damocles. . . . mas bien dicho, con el machete del caribe, suspendido sobre ellos. O se apresuraban á nulificar su declaracion, ó morian. Los diputados, despues de pesar ambos extremos, y viéndose rodeados de armas empuñadas por hombres que no los veian con semblantes cariñosos, se decidieron por el primero. . . . No valia la pena dejarse matar por tan poca cosa, y declararon que era nula su primera declaracion.

Embebidos nos encontrábamos con las noticias que nos llegaban de Mazatlan, esperando de un momento á otro la última decision del congreso, los que formábamos el partido de la liga en Culiacan, cuando

un día, un correo extraordinario, de intento ó por equivocacion, entregó los pliegos de que era portador, á nuestro amigo el coronel Granados, cuyos pliegos eran del gobierno para el jefe político, coronel D. Martin Ibarra.

Granados estuvo vacilando un momento sobre lo que debía hacer, pues ya no podia considerar á aquellos como enemigos una vez celebrada la liga; pero llevado de una súbita inspiracion, abrió el sobre y se encontró con una carta escrita del puño de Rubí, con sus correspondientes disparates. Ordenaba en ella al prefecto de Culiacan, que con todas las precauciones debidas se apoderara de mí y del coronel Adolfo Palacio, y nos remitiera bien amarrados codo con codo, al mineral de Pánuco, en donde se nos pondria á buen recaudo segun las instrucciones que estaban ya comunicadas.

Aquello era una sentencia de muerte.

Para dictar medida semejante, no tenia el mas mínimo pretexto, y antes bien era una traicion á los compromisos de la liga, que en tales momentos tenia todo su vigor, al punto de haber suspendido nosotros en Culiacan nuestras publicaciones. Para excusar el paso, decia en la carta, que era una providencia precautoria para evitar que conspirásemos contra el órden público. Era por cierto en lo que menos pensábamos, no solo porque carecíamos de toda clase de elementos en Culiacan, sino porque teníamos fé en el triunfo, que no dejarían escapar nuestros amigos, solo con brindar garantías á los diputados, contra los atropellos de que estaban siendo víctimas.

Granados me llamó aparte para enseñarme los pliegos, sin que lo observara Palacio, temiendo una imprudencia de su carácter. Las noticias que venian por separado de la órden de prision, nos eran del todo contrarias: la mayoría de los diputados estaba comprometida ya con Rubí.

—Es preciso inventar hoy mismo un recurso que nos salve: mañana puede venir la órden repetida por el correo ordinario.

—Y vds. no han cometido delito alguno para dejarse arrestar sin mas ni mas, agregó Granados con nobleza, ni yo lo consentiré.

El teniente coronel Ballesteros, que habia sido encargado de poner en lugar seguro el correo, vigilado por otro oficial de nuestros amigos, entró en mi cuarto diciendo:

—Refiere el correo que varios grupos de pueblo, al salir él de Mazatlan, gritaban en las calles: ¡Viva Martinez!

—Esa noticia en estos momentos seria nuestra salvacion, dije yo, porque Martin Ibarra no se atreveria á tocarnos.

—¿Y si sale electo Rubí? preguntó Ballesteros.

—Tendremos que ocultarnos sabe Dios donde. Sus consejeros nos odian.

Granados, que se habia quedado meditando, exclamó de súbito:

—¿Vamos inventando esa noticia?

—¡Hum! dije yo, ¿quién ha de creernos?

Granados expuso su plan, que consistia sencillamen-

te en poner el vestido de cuero del correo á un mozo que teníamos de confianza, el cual llegaría todo empolvado al oscurecer por el Campo Santo á carrera tendida, preguntando por nosotros á los transeuntes, y gritando á voz en cuello al pasar por las tiendas, que nos traía la noticia del triunfo de Martínez.

Deslumbrados por tal proyecto, nos decidimos por él, y comenzamos desde luego á ponerlo en ejecución.

Escribimos cartas y oficios imitando perfectamente la letra del general Toledo, del Lic. Andrade y de algunos otros de nuestros amigos, recortando los sellos oficiales de otros pliegos para pegarlos en los nuestros con sumo cuidado. Hecho el paquete lo entregamos á nuestro mozo, que era bastante entendido, con las debidas instrucciones.

El golpe teatral debía ser en una tienda, la más concurrida de los platicones, á donde teníamos por costumbre hacer alto de vuelta de nuestras excursiones á caballo todas las tardes.

A Palacio nada le comunicamos por temor de que fuera á desaprobar el sólo medio de salvacion que teníamos por el momento, pues que lo único que pretendíamos era engañar á la autoridad por aquella noche, para ver si lográbamos escaparnos al día siguiente.

A cosa de las cinco de la tarde invitamos al coronel Palacio á montar á caballo; accedió gustoso, y anduvimos recorriendo los suburbios de la poblacion, entretenidos en conversar de cosas las más frívolas é

indiferentes. Para nada dejamos escapar ni la más leve frase que se refiriera al asunto de la comedia que teníamos preparada.

Al oscurecer pasamos como casualmente por la tienda que habíamos designado para teatro de nuestras operaciones: allí estaban reunidas todas las personas que deseábamos. Palacio tuvo repugnancia de llegar, y se separó de nosotros.

—Es mejor, dije á Granados al oído.

—Es verdad: él no tiene papel activo en el sainete.

Granados y yo entramos á la tienda: invitamos á los presentes á tomar con nosotros una copita de *Bermouth*: aceptaron con gusto, y empezaron á *platicarla*. No se hablaba allí más que de elecciones, que era lo que nosotros queríamos, para que los ánimos estuvieran preparados. Algunos por alhagarnos ó porque así lo sentían, ayudaban á nuestro proyecto, opinando que de un momento á otro debía llegar la noticia del triunfo de Martínez.

Nosotros contestábamos que era muy difícil poder contrariar las intrigas y violencias del gobierno: es decir, nos mostrábamos desalentados.

De repente se oyó en la calle el galope de un caballo: un curioso se asomó á la puerta, y preguntó al ginete:

—¿Qué hay?

—Vengo de Mazatlán, contestó ahogándose: busco al coronel Granados.

Todos los circunstantes se conmovieron, y exclamaron á una voz:

—Aquí está, aquí está el coronel Granados.

—Señor, repitió aquel muy agitado, soy correo de Mazatlán.

—¿Qué noticias traes?

—Es gobernador el Sr. Martinez: aquí están los pliegos.

Granados dejó caer la copa que tenía en las manos, y yo la botella con que estaba sirviendo.

Abrimos el paquete, y repartimos las cartas que íbamos leyendo, entre la concurrencia, que quedó penetrada de la verdad: los detalles no podían ser más precisos ni más satisfactorios: todo estaba explicado con naturalidad.

Dos caballeros respetables había allí que nos dijeron:

—Nosotros teníamos la noticia desde esta mañana.

—¡Y nada nos habían dicho!

—No quisimos evaporarla, esperando su confirmación.

Nos separamos de allí cada uno por su lado dando la buena nueva, y á los cinco minutos la sabía toda la población.

A renglón seguido mandamos que se repicara, que se situara en la plaza la música militar, que se compraran cuantos cohetes hubiera en las tiendas, que se repartiera vino al pueblo, y que el Jefe político con sus empleados, se pusiera al frente de la procesion que iba á recorrer las calles entre doscientas hachas encendidas.

Una vez organizados en la plaza, nos dirigimos á

nuestro alojamiento con toda la gente: al llegar á la puerta la música tocó el himno nacional, y lanzamos este grito que fué contestado por todos:

—¡Viva el gobernador del Estado, general Angel Martinez!

—¡Viva el vice-gobernador, Coronel Adolfo Palacio!



CAPITULO VII.

EL PRONUNCIAMIENTO.

Adolfo Palacio, que estaba ignorante completamente de lo que pasaba, salió al balcón a ver lo que significaba aquel ruido.

Entonces seguimos victoreándole con entusiasmo, y nombramos una comisión que fuera a rogarle viniera a incorporarse con nosotros.

No quería creer la noticia, y tuvimos que enseñarle los documentos temblando: en caso de que desconociera alguna de las firmas, estábamos perdidos, porque de seguro que no aprobaba la farsa y descubriría el pastel.

Leyó los pliegos a la luz de las antorchas, y el jefe político Martín Ibarra, que ya había tomado algunas copas de cognac, le dijo con tono lleno de seguridad:

—No hay duda, coronel, ustedes han triunfado: yo conozco como la mía todas esas firmas.

—En efecto, dijo Palacio, la letra y firma de Toledo son inimitables.

—Lo mismo las de Andrade y Martínez.

—¿Quién trajo estos pliegos?

—Un extraordinario.

—Sería bueno llamarlo, para que nos diera algunos pormenores.

—Le di permiso de que se fuera a cenar, dijo Granados con desfachatez.

El teniente coronel Ballesteros estaba a la sazón encargado de cuidar tanto al correo verdadero como al supuesto, para que no se comunicaran con nadie.

Adolfo Palacio depuso al fin toda incredulidad, le contagió el entusiasmo que reinaba, le hicimos apurar un sorbo de champagne, y en seguida dijo:

—También el vice-gobernador debe poner algo de su parte.

Mandó luego que se formara otro victor con otra música, y que se repartieran al pueblo veinte cestas de champagne.

Es verdad que los tres habíamos agotado el dinero que traíamos; pero contábamos en Culiacán con crédito ilimitado, é hicimos uso de éste para gastar en aquella calaverada más de mil pesos.

Paseamos a nuestro vice-gobernador triunfante por las calles principales de la ciudad, seguidos de las dos músicas que se iban alternando con sus sonatas, aumentándose las hachas en cendidas hasta más de 500. En

los pequeños intervalos en que no habia piezas de música, victoreábamos á nuestros candidatos hasta desgañitarnos. Todo el pueblo iba allí reunido, y alegre hasta lo sumo con las libaciones, nos secundó admirablemente.

Llegamos á la plaza de la Cruz, llamada así por contener una en el centro rodeada de gradas. Esta fué la que escogimos para convertirla en tribuna: todavia nos faltaba perorar á los ciudadanos. Hicimos que Adolfo Palacio subiera el primero, quien realmente conmovido, expresó magníficas ideas de concordia, de paz, de progreso y de libertad. Excitó á todos los sinaloenses para que olvidando los enojosos accidentes de la lucha pasada, formaran un pueblo modelo por sus virtudes republicanas. Aseguró bajo su palabra de honor, que él seria el primero en proponer un abrazo á Rubí y brindarle con la mas sincera reconciliacion.

Como sus tiernas palabras produjeron el mas vivo entusiasmo, le instamos á que subiendo hasta la última grada inmediata á la cruz, para que todos lo vieran, continuara hablando. Así lo hizo, y volvió á ser recibida su palabra con salvas de aplausos.

En seguida peroramos Granados y yo, haciendo los encomios debidos de los candidatos que habian triunfado en la lucha electoral, asegurando al pueblo un caudal de felicidades. Seguramente estábamos bien penetrados de nuestro papel, ó nuestro auditorio muy bien dispuesto, porque tambien fuimos aplaudidos con frenesí, obligándonos á hablar á cada uno tres veces.

A todo esto, el prefecto Ibarra estaba contentísimo,

y era el que llevaba la direccion de los aplausos y las aclamaciones.

A la media noche nos fuimos retirando, primero Palacio, despues yo, y al último Granados, quien llegó á nuestro alojamiento riéndose á carcajadas.

—¡Magnífica ha estado la comedia! exclamó.

Palacio, que ya se habia racogido, se incorporó en la cama y preguntó con estrañeza:

—¿Cómo comedia?

Entónces Granados le refirió todo lo que ignoraba.

—¡Canastos! exclamó Adolfo despues de haber estado escuchado con religioso silencio, lo que mas siento es haber subido hasta la última grada de la cruz para perorar al pueblo.

Y no tuvo mas remedio que acabar tambien por reirse de la ocurrencia, conviniendo en que si bien era un recurso para parar el primer golpe, él no nos hubiera permitido emplearlo.

Seguimos riéndonos un rato de la ocurrencia, y principalmente de algunos detalles que bien lo merecian, consagrándonos á dormir unas cuantas horas, para tener nuevo consejo ántes de que amaneciera el dia si guiente, á fin de dar término feliz á la aventura.

Apénas por los entreabiertos balcones empezaban á verse los primeros tintes de la aurora, y apénas acababa de abandonarme el intranquilo sueño que podia proporcionar aquella extraña situacion, cuando sentí que álguien se acercaba á mi lecho. Era Granados, el cual me dijo con voz apenas perceptible:

- Abogado.
 —¿Qué hay?
 —Vístase.
 —Ya estoy vestido.
 —Tome su pistola y sígame.
 —Y Adolfo?
 —D. Quijo está durmiendo.

Granados le decía Don Quijo á Palacio porque era este un Quixoté para todas sus cosas.

—Es seguro que á Vd. se le ha ocurrido la misma idea que á mi; y Palacio va á sentirse con nosotros si no le damos su parte en el peligro.

—Allá afuera le expondré mis razones. Vámonos.

Salimos con toda precaucion sin que Palacio nos sintiera y Granados me explicó que Martin Ibarra le tenia grande ojeriza llamándole roguloso, por lo cual habia juzgado prudente, no llevarlo en nuestra compañía.

En un cuarto bajo estaban Ballesteros y los dos correos, á los cuales armamos tambien, y luego nos llevamos á otro oficial subalterno amigo nuestro que Granados habia dejado en la puerta del zaguan como especie de centinela.

Eramos seis por todos y solo Granados y yo teniamos buenas pistolas. Las otras estaban cargadas con cartuchos de papel desde hacia tiempo y una de ellas inservible de descompuesta.

El plan de Granados era que sorprendiéramos la guardia de la cárcel y si era preciso que matáramos al centinela.

—Me parece que es inútil derramar sangre en la situacion ventajosa en que estamos colocados, le dije, lo mejor es ir á la casa de Ibarra y levantarlo ántes de que se le bajen los humos del Champagne.

En seguida le agregué algunas palabras al oído que no era conveniente que los otros oyeran. Aprobó con entusiasmo y dió orden á Ballesteros para que con el oficial y los dos mozos nos fuera á esperar en las inmediaciones del cuartel.

Granados y yo nos fuimos á la casa de Ibarra que estaba inmediata, con grandes esfuerzos logramos hacerle despertar y mas trabajo aún nos dió hacerlo que saliera con nosotros, pero al fin lo conseguimos conduciéndole al cuerpo de guardia.

Hacía una hora á lo más que se habia acostado y se veia muy bien que no estaba todavía en sus cabales.

Cuando estuvimos en el punto, el dijo Granados:

—Supongo que serás de los nuestros.

—¿Qué me quieres decir?

—Que harás causa comun con los amigos de Martinez.

—¿Y el general Rubí?

—Tambien se vendrá con nosotros para que todos juntos trabajémos por la prosperidad del Estado.

—Si él entra....

Granados no le dejó concluir y se apresuró á decir en voz alta:

—Lo primero que debemos hacer, supuesto que ya no hay enemigo á quien temer, es licenciar esta fuer-

za que ya es inútil y que está costando dinero.....

—Sería bueno que....murmuró Ibarra.

Granados no le dejó seguir, sino que dirigiéndose á los ochenta soldados que tenia alli Ibarra para cuidarnos á nosotros más que para otra cosa, los cuales habian tomado sus armas y empezaban á formarse, les dijo una pequeña arenga que terminó así:

—Muchachos: el Sr. Prefecto dá á ustedes las gracias por sus servicios y les permite retirarse á sus casas.—Rompan, filas.

—¡Viva el coronel Granados! gritaron todos.

Y en ménos de un minuto no quedó ni sombra de aquel pequeño ejército. Llamé á Ballesteros y él con sus tres hombres se apoderó del armamento y se encargó de cuidar la prision.

Ibarra se fué á continuar durmiendo, pareciéndole sin duda sueño lo que habia visto, y nosotros nos fuimos á dar cuenta á Falacios de que la necesidad, que es en algunos casos inflexible, nos habia obligado á pronunciarnos.

—¡Cómo! exclamó ¿eso más?

—Sí, señor, le dije con toda calma, estamos pronunciados solo para evitar que las gentes de Rubí nos lleven á su presencia codo con codo, segun su orden; pero nos despronunciaremos si nos dan garantías.

—Han hecho Vdes. bien, nos contestó despues de un rato de haberse estado mordiendo las uñas, segun su costumbre.

Al medio dia llamamos al coronel Ibarra á nues-

tro alojamiento. Granados le dijo mostrándole la carta-orden de Rubí:

—Un correo trajo para tí esto.

Ibarra leyó de cabo á rabo cambiando de color.

—¿Qué resuelve Vd. hacer? le preguntó Palacios.

El ex-prefecto no atinaba con dos palabras. Conoció que estaba perdido, que habia sido víctima de una burla. Despues de muchas vacilaciones contestó:

—No hubiera obedecido esta orden cuando tenia fuerza, ahora ménos.

Y nos devolvió la carta que no quiso siquiera conservar, añadiendo despues de un rato:

—Haya ó no salido electo gobernador el general Martinez, yo creo que no he de continuar de Prefecto: hago ante Vdes. renuncia de la prefectura.

Entónces me suplicó contestara á Rubí que no podia obedecer su orden porque era contraria á la Constitucion del Estado, la cual prevenia que toda clase de órdenes fueran autorizadas por el secretario, sin cuyo requisito no podian ser obedecidas y que él no podia ser cómplice en un atentado semejante.

Luego firmó otras comunicaciones dirigidas al gobierno del Estado, al presidente del Ayuntamiento de Culiacan, etc., etc., participándoles que renunciaba los cargos de prefecto político y Comandante Militar.

Muy agradecido se manifestó de que le dejáramos salir libremente esa misma tarde de la ciudad de Culiacan.

Al presidente del Ayuntamiento tocaba por ley

recibirse de la Prefectura; pero la rehusó, y Granados á quien se le habia mandado meses ántes un nombramiento con una Zona militar de cuatro distritos, para que trabajara en las elecciones por Rubí; entre los cuales estaba comprendido el de Culiacán, asumió tambien el mando político de éste, y ya tranquilos con estos cambios nos quedamos esperando el desenlace de los acontecimientos.

Este desenlace no se hizo esperar: dos dias despues tuvimos la noticia pormenorizada de que se habia logrado arrancar por la fuerza á los diputados, un decreto declarando á Rubí Gobernador del Estado.

A los ocho dias se mandó en comision al General Jesus Toledo, para que nos ofreciera un indulto parcial en nombre del Gobierno.

A los diez dias se ordenaba al coronel Atanasio Aragon hiciera una concentracion de fuerzas en Cosalá previniéndole que tratara por todos los medios posibles de capturarnos.

Luego vamos á ver lo que resultó.

CAPITULO VIII.

PLANES Y CONTRAPLANES.

La conmocion que se produjo en todo el Estado por los escándalos llevados á efecto en Mazatlan, principalmente el ultimo, que estaba arguyendo un sumo grado de flaqueza en la legislatura, es difícil de pintarse. Tanto se excitaron los ánimos, que los pueblos solos, sin esperar á que hubiera combinaciones ni gefes, empezaron á pronunciarse desconociendo una autoridad que queria imponérseles por la intriga y por la violencia. Principalmente se sentian indignados los habitantes de las poblaciones pequeñas, porque sabian que sus representantes lejos de merecer respeto del poder, habian sido vilipendiados con la mayor indignidad.

Era casi unánime el clamoreo que se levantaba contra las arbitrariedades que se habian llevado á cabo en Mazatlan. Todos los dias llegaban cartas y comisiona-

recibirse de la Prefectura; pero la rehusó, y Granados á quien se le habia mandado meses ántes un nombramiento con una Zona militar de cuatro distritos, para que trabajara en las elecciones por Rubí; entre los cuales estaba comprendido el de Culiacán, asumió tambien el mando político de éste, y ya tranquilos con estos cambios nos quedamos esperando el desenlace de los acontecimientos.

Este desenlace no se hizo esperar: dos dias despues tuvimos la noticia pormenorizada de que se habia logrado arrancar por la fuerza á los diputados, un decreto declarando á Rubí Gobernador del Estado.

A los ocho dias se mandó en comision al General Jesus Toledo, para que nos ofreciera un indulto parcial en nombre del Gobierno.

A los diez dias se ordenaba al coronel Atanasio Aragon hiciera una concentracion de fuerzas en Cosalá previniéndole que tratara por todos los medios posibles de capturarnos.

Luego vamos á ver lo que resultó.

CAPITULO VIII.

PLANES Y CONTRAPLANES.

La conmocion que se produjo en todo el Estado por los escándalos llevados á efecto en Mazatlan, principalmente el ultimo, que estaba arguyendo un sumo grado de flaqueza en la legislatura, es difícil de pintarse. Tanto se excitaron los ánimos, que los pueblos solos, sin esperar á que hubiera combinaciones ni gefes, empezaron á pronunciarse desconociendo una autoridad que queria imponérseles por la intriga y por la violencia. Principalmente se sentian indignados los habitantes de las poblaciones pequeñas, porque sabian que sus representantes lejos de merecer respeto del poder, habian sido vilipendiados con la mayor indignidad.

Era casi unánime el clamoreo que se levantaba contra las arbitrariedades que se habian llevado á cabo en Mazatlan. Todos los dias llegaban cartas y comisiona-

dos á Culiacan invitándonos á ponernos á la cabeza de la insurreccion popular; pero contestábamos aconsejando la prudencia y la calma, porque no era cuerdo ni patriótico que acabando de salir el país de una guerra tan sangrienta y tan devastadora como la de la intervencion, se sintieran los efectos no menos desastrosos de la guerra civil. Nosotros mismos que no teníamos otra salida que aceptar la lucha á que se nos provocaba, estábamos esperando que el congreso hiciera una manifestacion respecto de un decreto que se le habia arrancado por la fuerza de las bayonetas ó que se disolviera para reunirse en donde tuvieramos garantías como sus miembros nos habian ofrecido.

Dos diputados protestaron contra la violacion de que habian sido víctimas, los persiguieron hasta obligarles á pedir cuartel, y ahí quedó todo.

Conoció el gobierno que tenia en contra toda la opinion; vió que de Culiacan podia tomar su origen la guerra civil, y como he dicho, nombró al general Toledo, amigo nuestro, para que fuera á reducirnos al órden; pero limitando sus facultades á una nota en que en vez de ofrecernos garantías, se nos injuriaba.

Decia esto en resumen: que el gobierno reconocia únicamente méritos y servicios en los coroneles Palacio y Granados y que bajo esa consideracion estaba dispuesto á perdonarles el crimen de rebelion que habian cometido, á ellos solos, reservándose á examinar la conducta de los demas. Que todos teníamos garantías para presentarnos al gobierno en Mazatlan y que se nos amnistiaba *ad interim* sin perjuicio de tercero.

Como se ve, el gobierno se encontraba con pocos deseos de celebrar con nosotros una transaccion honrosa y se comprendia que lo que mas procuraba era engañarnos con el fin de podernos tener á mano para ejercer una venganza.

El mismo general Toledo convino con nosotros en que aquella era una celada que se nos tendia, cuando le manifestamos una carta de Rubí dirigida al coronel Aragon, que nosotros interceptamos, en la cual le ordenaba que sin pérdida de tiempo marchara sobre Culiacán é hiciera con nosotros un escarmiento.

No se podian dar pruebas mas convincentes de la dobléz con que procedia aquel gobierno.

Granados fué quien contestó la nota de Rubí imponiéndole condiciones inadmisibles, tales como la de que le dejara seguir con el mando militar que antes le habia dado en los cuatro distritos del Norte.

Pero antes de que partiera Toledo quisimos quedar los cuatro enteramente de acuerdo sobre nuestra conducta futura, puesto que si él venia como comisionado de Rubí para una conciliacion, desde el momento en que no la hubiera, quedaba libre para seguir obrando como uno de los gefes principales del partido *Martinista*.

La solucion que nos pareció mas justa y mas legal, fué la de sostener el primitivo decreto expedido por la Legislatura en que quedaban eliminados Rubí y Martinez y en que se declaraba gobernador del Estado al Lic. Monzon. Hay que advertir que este fué tambien nombrado despues vice-gobernador, aun-

que no habia obtenido un solo voto para ese encargo, como para contentarlo del despojo que se le habia hecho. El que obtuvo la mayoría absoluta de votos para vice-gobernador, por confesion de los partidos, fué el coronel Adolfo Palacio.

Pero todo andaba allí al revés y era fuerza tomar aquellos decretos sin pies ni cabeza como hechos consumados. Era un hecho que Monzon habia sido declarado vice-gobernador, aunque sin votos, y era otro hecho que, ántes que Rubí, fué declarado gobernador por la Legislatura, correspondiéndole por uno ó por otro camino ocupar el primer puesto del Estado.

El Lic. Monzon se encontraba viviendo en Culiacán, y celebramos con él una conferencia. Quedó convenido en que aceptaria el puesto luego que fuera proclamado, sin comprometerse personalmente en la empresa por propio decoro.

El general Toledo, de acuerdo enteramente con este nuevo plan, regresó el dia siguiente á dar cuenta de su mision, con el fin de quedar expedito para secundar en Mazatlan el movimiento que iba á efectuarse. Grandes esperanzas teniamos de que el cambio que proponiamos se hiciera sin que la sociedad experimentara el más leve sacudimiento y sin que se derramara una sola gota de sangre.

El dia 4 de Diciembre de 1867 nos reunimos en el salon de la Prefectura cerca de unas cincuenta personas entre vecinos y militares, y se redactó una acta proclamando al C. Manuel Monzon como godernador del Estado. En dicho documento se enumeraron las

razones de justicia, de equidad y de patriotismo que existían para no tener por legítima la declaracion hecha en favor de Rubí, bajo la presion de las bayonetas, puesto que los diputados habian sido compelidos públicamente para dictarla.

Tal acontecimiento fué celebrado con júbilo por los habitantes de los distritos del Norte, que así como tenian grandes simpatías por Monzon, detestaban cordialmente tanto á Don Domingo Rubí como á su camarilla. Hasta ese dia, con mil trabajos y penurias, habian logrado Granados y Palacio organizar unos cincuenta hombres; pero desde que se iniciaba un movimiento que tenia determinado fin político, y cuyo triunfo era preciso empeñarse en alcanzar, sobre todo, desde que se sabia de la manera más positiva que el coronel Atanasio Aragon, con otros jefes cuyo valor habia sido probado en la campaña extranjera, estaban preparándose para venir á atacarnos con unos 800 hombres de buena tropa, era preciso, ante todo, proporcionarse recursos para afrontar aquella situacion.

En la Casa de moneda de Culiacan habia acuñada la cantidad de setenta mil pesos, pertenecientes á una negociacion de minas, y Granados, teniendo presente la máxima que dice: *á desesperados males desesperados remedios* ó la otra más terrible todavía: *en tiempo de guerra no hay misericordia*, ordenó á Palacio que tomara una seccion de tropas, y que se apoderara de aquellos recursos.

Aunque casi nunca hago comentarios á esta relacion, ciñéndome á referir hechos que presencié ó que

puedo comprobar debidamente, para que en todo caso el lector esté libre para formar el juicio que le parezca, tratándose de la ocupacion de los setenta mil pesos, tengo que hacer algunas consideraciones, porque fué el cargo de más gravedad que se hizo por los rubiistas á los amigos que verificaron lo que se dió en llamar un horrible atentado.

Desde luego salta á la vista la primera razon de que un movimiento revolucionario no se hace sin dinero, y despues las de que ya el paso era inevitable, supuestos los antecedentes: que Don Atanasio Aragon estaba situado á ménos de treinta leguas de nosotros, con órdenes terminantes para atacarnos y hacer con nosotros un severo escarmiento (ya se sabe que en el tecnicismo de la política hacer un *severo escarmiento* en alguién, es fusilarlo), siendo preciso, cuando ménos en lejitima defensa, hacer lo que pudiéramos para vender caras nuestras vidas. Tambien hay que considerar que el triunfo del movimiento se creia seguro, tanto porque contaba con un apoyo firme en la opinion pública de todo el Estado, como porque se contaba con toda la fuerza armada, inclusa la de la misma Federacion, que estaba comprometida á secundarnos. Se sabia, por lo mismo, que esa cantidad podia ser pagada con sus réditos á la vuelta de cuatro meses, como efectivamente pudo haberlo sido con los derechos de los buques que, poco despues siendo nuestro el puerto de Mazatlan, estuvieron descargando. Ningun hombre público colocado en aquella situacion hubiera evitado dar el paso que en su sentir abreviaba el éxito de las operaciones.

Lo expuesto baste para hacer constar que fué muy disculpable, en plena revolucion como estábamos, el paso dado por los coroneles Granados y Palacio, de apoderarse de aquellos recursos que iban á servir para hacer pasar pronto la penosa situacion de Sinaloa.

En el acto se procedió á enganchar gente, pagando desde cinco hasta diez pesos á cada soldado. Se remitió suficiente dinero á los distritos amigos, para que cada cual mandara su contingente de fuerza, y se auxilió con una fuerte cantidad á la guarnicion de Mazatlan, manejándose aquellos fondos con la economía y pureza que permitieron las circunstancias. Salieron comisiones y exploradores por todos rumbos, poniéndose la plaza de Culiacan en pocos dias y como por encanto, en magnífico pié de guerra. Se formó una brigada de infantería y caballería, sirviéndole de base el batallon «Rosales» que organizó el mismo Granados para mandarlo en jefe, como un tributo debido á la querida memoria de nuestro amigo Antonio Rosales, y nuestra guarnicion tomó un aspecto tan respetable, que ya las fuerzas de Cosalá no se atrevieron á tomar la iniciativa, despues de haber dejado perder el tiempo más precioso. Gracias á los setenta mil pesos, la revolucion tomó tal impulso, que ya no fué posible sofocarla, y gracias á ellos tambien los pueblos se vieron libres de sufrir las estorsiones de costumbre.

El gravámen pesó sobre una sola negociacion, y se vió circular el dinero que estaba destinado á salir fuera del pais en una conducta.

Otra nueva descepcion, tanto ó mas desagradable que las otras, vino á trastornar momentáneamente nuestros proyectos. El Lic. Monzon, á quien se auxilió con una cantidad para que fuera á Mazatlan, á formalizar trabajos en su favor con la Legislatura, se pasó con Rubí, ofreciéndole sus servicios y negándole que estuviera de acuerdo con el movimiento de Culiacan, al cual daba públicamente su reprobacion.

Esto puso á los jefes revolucionarios en la necesidad de invocar un nuevo plan político, y reuniéndose en el pueblo de Elota, Toledo, Granados y Palacio, entretanto quedaba á mi cargo la defensa de Culiacan, suscribieron una acta, declarando nulo cuanto se referia á las pasadas elecciones, y proponiendo que éstas se repitieran bajo la administracion provisional del general Martinez con la garantía de la más amplia libertad.

Esta acta de pronunciamiento tuvo más popularidad que la primera, luego que circuló en los Distritos. El Estado de Sinaloa todo entero se sintió lleno de alegría y de indecible satisfaccion con tan saludable modificacion impresa á la marcha de los asuntos públicos.

Desde ese momento nos llovieron las actas de adhesion hasta de las rancherías más insignificantes.

CAPITULO IX.

UN GRAN COMISIONADO.

Diversas personas del Estado de Sinaloa, ya comerciantes, ya de la política, con carácter oficioso ó como comisionados, se acercaron al Sr. Gral. Rubí, haciéndole todo género de proposiciones para que se llegara á un acuerdo entre los partidos beligerantes ántes de que se apelara al recurso de las armas; pero todas las tentativas fueron inútiles. ¿Qué más? Se le puso el arbitrio de designar las personas imparciales que habian de ocupar los puestos públicos mientras se hacia una eleccion libre; y contestó á todo ¡No! con tenacidad implacable.

Lo que llenaba de admiracion era que siendo ántes casi indiferente al poder, despues se empeñara en mantenerlo á todo trance, como si se tratara de despojarle de una alhaja que le perteneciera por herencia.

Otra nueva descepcion, tanto ó mas desagradable que las otras, vino á trastornar momentáneamente nuestros proyectos. El Lic. Monzon, á quien se auxilió con una cantidad para que fuera á Mazatlan, á formalizar trabajos en su favor con la Legislatura, se pasó con Rubí, ofreciéndole sus servicios y negándole que estuviera de acuerdo con el movimiento de Culiacan, al cual daba públicamente su reprobacion.

Esto puso á los jefes revolucionarios en la necesidad de invocar un nuevo plan político, y reuniéndose en el pueblo de Elota, Toledo, Granados y Palacio, entretanto quedaba á mi cargo la defensa de Culiacan, suscribieron una acta, declarando nulo cuanto se referia á las pasadas elecciones, y proponiendo que éstas se repitieran bajo la administracion provisional del general Martinez con la garantía de la más amplia libertad.

Esta acta de pronunciamiento tuvo más popularidad que la primera, luego que circuló en los Distritos. El Estado de Sinaloa todo entero se sintió lleno de alegría y de indecible satisfaccion con tan saludable modificacion impresa á la marcha de los asuntos públicos.

Desde ese momento nos llovieron las actas de adhesion hasta de las rancherías más insignificantes.

CAPITULO IX.

UN GRAN COMISIONADO.

Diversas personas del Estado de Sinaloa, ya comerciantes, ya de la política, con carácter oficioso ó como comisionados, se acercaron al Sr. Gral. Rubí, haciéndole todo género de proposiciones para que se llegara á un acuerdo entre los partidos beligerantes ántes de que se apelara al recurso de las armas; pero todas las tentativas fueron inútiles. ¿Qué más? Se le puso el arbitrio de designar las personas imparciales que habian de ocupar los puestos públicos mientras se hacia una eleccion libre; y contestó á todo ¡No! con tenacidad implacable.

Lo que llenaba de admiracion era que siendo ántes casi indiferente al poder, despues se empeñara en mantenerlo á todo trance, como si se tratara de despojarle de una alhaja que le perteneciera por herencia.

Otro en su lugar, viendo que la opinion general estaba en su contra, comprendiendo que aquella sombra de mando no le ofrecia por de pronto más perspectiva que un cúmulo de sinsabores; mirándose, en fin, cercado de peligros, sin merecer en la resistencia más que dieterios y maldiciones, hubiera dejado mil veces aquel gobierno, siquiera para no estar oyendo cargos tan multiplicados como los que se le dirigian.

Lo que hizo Rubí cuando se sintió acosado en Mazatlan, fué salirse de allí furtivamente, dejando el gobierno completamente acéfalo. Se llevó consigo cuanto dinero habia en las cajas y 400 nacionales de Pánuco, que eran los únicos ciudadanos sinaloenses que le habian dado su voto nombrándolo gobernador.

Una vez encumbrado en lo más escondido de la sierra, pidió auxilios á los Estados y á la federacion. Durango le mandó cien hombres, que sólo le sirvieron para agotar más pronto sus recursos.

Azcárate y Sepúlveda le abandonaron en aquella campaña, dándole por consejero á un español de apellido Llanuza.

El general Toledo se situó con 500 hombres en el punto llamado La Urraca, desde donde tenia en jaque á Rubí y á los partidarios ó gente comprometida que éste hubiera podido dejar en Mazatlan. La guarnicion habia permanecido hasta esos momentos neutral. El mismo cuerpo de guardia nacional que mandaba el coronel Crespo, que era á la vez jefe político nombrado por Rubí, no habia tomado actitud marcada. Otro cuerpo mandado por el coronel entónces,

Bibiano Dávalos, perteneciente á la federacion, tampoco se habia mezclado para nada en los asuntos locales.

Así estaban las cosas cuando llegó el general Don Ramon Corona, en comision del gobierno federal para allanar las dificultades de Sinaloa. Era el hombre más á propósito, si obraba de buena fe, hasta para obligarnos á que nos diéramos un abrazo, por grandes que hubieran sido nuestras rencillas, en virtud de haber sido el jefe de todos.

Aplaudimos el tino del gobierno de Juarez, unos y otros suspendimos toda hostilidad, y fundamos las mejores esperanzas de arreglo, en aquel jefe, que sabria poner término á nuestras diferencias.

No se necesitaba conocer como conocia Corona tan á fondo á los hombres y al Estado, para formarse juicio de las cuestiones que nos dividian: bastaba una simple ojeada para comprender que los sinaloenses rechazaban con uniformidad al general Rubí, que acababa de colmarles la medida con los últimos atentados. El general Corona tenia que llegar, sin embargo, prevenido contra nosotros, y muy prevenido, por estas razones: 1.ª Del lado opuesto se encontraban Rubí y Sepúlveda, á quienes consideraba más amigos suyos, y si se debe hablar con franqueza, más á propósito para hacerlos sus instrumentos. 2.ª De nuestra parte estaban todos los principales jefes y oficiales á quienes se habia separado del servicio, no obstante haberse batido como héroes, luego que cayó la plaza de Querétaro y con ella el Imperio de

Maximiliano, á los cuales se reputaba como descontentos. 3.º y más fuerte razón: nosotros habíamos postulado para presidente al general Porfirio Díaz y le habíamos dado un gran número de votos, con lo cual podía estar celoso Corona, y terriblemente enojado Juárez, que no admitía competidores tratándose de la presidencia de la República.

Pero no obstante esas prevenciones, se penetró, á lo ménos en la apariencia, de la justicia de nuestra causa y, confiando en la grande influencia que ejercía en Rubí, se dirigió acompañado de Sepúlveda y Martínez á Villa de Concordia, en donde dió cita á aquel para celebrar una conferencia.

Corona ofreció casi de un modo solemne á los comerciantes de Mazatlan, muy interesados ya en el asunto porque veían encima la revolucion con todas sus calamidades, que haría desistir al general de Pánuco de sus pretensiones al gobierno, toda vez que la eleccion no podía ménos de considerarse nula, lo mismo que las declaraciones del Congreso arrancadas por la fuerza.

Corona andaba entre amigos y pudo pasar sin temor, y ántes bien siendo muy festejado, por en medio de las fuerzas pronunciadas que mandaba Toledo, y que permanecían apartadas fuera de Mazatlan.

En la conferencia se le hizo presente á Rubí su impopularidad, el daño que con su obstinacion iba á causar á su Estado, las infracciones de la ley que se habian cometido, el escándalo que estaba dándose á toda la República, los despropósitos tantos que ha-

bia hecho poniéndose en ridículo, y acaso mereciendo por ellos más tarde el desprecio de sus conciudadanos, lo mismo que por una ambicion tan loca y tan poco fundada, concluyendo por proponerle lo de la eleccion libre. Rubí, parapetado con sus cortos alcances, con las ideas de poder que habian echado raices en toda su alma, con la dignidad de su situacion de la cual hablaba de memoria, repitiendo las palabras que se le habian inculcado, y con la maligna creencia de que, siendo hijo del Estado sólo, él tenia derecho de mandarlo, dió esta sola respuesta:

—Yo no tengo miedo: se dirá que he tenido miedo y yo á nadie temo. Soy Gobernador, y sólo muerto dejaré de serlo.

Cuando mucho le apuraron llegó á ofrecer á Martínez cincuenta mil pesos por tal de que le dejara el campo libre, siempre que sus principales partidarios saliéramos expulsados de Sinaloa.

Esto pasó en la conferencia pública; lo que pasó en la privada lo encontramos explicado despues en las cartas que cayeron en nuestro poder. El general Corona, que se sintió tal vez más inclinado á Rubí, ó que lo juzgó más conveniente para su política, le ofreció que él se encargaba de venirlo á salvar con tal que lograra conservarse en la sierra sin comprometer ningun combate por dos ó tres meses.

Vuelto á Mazatlan el general Corona, lamentó con todos que Rubí fuera tan obstinado: la verdad es que aquel tenia desde antes los mejores fundamentos para serlo. Contaba con la proteccion decidida de Corona

y con el resuelto apoyo de D. Benito Juarez, cosas que nosotros ignorábamos y que ni nos imaginábamos siquiera, por mas que debiéramos sospecharlas.

Al pasar por la Urraca habia manifestado á Toledo la situacion deplorable que guardaban las fuerzas de Rubí, y el gefe pronunciado se desprendió de quinientos pesos únicos que tenia por el momento, para mandarlos al pobre gobernador.

Todo esto indicaba al público que los contendientes estaban en camino de arreglarse y por momentos se aguardaba que se publicara una solucion satisfactoria: tanto se debia creer esto cuanto que el general Corona al pasar por entre los pronunciados fué tratado no solo como el amigo sino como el bienhechor que iba á conciliar todos los intereses salvando al Estado de los horrores de la guerra.

Al despedirse del general Toledo en las orillas de Mazatlan, le dijo cariñosamente:

—Confien Vdes. en mí como en su mejor amigo. Me propongo quitarles á Rubí y se los quitaré. Pueden estar tranquilos: yo soy amigo de Vdes.

Corona tuvo en Mazatlan una conferencia con los individuos que formaban el congreso y les propuso que suspendieran á Rubí llamando al vice-gobernador Lic. Monzon: ni este ni aquellos admitieron por considerarse faltos de apoyo. Se ve, pues, que el general Corona, no obstante hallarse plenamente facultado para hacer cuanto estuviera en su mano á fin de dejar asegurada la paz en Sinaloa, tentaba todos los medios sin resolverse abiertamente por ninguno. Cualquiera

proposicion en el sentido de dejar eliminado á Rubí habria sido aceptada por todo el mundo. Precisamente porque no se hizo y porque se veia vacilar al agente del gobierno general, fué por lo que mas se comprendió que el pastel estaba arreglado con Rubí y Sepúlveda y que en realidad solo se trataba de conocer de cerca nuestros elementos y la situacion que guardábamos.

Una mañana sin embargo, la última en que estuvo el general Corona en Mazatlan, pareció tomar una decision reuniendo en su alojamiento al general Martinez y á los principales gefes de la guarnicion, á los cuales dijo:

—Me he impuesto detenidamente de la situacion de Sinaloa y veo que el principal obstáculo para la paz es Rubí, el cual por ningun motivo debe seguir mandando. Es incapáz y está desprestigiado.

—Es verdad, contestaron algunos.

—Siempre es indispensable la revolucion, dijeron otros, puesto que Rubí tiene gente armada.

—¿Qué valen Rubí y sus 400 hombres contra el Estado? Ese gobierno fantasma quedará desvanecido como el humo ántes de seis meses sin necesidad de combatirlo. Ahora bien, agregó despues de aducir otras razones, ¿se conformarian vdes. conque el general Martinez estuviera al frente del gobierno hasta que se hicieran nuevas elecciones?

—Si, contestaron todos.

Despues habló á Martinez en lo confidencial siendo testigo solamente el coronel Almada, encarecién-

dole la necesidad de aceptar aquella situación que él solo podía salvar, y tanto le instó que al fin Martínez, venciendo su grandísima repugnancia, aceptó con una condición:

—¿Cual? le preguntó Corona.

—Que vd. mismo consiga del gobierno general que se practiquen nuevas elecciones en el Estado conforme al plan de Elota.

—Puede vd. contar conque se conseguirá.

—En ese caso estoy conforme.

—Esto se hará cuando yo haya dejado este puerto, pues no convendrá que se sepa que estamos de acuerdo.

—Vd. es el que ha de ordenarme lo que debo hacer.

—Haga vd. su renuncia del mando de la Brigada, porque son incompatibles los dos cargos.

Martínez hizo la renuncia, le fué admitida y Corona nombró jefe de las fuerzas de línea al general Bibiano Dávalos.

—¿En que sentido está el coronel Crespo? preguntó Corona.

—Es partidario de Rubí, pero su cuerpo permanece neutral.

—Entonces es necesario desarmarlo para que no se oponga al movimieto. Evitemos que corra sangre sinaloense.

En seguida mandó llamar al general Dávalos y al coronel Barron, este último era el mayor de plaza, ordenándoles que recogieran el armamento de los nacionales y lo depositaran en la Aduana Marítima.

Todo esto se hizo en el mismo día sin que nadie tratara de oponerse á las determinaciones de Corona.

Habia allí reunidos tres mil fusiles, un millon de cápsules y otros elementos de guerra. En las cajas de la Aduana existian cuarenta mil pesos. Corona dijo á Martínez:

—Ahí tiene vd. tres mil rifles, un millon de cápsules y cuarenta mil pesos. Con esos elementos tiene vd. bien para sostenerse.

—Para nada necesito eso, contando con el apoyo moral de vd. que es más fuerte. Antes pongo á disposicion de vd. 30,000 pesos del dinero de Cu-liacan.

—Inviértanlo en la pacificacion y engrandecimiento del Estado. Conque ¡adios! y mucha prudencia hasta dentro de un mes que les traiga la aprobacion del gobierno.

—Adios! general, y mil gracias.

Y se despidieron los dos ilustres gefes muy enternecidos.

historia del país como unos de los mas insignificantes por las humildes personas que en ellos figuraron y por el oscuro rincón donde tuvieron su desarrollo.

Pero aunque fueron de gran importancia, habrá siempre que confesar lo que entonces no hubiera confesado, aunque nos hubiéramos visto amenazados con un patíbulo: que el general Corona, desde el momento en que se plegó á la causa de Juárez, si bien refunfunando, tenia que declararse al fin protector de Rubí en los asuntos de Sinaloa, que era el que habia trabajado en las elecciones de acuerdo con el gobierno general, para no desagradar á este.

Aunque nosotros hubiéramos estado apoyados en las mejores razones y por los mejores derechos, teniamos que ser sacrificados al gobierno, de quien se nos debia considerar como jurados enemigos, una vez que nuestros candidatos habian sido el general Porfirio Diaz para Presidente y el general Riva Palacio para vice-presidente. Esto es, nosotros nos habiamos lanzado á la lucha bajo la plena creencia de que habia realmente libertad electoral y sin la menor idea de que haciamos mal en el concepto del Ejecutivo de la Nacion, nos hicimos reos de desafección y merecedores del anatema.

Sin meterme pues á hacer calificaciones respecto de la conducta de algunos personajes que figuran en los acontecimientos, sigo refiriendo estos con toda la sinceridad de que hasta ahora he venido dando pruebas.

Al desembarcar el Sr. Gral. Corona en el puerto del Manzanillo; puso un extraordinario avisando al

CAPITULO X.

ESCARAMUZAS.

En aquel tiempo nos pareció la conducta del patriota Gral. Corona incalificable, tanto porque no nos eran conocidos aún ciertos secretos de la política, como porque ignorábamos cuales eran sus designios, y le creiamos obligado á estar con nosotros que era de la parte en donde considerábamos que estaba la justicia, ya que tantas veces habiamos sido suyos completamente y ya que tantas pruebas nos habia dado de ser un buen demócrata. En aquel tiempo mismo ó por lo menos once meses despues, escribí cinco capítulos de estos apuntes tratando solo de los procedimientos que observó el general, cuyos capítulos tengo ahora que tarjar desde la primera hasta la última palabra. Hoy, parecerian chocantes tanta hiel y tanta pasión tratándose de sucesos que aunque de gravedad en los resultados, no pueden menos que destacarse en la

general Canto D. Benigno, que era el jefe de la guarnición de Gualalajara y su segundo en el mando de la 4.^a División, participándole que había vuelto de Sinaloa dejando las cuestiones de aquel Estado arregladas perfectamente.

El general Canto á su vez publicó unos grandes avisos dando mayores proporciones á la noticia.

Fecha en el mismo puerto del Manzanillo, pero escrito en Mazatlán probablemente ó en la travesía, pues fué demasiado extenso para que se pudiera redactar en unas cuantas horas, mandó un informe al gobierno de la Unión pintándole con amplios detalles la situación de Sinaloa. Aseguraba en esa parte que no había fin político alguno en el movimiento revolucionario de Sinaloa, sino la codicia de cinco individuos que nos habíamos repartido por partes iguales los fondos extraídos de la casa de Moneda de Culiacán. Que D. Angel Martínez despues de esto estaba espeñado en ser gobernador, aunque fuera por medio de las armas, pero que era lo mas sencillo reducirlo al orden porque no contaba con el pueblo sinaloense, el cual de la manera mas libre, espontánea y legal habia dado sus votos al general Domingo Rubí que era el que constitucionalmente habia sido declarado por la Legislatura. Decia tambien que aunque no éramos secundados por el pueblo, se necesitaba acudir prontamente á la pacificación de Sinaloa, tanto porque el mal ejemplo podia cundir á otros Estados, como porque habia al frente del movimiento algunos gefes audaces que muy bien podrian llevar sus

intentos á generalizar la revolución. Terminaba solicitando del gobierno que le honrara dándole el mando de la expedición que se hiciera marchar sobre Sinaloa, comprometiéndose á pacificar el Estado con la 4.^a División, ya que habia sido infructuosa su mediación conciliadora para con los revoltosos etc, etc.

Esto fué un golpe rudo para nosotros, pues veíamos perder de una plumada al que era nuestro mejor amigo y nuestro mas decidido protector. Los cinco que allí éramos tratados tan duramente, nos considerábamos con mas ó menos títulos para disfrutar del cariño y de la confianza de Corona. Angel Martínez le habia salvado la vida en un trance horroroso durante las luchas con Lozada; Toledo acababa de ser tratado no solo con amabilidad sino con distinción marcada; Palacio habia recibido mil muestras de verdadera amistad; á Granados lo trataba como si fuera un hijo suyo estando en la creencia de que el valor arrojado de este jefe habia contribuido en gran parte á hacer gloriosa la campaña del ejército de Occidente, y por último, á mi me habia escrito recientemente reputándome por el mejor de sus amigos y autorizándome para que le diera consejos en su vida pública en virtud del alto concepto en que me hacia el honor de tenerme.

Todo esto hizo que fuera enorme nuestra sorpresa, concediéndole que pudiera calificar como desahogada é inconveniente y hasta como antipatriótico, si así lo juzgaba, nuestro movimiento político, pero nunca agraviarnos con los cargos denigrantes con que nos deshonraba ante la Nación.

Hago un paréntesis respecto de la impresion dolorosa que esto nos produjo despues de mes y medio en que estuvimos durmiendo sobre nuestros laureles, sin procurar dar refuerzo á nuestros elementos ni buscarnos inteligencias en otros Estados para el caso de que el gobierno general nos atacara, porque estábamos seguros de una solucion favorable, y prosigo relatando los hechos.

Al dia siguiente de la noche en que se embarcó el general Corona, hubo músicas, cohetes y repiques en Mazatlan, solemnizándose el ingreso del general Martinez al poder y expidió éste una proclama explicando las causas que le llevaban á empuñar las riendas del gobierno de una manera provisional y mientras el Presidente de la República fijaba los términos en que debian repetirse las elecciones, al cual se le significaba el mayor acatamiento. Al mismo tiempo llamaba á los partidarios de Rubí á la concordia y ofrecia al pueblo sinaloense, como lo cumplió, toda clase de garantías.

El contento y la confianza comenzaron á reinar desde ese instante en todas las clases. No habia quien no aplaudiera un cambio pacífico que hasta esa hora no habia costado una sola gota de sangre.

Mientras el gobierno de Martinez, se hacia popular por su conducta prudente y morigerada, el de Rubí en Pánuco llegaba al colmo del desprestigio, por actos que estaban destituidos hasta de sentido comun. Uno de ellos fué el decreto que clausuraba el puerto de Mazatlan y abria uno en Pánuco. Es de advertir que este mineral está entre las montañas

y no tiene mar por ninguna parte, y es de advertir que ya la Constitucion estaba en vigor y esta no dá facultades á los gobernadores para meterse con los puertos.

Puso fuera de la ley á muchas personas, y no se paró en pintas respecto de legislar sobre todas materias, abrogándose los derechos de la legislatura y del congreso nacional.

El coronel Crespo que era gefe político de Mazatlan, renunció aquel cargo y se fué á incorporar á Rubí.

Lo mismo hizo el coronel Barron, aunque este fué procesado en Pánuco por haber obedecido la órden de Corona para el desarme de la guardia nacional.

El gobierno de Martinez era reconocido en todo el Estado menos en una parte de los distritos de Cosalá y Concordia. El resto de las poblaciones mandaron sus actas secundando el plan político de Elota. Habia fuerzas, pues, mas que suficientes para haber acabado con los destacamentos que impedian á los distritos mencionados adherirse al movimiento general; pero el general Martinez no quiso que se derramara una gota de sangre sino hasta que fueran agotados los medios de conciliacion.

Estos medios no se abandonaron nunca: mientras Rubí recibió cartas y comisionados invitándosele á deponer toda actitud hostil, el general Toledo y yo salimos de Culiacan para Cosalá á celebrar una conferencia con el coronel Aragon que todavia estaba con sus 800 soldados intactos.

Aragon se prestó de buena gana y en menos de

dos horas quedó redondeado nuestro negocio bajo las siguientes principales bases: suspensión completa de hostilidades, mientras se acababa con Rubí por bien ó por fuerza: una vez desapareciendo esa entidad, Aragón quedaba libre de compromisos y podía unirse á nosotros para dar al Estado un gobernador liberal é ilustrado, de suerte que se comprometía á proclamar el plan de Elota.

Quedamos en tan perfecto acuerdo, que aún apuntamos en nuestras carteras las marchas que habian de hacer las fuerzas de Aragón, y hasta las horas en que deberían moverse de un punto á otro para que no fueran á tener una colision con las nuestras. El punto principalmente deslindado fué que Aragón no pisaría ni los límites del distrito de Culiacan, pues era peligrosa cualquiera invasion de fuerza armada.

Muy contentos con estos arreglos, que quedaron sancionados con la palabra y firma de los dos gefes, regresamos á Culiacan, dictando el general Toledo sus disposiciones para la campaña que ya se iba á sostener, en virtud de las noticias que llegaron de México en que se nos anunciaba que íbamos á ser atacados por disposición del gobierno general. Es decir, el asunto se puso para nosotros color de hormiga.

Cuando en el campo de Rubí se tuvo la noticia cierta de que iban á tener el auxilio de la fuerza federal, se cobró nuevo ánimo y creyeron llegado el momento de tomar la iniciativa organizando una expedición sobre las fuerzas de caballería que se encontraban próximas á la sierra vigilando al enemigo.

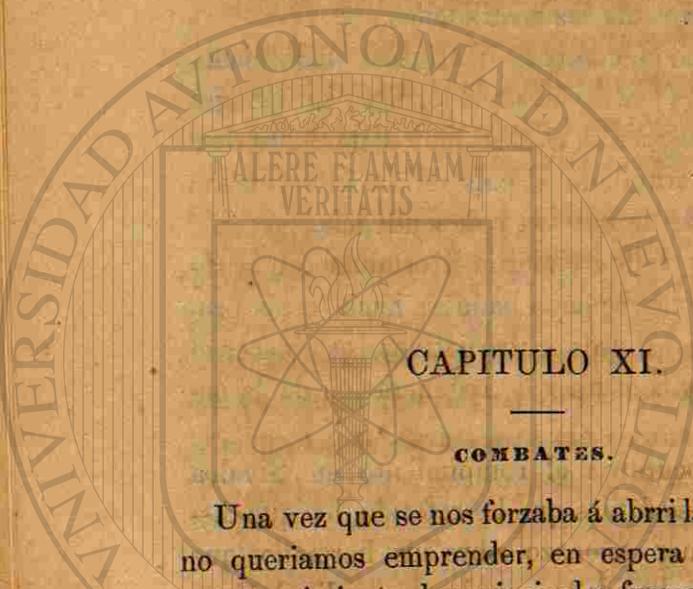
Aquella seccion compuesta de unos doscientos infantes con dos piezas de artillería fué la que vino á disparar sobre nosotros el primer tiro de fusil dando la señal de quedar rotas las hostilidades.

Con ese pequeño combate, instigado, aconsejado, prescrito por las ambiciones personales, se inauguró la cadena de guerras civiles inmediatamente despues de haber triunfado el país de la intervencion y el imperio, asegurando su independendencia.

Esas guerras civiles vinieron á terminar con la revolucion de Tuxtepec cuya bandera hacia estas promesas: abolir los abusos gubernativos, establecer el sufragio libre y consumir la regeneracion de la patria.

Los que procuraron el rompimiento en Sinaloa por las cuestiones fútiles que he referido, los que dispararon el primer cañonazo sobre sus hermanos que tanto les habian brindado con la concordia, los que derramaron la primera gota de sangre y tuvieron la culpa de que siguieran sacrificándose centenares de víctimas ante caprichos incomprensibles, fueron los que habian cometido los abusos electorales dando sobrados motivos al disgusto del pueblo.

Ese combate, lo mismo que las demás pequeñas escaramuzas que se le siguieron, quedaron por nosotros, perdiendo el enemigo sus dos piezas de artillería y algunos muertos y prisioneros.



CAPITULO XI.

COMBATES.

Una vez que se nos forzaba á abrir la campaña que no queríamos emprender, en espera siempre de algun avenimiento, las principales fuerzas de Mazatlan salieron al mando del coronel Almada á situarse en Concordia, y las de Culiacan debian obrar en combinacion sobre la sierra, segun los arreglos celebrados con Aragon; pero con profundo disgusto se recibieron las noticias que llevaban los exploradores á Culiacan, anunciando que aquel jefe estaba quebrantando el convenio, pues que á la vez que enviaba fuerzas sobre los pequeños destacamentos que teniamos en el camino de Mazatlan, otras habian invadido el mismo Distrito de Culiacan. Tal proceder no iba conforme ni con la palabra del militar ni con el honor del caballero, y fué preciso que fuera otro comisionado, el coronel Don Arcadio Vega, á pregun-

tar al coronel Aragon lo que aquello significaba. Las evasivas con que contestó y las intenciones manifiestas de sus movimientos, nos revelaron que su plan consistia en caer de sorpresa sobre la fuerza que mandaba el coronel Palacio en Elota, lo cual sucedió efectivamente, y esto cuando se encontraba allí el general Toledo de paso para Mazatlan.

La sorpresa alcanzada con un ardid tan poco noble, fué completa, pero las pérdidas causadas al destacamento insignificantes.

Entónces ya no fué posible que la brigada del coronel Granados saliera de Culiacan, porque era tanto como dejar cuatro distritos en poder del enemigo.

Pero sí salió el resto de la fuerza martinista de Mazatlan, quedándose allí de guarnicion un cuerpo de la 4.^a Division de Corona, mandado por el Gral. Bibiano Dávalos. Habíase convenido de antemano en que este jefe guardaria con su cuerpo una actitud enteramente neutral en los asuntos de Sinaloa; pero los oficiales empezaron á simpatizar con la causa de Martínez. Sepúlveda que permanecia allí siempre vigilante, lo observó, y temiendo un pronunciamiento, empezó á invitar á Dávalos para que aprovechara los momentos en que estaba solo Martínez, para terminar de un golpe la revolucion. Dávalos contestó que no mancharia su nombre faltando á la palabra empeñada por él y por su jefe de no mezclarse en aquellos asuntos, por más que supiera que tenía que res-

petar sus indicaciones, toda vez que era el consejero y el amigo querido del general Corona.

Entonces Sepúlveda propuso otro medio que Dávalos no tuvo inconveniente en aceptar: este medio fué que el primero contratara un buque para que el segundo pudiera embarcarse con sus fuerzas para Guaymas.

El buque fué alistado secretamente, y se fijó el día en que debía hacerse el embarque de la tropa, ántes de que llegara por agua la brigada de Granados que se estaba esperando. Habia convenido esparcir este rumor para la seguridad de Martinez y el mejor éxito de las operaciones militares.

El día en que estuvieron concluidos los preparativos para el embarque del cuerpo neutral, la poblacion sufrió alguna alarma, porque se situaron centinelas que no dejaban transitar á nadie por las calles inmediatas al muelle, con orden de hacer fuego á los que se aproximaran. Con los disparos que provocó esta medida, murieron dos hombres del pueblo, sin saber ni por qué causa.

Al saber el general Martinez lo que pasaba, montó á caballo, y seguido de dos oficiales se dirigió á la Aduana, en donde le dijeron que estaba el motin. Fué recibido á balazos; pero avanzó hasta ordenar de viva voz que cesara el fuego. El jefe del cuerpo se presentó dando sus disculpas. Martinez le dijo:

—¿Por qué se alarma así á la poblacion?

—Se va á embarcar el cuerpo y....

—¿Quién lo impide?

—Nadie, pero.....

—Me parece que no hay necesidad de derramar así la sangre de los ciudadanos.

Y el mismo Martinez dictó las órdenes convenientes para que se restableciera la calma y el cuerpo federal se embarcara lo más pronto posible.

Si el general Martinez hubiera querido impedir el embarque del cuerpo, no tenia más que pronunciar una palabra; pero léjos de eso, mandó llevar asientos al muelle, en donde estuvo viendo desfilarse la tropa que lo victoreaba al pasar, lo mismo que al entrar á los pangos que le conducian al gran buque de vela preparado para hacer la travesía á Guaymas.

Después de dicha operacion, se volvió tranquilamente á la casa de gobierno.

Sepúlveda se ocultó, temiendo que se hubiera descubierto que él era el autor de aquella intriga, en que la causa de Martinez perdía un magnífico cuerpo de línea con que hubiera contado más tarde. En seguida salió furtivamente de Mazatlan, no obstante que nadie se ocupaba en perseguirlo, por lástima ó quizá por desprecio.

Hasta ese momento, mi papel en los sucesos de Sinaloa se había reducido á escribir en los periódicos conforme al dictado de mi conciencia, desnudando á la vista del pueblo á los hombres públicos, que habian estado cubriéndose con el ropaje de la intriga; se me admitió como correligionario en los consejos que celebraban los jefes de la revolucion, y en mi calidad de amigo los acompañaba en los peligros y les ayuda-

ba en todos los trabajos de escritorio, sin que tuvieran éstos ningún carácter oficial, hasta que el Gral. Martínez consideró que podría serle útil en su nueva administración, nombrándome prefecto del distrito de Culiacan, cargo que acepté y desempeñé por muy corto tiempo, no obstante haber sido más encumbra da mi posición con Rubí, porque se trataba de un gobierno popular en el Estado, cuya política iba de acuerdo con mis convicciones. Mi idea persistente era regresar á Guadalajara, luego que se determinara la situación de Sinaloa, teniendo en cuenta que apenas había lugar allí para dar cabida á las nacientes aspiraciones. Por otra parte, había salido electo diputado por los distritos de Cosalá y San Ignacio, y podía, y no sólo podía sino que ambicionaba, ocupar un asiento en el Congreso general. Aun con ese fin, y con anuencia de los jefes de mi partido, insté repetidas veces al general Rubí para que me diera los viáticos del viaje que la ley señala; pero Rubí cerró las puertas á mis legítimas pretensiones, aconsejado por los que temían que fuera á perjudicarles con mis informes en la capital de la República.

Ejercí, pues, mi cargo de Prefecto por una corta temporada, procurando en él que los ciudadanos tuvieran garantías y no hacerles mal alguno. En la apariencia al ménos, los habitantes de aquel distrito manifestaron quedar contentos de mí; no sé si en el fondo tendrían algo por qué maldecirme, pues la verdad raras veces logra abrirse paso hasta los oídos de los que mandan. Por mi parte, dejé aquella hermosa ciu-

dad de Culiacan con la conciencia tranquila y seguro de no haber causado perjuicio á nadie voluntariamente. Dejé buenos amigos, que despues han seguido dispensándome su aprecio, y yo traje conmigo de esa agradable y melancólica población los más gratos recuerdos.

El Distrito de Cosalá, en su mayor parte minero, se haya naturalmente defendido por montañas inaccesibles y presenta por todos lados sinuosidades que hacen difícil y pesado el camino del viagero que va en una buena mula á cualquiera de sus asientos minerales. En un espacio de mas de cincuenta leguas no hay mas que pasos difíciles y puntos muy apropiados para la defensa militar, lo cual hizo que nunca se presentaran allí los franceses. Hay desfiladeros en que con diez hombres puede impedirse el paso á cualquier ejército. Por esa circunstancia hubiera sido un delirio pretender atacar al coronel Aragon en aquellas madrigueras para castigar la conducta páfida que habia observado, no obstante que en nuestros gefes y tropa reinaba un gran entusiasmo para emprender aquella campaña. La prudencia aconsejaba no ir á luchar contra las asperezas del terreno y se pensó en sacar al enemigo de allí por medio de la estrategia.

Se dispuso que anelara un buque en el puerto de Altata, distante unas quince leguas de Culiacan, en el cual debería embarcarse, como ya antes se habia prevenido, la Brigada de Granados para trasladarse á Mazatlan. Se hicieron los preparativos de marcha de modo que la noticia cundiera por todas partes.

Tan luego como se supo esto por el enemigo, se movió también lleno de confianza yendo á situarse en el pueblo de San Lorenzo distante unas 18 leguas de Culiacan. El coronel Aragon destacó la mitad de su fuerza, esto es, unos cuatrocientos hombres sobre el coronel Adolfo Palacio que estaba de observacion por Elota con 200 de caballeria.

Granados, como que no fijaba la atencion en estas maniobras, salió en el dia que habia designado con rumbo al puerto de Altata, pero apenas habia andado unas cuantas leguas cuando contramarchó violentamente para San Lorenzo. Yo abandoné la prefectura á otras manos, deseoso de hacer aquella campaña, ya porque me hiciera falta una vida mas activa, ya porque no queria dejar escapárseme la oportunidad que se me presentaba de ver como se batia un valiente de tanto renombre como Jorge Granados.

En el camino encontramos á D. Fortunato de la Vega quien nos informó habia sido plagiado por el coronel rubiista D. Francisco Miranda, consiguiendo á duras penas su rescate por la cantidad de mil pesos. El doble de esa cantidad fué quitado á otros dos comerciantes también plagiados el dia anterior por las fuerzas del Sr. Aragon.

En la noche de ese dia que supo el enemigo con verdadera sorpresa nuestra aproximacion, se salió violentamente y en desorden de San Lorenzo yendo á situarse en un punto ventajósísimo llamado Las Mesas.

El 5 de Marzo de 1868 llegamos á eso de las doce

del dia al pueblo de San Lorenzo: allí supimos que el general D. Cleofas Salmon, que mandaba la columna enemiga que se habia destacado sobre Adolfo Palacio, todavia no se incorporaba al grueso de las fuerzas de Aragon, lo cual hacia comprender que este no podia retirarse de las Mesas dejando aquella fuerza comprometida. Entonces decidió Granados librar el combate mandando desde luego á las guerrillas á que hostilizaran al enemigo, observando todas sus posiciones.

Se dió un ligero rancho á la infanteria y á la una y media de la tarde nos pusimos en marcha descubriendo á poco al enemigo posesionado de un punto formidable. Era una eminencia plana en el centro como una mesa, pero escarpada é inaccesible por todos lados. No habia mas que un flanco abordable, ligeramente peñososo, encumbrado y defendido naturalmente por un ancho rio que solo podia vadearse con comodidad en pasos lejanos.

Al llegar nosotros, la caballeria se estaba cambiando algunos tiros desde el lado opuesto del rio con el enemigo. Granados mandó que aquella simulara una carga y se retirara fingiéndose derrotada, mientras él se emboscaba con la infanteria entre unos espesos matorrales. Se hizo como se deseaba y el enemigo cayó en el lazo, pues bajando de sus posiciones al rio, emprendió la persecucion de aquella caballeria desordenada. En ese momento se dejaron ver los cuerpos de infanteria haciendo un fuego vivo de flanco, introduciendo la confusion consiguiente en las filas enemigas.

Muchos muertos y heridos quedaron en el campo: nosotros solo tuvimos cuatro hombres heridos y unos veinte dispersos.

La papelera de Aragon con documentos importantes, algun parque y muchas armas, fueron el botin de esta jornada. El terreno montuoso impidió coger muchos prisioneros, pero Aragon se retiró solo con cinco hombres reunidos.

Al mismo tiempo el coronel Palacio derrotaba la fuerza con que el coronel Salmon habia ido á provocarlo; de suerte que en unas cuantas horas quedaron destruidos aquellos ochocientos hombres, que tanto dinero habian costado al Estado y á la Federacion.

El gobierno de Rubí, despues de esta victoria alcanzada por nosotros, quedaba circunscrito al mineral de Pánuco, en donde con grandes trabajos y miserias podia apénas mantener á cuatrocientos hombres, únicos que le servian de apoyo en todo el Estado.

Debió creer, como nosotros, que su fantástico gobierno era á aquella hora una sombra que se le escapaba.

CAPITULO XII.

EL 8 DE ABRIL.

Pernoctamos en un rancho inmediato á Las Mesas y temprano se puso en marcha la columna para Cosalá, quedándonos Granados y yo con cuatro oficiales para incorporarnos á ella un poco mas tarde. Habria trascurrido una hora, y nos disponiamos á mandar ensillar los caballos, cuando súbitamente nos vimos cercados de veinte hombres con blusas rojas iguales á las del enemigo que empezaron á hacernos fuego. Granados saltó de la cama en donde estaba á medio vestir y con pistola en mano se lanzó al encuentro de los asaltantes: uno de ellos lo conoció luego y dió el grito de ¡viva el coronel Granados! que hizo caer las bocas de los mosquetes asestados contra nosotros para hacer una segunda descarga.

Era una guerrilla de pronunciados que se habia aparecido en el campo al olor del botin y que habia

Muchos muertos y heridos quedaron en el campo: nosotros solo tuvimos cuatro hombres heridos y unos veinte dispersos.

La papelera de Aragon con documentos importantes, algun parque y muchas armas, fueron el botin de esta jornada. El terreno montuoso impidió coger muchos prisioneros, pero Aragon se retiró solo con cinco hombres reunidos.

Al mismo tiempo el coronel Palacio derrotaba la fuerza con que el coronel Salmon habia ido á provocarlo; de suerte que en unas cuantas horas quedaron destruidos aquellos ochocientos hombres, que tanto dinero habian costado al Estado y á la Federacion.

El gobierno de Rubí, despues de esta victoria alcanzada por nosotros, quedaba circunscrito al mineral de Pánuco, en donde con grandes trabajos y miserias podia apénas mantener á cuatrocientos hombres, únicos que le servian de apoyo en todo el Estado.

Debió creer, como nosotros, que su fantástico gobierno era á aquella hora una sombra que se le escapaba.

CAPITULO XII.

EL 8 DE ABRIL.

Pernoctamos en un rancho inmediato á Las Mesas y temprano se puso en marcha la columna para Cosalá, quedándonos Granados y yo con cuatro oficiales para incorporarnos á ella un poco mas tarde. Habria trascurrido una hora, y nos disponiamos á mandar ensillar los caballos, cuando súbitamente nos vimos cercados de veinte hombres con blusas rojas iguales á las del enemigo que empezaron á hacernos fuego. Granados saltó de la cama en donde estaba á medio vestir y con pistola en mano se lanzó al encuentro de los asaltantes: uno de ellos lo conoció luego y dió el grito de ¡viva el coronel Granados! que hizo caer las bocas de los mosquetes asestados contra nosotros para hacer una segunda descarga.

Era una guerrilla de pronunciados que se habia aparecido en el campo al olor del botin y que habia

despojado de sus blusas rojas á los dispersos de Aragon. Ellos mismos nos sirvieron luego de escolta hasta alcanzar al grueso de nuestras fuerzas.

En Cosalá fuimos recibidos perfectamente por el comercio y por la poblacion en virtud de que se consideraban libertados de las grandes estorsiones de que habian sido víctimas. Sus informes no nos cogieron de nuevo, pues bastante sabiamos por los papeles quitados á Aragon todo lo que aquellos desgraciados tuvieron que sufrir.

Rubí no habia mandado un solo centavo á aquella fuerza: lejos de eso leímos quince órdenes, á cual mas terminante, en que prevenia al coronel Aragon que despues de hacer un duro escarmiento con los cabecillas, impusiera en Culiacan un préstamo de cincuenta mil pesos y le mandara en el acto la mitad, procurando causarle lástima con la miseria que guardaba. Mi nombre era el que aparecia siempre en primer término al tratarse de hacer con nosotros un ejemplar castigo.

Mientras llegaba á verificarse todo esto, se sacó el dinero posible de Cosalá y de los alrededores, metiéndose algunas veces al mismo Estado de Durango no obstante que su gobernador protegía con empeño la causa de Rubí. Por ejemplo: Aragon sacó tres mil pesos del mineral del Tominil.

En jurisdiccion propia fué mas escandaloso el saqueo, pues que se vieron rematar en pública subasta mercancias embargadas á los comerciantes que no habian tenido con que cubrir los préstamos forzosos. En

los ranchos mas inmediatos de Cosalá quedaron las trojes vacias y nosotros para proveernos de pasturas y granos, lo mismo que de reses para la tropa, teniamos que mandara buscarlas á distancias enormes.

Ocupados los Distritos de Cosalá y San Ignacio y establecidas las autoridades civiles que reconocian el gobierno del general Martínez, no quedaba mas punto sustraído á su obediencia que el mineral de Pánuco residencia de los escuálidos poderes del bando enemigo: las personas y las propiedades tenian plenas garantías en todo el Estado sin que se diera el caso de que alguien fuera molestado en lo mas mínimo por sus opiniones. Llegó el momento en que se pudo expedir la convocatoria para las nuevas elecciones, y el Estado pudo hacerlo muy bien en uso de su soberania y de la independencia que para su régimen interior tenia prescrita por la Constitucion; pero Martínez tenia razon en decir que aunque eso era lo que estaba escrito, siempre convenia esperar la licencia del gobierno general con quien no era bueno ponerse de uñas pues que al fin era dueño del ejército, de los caudales públicos y de todo el poder necesario para aplastar á los Estados cuando se le antojara.

En ese concepto se le estuvieron dirigiendo á D. Benito Juarez diversas y bien fundadas peticiones, conjurándole en nombre de la paz y de los futuros destinos de Sinaloa á que dejara practicar nuevas elecciones, toda vez que las que se habian hecho adolecian de los vicios fundamentales que se le pusieron de manifiesto.

En respuesta á todo esto se supo que el general Corona se habia movido de Guadalajara para Durango con tres mil hombres, en donde le esperaban otros tres mil y que con ese numeroso ejército iba á restablecer el orden en Sinaloa, orden que el mismo Estado con su circunspeccion se empeñaba en probar que ya estaba restablecido.

La verdad es que no se necesitaba hacer ninguna campaña sino expedir una orden cualquiera por el gobierno general en el sentido que le pareciera mas conveniente. Todos se hubieran sometido porque no se queria pelear, sino salir por buen camino de aquel atolladero.

Personas respetables nos hacian saber sin embargo que el movimiento de Corona no significaba que tuviera órdenes de atacarnos y que aquellas tropas solo iban á servirle de apoyo para obligarnos á tener un avenimiento.

—No habia necesidad de esas gentes ni de ese aparato, contestamos nosotros. El gobierno podia mandarnos las órdenes que quisiera y nosotros las acataríamos.

—A las fuerzas se anticiparán probablemente unos comisionados que traerán amplios poderes para zanjar la cuestion.

—¡Magnífico!—Era lo que nosotros queríamos.

Convenia pues, que ya los comisionados ó la 4.^a division que mandaba Corona nos encontraran enteramente posesionados de Sinaloa, sin sombra del gobierno que se daba el título de legítimo y fué llamado á Ma-

zatlán para encargarme del mando político en virtud de tener que salir el general Martínez de la plaza para encargarse de dirigir en persona las operaciones militares sobre la sierra de Pánuco.

Cuando llegué á Mazatlán ya se tenia noticia de que las fuerzas de Corona habian salido de Durango y que antes de quince dias estarian reunidas con las de Rubí en el Distrito de Concordia.

A todo el mundo le parecia aquello un absurdo, pero el hecho era evidente: una gran division haciendo gastos cuantiosísimos venia á emprender una campaña difícil, por caminos que por si mismos acaban con las tropas, y esto lo llevaba á cabo el gobierno de la República sin oír informes de personas imparciales, sin atender las peticiones de paz que le dirigiamos, sin escuchar mas palabras que las de aquellos que estaban interesados en desfigurar la verdad para sacar ventajas de posicion y de dinero. En aquella cuestion de Sinaloa, vuelvo á repetirlo porque la historia debe fijarse en estas enseñanzas para que no se repitan iguales injusticias en el porvenir, en aquella cuestion no habia necesidad de que muriera un solo hombre ni de que se gastara un solo peso para que todo se hubiera allanado: bastaba un juez recto, que hubiera fallado oyendo á ambas partes y nosotros hubiéramos sido los primeros en sujetarnos á su decision. A ese juez ya lo habiamos nombrado nosotros: primero fué Corona, despues Juarez, pero ninguno de los dos quiso levantar con honrada conciencia las balanzas de la justicia.

Lo que pudimos comprender al notar la obstinacion con que se nos llevaba á aquella guerra que no provocábamos, fué que se procuraba tener en Sinaloa un gobernador que fuera instrumento del general Corona, costara esto lo que costara; y Corona podia responder de Rubí ante la terquedad de D. Benito Juarez. Aunque esto se encontraba en contradiccion con el hecho de que Corona conservara inteligencias secretas con Martinez al cual escribia diciéndole que nada tenia que temer de la 4.^a Division, pues que lo que él se proponia era obligar á Rubí á que se redujera á la vida privada.

Seria esto verdad ó no, pero Martinez siempre que le decian que Corona venia resuelto á atacarlo, contestaba:

—No lo hará, yo sé muy bien que no lo hará.

—¿Pero por qué?

—Porque es imposible, es imposible.

Sigo refiriendo los hechos.

La fuerza toda de que podia disponer Martinez, era de dos mil hombres á dos mil quinientos, mandados por el coronel Granados: habia avanzado mas adelante de Copala con el fin de atacar á Rubí en sus madrigueras: apenas se habia abierto la campaña con escaramuzas en que era necesario ir conquistando el terreno palmo á palmo, cuando hubo que suspender las operaciones de la sierra porque se tuvo noticia de que estaba llegando ya todo el grueso de la 4.^a Division: hubo necesidad por lo mismo de Gra-

nados contramarchara al Presidio ó Villa de Union, poblacion de poca importancia que dista unas nueve leguas de Mazatlan.

Las órdenes fueron de que permaneciera allí mientras no se le comunicaban otras. Es probable que al dictarse esa disposicion no se tuvo idea siquiera de que iba allí á trabarse un combate, porque el punto no es nada militar, dejando á la retaguardia un rio bastante caudaloso que embaraza cualquier movimiento y hace imposible una retirada al frente del enemigo. Mucho menos podia considerarse el Presidio como punto militar y estratégico, desde que es accesible por todos lados, estando á la vez rodeado de montes espesos, lo cual hace que no se vea al enemigo que se aproxime y que pueda llegar hasta las casas cubierto, sin que dichas casas por ser muy débiles puedan servir de defensa.

Lo mas creible es que se tuviera el objeto de situar allí aquellas fuerzas como punto de observacion, mientras se escogia el terreno en que habia de librarse la batalla.

Con sorpresa supimos todos que Martinez al tomar el mando de todas las tropas que se habian podido reunir en el Presidio, no pensaba cambiar de posicion, lo cual en nuestro concepto era arriesgar demasiado el éxito del combate, aunque tambien es verdad que Martinez no llegó á convencerse de que hubiera combate.

Del mismo puerto de Mazatlan hicimos regresar al campamento unos exploradores que bajaban de la

sierra y los cuales daban detalles muy precisos, respecto del número, movimientos é intenciones del enemigo. Rubí había tomado ya la vanguardia de las operaciones, y se dirigía violentamente para Mazatlán. El grueso de la 4ª División, podía componerse de unos cuatro mil hombres con quince piezas de artillería é incontable número de mulas cargadas de víveres y municiones. No se incorporaba aun el general Corona, pero venían allí sus principales generales esto es, Donato Guerra, Canto, Parra, Simón Gutiérrez etc. etc. El general Martínez se sonrió desdenosamente al oír todos estos pormenores y permaneció tranquilo en Villa de Unión.

Llegó por fin la hora en que dijera las fuerzas avanzadas:

—El enemigo encima!

—No importa, respondió Martínez, no hará fuego sobre nosotros; espero á los comisionados.

Poco tiempo despues vino otro ayudante de Granados á decirle:

—El enemigo está ya á tiro de cañon.

—Está bien.

Y dictó algunas disposiciones para el combate, diciendo luego á los que estaban próximos:

—Estoy cierto de que no seremos atacados.

A poco se oyeron tiros de las avanzadas y luego de la artillería.

—¿Quién ha roto los fuegos? preguntó Martínez con enojo creyendo en una imprudencia de los suyos.

—El enemigo, le contestaron.

—He sido vendido, exclamó, he sido engañado.

Y se lanzó á batirse como un leon segun su costumbre, perdiendo su caballo desde luego en lo mas recio de la refriega.

Siempre he visto como de mal agüero que maten el caballo del general en jefe en los momentos de dar principio al combate.

Las órdenes que dictó entónces el general Martínez, aunque hubieran sido acertadas ántes, habían perdido su oportunidad, pues el enemigo, que se formaba casi del doble de nuestras fuerzas, superior tambien en organizacion y elementos de guerra, había tenido tiempo de rodear la poblacion encerrando á los nuestros en un círculo de bayonetas; y si malo es estar flanqueado, peor es hallarse envuelto, por lo que desmoraliza á las tropas verse sin una retirada segura.

Granados, sin embargo, haciendo uso de aquel arrojo que tanto habían admirado los franceses, cargó con su batallón «Rosales», arrollando dos columnas enemigas, y en ese momento mandó pedir un refuerzo de caballería, respondiendo del triunfo si lo recibía sobre la marcha: otro pequeño cuerpo de su brigada lo sostuvo, y los soldados lo victorearon llenos de entusiasmo, comenzando á tocarse dianas en su campo.

El coronel Adolfo Palacio fué el designado para ir en su auxilio con doscientos dragones, y se precipitaba al galope, cuando recibió una descarga á quema ropa de un cuerpo de infantería: era el del

coronel Almada compuesto de 600 plazas, que estaba minado desde ántes y que acababa de pasarse al enemigo.

Ese mismo cuerpo hacia fuego sobre la retaguardia de Granados, á la vez que una columna que llegaba de refresco lo atacaba de frente, viniendo todo esto á hacer inútil el esfuerzo que la brigada acababa de hacer.

Martínez y Granados comprendieron que la derrota estaba determinada, y procuraron abrirse paso á retaguardia, rompiendo el anillo de hierro en que se les habia encerrado, con solo algunos soldados decididos y valientes que quisieron seguirlos.

Las pérdidas fueron: cincuenta mil pesos que se hallaban repartidos en las cajas de los cuerpos, cuatro piezas de artillería, todo el parque, multitud de mulas cargadas con equipajes, caballos, armas y una infinidad de prisioneros, sin que muriera de los nuestros ningun oficial, ni sargento siquiera, sino solo algunos soldados.

El enemigo tuvo en ese particular mas sensibles pérdidas, muriendo entre los gefes de cierta importancia el coronel Crespo antes Prefecto de Mazatlan paisano y amigo querido del general Rubí.

Como no habian caído gefes ni oficiales prisioneros, en represalia fueron fusilados todos nuestros sargentos y cabos á quienes cupo suerte tan desgraciada!!!...

CAPITULO XIII.

EL SAQUEO.

Habiáanse fusilado 17 de los prisioneros, cuando llegó el magnánimo general D. Donato Guerra é impidió que siguiera la matanza.

El general Toledo no concurrió á la batalla porque se encontraba enfermo en Mazatlan: allí estaba yo á la vez ejerciendo las funciones de primera autoridad política y preparando el viaje de mi familia para S. Blas, porque habia presentido lo que iba á suceder y no queria que aquella sufriera las vejaciones de costumbre. Solo que no aguardaba que estuviera tan próximo el desenlace ni que fuera tan desastroso. El embarque no pudo efectuarse por no haber dispuesto de tiempo suficiente para empacar los equipajes. ¡Cuánto me pesó despues no haber sacado de Mazatlan á mi familia aunque fuera sin una sábana!

coronel Almada compuesto de 600 plazas, que estaba minado desde ántes y que acababa de pasarse al enemigo.

Ese mismo cuerpo hacia fuego sobre la retaguardia de Granados, á la vez que una columna que llegaba de refresco lo atacaba de frente, viniendo todo esto á hacer inútil el esfuerzo que la brigada acababa de hacer.

Martínez y Granados comprendieron que la derrota estaba determinada, y procuraron abrirse paso á retaguardia, rompiendo el anillo de hierro en que se les habia encerrado, con solo algunos soldados decididos y valientes que quisieron seguirlos.

Las pérdidas fueron: cincuenta mil pesos que se hallaban repartidos en las cajas de los cuerpos, cuatro piezas de artillería, todo el parque, multitud de mulas cargadas con equipajes, caballos, armas y una infinidad de prisioneros, sin que muriera de los nuestros ningun oficial, ni sargento siquiera, sino solo algunos soldados.

El enemigo tuvo en ese particular mas sensibles pérdidas, muriendo entre los gefes de cierta importancia el coronel Crespo antes Prefecto de Mazatlan paisano y amigo querido del general Rubí.

Como no habian caído gefes ni oficiales prisioneros, en represalia fueron fusilados todos nuestros sargentos y cabos á quienes cupo suerte tan desgraciada!!!...



CAPITULO XIII.

EL SAQUEO.

Habiáanse fusilado 17 de los prisioneros, cuando llegó el magnánimo general D. Donato Guerra é impidió que siguiera la matanza.

El general Toledo no concurrió á la batalla porque se encontraba enfermo en Mazatlan: allí estaba yo á la vez ejerciendo las funciones de primera autoridad política y preparando el viaje de mi familia para S. Blas, porque habia presentido lo que iba á suceder y no queria que aquella sufriera las vejaciones de costumbre. Solo que no aguardaba que estuviera tan próximo el desenlace ni que fuera tan desastroso. El embarque no pudo efectuarse por no haber dispuesto de tiempo suficiente para empacar los equipajes. ¡Cuánto me pesó despues no haber sacado de Mazatlan á mi familia aunque fuera sin una sábana!

A la una de la tarde recibí un parte en que se me participaba que estaban batiéndose las fuerzas de Rubí con las de Martínez. No había trascurrido un cuarto de hora, cuando se presentó en mi casa montado á caballo el general Toledo en persona poniéndome al corriente de la derrota que habían sufrido nuestros amigos. Un ayudante del general Martínez que llegó en esos momentos nos refirió algunos de los pormenores, sin dejarnos la menor duda respecto de la magnitud de aquel fracaso.

Decidimos reunir á la poca gente con que contábamos en el puerto, á fin de incorporarnos con el gobernador. Estaban ensillándose nuestros caballos, cuando fuimos advertidos por diferentes personas de que ya estábamos cortados por tierra, quedándonos en el mar nuestra única retirada, siempre que este medio lo adoptáramos violentamente.

—¿Es posible, preguntamos con aire de duda, que el enemigo se haya movido con tal rapidez sobre Mazatlan?

A esto nos contestó un oficial estendiendo la mano, para designarnos las grandes canoas que se desprendían de la Isla llenas de gente, y cuyas armas reverberaban con los rayos del sol, agregando estas dos significativas palabras, las mas terribles despues de una derrota:

—¡Allí están!

Allí estaban en efecto, y venían en busca nuestra, hidrópicos y desbordándose en deseos de venganza. Si hubieran podido beber toda nuestra sangre, hubié-

ran quedado todavía sedientos, tanto encono así manifestaban contra unos enemigos políticos, que una série de circunstancias acumuladas por la fatalidad, les habia formado.

Rindiéndonos á la evidencia de lo que veíamos, renunciáramos al proyecto de salirnos de Mazatlan por aquella lengua de tierra, la única salida que existe, ocupada ó en momentos de serlo por nuestros encarnizados perseguidores. Entonces abandonamos nuestros caballos y nos resolvimos á tomar la fuga por agua.

Di algunas breves órdenes á fin de que mi familia se refugiase en una casa extranjera para evitar los atropellos del primer momento: mis caballos, mis libros y papeles fueron puestos en lugar que yo consideré seguro, y mi casa fué abandonada para que hicieran de ella lo que quisieran los que iban á tomarla por asalto.

Nuestros amigos ó simpatizadores nos rodeaban haciéndonos instancias para que nos apresuráramos á salir al mar, temiendo que fuésemos asesinados por los rubistas que estaban ya entrando por el otro extremo de la ciudad.

Efectivamente, estaban llegando algunos grupos de gente armada, pero á poco vimos que eran gefes y oficiales dispersos de nuestros amigos.

Por fin nos dirijimos al muelle, pudiendo apenas llevar conmigo un ligero saco de viaje, mis armas y una caja de puros habanos. Me contaron despues que un tal Duhagon que me vió pasar, dijo al ver la caja

de puros que llevaba yo en la mano, á los que estaban inmediatos á él:

—¡Es una caja llena de onzas de oro!

Ese Señor Duhagon debia de ser muy candoroso: ¿á quién se le ocurre llenar con onzas de oro un cajon de puros y llevarlo tranquilamente por entre multitud de gentes insolentadas que podian arrebatarlo con toda impunidad?

Siempre, despues de mis tristes campañas, hasta mis mismos amigos me han juzgado repleto de onzas de oro, sin poderse persuadir de que he salido de todas ellas á la cuarta pregunta.

Por lo demás, no me atrevo á creer que esa clase de ligerezas sean dictadas por la perversidad ó por el deseo de matar la reputacion de un hombre, sino simplemente por halagar las credulidades del vulgo ó la mucha voluntad de suponerse que la persona aludida no ha perdido el tiempo.

El general D. Jesus Toledo y yo, con cosa de treinta personas mas, entre empleados civiles y militares, de los que mas temian exponerse á los furoros del partido triunfante, nos pusimos á bordo de un buque de guerra inglés que estaba anclado en la bahía y que fué la única de las embarcaciones que se atrevió á darnos hospitalidad.

Detrás de nosotros llegaron los oficiales dispersos y poco despues los coroneles Granados y Palacio, por los cuales tuvimos el gusto de saber que ninguno de nuestros amigos habia muerto en aquella desgraciada funcion de armas.

El general Martinez seguido de unos 200 hombres montados se habia retirado rumbo á Culiacan, en donde tenia esperanza de reorganizarse ó de formar cuando menos algunas guerrillas para seguirse sosteniendo, mientras se veia el giro que tomaba la revolucion general. En los últimos dias se habian recibido comisionados de Puebla y de Guerrero, lo mismo que de algunos otros Estados, proponiendo un plan para desconocer á D. Benito Juarez como Presidente, tanto por el golpe de Estado de Paso del Norte, como por los ataques á las instituciones y principios constitucionales dados en la Convocatoria: el respeto y el cariño que nos acostumbramos á profesar al representante de nuestra autonomia durante la guerra de intervencion, no habia hecho contestar á todos que nuestra cuestion era local y de fácil arreglo, sobre que esperábamos bien que lo tuviera. Martinez nos mandaba decir que desde el momento en que el gobierno general habia sido inconsecuente con nosotros y nos habia atacado, ya no le debiamos ninguna consideracion, sino que estábamos en el caso de recoger el guante que nos tiraba: que en S. Blas recibiriamos armas y otra clase de elementos de guerra, que recogiéramos la gente dispersa que habia tomado por el rumbo de Santiago y que él nos avisaria en qué época habiamos de volver á la carga con todo ímpetu.

Se conocia que iba devorado por el despecho, juzgándose víctima de la mayor de las perfidias.

Una vez que estábamos completamente garantizados de nuestras vidas á bordo del vapor de guerra in-

glés, nos pusimos desde allí á hacer los arreglos convenientes para verificar nuestra retirada: fletamos dos pequeñas embarcaciones que apenas podian contener sobre cubierta á los sesenta hombres que formábamos la expedicion y nos hicimos á la vela al oscurecer en los momentos en que oíamos la algazara atronadora de las hordas de Rubí que paseaban alcoholizadas por las calles, llenando de terror á los habitantes de Mazatlan.

Sus gritos repetidos eran que muriera Martinez, que muriéramos todos nosotros: que vivieran Rubí y Ramon Corona. No hubo casa que no volvieran de alto á bajo buscándonos, pero buscando con más empeño lo que nos pertenecía para tomarlo como botin de guerra. Asi fué como me desembarazaron en esa vez de tres caballos de mi propiedad y dos magníficas mulas, de una buena silla de montar, de mis libros todos que habia logrado reunir á fuerza de sacrificios desde que era estudiante, de mis papeles, de mi ropa y de otras bagatelas. Las puertas de mi casa fueron forzadas y los gefes de Rubí se sacaron de allí los pocos objetos que se habian quedado abandonados. Se habia procurado engendrar el mayor rencor contra mi entre aquellos beligerantes diciéndoseles que era yo el alma y el motor de las divisiones que reinaban en el Estado.

Se decretaron luego algunas prisiones, se mandó sacar dinero de donde lo hubiera, se allanaron sin formalidad todas las casas... no fué el orden en suma el que presidió la entrada á Mazatlan de nuestros vencedores.

Aunque nosotros quisimos abandonar el puerto por

la noche, el viento nos faltó para inflar las velas y al dia siguiente amanecimos todavía á la vista: entonces se pensó en perseguirnos y el capitan del puerto coronel D. Francisco Miranda, que habia entrado triunfante con Rubí queriendo vengarse de la zurra que llevó en las Mesas, se puso personalmente á alistar un buque de alto porte en el cual colocó cuatrocientos infantes. Tampoco le hizo viento ni siquiera para salir de la bahia y tuvieron nuestros enemigos que contentarse con vernos alejar al impulso de un noroeste fresco que nos empezó á soplar á cosa de las diez de la mañana. No se dieron por vencidos y mandaron despues un vaporcito llamado el Colon, á darnos caza; pero ya nosotros á fuerza de velas y de remos nos habiamos puesto fuera de la persecucion.

Cuando regresó el Colon se dijo que ibamos allí todos prisioneros y que se nos iba á pasar por las armas sobre la marcha; pero esto solo tuvo por objeto dar un tormento de dos horas á nuestras atribuladas familias.

Dos dias despues nos encontrábamos sanos y salvos en S. Blas en donde por precaucion, lo mismo que nos habia pasado á bordo del buque inglés, nos fueron recogidas las armas. Podiamos contar desde luego con las simpatias de Lozada el gefe absoluto del territorio de Tepic, lo mismo que de los suyos, considerándonos víctimas de Corona, y fuimos tratados por el gefe de las armas del puerto con las mayores muestras de consideracion. Al dia siguiente llegó la orden para que se nos devolvieran nuestras armas,

para que se nos entregase una cantidad de dinero, y para que se nos ofreciera todo género de garantías: quedábamos además en absoluta libertad para permanecer en el canton ó para dirijirnos á donde nos conviniera.

A los cinco dias mi familia se preparaba en Mazatlan para seguirme á San Blas, cuando el mencionado capitan del puerto hizo volver á la playa los bultos que estaban ya embarcados. Varios comerciantes y amigos míos desconocieron aquel procedimiento, pero el coronel Miranda mandó entonces recabar una orden del gobernador que conservo original, y que dice así:

«República Mexicana—Gobierno Constitucional del Estado Libre y soberano de Sinaloa.—Teniendo noticia este gobierno de que se trata de embarcar los muebles de los revoltosos Fulano de tal (Fulano de tal soy yo) y otros, dispondrá Vd. bajo su mas estrecha responsabilidad, sean detenidos, tomando una nota pormenorizada de todos, y dará cuenta á este Gobierno.—Independencia y Libertad.—Mazatlan, Abril 14 de 1868.—D. Rubí.—Francisco á Solano, secretario....C. Capitan del Puerto, coronel Francisco Miranda.»

Por fortuna esta orden de embargo no era estensiva á mi muger y mis dos pequeñuelos Amalia y Arturo, los cuales pudieron ponerrse á bordo abandonando todo aquello á la rapacidad de mis enemigos.

CAPITULO XIV.

PERIPECIAS.

Mis lectores no habrán olvidado al Dr. Juan Valdez, mi compañero durante toda la campaña de Colima, á quien los acontecimientos habian empujado tambien á Mazatlan; pues bien, este amigo fué el que me dió el golpe de gracia encargándose de todo lo que no habia caido en poder de Rubí y sus gentes. Se casó á poco, le servian aquellos muebles que mi esposa dejó encomendados á su cuidado y por eso jamás pensé en reclamárselos. Lo único que hice fué borrarlo de la lista de mis amigos, pues no lo son, no pueden serlo los que abusan de las circunstancias tristes de una familia.

Verificado el embargo de mis muebles y equipages por los empleados de la Aduana, las cajas que contenian ropa fueron abiertas en la playa y registradas públicamente: cada cual cogia allí lo que le gustaba,

para que se nos entregase una cantidad de dinero, y para que se nos ofreciera todo género de garantías: quedábamos además en absoluta libertad para permanecer en el canton ó para dirijirnos á donde nos conviniera.

A los cinco dias mi familia se preparaba en Mazatlan para seguirme á San Blas, cuando el mencionado capitan del puerto hizo volver á la playa los bultos que estaban ya embarcados. Varios comerciantes y amigos míos desconocieron aquel procedimiento, pero el coronel Miranda mandó entonces recabar una orden del gobernador que conservo original, y que dice así:

«República Mexicana—Gobierno Constitucional del Estado Libre y soberano de Sinaloa.—Teniendo noticia este gobierno de que se trata de embarcar los muebles de los revoltosos Fulano de tal (Fulano de tal soy yo) y otros, dispondrá Vd. bajo su mas estrecha responsabilidad, sean detenidos, tomando una nota pormenorizada de todos, y dará cuenta á este Gobierno.—Independencia y Libertad.—Mazatlan, Abril 14 de 1868.—D. Rubí.—Francisco á Solano, secretario....C. Capitan del Puerto, coronel Francisco Miranda.»

Por fortuna esta orden de embargo no era estensiva á mi muger y mis dos pequeñuelos Amalia y Arturo, los cuales pudieron ponerrse á bordo abandonando todo aquello á la rapacidad de mis enemigos.

CAPITULO XIV.

PERIPECIAS.

Mis lectores no habrán olvidado al Dr. Juan Valadez, mi compañero durante toda la campaña de Colima, á quien los acontecimientos habian empujado tambien á Mazatlan; pues bien, este amigo fué el que me dió el golpe de gracia encargándose de todo lo que no habia caido en poder de Rubí y sus gentes. Se casó á poco, le servian aquellos muebles que mi esposa dejó encomendados á su cuidado y por eso jamás pensé en reclamárselos. Lo único que hice fué borrarlo de la lista de mis amigos, pues no lo son, no pueden serlo los que abusan de las circunstancias tristes de una familia.

Verificado el embargo de mis muebles y equipages por los empleados de la Aduana, las cajas que contenian ropa fueron abiertas en la playa y registradas públicamente: cada cual cogia allí lo que le gustaba,

pues en esos momentos de venganza se consideraba meritorio robar al intruso que habia ido á sembrar la zizaña entre los gefes del ejército.

El atentado, sin embargo, fué enorme y todas las gentes que no estaban ciegas por la pasion política y que tenian la razon natural en ejercicio, quedaron al ver todo aquello verdaderamente escandalizadas.

Como he dicho antes, fuimos recibidos en S. Blas con todas las consideraciones que inspira la desgracia: permanecimos en ese puerto algunos dias discutiendo el partido que habiamos de tomar una vez que el éxito no habia favorecido nuestra causa para que hubiera podido reputarse buena, cuando llegó un correo dándonos aviso de que por el rumbo de Acaponeta habia un buen número de hombres armados que pedian permiso para entrar en el canton de Tepic, los cuales eran dispersos de Martinez. Adolfo Palacio que era el mas impetuoso nos dijo:

—No hay que vacilar: yo me encargo de ir á dar organizacion á esa fuerza.

—Creo que los que sigamos haciendo esos sacrificios estériles, le contesté, despues de haber concluido con nuestros mejores elementos de guerra en la accion del Presidio, ya no volveremos á estar en condiciones de presentar una batalla. El pueblo de Sinaloa nos agradecerá mucho que lo dejemos en paz.

—Pero con ese gobierno?

—Con ese gobierno que, por malo que sea, le ha de causar menores males que la prolongacion de la guerra civil.

La mayoría, aunque no de un modo resuelto, sin duda mas bien creyendo alhagar el deseo de Palacio, opinaba por la continuacion de la campaña, no sin que hubiera fluctuaciones, segun las noticias que recibiamos.

Por ejemplo: se nos dijo al principio que Rubí habia fusilado ochenta prisioneros, que habia incendiado algunos pueblos de los que se mostraban partidarios de Martinez, que perseguia con encarnizamiento á nuestros amigos. . . .entónces esclamábamos todos: ¡la guerra!

Pero luego se rectificó la noticia diciéndonos que los fusilados habian sido solo 18, que el único pueblo que se habia incendiado era el de la Noria y que el general Donato Guerra, indispuerto con Rubí por aquellas escenas, le habia marcado una línea nueva de conducta, y nosotros deciamos: dejemos en paz á Sinaloa.

Un dia vinieron á decirnos que se avistaba una gran lancha ocupada con tropas, supuesto que con el sol se veian brillar los fusiles: inmediatamente se puso sobre las armas un destacamento perteneciente á Lozada, y la autoridad del puerto dictó sus órdenes para que la lancha fuera aprehendida: en efecto logróse la aprehension y la tropa que allí venia en persecucion nuestra fué desarmada, obligándose al comandante á regresar con su gente al Manzanillo de donde venia buscando el precio que se habia ofrecido por nuestras cabezas. Entonces decidimos que no teniamos otro camino que el de la guerra, principalmen-

te si recibiamos de San Francisco las armas y municiones que nos habia ofrecido Martinez.

Estábamos enteramente listos para mandar abrir la campaña en el Distrito del Rosario que linda con el canton de Tepic, mandando un cuadro de gefes y oficiales de los mejor relacionados y mas bien queridos por aquellos rumbos, á la vez que marcharian otros violentamente á recoger nuestros dispersos en el interior del Estado, cuando llegó una embarcacioncilla de las costas de Sinaloa: con sorpresa vimos que venian á bordo los ayudantes y oficiales mas adictos á Martinez, que le habian acompañado á Culiacan.

—Pues que pasa? les preguntamos.

—Pasa esto, nos contestaron alargándonos un impreso.

Era un manifiesto del general D. Angel Martinez en que espresaba que para no tener que entrar en combate con fuerzas pertenecientes al gobierno general, disolvía las suyas y ponía así punto á la contienda.

A seguida de esto nos dijo un oficial:

—El general nos reunió á todos en Culiacan y nos manifestó que no se podía seguir combatiendo porque ya habia tomado Juarez cartas en el asunto, que era el gefe de la Nacion, que disponia de todo el ejército mexicano para poder aplastarnos, sin que nosotros pudiéramos contar, reuniendo todos nuestros elementos y haciendo los mayores sacrificios, mas que unos ochocientos ó mil hombres. Nos dió las gracias y añadió que podiamos irnos por donde quisiéramos,

pues él iba á expatriarse espontáneamente é ignoraba en donde residiria y por qué tanto tiempo.

Adolfo Palacio se mordió las uñas, Toledo sumió los hombros de un modo espresivo, Granados lanzó una exclamacion de las mas enérgicas y yo me quedé pensativo haciéndome estas preguntas interiormente:

¿Que vamos á hacer despues de esa determinacion tomada por nuestro gefe? ¿vamos á seguir combatiendo? Pero entonces ¿que principio es el que invocamos? Lanzamos un plan desconociendo al gobierno general por su convocatoria anticonstitucional, por su política torcida y por su golpe de Estado? ¿Y con qué elementos podemos contrarestar todo el poder y toda la moral de un ejército de cuatro ó cinco mil hombres triunfantes? ¿Que auxilio pueden mandarnos los pronunciados de Puebla, de Tamaulipas y de Guerrero que apenas se pueden mantener ocultos en los bosques? Suponiendo por otra parte que depongamos nuestra actitud hostil, ¿á donde podremos dirigirnos despues, que no seamos perseguidos con encarnizamiento? ¿Iremos tambien á comer el pan del destierro? ¿Y con qué recursos?

Adoptamos por fin la resolucion de dirigirnos á Tepic, en donde si bien podiamos temer al gefe político puesto por el gobierno, Sr. Sanroman, en cambio teniamos de nuestra parte la proteccion del Señor de aquellas tierras, del general D. Manuel Lozada.

Los oficiales subalternos quedaron desde ese momento libres de todo compromiso y dueños de dirigirse á donde mejor les conviniera, despues de ser

auxiliados de la manera que se pudo. Algunos nos siguieron y otros se despidieron de nosotros derramando lágrimas.

Llegamos á Tepic en los primeros días del mes de Mayo del año de 1868. Teníamos unos quince días de vivir allí tranquilamente, esto es, sin que nadie se metiera con nosotros, cuando un día fueron llamados Toledo y Palacio por el gefe político, el cual es dijo:

—Tengo orden de aprehender á vds. y remitirlos á México.

—Puede V. hacerlo, le contestó Toledo.

—En ese caso, si vds. están conformes, no hay necesidad de emplear medios violentos, sino irse á presentar á Guadalajara al general Sóstenes Rocha.

—Lo pensaremos, contestó Toledo.

—Por mi parte, se apresuró á decir Adolfo Palacio no empeño mi palabra ni formo sombra de compromiso, porque quiero estar libre para hacer lo que mas me convenga. Por lo demas, puede V. aprehenderme desde luego, pues declaro que mientras mi persona no esté materialmente asegurada yo me considero en plena libertad para obrar como tenga por conveniente.

—No, no aprehenderé á vds. porque seria causarles un mal que no quiero echar sobre mi conciencia.

—¿Y las órdenes que V. tiene?

—Veré como voy eludiéndolas.

Lo que habia de cierto en el fondo era que si bien el Sr. Sanroman habia recibido órdenes de Juarez pa-

ra entregarnos en Guadalajara al general Rocha, tambien habia recibido una cartita de Lozada en que le prevenia se cuidara muy bien de tocarnos un pelo.

Lo chusco de esto fué que el gefe político Sanroman, no queriendo confesar su impotencia ante el gobierno general, contestó que ya nos tenia presos y que podia salir una escolta al camino á recibirnos. La escolta estuvo saliendo, pero nunca llegó á encontrarnos: lo que queria el Sr. gefe político era aprovechar nuestra salida para el interior, que bien sabia era por entonces nuestro único proyecto, para luego escribir que él era quien nos remitia bajo nuestra palabra.

Las noticias que recibiamos de la capital no eran nada tranquilizadoras: se nos informaba que el gobierno seguia una política muy tirante con todos los que le habian sido desafectos y especialmente con los que no habian aceptado de buen grado los manequies ó gobernadores mandados imponer en cada Estado. Desde que comenzó nuestro movimiento en Sinaloa hasta que llegamos á Tepic habiamos tenido cuidado de estar rindiendo partes circunstanciados de lo que haciamos nosotros y de lo que hacia el gobierno de Rubí, que habia ofrecido ocho mil pesos por cada una de las cabezas de tres de nosotros, y los ministros no contestaban aquellas notas ni nuestras cartas particulares, siquiera para que pudiéramos saber á que atenernos. Nuestra situacion, sin embargo, era así insostenible, y era necesario salir de ella cuanto antes.

Casi yo era solo el que opinaba por nuestra presentacion en México lisa y llanamente para depurar nuestra conducta ante el gobierno. El cargo hecho por el general Corona de habernos repartido los setenta mil pesos de Culiacan era muy rudo, y necesitábamos rendir aquellas cuentas, si no queríamos dejar sentada una reputacion de bandoleros.

—Seremos muy mal recibidos, me decian mis amigos.

—Las administraciones liberales, les contestaba yo, siempre han sido benignas en las cuestiones de política y la de Juarez lo está siendo con los mismos hombres que traicionaron á la patria. ¿Han de tratarnos con mas dureza á nosotros que hemos prestado cual mas cual menos algunos servicios á la República?

Lozada que llegó á saber cuáles eran nuestras vacilaciones, nos mandó decir: que seguro como estaba de que íbamos á ser las víctimas de un gobierno desconsiderado y poco agradecido, que nos trataria hasta con crueldad, nos ofrecia no solo su tolerancia, sino que nos dispensaria hasta su proteccion, con solo que consintiéramos en pasar un poco de tiempo como ignorados en alguno de los pueblecillos de la sierra: en su oportunidad nos daria los elementos de combate que necesitáramos.

Rehusamos desde luego aquel generoso ofrecimiento, temerosos de que fuéramos á complicarnos en compromisos que no nos convinieran, conocidos como nos eran los proyectos de nuestro amigo D. Plá-

cido Vega, y sobre todo, como estábamos ansiosos de justificarnos con un proceso militar de los cargos que pesaban sobre nuestra conducta. No habíamos cometido ningun delito que pudiera avergonzarnos y nos creíamos espeditos para presentarnos en donde quiera con la frente muy levantada. No queríamos ya esquivar el proceso sino los malos tratamientos, de suerte que desde el seguro sitio en que estábamos, podíamos tirar nuestras medidas para hacer una presentacion en regla.

Entonces aquellos amigos me invistieron de plenos poderes, siendo el designado para conseguir de D. Benito Juarez una sola cosa: que el juicio con todas sus consecuencias se radicara en cualquiera parte que no fuera Sinaloa. Conveníamos en que el delito si lo habia, allí se habia cometido y que no habia mas leyes que pudiesen aplicársenos que las del Estado; pero la gracia consistia en que el delito se declarara federal para no ir á dar en manos de nuestros enemigos.

Sali de Tepic con toda cautela y fuí á esperar en el camino la Diligencia en que iba instalada mi familia, compuesta entonces de mi muger y mis hijos Amalia y Arturo, con algunas gentes de servicio, mas bien para poder pasar de incógnito por Guadalajara; pero Sanroman que lo supo se montó en cólera porque me iba sin darle aviso y tras de mí partió un extraordinario con órdenes á los puestos militares para que me pasaran por las armas tan luego como me aprehendieran. Felizmente el correo llegó á Ixtlan un poco despues de haber yo salido de los límites del can-

ton, por trabajos de mis amigos que se habian enterado de lo que pasaba.

En Magdalena recibí cartas de Guadalajara en contestacion á otras mias asegurándome que nada tenia que temer del general Rocha gefe de la guarnición, respetándose el carácter que llevaba de comisionado. Entouces proseguí tranquilamente mi camino; pero en la hacienda de la Venta, á siete leguas ya de Guadalajara, me encontré una fuerza federal de cincuenta hombres: el oficial que los mandaba de apellido Garduño, se acercó á la Diligencia y preguntó por los presos.

—¿Cuales presos? le pregunté.

Entonces pronunció nuestros nombres, el mio *in capite*.

—No los conozco, ni vienen atras á lo que parece, le contesté sin inmutarme.

Durante este pequeño coloquio las personas que venian en la Diligencia me ayudaron con su circunspeccion á tener el mayor disimulo, sin llegar con la menor palabra imprudente á despertar las sospechas del oficial, quien nos dejó proseguir nuestro camino. Dejé el carruaje antes de llegar á la garita en donde nos esperaba otra escolta y al caer la tarde penetré á la ciudad por calles estraviadas.

Permanecí oculto durante dos dias y al tercero volví á tomar la Diligencia para la capital con el nombre supuesto de Isidro Flores, que fué el primero que se me ocurrió al tomar el boleto en la madrugada, observando algunas otras precauciones para burlar el espionage que se ejercia sobre los pasajeros.

CAPITULO XV.

FERROS DE PRESA.

Habia llegado sin tropiezo á Lagos en donde me consideraba ya seguro de toda persecucion, cuando se presentó en mi alojamiento el gefe político diciéndome que acababa de recibir una orden telegráfica para reducirme á prision. Era un buen amigo mio por fortuna, el Lic. Don Albino Aranda, y convenimos en que se descartaria contestando que el mensaje le habia llegado despues de la salida de la Diligencia, para lo que le daba pretesto la circunstancia de que la línea telegráfica solo llegaba entónces á S. Juan de los Lagos, distante diez leguas.

Al llegar á México consideré que ya eran inútiles las precauciones, creyéndome en puerto seguro, y di mi verdadero nombre en el Hotel donde tomé habitacion. Tenia por una parte la salvaguardia de mi investidura de comisionado y mi fuero de representante,

ton, por trabajos de mis amigos que se habian enterado de lo que pasaba.

En Magdalena recibí cartas de Guadalajara en contestacion á otras mias asegurándome que nada tenia que temer del general Rocha gefe de la guarnición, respetándose el carácter que llevaba de comisionado. Entouces proseguí tranquilamente mi camino; pero en la hacienda de la Venta, á siete leguas ya de Guadalajara, me encontré una fuerza federal de cincuenta hombres: el oficial que los mandaba de apellido Garduño, se acercó á la Diligencia y preguntó por los presos.

—¿Cuales presos? le pregunté.

Entonces pronunció nuestros nombres, el mio *in capite*.

—No los conozco, ni vienen atras á lo que parece, le contesté sin inmutarme.

Durante este pequeño coloquio las personas que venian en la Diligencia me ayudaron con su circunspeccion á tener el mayor disimulo, sin llegar con la menor palabra imprudente á despertar las sospechas del oficial, quien nos dejó proseguir nuestro camino. Dejé el carruaje antes de llegar á la garita en donde nos esperaba otra escolta y al caer la tarde penetré á la ciudad por calles estraviadas.

Permanecí oculto durante dos dias y al tercero volví á tomar la Diligencia para la capital con el nombre supuesto de Isidro Flores, que fué el primero que se me ocurrió al tomar el boleto en la madrugada, observando algunas otras precauciones para burlar el espionage que se ejercia sobre los pasajeros.

CAPITULO XV.

FERROS DE PRESA.

Habia llegado sin tropiezo á Lagos en donde me consideraba ya seguro de toda persecucion, cuando se presentó en mi alojamiento el gefe político diciéndome que acababa de recibir una orden telegráfica para reducirme á prision. Era un buen amigo mio por fortuna, el Lic. Don Albino Aranda, y convenimos en que se descartaria contestando que el mensaje le habia llegado despues de la salida de la Diligencia, para lo que le daba pretesto la circunstancia de que la línea telegráfica solo llegaba entónces á S. Juan de los Lagos, distante diez leguas.

Al llegar á México consideré que ya eran inútiles las precauciones, creyéndome en puerto seguro, y di mi verdadero nombre en el Hotel donde tomé habitacion. Tenia por una parte la salvaguardia de mi investidura de comisionado y mi fuero de representante,

y por las otras estaba seguro en mi conciencia de que mis actos públicos no podían ser penados por las leyes.

En la misma noche solicité una audiencia del Sr. Vallarta, que era á la vez el Ministro del interior, quien me la concedió en el acto citándome para el día siguiente en su casa.

Acudí con exactitud á la cita y entregándole los poderes de que estaba investido, le expuse el objeto de mi misión, manifestándole que los gefes del movimiento de Sinaloa, al someterse al gobierno, la única condición que imponían era ser juzgados por un tribunal imparcial, lejos de la influencia de sus enemigos políticos.

—Me parece muy justa esa pretension, me contestó el ministro y ofrezco hablar al Presidente sobre el particular si V. lo desea.

—No he venido á otra cosa.

—Pero es el caso, añadió, que si el Presidente sabe que V. se encuentra en la capital le mandará aprehender como á una de las personas complicadas en aquel movimiento.

—¿Sería posible? me pregunté interiormente, ¿entonces este gobierno no da garantías á un emisario de paz?

Vino á mi memoria la buena acogida que me dispensó el general Oronoz en Colima en tiempo de la intervencion, sin embargo de que la causa que sostenía la República era irreconciliable con la que sostenía el imperio, y agregué en voz alta:

—No abrigo por mi parte semejantes temores pero aunque fuera así, yo tengo que cumplir con el encargo que se ha confiado á mi lealtad.

—Está bien: hoy mismo trataré el negocio con el Presidente. Y nos despedimos.

Dos horas despues un amigo mio, el Sr. Felipe Rubalcaba, se presentó en mi cuarto con un recado del ministro que me llenó de sorpresa: el Sr. Presidente al saber que me encontraba en la capital, habia mandado llamar á D. Juan José Baz, Gobernador del Distrito Federal, y personalmente le habia dado la orden de que me aprehendiera. En consecuencia, debia tomar por mi parte las precauciones que juzgara prudentes.

Esas precauciones fueron por de pronto cambiarme á otro hotel y seguir con mi nombre supuesto, resuelto á no salir de la capital sin obtener alguna resolución respecto del fin que llevaba.

No salí de allí tan pronto que no viera llegar al hotel que abandonaba á cuatro agentes de policía haciendo gran escándalo, como si se tratara de la captura de un gran personaje.

Conoci que la cosa iba seria y mientras me proporcionaba mejor escondite, me instale en el hotel del Bazar en donde casualmente vivían Apolonio Angulo y otros de mis amigos.

La policía de México, que suele ser lista cuando quiere, ó siguió mis huellas ó andaba buscándome entre los nuevamente instalados en los Hoteles, el caso fué que al día siguiente á la hora de estar en mi

cuarto escribiendo alguna correspondencia, se me presentó un individuo de mala catadura diciéndome:

—¿Es V. D. Fulano de Tal?

—No señor, le contesté.

—Pues el sastre me dijo que aquí debería encontrarlo.

—¿Que sastre?

—El francés.

—¿Y que es lo que desea el sastre francés?

—Probar á V. la ropa.

Evidentemente estaban un tanto cuanto bien informados, toda vez que en aquella misma mañana me había mandado hacer un traje en una sastrería francesa.

En un segundo me puse en guardia y contesté:

—¡Ah! V. se ha equivocado de cuarto.

—No señor: V. mismo es D. Fulano de Tal.

—¿Y á que había de negarlo?

—Voy á avisar pues.

—Vaya V.

Y mi hombre bajó la escalera.

Luego entreabrí las hojas del balcón con vista al patio y me puse á observar.

El individuo estuvo cambiando algunas palabras con otro que le aguardaba en el zaguan.

Este otro tenia una pistola al cinto.

Comprendí que no me había equivocado en mis sospechas, y sin tiempo para otra cosa oculté ó destruí algunos papeles que podian comprometerme en una pesquisa.

Pocos momentos despues se presentaron los dos individuos en la puerta de mi cuarto. Yo estaba escribiendo tranquilamente con mi gorro calado y una blusa de lino puesta. Rayaba el papel y formaba una factura de efectos en que estaban mezclados el arroz y el azúcar con las telas, los paraguas y los sombreros, dando á mis mercancías de seguro los precios mas extravagantes.

—¿D. Fulano de Tal? preguntó el nuevamente llegado.

Despues supe que era nada menos el gefe de la policia llamado Mucio Reyes.

—No vive aquí, contesté sin volver la cara.

Entonces empecé á sumar en voz alta:—Cuatro arrobas de manteca y cinco de sal...

—Me han dicho que V. es.

—¡Hola! dije volviéndome á mirarle con desfachatez, ¿tambien V. viene á probarme la ropa?

Y lancé una carcajada que desconcertó mucho á mis hombres, pues se alejaron un poco, hablaron algunas palabras y luego volvió solo el gefe diciéndome ya sin rodeos:

—La verdad es que venimos á aprehender á D. Fulano de Tal de orden del gobernador y que segun los informes que hemos recogido V. es la persona que buscamos. Dése V. por preso.

Una carcajada mas franca que la anterior fué por de pronto mi única respuesta: el otro entró y ambos policías quedaron mirándose con aire atónito.

—Amigos míos, les dije luego con el tono mas bo-

nachon que pude encontrar, se han estado burlando de vds. de una manera lastimosa. Yo no soy sino un comerciante del interior que vino casualmente en la misma Diligencia que trajo á la persona que vds. buscan, con quien llevo algunas relaciones, y la cual, si no me equivoco, está alojada en Iturbide. No obstante, si el señor gobernador me necesita, estoy pronto á acudir á su llamamiento. Solo suplicaría á vds. me dieran el tiempo necesario para terminar estas facturas que deben marchar hoy mismo por el correo.

Como les hablaba en tono serio á la vez que les enseñaba mis supuestas facturas, empezaron á vacilar y á mirarse. Entonces creí completar el golpe diciéndoles:

—Yo me llamo Isidro Flores: soy comerciante de Leon. Vean vds. mi nombre en el boleto de la diligencia. Les autorizo para registrar mi equipaje, pueden ver mis papeles.....

—No señor, no es necesario.....

—En fin, acompañaré á vds. ya que el Sr. Gobernador lo desea.

Y di providencia para prepararme á salir.

—Señor, me dijo en medio de algunas otras excusas el gefe de la policía, vd. perdone, vamos á dar aviso de lo que pasa, y el Sr. Gobernador resolverá.

Mis dos hombres salieron á reculones, bajaron la escalera, y luego que les ví atravesando el patio, coloqué mis principales papeles en la bolsa de mi levita, me la puse, me calé el sombrero hasta los ojos y salí del cuarto dejándolo cerrado con llave. Al llegar á

la puerta del hotel, observé que se habia quedado de centinela uno de los agentes, y haciendo como que me limpiaba el sudor con el pañuelo, me cubrí con él por el lado que ocupaba aquel, y pasé sin novedad.

Tomé el primer coche desocupado que me encontré, le hice recorrer varias calles sin rumbo fijo, le dejé y tomé otro por si hubiera sido seguido y tomado el número y di orden de ser llevado á Palacio en donde estaba reunido el Congreso antes de que se incendiara el salon de sesiones, despedí el carruaje y me esperé dentro á que se hiciera de noche para salir confundido con los diputados. Acompañado de dos de éstos uno de ellos era Ricardo Pralacio á quienes referí la aventura, por tener en ellos plena confianza, me fui á una peluqueria, me hice quitar labarba, y provisto de una peluca y unos anteojos, quedé tan completamente disfrazado, que podia desafiar á mis amigos mas íntimos á que encontrándose conmigo en las calles pudieran reconocerme.

Me refugié en la casa de un pariente que era á la vez juez de 1.^ª instancia, y el coronel Apolonio Angulo quedó encargado de llevarse á su cuarto mi equipaje para remitírmelo mas tarde, si era que llegaba á cesar la vigilancia.

Una circunstancia enteramente casual, vino á darme un respiro de tres dias para arreglar algunas cosas que me interesaban, y entre otras recoger la resolución respecto de Toledo, Granados etc. que fué favorable.

Habiendo mostrado yo á la ventura el hotel de

Iturbide para encontrar á la persona que buscaban, la policia atrapó allí á un coronel de mi mismo apellido que llegaba del interior y dieron con él en un calabozo, celebrando la victoria alcanzada.

Solo cuando vino á averiguarse el *quid pro quo* por diligencias del preso, volvieron á redoblarse las pesquisas, pero la pista estaba perdida y aun llegaron á entender que habia abandonado la capital. Ya me tropezaba en las calles con mis mismos perseguidores sin que sospecharan mi presencia. Una vez estuve en el Teatro al lado del gefe de la policia y debajo de la platea que ocupaba el Gobernador con su familia. En otra vez hicimos aquel y yo el viage de México á San Angel en un mismo wagon.

Probablemente se habia dado la orden de que se vigilara á mis amigos, y uno de los mas marcados por haber recogido mi equipage del hotel, era el coronel Angulo que á la vez ocupaba el puesto de diputado, porque en una tarde que paséabamos juntos al entrar en la calle de Cadena observé que un hombre se fijaba en mi con mucha atencion.

Seguimos andando y al dar vuelta por la Monterrilla el hombre nos siguió pasándose á la acera del frente, pero sin perdernos de vista.

—Allí viene uno de los agentes de policia, le dije á mi amigo oprimiéndole el brazo ligeramente, desde hace rato viene siguiéndonos.

—¿No será preocupacion tuya?

—No: mirale con disimulo, es aquel del saquito negro y sombrero aplomado. Anda, si nosotros anda-

mos, y se detiene cuando nos detenemos.

—Vamos apretando el paso.

Anduvimos de prisa buscando un coche inutilmente porque á la sazón no los habia. El agente no nos perdia pisada.

—Llévame á cualquier hotel ó edificio que tenga dos puertas: tu detienes al hombre con cualquier pretesto mientras yo me voy por el otro lado.

Entramos á la Gran Sociedad por los billares, en donde Angulo debia contener al policia, y yo corri á escaparme por la puerta del Hotel: allí estaba ya mi hombre, que habia adivinado nuestros intentos.

Se me incorporó Angulo y seguimos recorriendo calles, seguidos mas de cerca de aquel infatigable agente.

Temiendo que pudiera ponerse en contacto con otros haciendo mas difícil mi escapatoria, dije á Angulo:

—No se atreve á ponerme la mano por respeto á tí. Vámonos separando para que suceda lo que ha de suceder, y no me pierdas de vista: tal vez necesite de tu auxilio. Mi salvacion dependia de un carruaje vacio que no podia encontrarse por ser dia festivo.

Hicimos la maniobra con el correspondiente apretón de manos en señal de despedida.

No habia dado cinco pasos, cuando el agente de la policia me alcanzó y dijo á mi espalda:

—Señor Flores.

Seguí andando como si nada.

—Señor Fulano de Tal.

Pronunció mi nombre verdadero y fué lo mismo.

—Pues como quiera que vd. se llame ríndase á prision.

Me detuve y le pregunté sonriendo:

—A mi es á quien vd. se dirige?

—Si señor: tengo orden de llevármelo preso.

—A mi?

—A vd. ¿No es vd. la persona que venia con el Sr. Angulo?

—Es cierto, pero....

—Nada: lo que vd. tenga que alegar lo oirá el Sr. Gobernador, quien nos está esperando en la esquina.

Estas palabras me hicieron estremecer, y aunque ya me consideraba perdido, recurri al último extremo añadiendo:

—El caso es que vd. me toma por otro y esto me perjudica porque me distrae de mis ocupaciones.

—¿No me conoce vd.? preguntó con risa maliciosa.

—Ni pizca.

—Pues yo si le conozco á vd. á pesar de los anteojos verdes y la peluca de largos bucles. Nos vimos por la primera vez hace unos veinte dias en el Hotel del Bazar. Yo soy el oficial de la sastreria.

Crei inútil seguir negando y contesté prontamente:

—En efecto, soy el mismo y ya veo que estoy descubierto por vdes. que son mas listos que yo.

—Pues andando.

—Y á donde he de ir?

—A la Diputacion.

—Todavía no.

—¿Como!

—Deseo que tengamos antes un momento de conversacion: ¿gusta vd. de tomar una copa?

—No tomo.

—Alguna otra cosa?

—Nada.

—¡Malo! dije para mis adentros, este hombre recibió ya una leccion de incorruptibilidad.

—¡Vamos á la prision! exclamé, echando á andar resueltamente.

El agente me siguió sin murmurar palabra.

Al llegar á la puerta de la Diputacion me detuve bruscamente y le dije: —¿Que puede vd. hacer en mi favor?

—Todo lo que vd. guste, con tal que no se oponga á mis deberes.

—Pues retirémonos de aquí para hacer á vd. mis encargos.

Nos retiramos hasta la puerta del Café de Fulcheri y sacando allí el dinero que traia en el bolsillo, unos ocho pesos, lo pasé al suyo diciéndole:

—Es mi voluntad, en primer lugar, hacer á vd. este pequeño regalo.

—No señor.... que....

—Vd. no puede quitarme este derecho.

La fiera empezó á domarse: sonrió.

—En segundo lugar, quiero prestar á vd. un gran servicio. ¿Cuanto gana vd.?

—Treinta pesos.

—Pues yo voy á recomendarle con mi amigo el ministro para que le dé un empleo de sesenta.

Abrió los ojos cuan grandes eran, y exclamó:

—¿De veras me podrá vd. conseguir un empleo de sesenta pesos?

—No tenemos que hacer otra cosa sino irnos derecho á la casa del ministro de gobernacion que, como vd. sabe, está por encima del gobernador.

—¡Ah!...pero el Sr. Baz me está esperando.

—¿Que lo ha de esperar!

—Le he mandado decir con un compañero que ya estaba vd. asegurado al tiempo de estarlo persiguiendo.

—Ya mañana no volverá vd. á este oficio.

—Me castigarán.

—El ministro se encargará de salvarle de cualquiera pena.

—Pues vamos, en la inteligencia de que no me vendo, de que lo hago esto con vd. por simpatía.

—Por mi linda cara! dije interiormente.

Llamé á Angulo que estaba cerca, le conté en breves palabras lo que habia sucedido, echamos á andar y ordené con autoridad al policia que nos siguiera á tres pasos de distancia.

—¿Y vamos á salir alli con esta embajada?

—Lo que pienso es ganar tiempo.

Llegamos sin haber formado plan alguno, prevenimos al policia que nos esperara en la puerta, Angulo recordó que en el entresuelo vivia el diputado Jesus Castañeda muy amigo suyo, alli estaba, le contamos el caso y él con una viveza de carácter que le es natural, dijo luego:

—No hay cuidado, la casa se presta para hacer una buena jugada: siga vd. ese pasillo oscuro, al pié de él está la escalera de los criados, por alli salga mientras Angulo hace subir al policia por la escalera principal.

El mismo Castañeda me colocó detras de una puercecita que habia de abrir cuando sintiera los pasos por la escalera, para lanzarme al patio y luego á la calle.

Escuché la voz de Angulo que iba hablando con el policia y cuando entraron al despacho de Castañeda, sali de mi escondite: en el patio me encontré con el señor Ministro que llegaba acompañado del general Ogaizon y de otras personas. No me detuve á saludarles siquiera. Tomé el primer carruaje que me encontré, fuí á depositar mis cartas en el correo y luego me dirigí á mi alojamiento bendiciendo los nombres de Castañeda y de Angulo que tanto me habian servido en aquella noche para librarne de una afrentosa prision.

con rumbo á San Luis Potosí; pero custodiados por una buena escolta y sufriendo las molestias de quienes tienen que sujetarse á un gefe de fuerza que se apoya en la severidad de la consigna.

No dejaban de causarme alarma todos aquellos pormenores que, unidos á la feroz persecucion de que yo era objeto, demostraban claramente que el gobierno mas que una justicia pretendia ejercer con nosotros una venganza. Me quejé de estos procedimientos á quien creí que debia hacerlo, estando en la inteligencia, como estaba, de que mis amigos no debían ser reducidos á prision sino en San Luis Potosí, en donde yo habia garantizado que se presentarian espontáneamente para ser juzgados, y se me contestó que lo de la segura custodia habia sido una pura oficiosidad del Sr. general Rocha.

Mis amigos, en las cartas que me escribieron, dándome cuenta de su viaje, me recordaron la solemne promesa que yo les habia hecho de asistirles en la causa que se les iba á formar, y, en caso necesario, de ser uno de sus defensores. En consecuencia, y estando ya completamente restablecido de una enfermedad que tan hábilmente habia sabido combatir el sábio médico Sr. Liceaga, me dispuse á ir á incorporarme con mis amigos en la capital de San Luis Potosí, á cuyo efecto, fui provisto de algunas cartas de recomendacion para el Sr. Gral. Escobedo y algunas otras personas, teniendo que ser suscritas esas cartas por amigos muy íntimos que estaban en el secreto de que iba á aparecer allí con otro nombre que no fuera el

CAPITULO XVI.

UN PROCESO DE CARTABON.

Despues de aquel pequeño percance en que tan á punto estuve de ser metido en la cárcel muy desahadamente, me reduje á mi encierro voluntario del cual no volví á salir en varios dias, quitándome la tentacion una enfermedad que no era tan violenta que me postrara en cama; pero ni tan leve que no me obligara á guardar algun reposo.

En ese tiempo recibí las contestaciones que aguardaba. Mis amigos el general Toledo, el coronel Granados y otros oficiales que por propia voluntad quisieron seguir su suerte, se presentaron en Guadalajara en virtud de mi aviso de que podian hacerlo sin temor de ser enviados á Sinaloa, y una vez allí el Sr. general Rocha los mandó reducir á prision rigurosa, miéntras se le comunicaba la orden de dejarlos continuar su marcha. Llegó esta y siguieron en efecto

mio, para poder servir mejor á mis compañeros. Ese nombre supuesto fué el primero que se vino á las mientes á uno de mis amigos: en adelante tenia que ser el Lic. Antonio Montesdeoca.

Para desprenderme de la capital tuve que salir aún á la calle, en donde estuve todavia varias veces á punto de ser reconocido, y sin esperanzas de corromper al policía que me pusiera la mano, pues ya entonces se habia ofrecido un premio de \$500 al que lograra verificar mi aprehension.

En cambio tenia de tal modo ganado al agente á quien ofrecí el destino sin poderle dar mas que la propina diaria que me permitian mis recursos, que me rendia un parte detallado todas las mañanas, respecto de las providencias que se acordaban para mi persecucion, designando las calles, los caminos, los hoteles y las personas sobre quienes se iba á ejercer vigilancia. Esto me ayudaba mucho para huir del peligro.

La víspera de mi viaje concurrí por la noche al Teatro Nacional en union de varios amigos que de allí me fueron á acompañar al hotel de Iturbide, en donde pasamos el resto de la noche en agradable conversacion. A las cuatro de la mañana ocupé mi asiento en la Diligencia, sin precaucion alguna porque era mi hombre el encargado de inspeccionar á los pasajeros, y á las cinco habia ya traspuesto las garitas de la Gran Tenochtitlan en donde tuve tantos malos ratos.

Despues supe que al siguiente dia habia sido cateado el hotel de Iturbide siendo aprehendidas varias personas que tenian el aire sospechoso.....por si al-

guna de ellas fuera un servidor de ustedes.

En Querétaro era esperado por Joaquin y Julio Granados, hermanos de Jorge, quienes viven ahora en Guatemala muy bien establecidos, y entonces eran dos muchachos calaveras llenos de buen humor. Tanto en esa ciudad como en las demas postas de la Diligencia, fui reconocido por personajes de cierta representacion en el gobierno, sin que hubiera, no obstante, quien llegara á molestarme en lo mas mínimo. Una vez instalado en el hotel principal de San Luis, mientras fui á abrazar á mis amigos Toledo y Granados que se encontraban presos en el edificio que tiene allí el nombre de Obispado, al tronera de Julio Granados, que se habia fijado poco en el carácter de defensor que iba yo á representar, se le ocurrió que bien podia ser médico y me inscribió en el libro de los pasajeros como un insigne facultativo. A mi regreso me encontré con una regular clientela, y entre otras personas, al representante de una de las principales casas de comercio, que me ofrecia la cantidad de dinero que yo pidiera porque fuera á recetar á una persona de su familia que estaba enferma de gravedad. En tales aprietos llegué á verme con aquella broma impensada de Julio Granados, que á cinco de aquellos clientes por lo menos, que mas se empeñaban en que fuera médico mientras yo mas me resistia, tuve que esponerles bajo toda reserva la condicion en que me hallaba.

Los presos tenian mas de veinte dias de sufrir aquel encierro y todavia no eran consignados á juez

alguno: el paso que había que dar legalmente era ocurrir á la justicia federal, entablando el recurso de amparo por infracción del art. 19 de la Constitución; pero nos cuidamos bien de hacerlo por la creencia que nos hicieron formar de que, en aquellas circunstancias, los preceptos constitucionales no valían más que el papel en que están escritos y de que el brazo de la justicia federal en la mayoría de los casos, era solo un instrumento del poder, viniendo á ser el *habeas corpus* entre nosotros lo mismo que la libertad del sufragio y demás dijes republicanos, una *guasita* que solo con el tiempo y los golpes vendría á tener su respectiva formalidad.

Por otra parte, los supuestos reos me enseñaron contestaciones de alguno de los ministros, en que les manifestaba que pronto concluiría todo aquello, pero que se necesitaba llenar algunas fórmulas para cubrir las apariencias que dejaran incólume el principio de autoridad en que descansaba el edificio político que había levantado el Sr. Presidente.

El Sr. Gral. D. Mariano Escobedo se encontraba á la sazón haciendo la campaña de la sierra en Querétaro contra los que secundando los movimientos de otros puntos del país, habían desconocido á D. Benito Juárez. Nosotros ignorábamos el plan que proclamaban y ni siquiera nos llegamos á informar de tal plan, porque no tuvimos ni la sombra de pensamiento de hacer armas contra el gobierno general. Fuimos de los primeros en sentir excitados nuestros sentimientos patrióticos, contra la audaz convocato-

ria que se había lanzado por el gobierno como un insulto á la frente de la República, y fuimos de los primeros en presentar como candidato digno para regir los destinos de la Nación al general Porfirio Díaz; pero una vez derrotados en el terreno electoral, respetábamos los hechos consumados, por la costumbre que teníamos de respetar también el nombre glorioso de D. Benito Juárez. A no ser esto así, á no haber tenido tal confianza, tal cariño y tal veneración por aquel hombre, podíamos habernos asociado á los enconos de Adolfo Palacio, y además, puesto de acuerdo con los revolucionarios del país y con el mismo Lozada, que por conducto de D. Plácido Vega, nos había hecho conocer sus planes, y habernos lanzado á una guerra civil que hubiéramos hecho costosa é interminable. Lejos de eso, buscábamos la paz con el gobierno general, como el hijo pródigo que torna al hogar de donde le pesa haber salido.

Habían pasado dos meses, cuando el Sr. Gral. Escobedo regresó de la campaña de Querétaro, sin haberla concluido: le presenté mis cartas de recomendación y fui perfectamente recibido y presentado por él á su vez con sus amigos los diputados de la frontera, que pasaban por San Luis para ir á ocupar su asiento en la cámara.

Tuve la honra de ser llamado por el general Escobedo "mi amigo el Lic. Montesdeoca," aunque en mi interior me abrumaba el pesar de tener que estar jugando una farsa con tan cumplido caballero.

Atendiéronse mis gestiones en favor de los presos

y se les comenzó á juzgar en 13 de Agosto de 1868, instruyéndose la causa con total arreglo á la ley de 8 de Mayo del mismo año, espedida despues del movimiento político de Sinaloa que se habia iniciado el año anterior. Es decir, se daba á ley lo que los letrado llaman fuerza retroactiva y los jurisconsultos de todo el mundo una barbaridad.

Reclamé el procedimiento al Sr. Gral. Larrañaga, que era el fiscal nombrado, y me contestó manifestándome una nota del Ministro de la Guerra que se le habia trascrito, ordenándosele que instruyera el proceso ciñéndose á la ley expresada. Conforme á ella, tenian que concluirse todos los trámites en sesenta horas y aunque el fiscal estaba conforme en que á ninguna ley se le debia dar efecto retroactivo sin violar la Constitucion del pais, añadió que él, como soldado, tenia que obedecer las órdenes superiores.

Reclamé al general Escobedo y me guiñó el ojo dándome á sospechar que todo era valor entendido.

—Vamos adelante, dije yo, y me pegué á Larrañaga para vigilar el proceso.

Este no pudo formarse mas que con las acusaciones remitidas de Sinaloa, con algunos impresos tomados de aquí y allí y con las deposiciones de los acusados. En la causa no podia aparecer mas que lo que eran en si los hechos: Toledo, Granados, Palacio y todos los demas gefes y oficiales que figuraron en aquel movimiento, que estaban separados del servicio militar una vez que hubo terminado la guerra extrangera, como ciudadanos tomaron parte en las elecciones, es-

tas llegaron al carácter de riña local y aquellos hicieron uso del legítimo derecho de defensa contra el enemigo de las instituciones, contra el opresor de un Estado, contra el usurpador de un poder ajeno. Si habian empuñado las armas, habia sido en la creencia de que era para defender una autoridad legitima, la que sin duda alguna habia querido instituir el pueblo de Sinaloa. Los hechos fueron pura y simplemente los que llevo relatados: la circunstancia agravante eran los setenta mil pesos de Culiacan, que no podian menos de haberse agotado en 6 meses de revolucion, teniendo que mantener á dos mil soldados. Por otra parte, la distribucion correspondia al general Martinez, una vez que aceptó el gobierno con todas sus consecuencias y la responsabilidad al general Corona que fué quien lo nombró.

Se fijó el 20 del mismo mes de Agosto para que se celebrara con toda solemnidad un Consejo de Guerra compuesto de un Presidente que seria Coronel y de ocho vocales que serian capitanes.

Toda esa gente tenia que ser escogida y aleccionada por el general Escobedo entre sus mismos subalternos.

Mi permanencia de mas de dos meses en San Luis Potosí, en donde estaban establecidos varios paisanos míos, el ruido que habia hecho el negocio que me llevaba, el haber sido presentado con mi nombre á mas de cien personas en una tertulia á que concurrí, dada por uno de mis paisanos, y otras varias circunstancias contribuyeron á que se difundiera casi por

toda la poblacion el secreto de que Fulano de Tal, compañero, ó mejor dicho, cómplice de los presos, iba á defenderlos ante el tribunal que los juzgaba. De suerte que, desde muy temprano comenzó á inundarse de gente el local en que iba á reunirse á las diez de la mañana el Consejo de Guerra. Eran tres los reos y tres los defensores: los nombres de estos últimos, Lic. Jáuregui, Julio Granados y Lic. Antonio Montesdeoca. El de este era el que mas llamaba la atencion, no obstante que el del primero pertenecia á uno de los ilustres abogados que defendieron al Archiduque Maximiliano en el gran proceso formado en Querétaro, bajo la direccion del mismo general que nos tenia allí bajo su férula, aunque en esta última, rebotando en simpatias no solo por los acusados sino por su amigo el defensor Lic. Antonio Montesdeoca.

En los siguientes capítulos verá el lector el desenlace de esta historia que en el fondo era pura y sencillamente una comedia.

CAPITULO XVII.

LA DEFENSA

Ante un numeroso concurso se abrieron los debates de aquel abigarrado consejo de guerra.

El Presidente dijo:

—Tiene la palabra la defensa.

—¡Como! exclamó el Lic. Jáuregui, primero debe leerse el proceso y el pedimento fiscal conque termine.

Se accedió á que se leyera la causa, pero no á que el fiscal emitiera su opinión que debia quedar reservada para lo último.

El ligero debate que sobre este incidente promovimos fué apagado con un campanillazo y en seguida dijo el Presidente:

—Tiene la palabra el primer defensor de los acusados Lic. Antonio Montesdeoca.

El defensor Montesdeoca, es decir, yo.

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES VOCALES:

En seis años de estar consagrado á la distinguida carrera forense, en que mas de una vez tuve la fortuna de arrancar del patíbulo á los infelices que condenaban las cortes mar-

toda la poblacion el secreto de que Fulano de Tal, compañero, ó mejor dicho, cómplice de los presos, iba á defenderlos ante el tribunal que los juzgaba. De suerte que, desde muy temprano comenzó á inundarse de gente el local en que iba á reunirse á las diez de la mañana el Consejo de Guerra. Eran tres los reos y tres los defensores: los nombres de estos últimos, Lic. Jáuregui, Julio Granados y Lic. Antonio Montesdeoca. El de este era el que mas llamaba la atencion, no obstante que el del primero pertenecia á uno de los ilustres abogados que defendieron al Archiduque Maximiliano en el gran proceso formado en Querétaro, bajo la direccion del mismo general que nos tenia allí bajo su férula, aunque en esta última, rebotando en simpatias no solo por los acusados sino por su amigo el defensor Lic. Antonio Montesdeoca.

En los siguientes capítulos verá el lector el desenlace de esta historia que en el fondo era pura y sencillamente una comedia.

CAPITULO XVII.

LA DEFENSA

Ante un numeroso concurso se abrieron los debates de aquel abigarrado consejo de guerra.

El Presidente dijo:

—Tiene la palabra la defensa.

—¡Como! exclamó el Lic. Jáuregui, primero debe leerse el proceso y el pedimento fiscal conque termine.

Se accedió á que se leyera la causa, pero no á que el fiscal emitiera su opinión que debia quedar reservada para lo último.

El ligero debate que sobre este incidente promovimos fué apagado con un campanillazo y en seguida dijo el Presidente:

—Tiene la palabra el primer defensor de los acusados Lic. Antonio Montesdeoca.

El defensor Montesdeoca, es decir, yo.

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES VOCALES:

En seis años de estar consagrado á la distinguida carrera forense, en que mas de una vez tuve la fortuna de arrancar del patíbulo á los infelices que condenaban las cortes mar-

ciales, no se me había presentado un caso como el presente, en que se viera mas en relieve la inocencia de los acusados.—No hablo solo por el coronel Granados, que me ha hecho el honor de nombrarme su defensor, sino tambien por las demas personas comprendidas en el proceso, pues todas tienen igualmente de su parte la justicia.—Las mas veces he tenido que presentarme á los tribunales con la frente inclinada, con los labios trémulos, pidiendo gracia, implorando la clemencia de los jueces, porque algo encontraba en mi interior que me decia que los reos por quienes abogaba, tenían, cuando ménos, alguna pequeña culpabilidad; pero ahora puedo erguir la cabeza con orgullo, puedo alzar la voz con arrogancia, puedo esclamar con la conviccion de un hombre honrado que defiende la mas justa de las causas: ¡los acusados no son culpables! No, no lo son, no pueden ser mas que das víctimas ultrajadas por la ambicion y por la cobardía...!

Perdonadme, Señores, si en el discurso de esta defensa, llevo á dejarme llevar de los arranques que produce la indignacion: esto proviene, de que conozco á fondo toda la historia del movimiento de Sinaloa, lo mismo que las causas de este proceso inmotivado. Por mi vista han pasado todos los sucesos: en mis manos he tenido los datos de las dos partes contendientes, y no ha llegado á escapárseme ni la mas sutil de las intrigas del gobierno de Sinaloa, ni de su protector el Sr. Gral. Corona. Hablo, pues, no solo como defensor, sino como testigo, y si estuvieran aquí los enemigos de mis clientes, hablaría tambien como acusador.

La nobleza y prerogativas del encargo que desempeño, me autorizan á espresarme con la vehemencia que me sea posible; pero yo os protesto que respetuoso con el Consejo, seré franco y sincero en mi lenguaje.

Y bien, Señores, ahí teneis en el banquillo de los acusados al general Toledo, al coronel Granados y al coronel Campos, á tres patriotas distinguidos que supieron derramar su sangre con intrepidez defendiendo la independendencia de México; ahí los teneis, agobiándolos bajo el peso de la humillacion, mientras que con los traidores se ha hecho uso de tal misericordia, que no solo se les ha brindado con la impunidad, sino que se les ha llamado al banquete de opíparos empleos.... ¡Sea en buena hora! Siempre es bueno que haya distincion entre los malvados y la gente honrada.

¿Por qué se encuentran en situacion tan deplorable? Acabais de decirlo en las hojas trucas del expediente á que se

ha dado lectura. Se les acusa de insurreccion, se les hace el cargo de haber hecho armas contra el gobierno constitucional de Sinaloa, se les imputa no haber sabido ahogar en su pecho los sentimientos de libertad... He hablado de hojas trucas, y me asiste razon para decirlo: se ha tenido cuidado de mandar las pocas piezas que pudieran traducirse en contra de los acusados y ninguna de las muchas que les favorecen. Yo las conozco todas, y puedo deciros con seguridad, que ese proceso se encuentra mutilado... ¿Dije proceso? He padecido una equivocacion, pues eso es una masa informe de papeles que ignoro el nombre que pueda dársese. Faltan aquí las órdenes de prision en cartas particulares firmadas por el general Rubí contra algunos de los que le hacian la oposicion en el campo legal; faltan las actas de todos los pueblos desconociéndolo como Gobernador; falta una resolucion del Congreso de Mazatlan inhabilitándolo para dicho cargo por nulidades en los votos que resultaron en su favor, faltan sus proclamas incendiarias amenazando de muerte á los que le fueran hostiles; falta el protocolo de las conferencias del general Corona con el General Rubí, en que el primero se empeñaba con el segundo á que dejara un poder que mantenía ilegalmente; falta un recibo de quinientos pesos que el general Toledo ministró á las fuerzas del Señor Rubí, mientras se encontraban en esos arreglos; falta la autorizacion del General Corona al General Martinez para que bajo su responsabilidad se pusiera al frente del Gobierno; falta la orden que el primero dictó al General Dávalos y al coronel Barron para que desarmaran la guardia nacional del Estado con objeto de que la nueva administracion tuviera ménos obstáculos; faltan los partes que daba el General Martinez al gobierno general de sus operaciones, así como las resoluciones de éste; y faltan, en fin, todos los datos que en algun modo pudieran atenuar la culpabilidad, si la hubiera, de los acusados. Direis que estos podian haber presentado algunos de ellos en las sesenta horas en que se les ha juzgado... ¡Ah! pero debéis saber que fueron vencidos en Sinaloa innoblemente, y que no teniendo nada que aguardar de un enemigo que fusilaba á los sargentos prisioneros, tuvieron que buscar la salvacion en una huida precipitada, abandonando en ese momento cuanto hoy pudiera haberles servido. Despues, yo lo sé bien, se han procurado alguno de esos datos que solo existen entre susenemigos, y vosotros lo comprendereis, les ha sido imposible adquirirlos. Se ha procurado evitar que los acusados

se defiendan: os aseguro que jamas en el mundo se ha dado el ejemplo de que un vencedor haya sido mas implacable con el vencido.

Si no fuera porque son tan públicos los hechos que á vosotros mismos deben constaros; si no fuera porque creo que vosotros teneis la obligacion de juzgar en conciencia; si no fuera, en fin, porque está palpable la inocencia de los procesados, reclamaria ante vosotros, en primer lugar, la presencia aquí del general Corona para que contestara los cargos que le resultan, y en segundo lugar, repudiaria con todo mi aliento esa ley conforme á la cual estais instalados, mas cruel en su aplicacion que los mismos tormentos inquisitoriales. Pero contemplo que no se necesita mas que la razon natural para persuadirse de que tras ese proceso no existe mas que una rencilla insignificante, que han procurado agravar los que tienen interes en ello, un hecho aislado al cual no se le puede dar en manera alguna el nombre de rebelion; y quiero hacerme la ilusion de que vosotros sois demasiado independientes, demasiado razonables y justos, para que falteis sin vacilar pronunciando la absolucion. No teneis mas que una disyuntiva para el caso de obrar bien: ó condenais á los acusados, y en ese caso tambien tendreis que condenar al General Corona, y á los pueblos que haciendo uso de sus derechos repelieron al General Rubí como gobernante: ó los absolvéis, y en ese caso cumplis con vuestra sagrada mision de jueces, obrando con la imparcialidad y rectitud que son precisas á tan elevado carácter.

Yo no dudo ni por un momento que pronunciéis la absolucion, no me es posible dudarlo: asi es, que cuando me propongo destruir los cargos que se hacen á mi cliente, no es por vosotros con cuya ilustracion cuento de antemano; no es por vosotros que como hombres de honor os sentis inclinados, casi adheridos á los que como vosotros han peleado siempre bajo la sombra de la bandera democrática; no es por vosotros en fin, que os sentis arrastrados por mil motivos á simpatizar mejor con las víctimas que con los verdugos. Mi defensa es mas bien un grito de indignacion, arrojado á la faz de los pueblos, que son los que forman el verdadero tribunal de la opinion pública, para que sepan lo que cuesta ser libres.

Voy, pues, á hacer una breve reseña de lo acontecido en Sinaloa, tan breve como me lo permita el limitado tiempo que tengo aquí á mi disposicion para formarla. No me ceñiré á los datos que arroja el proceso, que son incompletos, pues co-

mo os he dicho ya, conozco esa historia en sus mas hondas raíces. Voy á referiros con ingenuidad los principales episodios de aquella revolucion, voy á presentaros el esqueleto despojado de todos sus atavios: vais á oír la verdad completa. En cualquiera otro tiempo sería audaz y hasta peligroso esplícarse con demasiada claridad, cuando esto tiene que afectar forzosamente á los Generales Rubí y Corona; pero por dicha estamos en una época libre, en que al pueblo se le apellida soberano y á los gobernantes servidores del pueblo; en que el pensamiento no tiene valladares, y en tal caso es permitido decirlo todo sin rodeos. Que se incomode despues quien se incomodare, yo no vengo aquí á complacer á los altos personajes.

Prestadme pues, vuestra atencion, Señores.

No estais ignorantes de que los preludios de la revolucion de Sinaloa, fueron los manejos torpes, las intrigas rastreras y los desmanes de todo género en los que mandaban. Allí se vió que en el momento de espedirse la convocatoria para elegirse á los mandatarios del Estado, se reemplazaban las autoridades de los Distritos con personas de confianza, para asegurar la eleccion; allí se vió comprarse los votos, cuando no surtían efecto las amenazas; allí se vió amedrentarse á los ciudadanos con la prision y el ostracismo, si no obedecian la voluntad del poder; allí en fin, á la faz de todo un pueblo, se vió que á falta de votantes se llenaban las ánforas con boletos que se tenian preparados y que se habian mandado imprimir con anticipacion. Así se cumplió allí con el sufragio, Señores, con el sufragio libre, ese caro principio que costó tanta sangre en 1856 y en 1858. Os coloco á vosotros en aquel lugar, coloco á cualquiera republicano sincero, y pongo á Dios por testigo, de que se os hubiera enrojado tambien la cara de vergüenza, y os hubiérais levantado lo mismo que se levantó aquel pueblo, para repeler á los que pisoteaban su Constitucion y sus derechos. Solo un pueblo de autómatas, os lo juro, hubiera permanecido indiferente.

A pesar de las ventajas del poder, la oposicion luchó, y luchó con éxito. El General Martinez entró en competencia con el General Rubí, y no habiendo reunido ninguno de los dos mayoría de votos, tocó al congreso decidir. Este eliminó á ambos, nombrando una tercera entidad. ¿Sabeis lo que sucedió entonces? Cuesta trabajo decirlo á cualquiera mexicano que estime en algo su dignidad, pero haré un esfuerzo para pronunciar las palabras. Se ordenó un motin: la

fuerza armada fué á intimidar á los diputados en el mismo san tuario de sus deliberaciones, para que revocasen su resolución, y . . . fuerza es concluir con este bochornoso episodio, ¡la revocaron! nombrando agobiados por la violencia, gobernador del Estado, al General D. Domingo Rubí. Entonces ya no tuvo dique la efervescencia, por donde quiera se oía el clamoreo del pueblo indignado, y el mismo gobernador se vió precisado á salir de la capital fugitivo, antes de palpar el último síntoma de la conflagración. . . . Su conciencia le acusaba; se consideró pesando sobre la opinion, y huyó pidiendo socorros á Durango y al gobierno general, amedrentado por un peligro que apenas veía en perspectiva.

El gobierno de Sinaloa estuvo acéfalo por mas de quince dias: el General Rubí permanecía remontado en la sierra de Pánuco, con cuatrocientos ó quinientos hombres de sus tropas de confianza. A esa sazón desembarcó en Mazatlan el General Corona, y sus primeros pasos, despues de imponerse de la cuestion, fueron ir personalmente á ver al Sr. Rubí, para persuadirlo de que no debía continuar con un poder que habia arrebatado por la fuerza. Pero su viaje fué infructuoso: no pudo luchar con la rústica tenacidad del hijo de las montañas.

El General Corona volvió á Mazatlan con una resolución formada: proteger el movimiento que se habia iniciado en Culiacan, y que rápido como la chispa eléctrica, habia cundido por todo el Estado. Una vez en aquel puerto reunió á las principales personas y se discutió su proyecto. El General Martínez convino en ponerse al frente de la situación, siempre que el General Corona se comprometiera á interponer su valimiento con el gobierno general á fin de conseguir su aprobacion. Así quedó acordado. Para evitarse el derramamiento de sangre, el mismo General Corona mandó al General Dávalos, que desarmara la guardia nacional, que estaba á las órdenes del coronel Crespo, que se temía tomara cartas en contra del movimiento. Esas armas lo mismo que otros elementos de guerra, quedaron á disposición del General Corona, supuesto que en el Estado ya no iban á necesitarse. Este Señor, sin embargo, tomaba empeño en dejarlos, lo mismo que cuarenta mil pesos que habia recogido de la Aduana Marítima, diciendo que no queria que el proyecto fracasara por falta de esos elementos; pero los generales Toledo y Martínez, rehusaron terminantemente ese socorro, que consideraron como un exceso de generosidad. Ha-

bia un punto capital que resolver: en Culiacan la fuerza armada se habia apoderado de setenta y un mil pesos pertenecientes á una negociacion de minas. El General Corona propuso que él allanaria el pago á su vuelta, de las rentas del Estado ó de los productos de la Aduana Marítima. No quedaba mas que efectuar el pronunciamiento en Mazatlan, y quedó resuelto que éste lo acaudillaria el General Martínez, al dia siguiente de haberse separado el Sr. Corona de aquellas costas. El único militar pues, que estaba en servicio de los que se mezclaron en el movimiento, iba á tomar su parte por orden superior.

Vosotros sabeis lo que siguió despues: el General Corona hizo todo lo contrario de lo que habia ofrecido, y dando informes torcidos al gobierno supremo, pidió ir él mismo á restablecer la paz en Sinaloa, lo cual le fué concedido. Al llegar allí, todavía el General Martínez, creyendo incautamente en aquellas promesas, que no fueron mas que humo, dejó el gobierno y salió con la esperanza de tener alguna conferencia, para llevar adelante lo convenido; pero el General Corona se guardó muy bien de dejar la capital de Durango. Todo el mundo aseguraba á pesar de eso, que la cuestion iba á concluir amigablemente, mas cuando menos se aguardaba fué atacado y disperso el ejército del General Martínez en la villa del Presidio, sin haber tenido tiempo siquiera de organizar la defensa.

A esto le llamaron los amigos del General Corona un ardid de la guerra, un recurso ingenioso para conseguir una victoria fácil. . . .

Permitidme para concluir esta narracion, que ya es difusa, echar una rápida ojeada sobre las piezas que obran en el proceso en contra de mi cliente. Figura en primer término una comunicacion del General Rubí, dirigida al Ministerio de la Guerra, en que se hacen algunas referencias inexactas de los sucesos de Sinaloa. No me ocuparé de esa pieza, porque siendo suscrita por el principal acusador y perseguidor de los presos, lo que ella refiera no puede ser tomado en consideracion, dejándose ver desde luego, el espíritu con que está dictada. ¿Cómo podia exigirse de él otra cosa, cuando era el mas adolorido en esas circunstancias?

En segundo lugar está la acta firmada en Elota el 14 de Enero. En este documento hay que notar varias cosas dema-

siado importantes, cuales son: los motivos claros é irrecusables que provocaron la revolucion y que tengo ya consignados; el hecho público de haber intimidado el General Rubí con la fuerza armada á los miembros del Congreso, para que lo declararan gobernador, hecho que no ha podido desmentirse, ni se desmentirá nunca. Por último, se vé la base del movimiento, que no pudo ser mas legal, en el artículo 2.º que dice: „Entre tanto se procede á nuevas elecciones conforme á lo convocatoria general y demas leyes vigentes, se llamará á ejercer el poder público interinamente al ciudadano Angel Martinez.”

Ahora bien, Señores, yo llamo á cualquiera persona imparcial, á que me persuada de que en esto hay una subversion del orden, un verdadero pronunciamiento, una conspiracion, como se ha pretendido llamarle, cuando precisamente lo que querian los que han firmado esa acta, era que se cumpliera con las leyes. ¡Una subversion del orden! Pero nada menos lo que se pretendia era que se volviera al orden por medio de una eleccion libre. ¡Un pronunciamiento! ¿Contra quien? ¿Contra el General Rubí? Pero la eleccion de éste para gobernador, era ilegal, era nula, era arbitraria. ¡Una conspiracion! ¡Ah! Nadie en el mundo podrá llamar conspiracion al levantamiento de un Estado entero, contra los abusos: nadie podrá llamar conspiradores á los que invocan las LEYES VIGENTES. Probadme que en Sinaloa se proclamaba un nuevo principio, una nueva ley, un nuevo sistema, que cambiara la forma republicana; probadme tambien que el Sr. Rubí era una autoridad establecida legalmente, y os diré yo mismo, con la mano puesta sobre el corazon: „Los acusados son conspiradores! ¡Aplicadles todo el rigor de la ley! Se dirá que el Sr. Rubí estaba legalmente nombrado por un decreto; pero ¿no sabeis ya que ese decreto fué arrancado por la fuerza de las bayonetas? ¿No sabeis que ese mismo congreso fué electo á la sombra de la intriga? Pero se argüirá todavia que no hay pruebas de ese cúmulo de ilegalidades imputadas á la administracion Rubí. . . . ¡Gran Dios! ¿Qué se ha hecho entonces la palabra del soldado? Los acusados, tres militares, refieren unánimemente que pasaron las cosas como yo las he dicho, y agregan que sostendrán tal aseracion ante sus mismos acusadores. Interrogad al General Corona, que está bien impuesto de todo, y no podrá desmentir ni una sílaba. Se dirá aún que no han declarado los testigos: precisamente eso favorece á los reos, la imposibilidad en que

están de presentar sus pruebas, circunstancia que es atendida siempre por todos los tribunales de la tierra. Ellos han dicho quiénes pueden declarar en este negocio: no es culpa suya que se prescindiera de esas declaraciones.

Pero á falta de testigos están las inducciones: está la prueba moral mas fuerte que todas, que ilumina el espíritu, cuando se juzga como estais juzgando vosotros. Fijaos solamente en que al gobernador Rubí le importaba mas que á nadie desvanecer los cargos que se le hacen en esa acta; y que sin embargo de que está libre, de que está poderoso, rodeado de la aureola del mando, de que ha tenido esa acta en sus manos, donde se le hacen tantas imputaciones, se ha contentado con mandarla secamente. ¿Creeis que á serle posible, no hubiera destruido esos cargos que son para él un padron de ignominia?

En tercer lugar, se vé la carta confidencial escrita el 7 de Enero por el coronel Granados. . . . ¡Esa carta figurando en un proceso! . . . Señores, estamos asistiendo á un acto solemne, en que seria inoportuno provocar la risa; de otra manera, yo os diria quién es el gobernador actual de Sinaloa y os referiria anécdotas de su gobierno que hacen pensar en que pudo ser real la creacion fantástica de Sancho Panza. . . . Ya no me admira ver aquí esa carta: lo que si me dejaria abismado, seria encontrar el espediente completo, con las piezas conducentes, que se publicaron en los periódicos de Sinaloa y Durango. Sobre esa carta os haré presente nada mas que fué escrita en el seno de la amistad.

De paso os haré notar que en el auto motivado de prision, auto que fué pronunciado á los tres meses de haber comenzado el cautiverio de los procesados, se dice, que se les declara bien presos, por el delito de conspiracion. Protesto con todas mis fuerzas contra esa palabra. No culpo al Señor fiscal; la ley que se le dió para formar el juicio, que es una ley de circunstancias, solo espresa el delito de conspiracion, y mal podria ocuparse del derecho legítimo que tienen los pueblos para insurreccionarse contra sus opresores, derecho de que hemos hecho uso todos los liberales y aún el mismo Presidente de la República; pero ¿quién desconoce la soberanía de los pueblos para instituir su gobierno? Cuando se combate por la libertad, Señores, todo queda justificado en el mundo!

Tanto yo, como los otros defensores, como los acusados, hemos convenido en sujetarnos á esa ley, que no puede en esta

vez ser aplicable, porque los hechos de que se trata, fueron anteriores, y las leyes nunca pueden tener efecto retroactivo, porque conforme á ella nuestros clientes no tienen ningun delito, supuesto y probado que no son conspiradores; pero sin que deje de quedar nuestro derecho á salvo contra todo perjuicio que resultare de un proceso tan ilegal.

No me ocuparé de los cargos en particular que se hacen al coronel Granados, porque todos están ya destruidos en el cuerpo de esta defensa: sobre todo, teniendo una sola ley por base de los procedimientos, la ley de 6 de Mayo de que me he venido ocupando, no puede, conforme á ella, hacerse otro cargo que el de conspiracion; éste no existe, porque no existen ninguna de las circunstancias que se requieren para este delito: por consiguiente, no se puede tampoco hacer ese cargo; por consiguiente, los acusados no son culpables; por consiguiente, deben ser absueltos sin mas moratorias.

¿Qué mas queréis? Pasamos por una ley que no nos comprende, pasamos por un auto de prision decretado fuera de los términos que demarcan los preceptos constitucionales; pasamos porque no se nos permita aducir nuestras pruebas de testigos y de documentos, y pasaríamos, en fin, porque se prolongara el tiempo de las aclaraciones, sin embargo de lo que están sufriendo los presos; pero nunca porque se ponga en duda su inocencia.

Una palabra mas sobre esa ley, Señores. A vosotros os consta en qué circunstancias ha sido expedida. Acababa de restablecerse el gobierno republicano, despues de sostener una lucha gigantesca contra la invasion extranjera y los traidores... estaban humeantes aún los escombros que dejó esa guerra terrible, los partidarios del imperio quedaban al pronto aniquilados, vencidos; pero podia darles ánimo su misma desesperacion y rehacerse. Para conjurar esos peligros el Gobierno propuso al Congreso de la Union que aprobara su ley para conspiradores. El pensamiento tuvo una grande oposicion, sin embargo de que quedaba suprimida la pena de muerte, por estar abrogados por la Constitucion los tribunales especiales; pero á pesar de eso, triunfó la política del gobierno y la ley fué espedida. ¿Conoceis las discusiones que hubo entonces en la Cámara y en la prensa? ¡Pues bien! Por ellas veis claramente que el espíritu de esa disposicion no se refiere, ni puede referirse mas que á los traidores. Para espedirse ha tenido que suspenderse una garantía constitucional, lo cual demuestra que desde antes habian terminado las fa-

cultades extraordinarias, espirando tambien las otras leyes sobre los delitos contra la paz pública. El Congreso permitió que esta ley, que revivia una de las antiguas para el solo procedimiento, estuviera nada mas vigente por ocho meses, previniendo que el Ejecutivo diera cuenta, al fin, del uso que hiciera de ella. ¿No veis, pues, que esta ley, ha sido instituida claramente como una arma para prevenir la traicion?... ¡Ah! bien veis que es inaplicable, porque jamas les hariais el agravio á los acusados de decir que son traidores... no; es preciso arrojar léjos de nosotros esa idea horrible... ¡Ellos juzgados conforme á una ley hecha espresamente para castigar el negro crimen de traicion!... ¡Ellos confundidos con los miserables que venden á su patria!... ¡Oh! condenadlos á muerte mil veces, pero no los sujeteis á semejante oprobio.....

¿Cómo! ¿No sabeis, pues, quiénes son los acusados, señores? Son el General Toledo y los coroneles Granados y Campos. ¿Sabeis quién es el General Toledo? El que entró á fuego y sangre en la amurallada ciudad de Taxco; el que aterrorizó á los franceses con sus proezas en el sitio de Oaxaca; el que con una fuerza de voluntad espartana hizo en camilla la campaña de Sonora, sin impedirle sus enfermedades lanzarse á los peligros en la hora del combate; el que concurrió á los sitios de Zamora y de Querétaro al lado de nuestros más bizarros caudillos; el que se encontró, en fin, en otras muchas acciones de guerra en que se cubrieron de gloria las armas republicanas. ¿Sabeis quién es el coronel Granados? El que cayó atrevesado por tres balas francesas en la heroica batalla de San Pedro, despues de haber destrozado las columnas del enemigo; el que dejó helados de espanto á los zuavos en el Presidio y Palos Prietos al ver su arrojo temerario; el que siempre salió herido en los combates, sin haber vuelto jamás la espalda al enemigo. ¿Lo oís, señores? sin haber vuelto jamás la espalda al enemigo. ¿Quién es el coronel Campos? Un jóven que desde su más tierna edad se ha consagrado á la patria y que siempre se ha distinguido como un valiente.

Ya veis que despues de haber combatido tanto por la libertad, tenían el derecho de no dejarse humillar en Sinaloa por los tiranos; tenían la prerogativa de poder ser llamados por el pueblo para defender sus principios; tenían, por último, la justicia, para no permitir que de nuestro pacto fundamental se hiciera un giron que cualquiera pudiera hundir en el fango. O somos libres, ó no somos nada. Si ha de seguir do-

minando la tiranía, aunque sea envuelta con el ropaje de la democracia, vale más perder de una vez toda esperanza y renegar para siempre de la República.

Señores. Ahí teneis á los acusados. Os he dicho quiénes son y las circunstancias deplorables porque se les ha arrastrado á pasar por el crisol de un juicio. Ya sabeis que se han presentado espontáneamente á depurar su conducta; ya sabeis que se someten sin esfuerzo á ser juzgados por una ley que no les comprende, fiados en la rectitud de sus jueces; ya sabeis que si hay en todo esto un culpable, no puede ser otro que el general Corona; ya sabeis que no han tenido ni libertad para presentar sus descargos; ya sabeis que todo el hecho de que se les acusa es un movimiento local sin ninguna significacion para la República; ya sabeis que ese movimiento fué provocado por el poder de Sinaloa, alentado por el jefe de la 4.^a Division y consumado por el mismo pueblo; ya sabeis que nunca se llegó á desconocer al gobierno de la Union; ya sabeis en fin, que son inocentes.

Ellos y yo aguardamos tranquilos vuestro fallo, seguros de que ha de ser como cumple á hombres de honor, que tambien se han sabido sacrificar por la causa republicana. Ellos y yo no pedimos otra cosa, que justicia, justicia, y nada más que justicia.—HE DICHO."

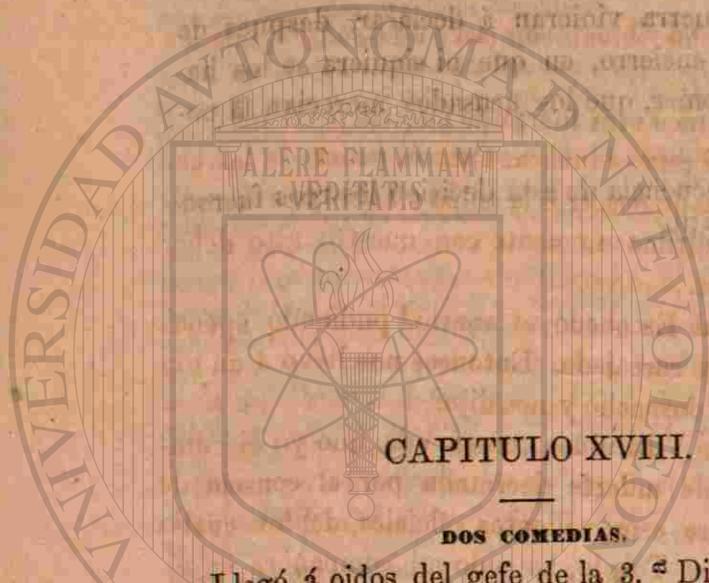
La concurrencia aplaudió, los jueces se sonrieron con agrado dirigiendo á los reos miradas de simpatia y el Presidente, el imperturbable Sr. Coronel Cabrera siguió concediendo la palabra á los defensores Julio Granados que dijo unos cuantos disparates que yo le habia escrito y al Lic. Jáuregui que pronunció un discurso lleno de elocuencia forense, juzgando de la cuestion con toda la severidad de un recto abogado.

El general Larrañaga, trémulo de voz y de manos, leyó su parecer pidiendo que el consejo de guerra condenara á muerte á los acusados.

Los defensores pusimos verde al fiscal que no hizo otra cosa mas que ponerse rojo de vergüenza y fué necesario que se recurriera á las amenazas, á las

promesas á las seguridades de que todo aquello era una farsa, para que los individuos que formaban el consejo de guerra vinieran á declarar, despues de seis horas de encierro, en que ni siquiera se les habia dado de comer, que los acusados merecian la pena de muerte.

Como consecuencia de esta decision los reos fueron puestos en capilla . . .



CAPITULO XVIII.

DOS COMEDIAS.

Llegó á oídos del jefe de la 3.ª División que la defensa que había producido su amigo el Lic. Montedeoca tenía algo de original y mandó que se imprimieran tres mil ejemplares por su cuenta. Nosotros mandamos imprimir separadamente el discurso del Lic. Jáuregui, que era la verdadera defensa legal. Y entre tanto, como ni este ni yo estábamos conformes con el fallo monstruoso que se había pronunciado contra nuestros defensos, promovimos el amparo judicial que consideramos del caso. Procedía indudablemente; pero entonces el general Escobedo nos mandó llamar y nos dijo:

—Si no retiran Vds. su amparo me van á poner en la necesidad de apresurar la ejecución de los encapillados.

—Nosotros estamos obligados á intentar cuanto recurso legal tengamos para salvar á nuestros defendidos.

—Vds. no los salvan con eso: Vds. son los que los fusilan.

—No tenemos otra fuerza de nuestra parte mas que la de la ley: si esta es ineficaz ante el poder de las bayonetas, no es de nosotros la culpa y habremos cumplido hasta el último momento con nuestro alto deber de defensores.

El general Escobedo se sonrió, pudiendo apenas contener una carcajada. Entonces nos llevó á un extremo de su despacho y nos dijo:

—No sean Vds. niños: ¿creen Vds. que yo ejecutaría la pena de muerte decretada por el consejo de guerra contra esos valientes oficiales, de los cuales uno de ellos, Toledo, ha sido mi compañero en algunas campañas? En estos momentos he comunicado el resultado del juicio al gobierno por telégrafo y á la vez he solicitado el indulto para los condenados.

—¿Podemos descansar en la palabra de V. de que no se les fusilará?

—Si, señores, con tal de que no se haga el escándalo que Vds. pretenden.

—En ese caso consentimos gustosos en retirar nuestro recurso intentado ante la justicia federal: el juicio de amparo. ®

—Que siempre será irrisorio, debió haber murmurado en sus adentros el general, según pude interpretar su sonrisa burlona, mientras tengamos la organización política que tenemos.

En seguida de haberse sonreído tan elocuentemente, agregó:

—Digan Vds. de mi parte á los encapillados que no se alarmen; que mañana les será concedida la gracia de indulto por el Presidente; que su *Capilla* no es tan rigurosa, que no les permita deslizarse de ella para ir á divertirse esta noche en el Teatro, por ejemplo.

Comprendimos toda la grandeza de sentimientos del noble general, le estrechamos la mano dándole las gracias y nos fuimos al Obispado á dar aquellas noticias á nuestros amigos. Apenas se despidió de nosotros el Lic. Jáuregui cuando entró un oficial, entiendo que era un ayudante de Escobedo y hombre de todas sus confianzas, el cual nos dijo:

—Todo esto es pura farsa para dar gusto al Presidente, porque así lo ha querido para mostrarse generoso indultándoles; pero ya ese indulto estaba aquí de antemano. En prueba de ello vámonos al Teatro.

Se arrebujaaron en sus capas los condenados y nos fuimos todos juntos, sin que nadie nos marcara el alto, y ya en el Teatro nos mantuvimos ocultos del público en una apartada galería. Cuando regresamos estaban paseándose los centinelas delante de la Capilla y corriéndose la palabra como si todo fuera de veras.

Recuerdo un incidente algo chusco que tuvo lugar esa noche: uno de los oficiales que habian formado el consejo de guerra se achispó de sentimiento, nos reconoció en la calle y se empeñó en acompañarnos.

Este era uno de los cuatro que estaban comprometidos con nosotros á votar la absolucion. Cuando estuvimos dentro nos dijo:

—Aunque ya se nos habia ordenado antes que diéramos nuestro voto con arreglo á lo que pidiera el fiscal, la lectura de la causa y las defensas nos hizo á todos convenir en que el fiscal era un bárbaro.... ¡la pena de muerte!.... ¡rayos!.... solo al general Larrañaga pudo habersele ocurrido. Entonces todos dijimos, y con mas ardor los que estábamos comprometidos con Vds:—pues ahora no votamos eso.... porque no lo podemos votar. El coronel Cabrera nos decia: no hay remedio: tenemos que votar la pena de muerte conforme á la Ordenanza.... Esos eran gefes y cometieron el delito de sublevacion.

—Pues ni eran gefes, respondimos nosotros, porque no estaban en servicio, ni cometieron el delito de sublevacion, porque nunca quisieron hacer armas contra el gobierno general y el gobierno de Rubí no era gobierno, no era mas que bola. Pero á las cinco, de la tarde, viendo que no se adelantaba nada vino un ayudante del general y nos dijo que íbamos á perder nuestros empleos y á sufrir dos años de prision, si no votábamos, segun la órden del Ministro de la Guerra. ¿Que habiamos de hacer y mas cuando tambien se nos aseguraba que despues de imponérseles la pena de muerte iba á indultárseles?

No era, pues, un misterio aquella conducta de duplicidad del gobierno ni siquiera para los oficiales su-

balternos, que se habían escogido como instrumentos para formar el consejo de guerra.

El telégrafo siguió jugando el día siguiente entre el general en jefe y el ministro. Lerdo de Tejada, que era, según parece, el que tenía los cabos de este y de todos los negocios que se consideraban de importancia, estuvo en la secretaria de relaciones que tenía á su cargo redondeando el espediente y completando los detalles que le faltaban.

En ese concepto la sentencia pronunciada por el consejo de guerra fué notificada en toda forma, luego aprobada por el Cuartel General y vuelta á notificar, dándose el término de tres días para su ejecución.

Se nos aconsejó que pusiéramos por nuestra parte todos los despachos telegráficos que nos fuera posible á los amigos de la administración y á los ministros mismos, para que apoyaran la solicitud de indulto de los defensores, que iba por la misma vía. Nosotros, como no pagábamos nada, nos dimos gusto mandando despachos hasta por los codos.

Era asesor de la Comandancia Militar el Sr. Lic. D. Mariano Irigóyen y este consultó también la aprobación de la pena de muerte en un largo escrito, que por su inconformidad con las demás piezas demostraba que había sido trabajado con mucha anterioridad. El Lic. Jáuregui y yo lo pedimos para publicarlo junto con las defensas, con objeto de que el público conociera el pro y el contra de la cuestión; pero el Sr. Irigóyen se opuso á nuestra pretensión obstinadamente.

Al tercer día la farsa había dejado de ser farsa para

convertirse en un asunto serio: repentinamente se previno que se cortara toda comunicación con los presos, que cada uno fuera encapillado aparte y que se redoblara el servicio de centinelas. El general en jefe en esos momentos y para evitarse molestias y compromisos, no se dejaba ver de nadie.

Unos decían que el Presidente había negado la gracia de indulto, otros que se había interrumpido la comunicación telegráfica y los más que simplemente se tomaban aquellas precauciones porque se hacía esperar mucho la resolución sobre el indulto solicitado.

Los hermanos de Granados y yo tomamos al mismo tiempo nuestra resolución, que fué evitar de cualquiera manera que nuestros amigos fueran llevados á sufrir la pena del último suplicio. Eran cuatro los presos, los dos jefes principales y otros dos tenientes-coroneles que por gusto quisieron seguir la suerte de los primeros y á cada uno le hicimos llegar un revólver. Contábamos con algunos oficiales de la guarnición y principalmente con el que mandaba el destacamento del Obispado y nosotros, los que estábamos allí esperando el desenlace de este negocio, éramos ocho amigos, todos de combate y resueltos á jugar la cabeza en aquella partida.

Todo estuvo listo para dar el golpe el día 24 á las ocho de la noche si para esa hora no había llegado la resolución que se estaba aguardando.

Felizmente á las seis de la tarde llegó la suspirada orden para que fuera suspendida la ejecución, mien-

tras que con vista de la causa se proveía lo conveniente.

Tambien se nos hizo entonces pasar despachos telegráficos dando las gracias al gobierno por su generosa, sublime, esquisita, y franca magnanimidad.

Al notificársenos aquella disposicion superior, se dejó comunicados á los presos, fueron retirados los centinelas de vista y se volvió á permitir á aquellos que salieran á la calle á excusas de la autoridad. Ya solo nos faltaba esperar con toda calma cual era la pena que imponia el gobierno á los reos en lugar de la de muerte que se les habia conmutado, y entre tanto fuimos de dia en dia ganando en concesiones hasta conseguir que salieran del Obispado, edificio sombrío con todo el aspecto lúgubre de una prisión, para ocupar una casita alegre en uno de los puntos mas concurridos y mas animados de la poblacion. Allí se estableció tambien una guardia que ostensiblemente servia para custodiar á los presos, pero sin orden alguna que les impidiera salir á la calle, así que aquella tropa era mas bien una guardia de honor, que no los molestaba en manera alguna.

Tan confortable estaba aquella prision, que Julio Granados y yo resolvimos dejar el hotel para ir á acompañar á los prisioneros, en lo cual estábamos convenidos, cuando sucedió el incidente que voy á referir.

En mis ocios, que habian ya sido muchos desde mi llegada á San Luis, no teniendo otra cosa seria en que ocuparme, me puse á seguir una de mis mas fervientes

inclinaciones escribiendo una comedia á la cual puse por título «La Manzana de la discordia.» Algun amigo me habia sorprendido cuando estaba al fin de este trabajo, que lo consideraba yo como un motivo de distraccion únicamente, y se empeñó en arrancármelo para que fuera leído en una sociedad literaria y de beneficencia: fué bien acogido y con beneplácito mio se dispuso que tuviera su estreno en el teatro con toda solemnidad, dedicándose los productos de la funcion á aumentar el fondo de las escuelas que iba á establecer ó tenia establecidas aquella sociedad.

Una comision se presentó á darme las gracias por mi desprendimiento.

—No hay por qué agradecerme nada, contesté; cedo con gusto mi trabajo para una obra benéfica, tanto mas cuanto que otros trabajos literarios de la misma naturaleza, á pesar de ruegos de mis amigos no han sido representados por los cómicos de la legua, que en provincia se dan con los autores mexicanos mucha importancia. De suerte que no solo no pagan ni llegan á pagar un centavo por una comedia nueva, por grande que sea su éxito, sino que se hacen grandemente del rogar para representarla, por el trabajo que tienen de estudiar los papeles.

Asi como se dijo se hizo, con la sola condicion de que la comedia se anunciaria como de autor desconocido. La entregamos al Sr. Daza, que era el director de la compañía dramática que trabajaba en el teatro de Alarcon, quien quedó complacido de ella y la anunció con gran pompa para el dia fijado. Fueron

repartidos los papeles de acuerdo con el autor, se dieron dos días para el estudio á los cómicos y en seguida comenzaron los ensayos, á los cuales concurrían no solo mis amigos que estaban en el secreto de mi incógnito, sino otros muchos de los que aumentaban todos los días el ya numeroso grupo de personas que estaban en el secreto de mi verdadero nombre, á saber: la compañía dramática, los oficiales de la 3.ª division, los pasajeros que habia en el hotel, mis paisanos que eran como cincuenta, los comerciantes y un gran número de familias. Se puede decir que de buena fé y con entera formalidad que el único no me conocia era el General Escobedo que me llamaba Lic. Montesdeoca.

Así fué como se supo en toda aquella sociedad muy pronto, quien era el autor de la comedia y esto contribuyó á que con anticipacion empezaran á tomarse localidades para el estreno de la *Manzana de la Discordia*, siendo el primer palco apartado, el de mi amigo el Sr. General Escobedo.

CAPITULO XIX.

TRIUNFO Y DERROTA.

Luego que empecé á considerar que aquella broma podia traer serias consecuencias, pues notaba que habia en todas partes real alboroto para asistir á la representacion, pronunciándose mis dos nombres de boca en boca, designándome los unos como el audaz revolucionario compañero de los cabecillas de Sinaloa que iba á desafiar al poder público, ora fingiéndome defensor, ora apareciendo como anónimo autor de comedias, y los otros como el notable juriconsulto mexicano, amigo distinguido del General Escobedo que bajo el humilde nombre de Antonio Montesdeoca ocultaba una colosal reputacion, no limitándose mis conocimientos al foro sino que iba por donde pasaba produciendo tambien lucubraciones dramáticas, anunciándose como resultado de todos estos rumores y otros muchos que se esparcieron por toda la ciudad de San

repartidos los papeles de acuerdo con el autor, se dieron dos días para el estudio á los cómicos y en seguida comenzaron los ensayos, á los cuales concurrían no solo mis amigos que estaban en el secreto de mi incógnito, sino otros muchos de los que aumentaban todos los días el ya numeroso grupo de personas que estaban en el secreto de mi verdadero nombre, á saber: la compañía dramática, los oficiales de la 3.ª division, los pasajeros que habia en el hotel, mis paisanos que eran como cincuenta, los comerciantes y un gran número de familias. Se puede decir que de buena fé y con entera formalidad que el único no me conocia era el General Escobedo que me llamaba Lic. Montesdeoca.

Así fué como se supo en toda aquella sociedad muy pronto, quien era el autor de la comedia y esto contribuyó á que con anticipacion empezaran á tomarse localidades para el estreno de la *Manzana de la Discordia*, siendo el primer palco apartado, el de mi amigo el Sr. General Escobedo.

CAPITULO XIX.

TRIUNFO Y DERROTA.

Luego que empecé á considerar que aquella broma podia traer serias consecuencias, pues notaba que habia en todas partes real alboroto para asistir á la representacion, pronunciándose mis dos nombres de boca en boca, designándome los unos como el audaz revolucionario compañero de los cabecillas de Sinaloa que iba á desafiar al poder público, ora fingiéndome defensor, ora apareciendo como anónimo autor de comedias, y los otros como el notable juriconsulto mexicano, amigo distinguido del General Escobedo que bajo el humilde nombre de Antonio Montesdeoca ocultaba una colosal reputacion, no limitándose mis conocimientos al foro sino que iba por donde pasaba produciendo tambien lucubraciones dramáticas, anunciándose como resultado de todos estos rumores y otros muchos que se esparcieron por toda la ciudad de San

Luis, que el Teatro iba á verse lleno de bote en bote la noche del estreno de la *Manzana de la Discordia*; luego que consideré todo esto, repito, supliqué al general Toledo que, ya solo ó acompañado conmigo, hablara al general Escobedo declarándole de una vez quien era yo para que resultara lo que habia de resultar. Mi corazón me decia que no llevaban buen camino las cosas como iban.

Estuvo de acuerdo Toledo, ofreciéndome que en aquella misma noche quedaria arreglado el asunto, pues que confiaba para salvarme de toda molestia, mas que en mi poca culpabilidad en el gran cariño que le profesaba el gefe de la 3.^a Division. Pero seguramente lo dijo á Granados y demas amigos, quienes temieron que con aquel aviso fuera yo aprehendido y se descompusiera todo el negocio de la representacion teatral que prometia estar de rechupete y, bien aleccionado un capitán Fernández que fungia como ayudante, y mas que como ayudante como amigo de las confianzas de Toledo, se presentó entre nosotros y en mi presencia dijo: que acababa de estar con el general Escobedo, que ya para él no era un secreto mi nombre y que no tenia ánimo de molestarme en manera alguna, pues que él no haria el papel de denunciante avisando al gobierno general que era el único interesado en aprehenderme, que allí me encontraba. Todo esto iba tan de conformidad con mis propias ideas, que lo creí á pié juntillas y me propuse ir á dar las gracias al general luego que pasara el día siguiente señalado para el estreno de la comedia.

En esa misma tarde llegó, procedente de Jalisco, el

general D. Sóstenes Rocha, y esto venia á complicar un poco la situacion; pero ya no habia medio de retroceder y en todo caso él era subalterno del general Escobedo, que se habia convertido, segun la manera con que nos trataba, en nuestro mejor amigo y en nuestro protector.

Estaban los dos generales conversando en la casa de este último, cuando dos hombres entraron á la sala llevando dos cestas llenas de ramilletes de flores.

—¿Y que objeto tienen tantos buquets? preguntó Rocha.

—Se estrena hoy una comedia de mi amigo el Lic. Montesdeoca.

—Quien es ese Montesdeoca?

—El abogado que vino de México como defensor de Toledo.

—Como se llama de nombre?

—Antonio.

—No le conozco.

—Ni yo tampoco le conocia antes, pero me simpatiza y para que se le arrojen á él esta noche es para lo que he mandado traer esas flores.

—Iremos á la funcion.

—Se destinan los productos á una obra de beneficencia y el teatro estará lleno. ®

—Pues ¡bravo! por el Lic. Montesdeoca.

La noche estendió los pligues de su magestuoso manto sobre la en aquel momento bulliciosa ciudad de San Luis, á poco las músicas de los cuerpos co-

menzaron á tocar alegres piezas en la puerta del Teatro Alarcon, se encendieron todas las luces que pudieron encenderse en el edificio y calles inmediatas y la gente comenzó á aparecer en grandes grupos, quedando en muy poco tiempo inundado el vestíbulo y todas las entradas y salidas, costando gran trabajo á las familias penetrar entre aquella muchedumbre para acojerse á sus plateas y palcos.

Cuando dieron las ocho de la noche no habia donde poner un pié en todo el Teatro.

Solamente se esperaba á que llegaran los generales Escobedo y Rocha, para que empezara la representacion. Yo, entretanto, estaba en el foro detrás de la cortina, observando aquella concurrencia, curiosamás de contemplarse allí reunida, que interesada en el estreno de la obra. Fuerza es confesar que, por avezado que estuviera á aquellas situaciones, de las que llevaba seis con buenos éxitos, me encontraba en aquellos momentos lleno de extrañas emociones. El público me era desconocido á mí, como yo á él, puesto que se ignoraba quién era el autor de la comedia; pero de todas maneras, sentia un temblor general paseándose por todo mi cuerpo, pegado á los agujeros del viejo telon. De repente noté un movimiento general... habia llegado el general Escobedo, acompañado de Rocha y su Estado Mayor.

El director de escena tocó la campanilla y todos corrieron á ocupar sus puestos.

Se alzó el telon y comenzó la representacion en medio del más profundo silencio.

La *Manzana de la discordia* más que una pieza de arte es un juguete cómico, formado sin plan fijo, sin meditacion y por puro entretenimiento. Por las noches ántes de acostarme y por la mañana á las horas en que no tenia qué hacer, forjaba las escenas que se me ocurrían, procurando dibujar con líneas grotescas los caracteres de la viuda de un militar, de un marino cesante y de un intrigante casero, los cuales forman una maraña de entremes, que viene á desenlazarse con el estribillo de cajon; una criadilla descubre el pastel, para que se venga á quitar la careta al traidor que turbó con sus intrigas la tranquilidad de una casa en que vivian dos familias como tórtolas en sus nidos.

Seguramente no se esperaba que anduviera por allí algun ápice de *vis cómica*; el caso fué que á las pocas escenas, en que se notó que se trataba de reir y no de entristecerse, resonaron nutridos aplausos y grandes risotadas por todo el salon.

Al concluir el primer acto, se prolongaron las salvas de aplausos, se hizo que las músicas tocaran dianas y se prorumpió en la acostumbrada gritería de ¡el autor! ¡que salga el autor!

Yo me sentía contento y á la vez estaba temblando. Todo era que el autor saliera y que la incógnita aquella de Montesdeoca quedara descubierta inoportunamente. A los amigos íntimos que me hacian insistencias para que me presentara al público, les contestaba yo:—Del palco escénico voy á dar á la cárcel.

A Escobedo le temia, porque consideraba bien que,

por bueno que fuera, no habia de perdonarme tan facilmente toda aquella burla; pero á Rocha le temblaba porque sabia que era muy rígido, muy enérgico, muy severo con los revolucionarios, y tambien le suponía un poco enojado conmigo porque me le habia pasado, como se dice vulgarmente, por los bigotes, cuando tenia tanto empeño de sujetarme á prision en mi tránsito por Guadalajara al hacer mi viaje de Tepic á la Capital de la República.

Llegó sin embargo el momento en que no pude resistir más ni los gritos que daba el público ni las instancias de actrices, cómicos y amigos y....armándome de heroica resolución, salí á dar las gracias. Como sucede siempre, el entusiasmo se cuatriplicó, los aplausos fueron frenéticos y, entre la gritería, se escuchaban dos nombres atribuidos al mismo autor que eran el mio y el de Antonio Montesdeoca.

Rocha con su fina perspicacia comprendió al punto de lo que se trataba: bastó que oyera pronunciar mi nombre para que se confirmara en una sospecha que se propuso analizar bien en aquella misma noche.

Siguieron á esto los corrillos formados por los concurrentes y en ellos pronunciándose con frecuencia mis dos nombres....Se representó el segundo acto, gustó tambien y se repitió la escena del toque de las dianas y de la salida del autor.

—¿Quien es por fin el autor? preguntó el General Rocha á Julio Granados á quien habia hecho un ademán desde lejos para que se le aproximara.

—Es D. Antonio Montesdeoca, contestó Granados.

—Es una pregunta confidencial...no hay miedo de que comprometa yo el incógnito si es la persona que me sospecho.

—Y si fuera el mismo....

—Nada tendria que temer con que yo lo supiera.

—¿Positivamente, general?

—Positivamente.

—¿Pues es él!

—Lo habia adivinado. Ahora es bueno decirle que no tenga temor ninguno de descubrirse: ni el General en jefe ni yo le haremos ningun mal.

Julio apenas pudo darle las gracias, pues como ardía en deseos de referirme lo que habia pasado se fué corriendo á buscarme en el foro durante la representacion del tercero y último acto.

Cuando el alborozado jóven me dijo aquello que habia pasado, me puse todo frio sin saber por qué y exclamé con melancolia:

—En fin, estoy ya descubierto....

Ya no volví á ocuparme de mi triunfo sino de aquella fatalidad, pues en todo caso lo que mas me mortificaba era haber engañado durante cuatro meses al General Escobedo, á quien debí confiárselo todo desde que vi que era un buen hombre y un cumplido caballero. Mi idea de hacia ocho dias habia sido presentarmele resueltamente y decirle:—Yo soy Fulano de Tal—Aquel descubrimiento, hecho solo por la astucia del General Rocha, me contrariaba horriblem-

ente y ya no volví á estar contento en aquella noche.

El entusiasmo prosiguió, el número de mis amigos se aumentó extraordinariamente y fui paseado por las calles acompañado de una orquesta y de algunas hachas encendidas.

Serian las cuatro de la mañana cuando regresamos al alojamiento de Granados y Toledo en el cual tenia yo una cama, conservando no obstante mi cuarto en el hotel como una especie de gabinete de estudio. Estábamos molidos, cansados por aquella jornada de gusto y nos entregamos al descanso.

Mi sueño no fué tranquilo sin embargo y á las nueve de la mañana desperté á mis amigos manifestándoles que yo creia prudente ocultarme ó salir de San Luis.

Se echaron á reir diciéndome:

—No hay cuidado; despues de almorzar vamos todos juntos á ver á Escobedo y á Rocha, seguros de que desarmaremos al primero y contaremos con la proteccion del segundo para lo sucesivo.

Era el día 5 de Setiembre, el que seguia al cumplimiento de una persona muy amada de mi familia, que yo habia escogido para el estreno de mi pieza: habíamos acabado de almorzar á cosa de las once de la mañana y estábamos conversando de sobremesa los cinco ó seis amigos que comíamos juntos habitualmente, cuando el criado anunció la presencia de un militar.

—Que pase adelante, dijo Granados.

Ellos tenian muchos amigos militares y no sintieron alarma ninguna; pero yo.

—Es el Mayor de Plaza, dijo Toledo luego que apareció en la pieza inmediata.

—¡Ah! exclamaron les otros.

El coronel Unda saludó y preguntó en seguida si estaba allí una persona de mi nombre.

—No, me apresuré á contestarle, para que los demás comprendieran mis intenciones.

—¿Y el Sr. Lic. Montesdeoca?

—Ese soy yo, le contesté.

—¿Tiene vd. la bondad de acompañarme?

—Con mucho gusto; pero ántes ¿no pudiera vd. tener la bondad de contestarme á una pregunta?

—A las que vd. guste.

—¿Trae vd. alguna orden por escrito para aprehenderme?

—Sí, señor.

—¿Pudiera vd. manifestármela?

—No tengo inconveniente.

Metió la mano á su cartera y me alargó un papel.

—Quería simplemente ver la firma.

—Es del general Rocha.

—Ah! bien, dije con despecho y me mordí los labios.

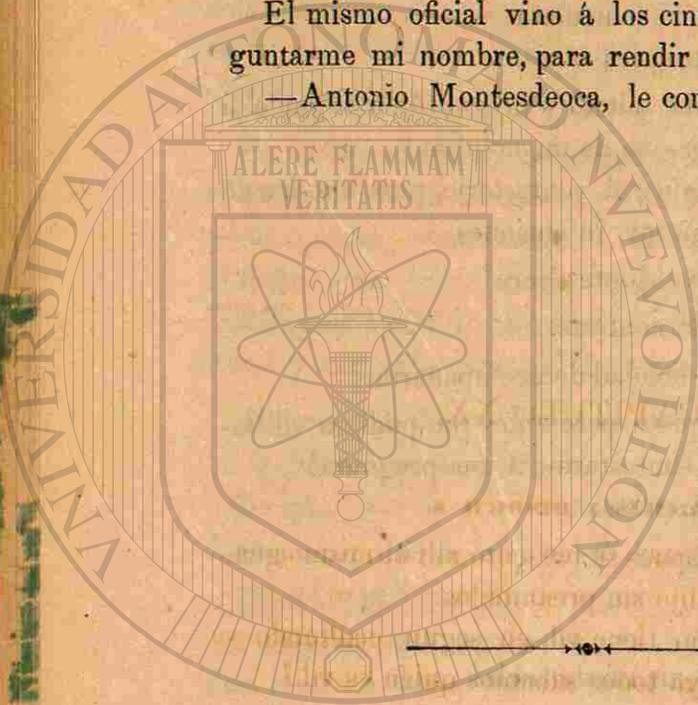
El coronel Unda me dió el brazo con todo comedimiento, y con todo comedimiento me llevó al cuartel de San Francisco, en donde estaba un cuerpo de infantería mandado por el coronel Montesinos.

El oficial de la guardia me recibió con toda cere-

monia y me designó como prision el cuarto de banderas, colocando en seguida dos centinelas de vista, uno en la ventana por dentro y otro en la puerta.

El mismo oficial vino á los cinco minutos á preguntarme mi nombre, para rendir el parte.

— Antonio Montesdeoca, le contesté.



CAPITULO XX.

DICHAS Y DESDICHAS.

Media hora despues se presentó allí el mismo general Rocha y me dijo sin preámbulos:

—¿Qué empeño tiene vd. en seguir ocultando su nombre, cuando ya todos sabemos quién es vd.?

Por toda contestacion sumí los hombros.

—¿Cree vd. ahora que sea difícil averiguarlo?

—No.

—¿Pues entonces?

—Lo niego por despecho.... porque no esperaba que se hubieran apresurado tanto á mandarme aprehender.

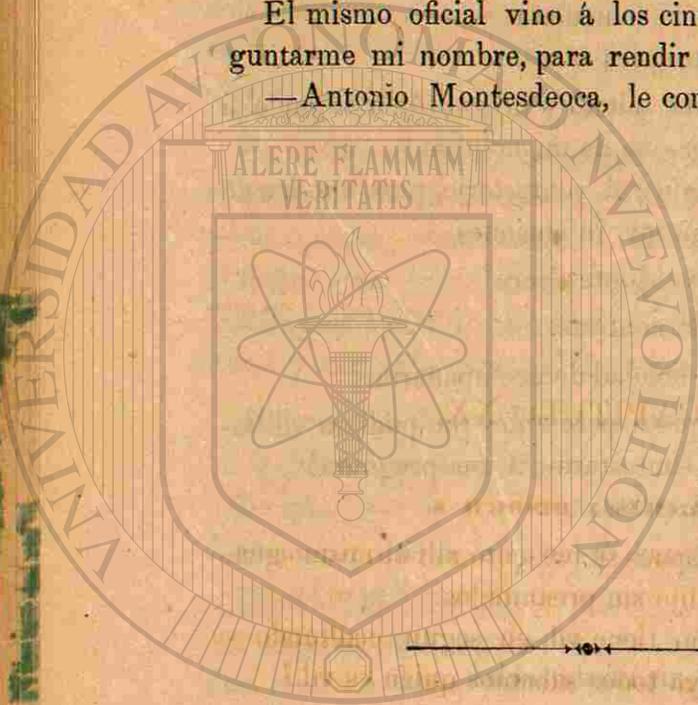
—Pero como á nosotros mismos nos hace vd. dudar con esa terquedad en negar, tengo que preguntarle á mi vez: ¿es vd. Fulano de Tal?

Me quedé mirándole fijamente, y luego contesté:

monia y me designó como prision el cuarto de banderas, colocando en seguida dos centinelas de vista, uno en la ventana por dentro y otro en la puerta.

El mismo oficial vino á los cinco minutos á preguntarme mi nombre, para rendir el parte.

— Antonio Montesdeoca, le contesté.



CAPITULO XX.

DICHAS Y DESDICHAS.

Media hora despues se presentó allí el mismo general Rocha y me dijo sin preámbulos:

—¿Qué empeño tiene vd. en seguir ocultando su nombre, cuando ya todos sabemos quién es vd.?

Por toda contestacion sumí los hombros.

—¿Cree vd. ahora que sea difícil averiguarlo?

—No.

—¿Pues entonces?

—Lo niego por despecho.... porque no esperaba que se hubieran apresurado tanto á mandarme aprehender.

—Pero como á nosotros mismos nos hace vd. dudar con esa terquedad en negar, tengo que preguntarle á mi vez: ¿es vd. Fulano de Tal?

Me quedé mirándole fijamente, y luego contesté:

—En lo particular se lo digo y lo repito: yo soy la persona que ha nombrado á vd. Julio Granados: puede vd. declararlo así, si gusta, en la informacion que probablemente va á levantarse.

—Yo no soy delator....

Una sonrisa amarga apareció en mis labios.

—¿De suerte que va á seguir vd. resistiéndose á declarar su verdadero nombre?

—Oficialmente, sí. En lo particular, no. Si ya toda la gente sabe aquí como me llamo, ¿qué dificultad tienen vdes. en hacer que se practique la identificacion?

—Es más sencillo que vd. lo confiese.

—Siento mucho, general, no poder complacerle...

—Está bien.

Y salió de allí, segun pude observar, muy irritado.

Diez minutos mas tarde, el coronel Unda, nombrado fiscal, se presentó en mi prision, acompañado de un secretario, para practicar las diligencias de identificacion de mi persona. A todas las respuestas que se me hicieron, contesté que era paisano por mis cuatro costados, y que no me sujetaba á la jurisdiccion miliar.

Entonces se estuvieron llevando á mi presencia los testigos, hasta el número de quince ó veinte, entre quienes reconocí á varios amigos y paisanos que apenas el dia anterior habian estado conversando conmigo.

Unos negaban rotundamente haberme visto alguna vez; otros contestaban tartamudeando:

—Se parece mucho.... pero no es.

Esta circunstancia inesperada contrarió mucho á los generales. La identificacion no pudo tener efecto.

La palabra *identificacion* corrió de boca en boca; creian todos que se trataba de fusilarme: los oficiales del cuerpo estaban consternados, y algunas personas, por vaga simpatía, empezaron á tomar interés por la suerte del preso, fuera quien fuera.

Al anoecer me hizo una visita el coronel Montesinos, y en medio de la conversacion, me dijo confidencialmente:

—Seria bueno que vd. se preparara para hacer un viage.

—¿Muy largo? le pregunté sonriendo.

—No mucho: se está alistando un carruaje que deberá conducirlo y que saldrá en la madrugada.

Comencé á inquietarme y volví á preguntar:

—¿Sabe vd. á dónde me llevan?

—Creo que á Durango. Dice el general que supuesto que aquí nadie le conoce, á quien corresponde practicar la identificacion es al general Corona.

Figúrese el lector cómo me quedaria! Allí era el campo que yo consideraba como enemigo. Allí era donde existian, contra mí especialmente, las más fuertes prevenciones: allí se acababa de cometer el asesinato del general Patoni por don Benigno Canto, segundo en jefe de la 4.^a Division, y allí, segun las malignas murmuraciones que entonces circulaban, se habia cometido un desaguizado con el general González Ortega, que existia como un remordimiento de la situacion.

Hice como que no habia oido y pregunté al simpático coronel del cuerpo Sr. Montesinos disimulando mi azoro:

—¿A Durango?

—Me parece que esa es la determinacion del general.

—No, no; exclamé entónces tomando un tono de broma, que contrastaba de seguro con mi emocion; no es necesario que me lleven tan léjos si se trata simplemente de saber quien soy, pues estoy dispuesto no solo á confesar mi verdadero nombre y todos mis pecados, sino á sujetarme á un juicio militar... á lo que se quiera de mí, con tal de que no se me lleve á Durango.

—¿Me autoriza vd. para decirselo al general?

—Le suplico que lo haga.

Se sonrió de un modo particular, como dándome á entender que el ardid habia producido su efecto, y se fué á ver al general Escobedo. A poco se presentó el fiscal y me encontró ya dócil como una cera.

—Puede vd. presentarme sus interrogatorios.

—Solo el verdadero nombre de vd. es el que se necesita.

Se lo dije, firmé y quedó la identificacion perfecta. Desde ese momento cesó el rigor y comenzaron las mas esquisitas consideraciones. Se me cambió á otro cuarto en donde ya no me desgarraban los oidos las cornetas, se me permitió comer y dormir tranquilamente, se me retiraron los centinelas de vista y se me ofreció que, una vez levantada la comunicacion por el fiscal, tendria las libertades compatibles con mi si-

tuacion, toda vez que el cuartel no era la cárcel. Tuve la fortuna de encontrarme amigos en vez de verdugos, complaciéndome la observacion que hice luego de que desde el coronel hasta el último oficial, cuantos tenian mando en aquel cuerpo, eran personas decentes y distinguidos caballeros.

A los cuatro dias solicité tener una entrevista con el Sr. Gral. Escobedo, que en el acto me fué concedida.

Le presenté mis excusas por los disgustos que pudiera haberle dado sin mi voluntad y luego agregué:

—Prision por prision, para vd. es lo mismo, teniendo iguales condiciones de seguridad. ¿No podria cambiarme á la que ocupan mis amigos Toledo y Granados?

—Por qué quiere vd. cambiar de prision? ¿lo tratan mal?

—Todo lo contrario: los oficiales del cuerpo; el coronel *in cápite*, no pueden ser mas finos ni mas amables; pero la verdad es que el cuartel está poblado de unos insectos que me devoran todas las noches.

—Pues que lo sigan devorando otro poco, que bien lo merece.

Esto me lo dijo en un tono de trisca que me hizo comprender que ya estaba completamente desarmado.

Al volver al cuartel me dijo el coronel Montesinos:

—Vd. está preso aquí por mera fórmula, puede entrar y salir cuando guste, procurando solo que no lo vean muchas personas.

Así lo hice, sin abusar una sola vez de su benévolo permiso.

Al duodécimo día de mi prision me encontré al levantarme con que el cuartel estaba desierto. Tomé informes y me dijeron que la tropa había salido á las dos de la mañana para emprender una campaña en el Estado de Tamaulipas. Era evidente que yo estaba allí olvidado.

No había que vacilar ni un punto: me dirigí á la casa del general Escobedo y le supliqué me designara otra prision, puesto que ya no había allí quien me custodiara.

El general se echó á reir y me dijo que yo mismo me proporcionara alojamiento en el hotel ó en donde mejor me conviniera, mientras el gobierno general dictaba respecto de mí alguna resolución. En cuanto á mis defensas ya se había pronunciado, conmutándosele la pena de muerte por la de cuatro años de prision ó confinamiento.

Me fui á habitar en la casa que ocupaban mis amigos y tanto ellos como yo seguimos allí presos moralmente, sin mas palabra ni compromiso que nuestra voluntad muy obligada á las finezas del general Escobedo.

Como yo me sentía gran constitucionalista, como lo soy ahora tanto ó mas ardiente que entonces, hice mis instancias para ser puesto en completa libertad en virtud de no haberse pronunciado el auto de formal prision en el término constitucional. Recibi las correspondientes calabazas.

En lugar de eso, á los quince dias se recibió orden terminante para que se me juzgara militarmente con-

forme á la misma ley que había servido para juzgar á mis amigos. ¡Que si quieres! Me defendí de la sentencia de muerte, indulto y conmutacion de pena, como gato boca arriba, sosteniendo mi fuero laico. . . . del de diputado ya no me acordaba, aunque creo que bien poco me hubiera servido.

El Gral. Escobedo cedió á mis razones y se abstuvo de juzgarme, disponiendo que el dia 3 de Octubre (fecha terrible del Imperio) saliéramos para México á disposicion del Gobierno General. Tomamos una Diligencia por entero, se nos armó de rifles para que nos defendiéramos de los ladrones que abundaban y, como una honra mas que como un castigo, se nos dió la compañía del entonces comandante Pablo Rocha que iba á incorporarse á su cuerpo y el cual nos presentaria al Ministro de la Guerra cuando nosotros lo creyéramos conveniente.

No se detuvieron allí los favores del General Escobedo, pues sabiendo que estábamos alcanzados de recursos mandó dar \$200 á Toledo para gastos de viaje. Y nos despedimos del general, á cual mas agradecido de sus bondades.

Si acaso hubiéramos sospechado en esa vez de que modo tan duro iba á tratarnos un poco mas tarde el Gobierno, quién sabe si nuestro carácter de corderos se hubiera tornado en el de lobos: éramos ocho amigos heridos por un solo sentimiento, estábamos bien armados, nos sobraban oportunidades para ponernos al frente de alguna de las muchas sublevaciones que estaban estallando, teníamos libertad concedida de pre-

sentarnos cuando quisiéramos, lo cual podia equivaler á que no nos presentáramos nunca; pero nosotros éramos muy candorosos, creíamos que lo de Sinaloa era mas bien una gracia que un delito, teníamos fé en que los hombres del gobierno nos reputaban sus amigos, puesto que nunca habíamos querido tirarles el guante, y hasta nuestros servicios prestados á la República pesaban en nuestro ánimo para formar la conviccion de que íbamos á ser pronto puestos en libertad, sin que llegaran á faltarnos las debidas atenciones....

Llegamos á México el 7 de Octubre y tomamos alojamiento en el Hotel de Iturbide, dándonos tres días de solaz antes de presentarnos: vimos al General Mejía Ministro de la Guerra y este nos dijo que nos fuéramos á presentar en el cuartel de Zapadores en donde ya habia instrucciones para recibirnos.

El comandante Rocha que se habia hecho querer de nosotros en el camino, nos presentó con el gefe del cuerpo que lo era el teniente coronel Ignacio Mariscal, quien nos recibió agradablemente, diciéndonos desde luego que allí no íbamos á estar en prision, sino en nuestra casa, en la casa de nuestros amigos, pudiendo entrar y salir cuando quisiéramos. Nosotros hicimos uso de esa libertad sin merecer nunca el menor reproche.

Tanto Mariscal como Rocha eran dos jóvenes modelos de caballerosidad, de finura y de decencia y supieron hacernos la prision llevadera: casi teníamos gusto de vivir en el cuartel.

Otro amigo y paisano de Toledo y Granados, que

desde entonces fué tambien amigo mio, contribuyó á hacernos la prision suave, mandándonos lechos, comidas, vinos y cuanto necesitábamos: ese amigo era Jorge Carmona, que entonces que era pobre tenia magníficos rasgos de generosidad y mas notables porque eran heroicos, pues que no contaba con un peso seguro. Y estos, como ese á que me refiero, que serian llamados derroches escandalosos ahora en su calidad de millonario, los hacia casi diariamente, sin que ni él mismo supiera de donde le venia lo suficiente para afrontarlos.

Apenas me conocia á mi, no tenia motivos para comprenderme en sus gastos y no fui esceptuado de ellos sin embargo, recibiendo, igual á mis amigos lo que iba á formar allí nuestras comodidades. Esto me llenó de reconocimiento hacia aquel simpático calaveron, era el aire que entonces tenia Carmona, y desde entonces he procurado conducirse como se condujere, tambien ser un leal amigo suyo. Me parece que no he llegado á desmentir mis propósitos.

Vivíamos pues en el cuartel de Zapadores como el pez en el agua, cuando un incidente inesperado, como lo son por lo comun los que se atraviesan en el camino del hombre politico, vino á echar por tierra nuestras alegrías.

Una noche se detuvo un carruaje á la puerta del cuartel seguido de una escolta, cuyo gefe tenia la órden de llevarnos en el acto á la prision militar de Santiago Tlaltelolco.

—Esta es jugada de Corona, dijo Granados riendo con muchas ganas. ¡Vamos á Santiago, Señores!

CAPITULO XXI.

EN LA JAULA.

Es necesario explicar las razones que tenia Granados para creer que el golpe nos venia del general Corona, idea que se pudo confirmar despues con las explicaciones del ministro de la guerra.

En cierta mañana de tantas como discurriamos por las calles de México Granados y yo, que nos habiamos hecho eternos compañeros, tuvimos la mala suerte de encontrarnos á D. Fortino España, secretario de Corona, que acababa de llegar á la capital con una comision de este cerca del gobierno.

Granados le reconoció y tuvo la imprudencia de detenerle, provocando una conversacion desagradable que necesariamente tenia que ser trasmitida al general Corona.

—Es cierto que viene á México? preguntó Granados.

—El mes entrante.

—De veras?

—Es mas que seguro.

—¡Magnifico! exclamó Granados, voy á ver realizado mi proyecto.

—Que proyecto? preguntó azorado D. Fortino.

Granados retorciéndose los bigotes y con su aire truhanesco contestó:

—Uno que tengo para obligarlo á que se bata conmigo.

—Pero...

—Puede V. decirselo; tengo empeñada mi palabra de honor y lo he de provocar de una manera que haga imposible todo arreglo.

Agregó las invectivas correspondientes y el secretario de Corona se separó de nosotros azorado, convencido de que aquel tenia en nosotros á sus enemigos mas implacables.

Los resultados de aquella imprudencia no se hicieron esperar mucho tiempo: la triste y sombría prision militar que lleva el nombre de Santiago Tlaltelolco nos dió albergue, asignándonos cuatro reales diarios á cada uno (que raras veces recibiamos) para nuestra manutencion.

Las instancias del general Corona, que nos fueron descubiertas por el ministro de la guerra, para que estuviéramos en lugar seguro con el fin de que él pudiera llegar á México sin inconveniente, fueron entonces duramente condenadas por nosotros; pero ahora

no solo lo disculpo sino que creo obró prudentemente pues su posicion le exigia ponerse á cubierto de un escándalo que sin duda alguna le hubiéramos promovido.

En la nueva prision nos encontramos de compañeros al general Gaspar Sanchez Ochoa, al coronel Carlos Gager y á otros valientes oficiales, que habian prestado tambien grandes servicios en la guerra extranjera, viniendo á quedar justificado aquello que nunca dejará de ser un proloquio cierto de *no hay astilla peor que la del propio palo*.

Connigo particularmente se estaba cometiendo una triple injusticia: se me nombró un fiscal para que me juzgara militarmente sin embargo de que no se me reconocia con carácter militar alguno, ni habia datos de que hubiera empuñado otra arma que la pluma en la cuestion de Sinaloa; comenzaron á practicarse las diligencias con arreglo á la ley de 8 de Mayo espedida un mes despues de terminados aquellos sucesos, y no obstante que tal ley fijaba 60 horas para la tramitacion del procedimiento, habian trascurrido algunos meses sin que hubiera habido fundamentos para pronunciar el auto de formal prision, sin que valieran un comino mis diarias y constantes reclamaciones.

Habia visto abrirse para mi las puertas del cielo cuando el fiscal me tomó una tras otra cinco declaraciones:—Ahora si, exclamé, dentro de una semana podré abrazar ya á mi familia, libre de todas estas aventuras.

Pero habia empeño en guardarme y para dar tiem-

po al tiempo se mandó acumular la causa formada en San Luis Potosí, en la cual ni siquiera aparecia mi nombre.

Mi complicidad con los revolucionarios de Sinaloa, que era mas bien moral que física, iba desvaneciéndose como el humo y solo quedaban en pié las acusaciones sin comprobacion de los generales Rubí y Corona. Y aunque se hubiera podido justificar plenamente que yo habia sido el alma de dichos acontecimientos, un juez imparcial no habria vacilado un momento en declarar que los culpables eran aquellos á quienes habia favorecido el éxito apoyados en la fuerza de número de bayonetas.

Un dia me indicó el asesor de la causa que podia pedir al fiscal mi excarcelacion bajo fianza. Yo mismo le llevé á su casa el escrito acompañado de otros documentos que pudieran fundar el procedimiento.

Nuestra conferencia fué breve, pero espresiva, y me dirigí á Santiago despues de ella radiante de satisfaccion. Todavia entonces podiamos salir acompañados de un ayudante del gobernador de la fortaleza, bastando una insinuacion ligera para obtener el permiso.

Al dia siguiente se presentó el asesor en el ministerio de la guerra, y en presencia de un amigo mio tuvo con el ministro la siguiente conversacion:

—Me ha visto el preso Fulano de Tal.

—¿Si?

—Estuvo á llevarme un ocurso pidiendo soltura bajo fianza.

—Estuvo?... En donde estuvo?

—En mi casa.

El ministro dejó la pluma con que firmaba y exclamó volviéndose á ver fijamente al asesor á la vez que exclamaba:

—¡Chó! chó! ¿Y quien le dió permiso de salir?

El asesor comprendió que habia cometido una imprudencia innecesaria y agregó luego:

—Le acompañaba un ayudante de la prision en un coche.

Tocó un timbre el ministro y dió orden de que se llamara al Comandante Militar.

—Chó, chó... hein?

—Deseo conocer la opinion del gobierno.

—¿Sobre qué?

—Sobre la exarcelacion solicitada.

—Chó! chó! de ninguna manera.

—En realidad no hay datos suficientes para continuar el proceso.

—Consulte V. sobre el ocurso que no está en estado la causa y respecto de esta se alargará por otros dos meses pidiendo nuevas informaciones al gobierno de Sinaloa.

El asesor saludó con aire sumiso y salió. Al Comandante Militar se le previno que hiciera una visita á la prision y recomendará que no se nos permitiera dar un paso fuera de ella sin permiso especial del ministerio. A Toledo para separarlo de nosotros se le confinó á Yucatan, no sin que nos pusiéramos de acuerdo para vernos en una fecha posterior, con objeto de tomar algun desquite de todo aquello, segun se verá mas adelante. Los hombres del poder de quie-

nes éramos amigos desinteresados, se empeñaron en hacernos sus enemigos.

El dia siguiente me visitó el asesor y despues de cerrar la puerta de mi celda, se acercó á mi y me dijo con mucho misterio:

—Pues amigo, el gobierno se opone tenazmente á que salga V. en libertad ni otorgando fianza. Es una grande injusticia: yo hice presente que no cabe en la causa mas que el sobreseimiento; pero aqui me tiene V que no puedo ya consultarlo.

—Por que? pregunté con estrañeza.

—Porque no soy mas que un triste empleado que vivo de mi sueldo y...; que quiere V? yo no puede hacer en estos casos mas que lo que me mandan.... Es bochornoso decirlo, pero los que estamos abajo tenemos nuestra independencia sujeta á los labios de los que están arriba.

—Aunque ya conocia el texto de la conversacion que tuvo V. ayer con el ministro, le contesté, le agradezco que me hable con esa franqueza.

Y nos despedimos sin que me quedara contra aquel hombre ningun rencor, sino mas bien un sentimiento de lástima porque se le obligaba á ser pérfido contra su voluntad.

Refiero estas cosas que ahora no pueden tener para nadie una gran novedad y que en aquella vez me impresionaban vivamente, para que se sepa desde cuando comenzó á tener su origen la corrupcion administrativa.

Se me enredó pues en las apariencias de un juicio

que á cada momento parecia estar en visperas de sobreseer y que no terminaba nunca.

Grana los y yo, fastidiados ya de aquella prolongada prision, pretendimos poner en movimiento á nuestras relaciones para hacer cumplir al ministro la palabra que nos habia empeñado, en la primera vez que le hablamos, de que no llegaria á ponernos en prision rigurosa.

Nuestras relaciones se movieron poco ó no se movieron, ¿quien ignora que las personas perseguidas por el poder dejan de tener amigos? Allí fué observada la regla general: todos aquellos que mas nos habian prometido ó en quienes teniamos mas confianza, nos abandonaron completamente. Y de veras puede reputarse por un dechado de buenos sentimientos y de nobleza sin límites al hombre que se acuerda de que otro sufre cuando ese que sufre está encerrado dentro de los muros de la prision de Santiago.

Cansado de buscar el remedio á nuestros males de una manera privada y en el tono mas amistoso, sin que dieran nuestras instancias el menor resultado, recurrimos á la prensa en una forma hostil echando al ministro en cara su falta de palabra y su falta de humanidad tambien, pues nos habia mandado retirar los cuatro reales diarios que nos daban para comer.

Esto produjo sensacion en el público, pero á nosotros nos trajo por único *beneficio* el que fueran remachadas mas nuestras cadenas.

La prision de Santiago es horriblemente melancólica. Parece que fué el primer convento que estable-

cieron en México los frailes, despues del de San Francisco, y que para librarse de los ataques de los indios, tuvieron cuidado de construirlo como el de Tula y tantos otros, de modo que á la vez que conventos fueran fortalezas.

Como he dicho antes estaban allí tambien presos el general Sanchez Ochoa por sospechas de que habia tratado de desconocer á Juarez por el golpe de Estado que dió en Paso del Norte y el coronel Gagern por haber aceptado el empleo de secretario del gobierno de Veracruz siendo coronel del Ejército sin licencia del ministerio. ¡Grandes crímenes como se vé de esos que merecen el mas rudo castigo cuando asi conviene al que manda!

Viviamos en cuatro celdas seguidas unas de otras y observábamos el siguiente método.

Sanchez Ochoa que era el mas madrugador, se daba á las seis su baño de esponja, se desayunaba y luego recorria nuestros cuartos despertándonos. Para antes de las ocho ya estábamos los tres restantes lavados y desayunados y listos para dar vueltas á lo largo del claustro, hasta horas enteras, haciendo jardines en el aire para el porvenir. El gobierno ocupaba la parte principal de nuestras conversaciones y no eran flores las que le prodigábamos. ¿No les parece á Vds. inocencia y candor la de los ministros que ponen espías á los presos para saber si se expresan mal del gobierno? Pues nosotros teniamos los nuestros, que oian primores de nuestra boca, y que iban á repetirlos al general Mejía y al Lic. Lerdo de Tejada.

A veces fraguábamos conspiraciones y proyectos de fuga, que era en lo que ménos pensábamos, para divertirnos despues con las prevenciones que se tomaban doblando las guardias y las centinelas.

Concluido el paseo volvíamos á nuestras celdas: Gagner se dedicaba á escribir sus feroces artículos para el *Progreso* de Veracruz, Sanchez Ochoa á estudiar inglés y ciencias naturales, Granados á leer novelas ó á contemplar el retrato de su amada Marina, novia que habia dejado en Culiacan, y yo á forjar asuntos de comedias, y cuando estaba de vena, á componer sonetos contra los hombres del poder y sus allegados.

Entre doce y una almorzábamos, bajábamos á pasear despues al patio, recibíamos visitas y trabajábamos por la tarde, al oscurecer volvíamos á pasear y por la noche conversábamos en el cuarto del jefe de la prision, que lo era el valiente y simpático coronel Castro, ó jugábamos al tresillo, y á las once de la noche en punto ¡á dormir!

Ya verá el lector si no nos tenia el gobierno allí muy divertidos. ¡Y que despues de esas enseñanzas que nos vienen desde el principio del mundo, exista todavía la casta de hombres que aman la vida pública!... ¡Qué abominación!

CAPITULO XXII.

LA CANALLA OFICIAL.

Si hubiéramos querido evadirnos, nos hubiera sobrado oportunidad sin comprometer al coronel Castro, que era tan bueno con nosotros y tantas consideraciones nos guardaba. Solamente como una prueba, nos pusimos una vez en medio de la calle y de allí nos volvimos á la prision, porque ¡á dónde íbamos despues? ¡qué teníamos que hacer en seguida para aprovechar nuestra libertad? ¡á dónde podríamos ocultarnos que no nos alcanzara el brazo del gobierno, tan poderoso despues de haber dominado todas las insurrecciones? ¡Si hubiéramos podido proveernos siquiera de unos buenos caballos y unas buenas armas, contando con dinero ó con amigos! ¡Pero á dónde estaba el uno y los otros?... La falta del vil metal, sobre todo, era lo que me hacia considerar como humo todos nuestros proyectos.

A veces fraguábamos conspiraciones y proyectos de fuga, que era en lo que ménos pensábamos, para divertirnos despues con las prevenciones que se tomaban doblando las guardias y las centinelas.

Concluido el paseo volvíamos á nuestras celdas: Gagner se dedicaba á escribir sus feroces artículos para el *Progreso* de Veracruz, Sanchez Ochoa á estudiar inglés y ciencias naturales, Granados á leer novelas ó á contemplar el retrato de su amada Marina, novia que habia dejado en Culiacan, y yo á forjar asuntos de comedias, y cuando estaba de vena, á componer sonetos contra los hombres del poder y sus allegados.

Entre doce y una almorzábamos, bajábamos á pasear despues al patio, recibíamos visitas y trabajábamos por la tarde, al oscurecer volvíamos á pasear y por la noche conversábamos en el cuarto del jefe de la prision, que lo era el valiente y simpático coronel Castro, ó jugábamos al tresillo, y á las once de la noche en punto ¡á dormir!

Ya verá el lector si no nos tenia el gobierno allí muy divertidos. ¡Y que despues de esas enseñanzas que nos vienen desde el principio del mundo, exista todavía la casta de hombres que aman la vida pública!... ¡Qué abominación!

CAPITULO XXII.

LA CANALLA OFICIAL.

Si hubiéramos querido evadirnos, nos hubiera sobrado oportunidad sin comprometer al coronel Castro, que era tan bueno con nosotros y tantas consideraciones nos guardaba. Solamente como una prueba, nos pusimos una vez en medio de la calle y de allí nos volvimos á la prision, porque ¡á dónde íbamos despues? ¡qué teníamos que hacer en seguida para aprovechar nuestra libertad? ¡á dónde podríamos ocultarnos que no nos alcanzara el brazo del gobierno, tan poderoso despues de haber dominado todas las insurrecciones? ¡Si hubiéramos podido proveernos siquiera de unos buenos caballos y unas buenas armas, contando con dinero ó con amigos! ¡Pero á dónde estaba el uno y los otros?... La falta del vil metal, sobre todo, era lo que me hacia considerar como humo todos nuestros proyectos.

¿Qué más? Dos oficiales empleados en aquella prision militar ofrecian despues, no solo sacarnos, sino seguirnos en el movimiento revolucionario que nosotros emprendiéramos. Y siempre, con toda seguridad, hay esta clase de recursos contra los gobiernos que no son humanos ni justicieros.

Nosotros habiamos ya acordado hacer algo en venganza de lo que estábamos pasando, pero eso habia de ser dando un golpe seguro en una oportunidad que no dejaria de presentarse. Estábamos en Enero: para el 15 de Octubre contábamos de seguro con poder concurrir, ya libres todos, á una cita en la casa que yo habitara en México. Parecia aquello descabellado, y sin embargo, pudo realizarse en su parte principal.

Yo entre tanto tenia que hacer algo para defenderme de aquella prision injusta, y decliné en forma la jurisdiccion militar á la vez que promovia un recurso de amparo por las garantías constitucionales violadas en mi persona. Sabia que no habia de conseguir nada, porque la Constitucion era letra muerta y los tribunales todos estaban vendidos al poder, formando entre sí las autoridades una roca impenetrable; pero era necesario hacer ruido y no darle á entender que me sujetaba á que diera efecto retroactivo á la ley de 8 de Mayo sobre conspiradores, que no podia en manera alguna comprenderme.

Esa ley debia regir ocho meses, esto es, de 8 de Mayo de 1868 á 8 de Enero de 1869. El último combate en Sinaloa fué el 8 de Abril. El pronunciamiento contra Rubí, que era la base del proceso, se verifi-

có cinco meses ántes. De suerte que, debiendo regir la ley solo ocho meses para mi caso, habia espirado dos meses despues de su expedicion, puesto que empezaban á aplicármela desde seis meses ántes. Si se computaba el tiempo no desde que comenzó á cometerse el delito con el pronunciamiento, sino desde el último eslabon de aquella cadena que fué el 8 de Abril, entonces ya habia espirado la ley desde el 8 de Diciembre. Y si finalmente se me aplicaba por angas ó por mangas, sin tener en cuenta las fechas en que se cometió el delito, de todas maneras, el término para la vigencia de la ley, ya habia espirado. Todos estos eran argumentos que no admitian contestacion.

Y sin embargo la tuvieron. El asesor me llamó á su casa despues de unos dias para leerme su dictámen y manifestarme el estado de la causa. En el primero se extendia en muchas consideraciones para venir á terminar con el parecer de que en cualquiera tiempo que se hubiera cometido el delito de conspiracion y desde cualquier dia que empezara á contarse la vigencia de la ley, debia comprenderme, y esto porque sí, por aquello de cartucheras al cañon, quepan ó no quepan.

—Pero si no ha habido tal conspiracion, le dije.

—Eso es lo que estamos averiguando.

—Ya está averiguado desde ántes.

A esto me contestó, guiñándome el ojo á la vez:

—El Ministro de la Guerra quiere que se averigüe todavía.

El segundo punto, esto es, el estado de la causa era el mismo, tal vez con el aumento de algunas nue-

vas piezas que había mandado el gobierno de Sinaloa, tales como artículos de periódicos y notas del mismo, dando las esplicaciones de siempre sobre la rebelion.

El asesor me dijo:

—Vd. ve que no se le puede condenar en virtud de estos datos.

—Ya lo creo que no.

—Vd. comprende que esto no puede terminár sino con el sobreseimiento.

—Y bien? . . .

—Y bien; hay que esperar un poquito de tiempo, y desde luego éste se abreviaría si vd. conviniera en retirar sus recursos intentados.

—Imposible! le contesté: ¿cómo he de sujetarme de buen grado á esa ley inicua que nunca ha estado vigente para mí, porque no he llegado á ser conspirador en los ocho meses que estuvo rigiendo? ¿cómo no he de ocurrir á la justicia federal demandando amparo, si en cinco meses no se han encontrado datos para declararme bien preso?

No cedí; empecé á mandar mis quejas á los periódicos, y á los quince días se dictó una disposicion por el Gobierno, en virtud de la que mandaba que por haber caducado la ley de 8 de Mayo, pasaran á los jueces de Distrito los expedientes que en virtud de ella habian estado al conocimiento de los tribunales militares. Mi causa pasó, pues, á otro sepulcro más hondo, que llevaba el nombre de Juzgado de Distrito, y que en realidad debiera haberse llamado la mazmorra del olvido.

En todo caso, si no mejoraba de juez esperé cuando ménos mejorar de prision: iba á estar sujeto á un abogado como yo, y estaba seguro de poder alcanzar de él grandes cosas, fundado en el espíritu de compañerismo. El Gobernador de Distrito era tambien letrado y todas las personas encargadas de las prisiones comunes serian ménos rígidas que los militares, tratándose solo de la seguridad de un individuo que no era criminal.

Todas estas reflexiones me hicieron ver el cielo abierto cuando pasó mi negocio á conocimiento del Lic. Don José Ambrosio Moreno, juez 1º ó 2º de Distrito de la capital.

—Buena cosa ha de ser este Don José Ambrosio Moreno; exclamaba yo saboreando este nombre.

Y ¿quién le diría? Nunca en ese tiempo, sino hasta catorce años despues, vine á conocer al famoso Don José Ambrosio Moreno, pidiéndome dos pesos prestados en una mañana en que segun me dijo habia amanecido sin blanca.

—Mi primer ocurso al juez de Distrito fué relativo al cambio de prision: creia encontrarme más bien en la cárcel de ciudad, que está frente á la plaza principal, pues en Tlaltelolco me consideraba como desterrado.

¡Ay Dios! ¡cuán caro vino á costarme luego haber sacado tan fuertemente las uñas contra los que estaban arriba!

Al principio, muy orgulloso, les decia á mis compañeros de prision:

—¿Lo ven vdes. como siempre es bueno defender uno con energía los derechos que tiene consignados.

en la Constitución? Por más tirano y arbitrario que sea un gobierno, siempre tiene que respetar á los hombres que se defienden con la ley en la mano y que invocan en su favor el cumplimiento de la justicia. Si todos hicieran lo que yo, si todos se defendieran á brazo partido contra la arbitrariedad, llegaría un tiempo en que ningún gobierno se atrevería á cometer el menor abuso, sabiendo que todos los ciudadanos comprendían sus derechos y estaban listos á todas horas para apresurarse á defenderlos.

Me despedí tiernamente de mis compañeros de prisión, á quienes veía yo como personas de mi familia y al oscurecer fui llevado á la Diputación en donde me encontré todo de muy distinta manera de como me lo figuraba. Un hombre de mala catadura apellidado Bocanegra, empleado subalterno en la alcaldía, escribió mi nombre en un libro, hizo registrar mi saco de noche por un preso que andaba barriendo y me cobró cinco duros por ponerme en la pieza de distinción si es que no quería dormir en el patio donde estaban los borrachos, los ladrones y los asesinos. Aunque llevaba mi bolsa bien escasa, solté en el acto el dinero para gozar de los beneficios de aquella distinción que se me proponía.

Todavía recuerdo con horror mi tránsito de la alcaldía al interior de la cárcel.

Fué mi noche triste: algunos candiles sucios iluminaban indecisamente aquellas mazmorras hediondas, verdaderamente nauseabundas que me daban franco pasageentre un centenar de gentes. . . . ¿gentes dije? que estaban semidesnudas, con los semblantes macilen

tos, encontrándose aquellos seres, ironía de la especie humana, tirados por el piso aquí y allá, ó muy acurrucados en los rincones de cuatro ó cinco cuartos seguidos, todos abiertos, todos desabrigados é inmundos, por donde tuve yo que pasar.

Me conducía un hombre vestido con calzon y camisa de manta, que también era preso y que como premio á su conducta estaba estinguendo su condena haciendo esta clase de servicios.

En cada tramo de los que recorría se cerraba tras de mí con estrépito una pesada puerta, sonaban los cerrojos brutalmente movidos por los encargados de ellos é iban gritando con voz estentórea cada uno de aquellos andrajosos porteros, tan semejantes unas con otras las voces que parecían el mismo eco:

—¡Pasa ese Señor á la distinción!

Llegué á un cuarto negrusco y sin ventilación, alumbrado débilmente por dos candilejas en donde estaban cuatro carpinteros aserrando maderas y un aprendiz atizando la lumbre para la cola, lo cual producía una humareda sofocante. Esta era la pieza que servía de antecámara á la distinción.

El cuarto siguiente, ancho de dos varas por tres y media de largo, era el susodicho departamento de los presos distinguidos y entiendo que lo seguirá siendo mientras no baje un santo del cielo y dé otra forma á nuestras cárceles mas conforme con la cultura del siglo que se acaba.

Fué introducido á poco mi lecho que apenas pudo caber en un lado del cuarto porque el otro lado estaba literalmente ocupado con una cama de madera desti-

nada á alquilarse á los desgraciados que llegaban de improviso, sin los útiles de dormir: estos son los casos mas frecuentes. Todos los rincones, todas las hendiduras, todos los agujeros, todas las barrotas de las puertas estaban apretados de chinches, sin que escasearan tambien otros animales mas inmundos. Luego que tomé una luz y anduve registrando aquello cuidadosamente, al ver todo lo deforme, todo lo horrible, todo lo repugnante de aquella habitacion, se me rodaron las lágrimas y luego me puse á sollozar como un chiquillo... Estaba solo y podia dar rienda suelta á mi dolor sin mostrarme débil á la vista de nadie.

Cuando llegó otro compañero ya me habian pasado las primeras impresiones y me encontró haciendo mi cama muy tranquilo.

El recién venido era un jóven de unos veinte años y demostraba la afliccion mas grande. Siento haber estraviado las notas en que estaba ese nombre y otros muchos, que tambien se me han olvidado con el trascurso de los años.

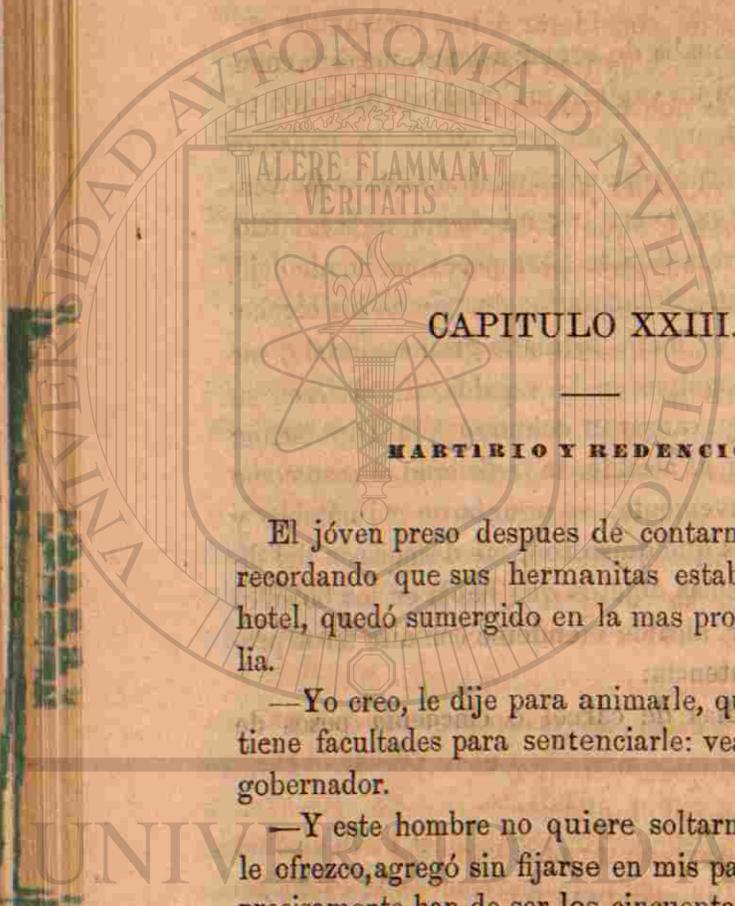
Los presos, lo mismo que los viajeros se hacen comunicativos: yo fui el primero que creí de mi deber fortalecer el ánimo de aquel jóven y á pesar de mi adusta naturaleza logré darle tranquilidad y despues buen humor. A la media hora de pláticas ya reia á carcajadas contándome sus aventuras.

Me refirió que se ocupaba en el comercio de Toluca, que habia venido á pasear á la Capital trayendo á dos hermanas de menos edad; las cuales se habian quedado solas en el hotel del Refugio y que á él le

habian aprehendido por una riña insignificante en el café.

—Apenas acababa de tomar asiento, me dijo, cuando se llegó á mi un capitán invitándome para que tomáramos juntos una copa; pero cuando ya teniamos varias en el cuerpo y yo me resistí á beber mas, viendo que todo el gasto era por mi cuenta, se incomodó, le contesté; sacó la espada para pegarme, no me dejé, y antes bien logré desarmarlo; ocurrieron los corchetes, porque ya se habia formado gran escándalo, me dieron algunos golpes en la espalda, devolvieron su sable al oficial y cargaron conmigo á la Diputacion; me presentaron al alcaide, le refirieron el caso como les pareció conveniente; se apuntaron mi nombre y particularidades que quisieron, me despojaron del dinero, reloj y demas objetos que habia en los bolsillos y... luego el Sr. alcaide viéndome con aire feroz pronunció esta sentencia:

—¡Quince dias de cárcel ó cincuenta pesos de multa!



CAPITULO XXIII.

MARTIRIO Y REDENCION.

El jóven preso despues de contarme su aventura recordando que sus hermanitas estaban solas en el hotel, quedó sumergido en la mas profunda melancolia.

—Yo creo, le dije para animarle, que el alcaide no tiene facultades para sentenciarle: vea V. mañana al gobernador.

—Y este hombre no quiere soltarme por \$25 que le ofrezco, agregó sin fijarse en mis palabras, sino que precisamente han de ser los cincuenta. Como yo tengo mi comercio en Toluca y vine por pocos dias á pasear á mis hermanas, ya gasté cuanto habia destinado al objeto.... hoy tomé los asientos de la Diligencia precisamente porque se me habian agotado los recursos.

—Mañana, espere V. á mañana....

—¡Oh Dios mio! exclamó siempre preocupado con

su situacion, si yo tuviera los cincuenta pesos, los daria corriendo.... crea V. que me tiene desesperado la mortificacion de considerar á mis hermanitas solas en un hotel..... la una tiene 16 años y la otra 14.... las pobres nunca habian salido de Toluca.... ¿como estarán?....

Yo no podia remediar aquella desgracia y me conformé con alentar á aquel jóven empleando las mas suaves palabras que pude; si bien yo no me hallaba en mejor situacion, tampoco podia ser insensible como nunca he llegado á serlo á los males ajenos que á veces me han afectado mas que si fueran propios.

Ya se considerará cual fué la noche que pasamos los dos presos en aquel cuartucho inmundo sofocados por el humo de la vecina carpinteria en que se seguia trabajando de noche, circuidos de animalejos que saciaban en nosotros su siempre voraz apetito y conturbado el espíritu por los motivos que cada uno tenia para dejarse dominar por el sufrimiento.

Toda la noche estuvimos encendiendo cerillos y dando las muestras de quien no puede probar el sueño aguijoneado por rudos sinsabores.

Saludamos la primera luz echándonos fuera de nuestras camas, porque por mas desvelados que estuviéramos, á esa hora se hacia mucho mas difícil poder dormir entre los gritos furibundos de los presos que resonaban en la pequeña ventana de nuestro cuarto; esta caia exactamente á la escalera por la cual se baja al patio, á donde van á reunirse como animales todos los que no tienen la fortuna de poder pagar cinco pesos para disfrutar de las comodidades que llevo re-

feridas en el cuarto destinado á los presos de distincion.

Abri aquella ventanilla y colocándome de codos en ella me puse á observar lo que estaba pasando en el patio. Habria alli unos doscientos hombres de todas cataduras y de todas edades. Entonces pude comprender como los empleados de la alcaidia convierten en verdugos de sus compañeros á los mismos presos con solo investirles de ciertos cargos que les dé alguna autoridad en la prision. No necesitan mas que desempeñar un cargo cualquiera para tratar en seguida á los que no lo tienen á puntapiés y á bofetones.

En lo alto de la escalera y á un lado de nuestra ventanilla estaba un hombre llamando á los de abajo para diversas faenas y comisiones: todo esto en medio de gritos continuados y desagradables. Solo en media hora pude ver que dos infelices bajaron rodando la escalera arrojados brutalmente por aquellos bárbaros guardianes.

Es necesario ver la cárcel, estar en ella, para saber en realidad lo que es ese lugar maldito!

Dieron las siete y las ocho de la mañana y empecé á notar con estrañeza que mi desayuno no llegaba. A las nueve lo recibí con un papelito en que se me avisaba que no lo habian querido meter á las siete que era mi hora acostumbrada. Supliqué entonces que se dejara entrar á mi criado, como en la prision de Tlalotelco para que me hiciera la cama y me ayudara á asear el cuarto: los dependientes me contestaron riendo de mi simplicidad.

—A ningun estraño le es permitida la entrada á esta prision.

Entonces solicité repetidas veces hablar con el alcaide, que era un hombre perverso llamado Juan Rosell; pero este no llegó á contestar ni mis recados de palabra ni mis cartas. A poco supe que tenia forrada con una corteza muy dura toda especie de sensibilidad. Formé la resolucion de salir á buscarlo yo mismo, pero al querer ponerlo en planta los presos que servian de porteros me hicieron volver diciéndome con toda rudeza que no me era permitido salir del cuarto de la distincion.

Eran las once de la mañana cuando se me mandó llamar de la alcaidia: una persona me buscaba. Sali rebotando esperanzas; pero en la última puerta un presidiario que llevaba el nombre de Presidente me salió al paso diciéndome con acento brusco:

—El sombrero!

—¿Que es eso del sombrero?

Su contestacion fué querer echar mano al mio, cosa que no permiti dando un salto atras y poniéndome á la defensiva.

—Aqui nadie sale con sombrero, me dijo dando á su voz el mayor tono de insolencia, deje el suyo si quiere salir.

En efecto, sobre un petate estaban una multitud de sombreros inmundos pertenecientes á los presos que habian salido á hacer la limpieza de la plaza y calles inmediatas. El mio estaba pues amenazado seriamente de ir á hacerles compañía.

—Prefiero no salir, respondi dando media vuelta y me volvi á mi calabozo lleno de profundo despecho.

Todos los que hayan estado en situacion semejante á la mia habrán podido observar que las gentes de condicion ínfima, experimentan el mayor deleite cuando pueden vengarse de su miseria en los que visten otro trage distinto del suyo. Apenas habrá satisfaccion que iguale á la que ellos experimentan cuando se miran sobrepuestos á un semejante suyo que usa levita.

Supe que me estuvieron buscando otras personas y que á ninguna se le permitió que me viera, viniendo á sepultarme todas esas contrariedades en la mas honda melancolia.

No sé si por reglamento ó por costumbre se permitia á los presos recibir visitas los mártes y sábados. Ese dia era sábado y me permitieron recibir á mi familia por la tarde. A las cuatro me anunciaron que alli se encontraban mi anciana madre y mi jóven esposa con mis pequeños hijos. Sali lleno de alborozo sin considerar el desgarrador espectáculo que seme esperaba. Próximas estuvieron á saltárseme las lágrimas de los ojos cuando descubri á esos seres queridos en medio de una turba de mugeres andrajosas y despeinadas que estaban allí formando un tumulto horrible. Mi madre estaba bañada en llanto, mis tiernos hijos estaban como espantados viendo para uno y otro lado sin darse cuenta de lo que aquello significaba y mi muger aparecia pálida y con el dolor mas vivo pintado en su apasible semblante. Por dicha los empleados estaban accesibles y pude conseguir de ellos que me dejaran introducir á mi familia en un inundo cuarto todo salpicado de

sangre que sirve para depositar cadáveres y para hacer las primeras curaciones á los heridos.

No quiero referir la escena tristísima que pasó en ese cuarto: todavia me estremezco, todavia brotan lágrimas de mi corazon cuando evoco aquellos recuerdos. . . . Hubiera querido tener suficiente energia para terminar de un modo violento para todos aquel cuarto de hora de semejante martirio. . . . ¡tan grandes asi y tan punzantes fueron mis penas de esos instantes!

—No pueden Vds. permanecer mas aquí, les dije con voz al parecer tranquila aunque me estaba sintiendo morir interiormente.

Estreché á toda mi familia en mis brazos y agredí:

—No quiero que vuelvan mas á este lugar.

Se resistieron á abandonarme, pero me armé de una suprema resolucion y arrancándome de sus brazos me meti á mi prision con el corazon despedazado pasando por en medio de todos aquellos seres abyectos y degradados que poblaban la cárcel.

Bajo esas impresiones me puse á escribir la carta siguiente que puso de manifiesto, mas que otra cosa, mi candor en materias políticas:

«Señor Juez de Distrito Lic. D. José Ambrosio Moreno. Derramando lágrimas de indignacion escribo á V. la presente. Jamás llegué á imaginarme que mis mismos correligionarios habian de proceder conmigo del modo miserable conque están procediendo. Al trasladárseme á esta prision por órden de un juez, compañero mio de profesion, pensé que por su encar-

go ó bajo su vigilancia se me guardarían las consideraciones debidas no solo á mi carácter de profesor en derecho que está aquí arrastrándose por el lodo, sino mas aún á mi dignidad de escritor público y de patriota republicano. En el mismo expediente que V. tiene á la vista constan algunos de los sacrificios que en mi pequeña esfera pude hacer cuando fueron necesarios en pro de la independencia nacional. Supuestos esos antecedentes, ignoro por qué se me trata de un modo brutal, como si fuera el último de los fascinerosos y sin la menor diferencia de los presos comunes y de los verdaderos delincuentes.

Sin embargo de haber satisfecho cinco pesos, que se me han cobrado contra el texto espreso de nuestro Código fundamental que proscribía las gabelas de las cárceles, porque se me pusiera en lugar de distincion, se me ha metido en un chiribitil inmundado poblado de animales asquerosos, al cual tienen derecho de entrar todos los detenidos menos las personas que vienen á visitarme y el criado que me sirve. Aquí estoy á las órdenes de los presidiarios que llevan el nombre de bastoneros: ellos me marcan el alto cuando quiero pasar de un sitio á otro, dentro de la misma prision, llegando la audacia de algunos á quererme arrebatarme el sombrero de la cabeza. Todo el dia he hecho esfuerzos inútiles para hablar con el alcaide que se niega á oír mis quejas. Parece que tratan de ponerme en rigurosa incomunicacion.

Los imperialistas, Señor juez, me tuvieron tambien preso por mis opiniones políticas; pero no me hicieron sufrir las afrentas que hoy estoy sufriendo.

Si yo hubiera cometido algun delito me conformaría con mi suerte; si en mi corta carrera política hubiera hecho traicion alguna vez á mis principios políticos, recibiría el castigo de mi inconsecuencia con resignacion.... No siendo asi, me creo con el derecho de preguntar: ¿que crimen he cometido para que se me humille como á ningun hombre de honor se ha escarnecido jamas?

Entiendo que lo que se pretende conmigo no es precisamente atormentarme supuesto que no se me ha llegado á imponer ninguna pena ni se me ha llegado á declarar bien preso todavia.... ni hay razon para que á un simple detenido político se le agobie con un rigor inusitado. Si pues lo que se quiere es la seguridad de mi persona, esta se consigue con una garantia ó con mi palabra en donde quiera que se me ponga, de estar pronto al llamado de la justicia. Supuesto que V. me va á formar un nuevo juicio que yo he pedido espontáneamente, no querré en manera alguna agravar mi situacion cuando me encuentre en camino de llegar al término de mis padecimientos y cuando sé muy bien que no hay ni puede haber una constancia sola que sirva de fundamento para condenarme.

Por lo mismo ocurro á V. para que si es un juez íntegro, un hombre humano y un funcionario independiente, se sirva dictar cualquiera disposicion que me libre de las angustias que, sin conocimiento de V. quizás, estoy sufriendo.

El encargado del pliego no pudo entregarlo sino hasta el dia siguiente, pero en la misma noche, casi

al oscurecer me llamaron de parte del Sr. Lic. D. José M. ^o Aragon, quien habia conseguido del gobernador D. Juan José Baz que yo fuera trasladado á unas piezas de la alcaidia separadas de la cárcel en las cuales estaba tambien detenido un extranjero acaudalado y de alta distincion en la sociedad.

La sorpresa, el gusto, la gratitud que me hicieron sentir las palabras del Sr. Aragon, son indescriptibles. Le abracé con efusion pareciéndome mas noble su accion ante tantas pequeñeces, y mas aún, porque aquel bondadoso caballero me habia conocido casualmente en una visita que como magistrado hizo á la prision de Santiago Tlaltelolco y, movido solo por sus buenos sentimientos, habia tomado interes por mi suerte.

Y es que nunca falta una Providencia sobre la tierra ni á los seres mas desventurados.

El resto de la noche fué para mí como si lo hubiera pasado en el cielo. Dormi tranquilo en mi nueva prision y al despertarme en la mañana bendije con infinita ternura el santo nombre del Sr. Aragon.

CAPITULO XXI II.

LA MARTINICA.

Nada volvi á saber del desgraciado jóven, mi compañero de distincion, que habia dejado en un hotel abandonadas á sus dos hermanas menores, ni si al fin le permitió el alcaide salir libre por los \$25, conmovido ante la realidad de que era una oveja que no resistia mayor trasquile. Lo que si tuve oportunidad de saber fué: que la carpinteria que estaba sirviendo de antesala á la distincion se ocupaba exclusivamente en construirle muebles al Sr. alcaide, para los cuales no tenia necesidad de poner mas que la madera, pues la cola y tornillos se comprendian en los gastos generales de la oficina. Tambien tuve oportunidad de saber que todos los dias salian desde muy temprano de dos á tres docenas de presos, que en calidad de albañiles estaban destinados á construir tambien una casa para el referido señor alcaide. Es decir, estábamos allí en plena época de la conquista, como cuando los indios eran obligados á dar su trabajo y hasta sus ma-

al oscurecer me llamaron de parte del Sr. Lic. D. José M. ^o Aragon, quien habia conseguido del gobernador D. Juan José Baz que yo fuera trasladado á unas piezas de la alcaidia separadas de la cárcel en las cuales estaba tambien detenido un extranjero acaudalado y de alta distincion en la sociedad.

La sorpresa, el gusto, la gratitud que me hicieron sentir las palabras del Sr. Aragon, son indescriptibles. Le abracé con efusion pareciéndome mas noble su accion ante tantas pequeñeces, y mas aún, porque aquel bondadoso caballero me habia conocido casualmente en una visita que como magistrado hizo á la prision de Santiago Tlaltelolco y, movido solo por sus buenos sentimientos, habia tomado interes por mi suerte.

Y es que nunca falta una Providencia sobre la tierra ni á los seres mas desventurados.

El resto de la noche fué para mí como si lo hubiera pasado en el cielo. Dormi tranquilo en mi nueva prision y al despertarme en la mañana bendije con infinita ternura el santo nombre del Sr. Aragon.

CAPITULO XXI II.

LA MARTINICA.

Nada volvi á saber del desgraciado jóven, mi compañero de distincion, que habia dejado en un hotel abandonadas á sus dos hermanas menores, ni si al fin le permitió el alcaide salir libre por los \$25, conmovido ante la realidad de que era una oveja que no resistia mayor trasquile. Lo que si tuve oportunidad de saber fué: que la carpinteria que estaba sirviendo de antesala á la distincion se ocupaba exclusivamente en construirle muebles al Sr. alcaide, para los cuales no tenia necesidad de poner mas que la madera, pues la cola y tornillos se comprendian en los gastos generales de la oficina. Tambien tuve oportunidad de saber que todos los dias salian desde muy temprano de dos á tres docenas de presos, que en calidad de albañiles estaban destinados á construir tambien una casa para el referido señor alcaide. Es decir, estábamos allí en plena época de la conquista, como cuando los indios eran obligados á dar su trabajo y hasta sus ma-

teriales, como siervos humildes, para las construcciones de los señores.

No se pasó un solo día de los que estuve en esa cárcel, en mi concepto la peor de todas las cárceles del mundo, sin que llegara á mi conocimiento algo nuevo en materia de abusos y de arbitrariedad.

Entre las crueldades que en aquellos meses presencié que se tuvieron con los pobres presos, voy á referir algunas de las que mas se me quedaron grabadas en la imaginación.

Una tarde vi entrar á una muger ébria conducida por dos gendarmes: detras de ella venian cinco muchachos llorando, desde la edad de tres años hasta la de diez. Como los chicos gritaban desaforadamente, los mandaron echar á la calle cerca del anochoecer. La muger era una india de los pueblos inmediatos á México y fué condenada á quince dias de reclusion. ¿Que hicieron las infelices criaturas sin su madre durante aquel tiempo? ¿En donde durmieron aquella noche? Esto no llamaba la atención de nadie y se tenia como una cosa comun y ordinaria.

Cierta mañana los gendarmes metieron á la cárcel á un hombre que habian golpeado sin misericordia. Seguramente el pulque lo tenia excitado porque hablaba mucho aunque no intentaba siquiera defenderse. Entonces el alcaide completó la obra tomando el sable de uno de los guardianes con el cual estuvo dando golpes de plano al infeliz hasta que el cansancio le impidió continuar.

Otra mañana los guardas conducian á dos mugeres. Al llegar á lo alto de la escalera que hay en el he-

dondo y reducido patio correspondiente al cuerpo de guardia, una de ellas se resistió á pasar de la reja. El gendarme entonces la cogió de los cabellos y la metió arrastrando á lo largo del corredor hasta la alcaidia. El corredor á que me refiero es un pasillo angosto y descubierto, resguardado por un barandal de fierro en el cual la muger se iba dando terribles golpes.

Un dia muy temprano vi meter á una jóven bien parecida, arrastrando un elegante traje y con todas las trazas de encontrarse algo ebria. Entró sonriéndose y dirigiendo la palabra á todo el mundo. Seguramente recibió algun fuerte agravio en la alcaidia porque de repente empezó á dar de gritos. Apoco apareció en el corredor llevada casi en peso por dos presidarios robustos que la encerraron en un separo. Allí siguió gritando y golpeando la puerta. Entonces se presentó el terrible alcaide seguido de cuatro hombres llevando unas cuerdas y una llave de gran tamaño. Estos instrumentos sirvieron para atarla y amordazarla. La desgraciada no gritó mas. Este hecho lo presenciaron llenos de sencilla curiosidad el juez de turno, las médicos de cárcel y cosa de otras doce personas. No observé que alguno intentara impedir semejante atrocidad ni dar señales de reprobación. Parecian estar todos acostumbrados á estas escenas.

En otra vez vi entrar al alcaide desaforado á uno de los cuartos en que yo estaba. Habia allí un rincon lleno de palos, fierros, armas descompuestas &. Tomó una

varilla de metal y armado con ella salió de allí precipitadamente. En seguida reseuclí repetidos golpes dados en un cuerpo blando: luego se escucharon sollozos, luego rotunda. No tuve presencia de ánimo para asomarme á ver lo que acontecía; pero despues supe que era una de aquellas bárbaras ejecuciones que se repetían diariamente. La azotada era una presa á quien se habian dado funciones de camarista en la alcaldia, y se abrigaban sospechas de que fuera ella la que se habia tomado una caja de cerillos!!!

Seria cosa de seguir y no acabar el relato de todo lo que presencia un detenido en esa llamada cárcel de Ciudad. Al menos yo he visto allí lo que solo habia leído en novelas patibularias y que lo juzgaba obra de la imaginacion de los autores para conmover al lector, pero fuera completamente de la vida real en la cual no podia figurarme tamaños excesos.

Sobre todo, cuando me dolía el corazon era cuando se martirizaba á las débiles mugeres: entonces me figuraba que nos encontrábamos en pleno dominio de los familiares que aplicaban los tormentos en el Santo Oficio.

Poco á poco pude convencerme de que mi observatorio era sumamente limitado y no podia ver ni la centésima parte de lo que pasaba. En donde tenia su radicacion el verdadero lugar de los suplicios era en los patios en donde varios hombres fuertes estaban destinados á ejercer sobre sus compañeros todas las violencias que se les exigian so pena de ser ellos los castigados. Allí no hay medio para los detenidos ó

tienen que ser víctimas ó verdugos, sin que les quede otro camino en donde escoger.

He aquí las penas comunes, fuera de las extraordinarias, por las que tenia que pasar todo hombre que era llevado á la diputacion en calidad de detenido. Primero los golpes, los empellones y hasta las heridas si oponia la menor resistencia ú ofendia de palabra á sus aprehensores. Una vez entregado en la Alcaldia, allí eran tomados, no solo sus nombres y pronombres sino cuanto llevaba en el cuerpo, menos las ropas, que esas se perdian hasta en la noche. El preso que llevaba algun dinero, alguna alhaja, alguna prenda de valor, veía que se quedaba allí con el nombre de depósito para no recobrase nunca. Yo, en las dos veces que he estado en ese lugar como referiré despues, he dejado allí para siempre mi cartera con mis papeles, mi cortaplumas, mi reloj y el poco dinero que me acompañaba.

Una vez que es despojado el pobre preso de cuanto lleva encima, pues entre dos hombres lo registran de los piés á la cabeza, para que no pase arma ni tampoco instrumentos de seduccion, es entregado brutalmente á un ayudante, tambien preso, que va dando la órden de que se abra cada puerta, hasta echarlo por la escalera al patio. El que se aturde un poco es llevado á empellones y baja la escalera rodando, pues desde lo alto de ella se le precipita con un empujón.

Como esta no es una cárcel amplia y formal, sino mas bien un lugar de detencion, hay veces que los presos no llegan al patio sino que se quedan en los

pasadizos y piezas interiores mientras llega la guardia que ha de conducirlos á Belem: en ese caso no se les da allí de comer, sino que se les tiene hacinados como animales y á veces pasan todo un dia y una noche sin probar bocado, amontonados en una habitacion que nadie se ocupa de asear nunca.

Los que se quedan en la Diputacion por haber sido condenados en la calificacion que hace el gobernador, su secretario y en defecto de estos cualquier empleado y á veces el mismo alcaide, á quince ó mas dias de prision, ó por disposicion ú olvido de los jueces, son destinados á la limpia de las atarjeas, al aseo de la plaza y á las obras públicas ó particulares de los funcionarios. A esas faenas se les hace salir sin sombrero por mas que el sol de Mayo deje caer á plomo sus ardientes rayos sobre la cabeza y semblante desnudos de aquellos infelices, que durante semejantes fatigas suelen morir de insolacion.

Se les levanta á puntapiés, de los inmundos rincones en donde duermen, se les forma en filas, se les pasa lista y luego se les obliga á marchar entre soldados para ir cada grupo á su destino.

Los del aseo de la plaza y otros que tienen semejante fortuna, vuelven antes de las doce á comer: los de las obras particulares y públicas tienen que proporcionarse como pueden la subsistencia. Generalmente sus abnegadas mugeres, sin saberse de donde, pues tienen mas bien aspecto de mendigas, les llevan una canastita con provisiones de la peor calidad pero á las cuales nunca falta la compañía del pulque.

A las doce en punto llegan diez ó doce parejas de presos custodiados por algunos soldados: esas parejas se componen tambien de los hombres mas fuertes porque son los que tienen que cargar los alimentos de sus compañeros. Nada hay mas asqueroso que estos alimentos que son conducidos en barriles descubiertos que se llenan de tierra, de moscas y de otras inmundicias.

Muchas veces estando en la alcaidia me he acercado venciendo mi repugnancia á esos barriles y siempre he encontrado en ellos caldo de arroz, caldo de frijoles, ó caldo de carne, entre los que resaltan mas las caderas de la res y otros huesos, siendo el color, el olor y el sabor de todo aquello nauseabundo.

Generalmente, segun los informes que pude adquirir, se daba la proveduria de las cárceles á un contratista favorecido por un regidor á quien llevaba en parte: no sé como se hará ahora; y ese contratista para dar de comer á mil presos con un real por cabeza que le designaban, tenia que destinarles un 25 por ciento á fin de que un 75 por ciento fueran sus utilidades que todavia tenia que dividir las con su protector.

Era imposible que con ese sistema los desgraciados presos tuvieran en alguna vez algo que comer que fuera pasable: ellos hubieran preferido un pedazo de pan que no estuviera trasnochado y un trozo de carne de res que no repugnara á las narices, aunque se hubiera prescindido de los otros caldos que solo iban allí formando bulto. De aquí es que todos los presos que tienen familia, aunque sea de la manera mas po-

230. ALGUNAS CAMPAÑAS.
 A las doce en punto llegan diez ó doce piezas de
 bre preferen: que les hacen una cestiñ de su casa,
 á probar si quiera todas aquellas porquerías que les
 dan los proveedores por contrapartida, suponiendo que
 son los que se les dan.

Así es que los barriles de las comidas se vuelven
 casi tan llenos como entran y probablemente esas
 mismas viandas vueltas á calentarse siguen sirviendo en
 los días posteriores, hasta que haya que tirarlas ab
 mular por que no las han de querer consumir ni los
 mismos perros.

A un lado de la alcaidía en el pasillo ó corredor
 que comunica al lugar común, hay siete calabozos
 bozos que tienen el nombre de separos. No hay cosa
 mas horrible que estos cuartos que de seguro no lle
 gó á inventarlos peores la Santa Inquisición. Cada
 uno tiene tres varas de ancho por cinco de largo y
 no está alumbrado mas que por una pequeña rendija
 que hay en la puerta, así es que están oscuros, poblados
 de animales y hediondos: hediondos no solo por estar
 cerca de la oficina tributaria sino porque los mismos
 calabozos tiene cada uno un barril para que sirva de
 lo mismo el cual se saca cada ocho ó quince días. En
 esos calabozos siendo tan pequeños he visto meter has
 ta veinte *incomunicados*. Es seguro que para dormir
 no han de haber podido acomodarse ni en cuclillas.

Abajo de esta linea de separos se encuentra el cuer
 po de guardia que tambien tiene sus oficinas en un
 estado espantoso de corrupcion. Ya se sabe por regla
 general lo que son nuestras retimiones de soldados y
 presos y por eso no explicaré el estado en que se en
 cuentra el patio de la Diputacion que pertenece al

cuerpo de guardia de la cárcel. Me bastará decir que
 á mi juicio no hay un lugar que sea mas malsano en
 México ni de donde se les dé mas desarrollo á las en
 fermedades epidémicas.

Se guardaban algunos recuerdos en la cárcel de
 ciudad de la época de los franceses, y entre otros el
 nombre que le pusieron, que fué el de la Martinica:
 afirmaban que el calor y el maltrato eran iguales á los
 que se dan á los deportados en aquella posesion fran
 cesa. Yo le hubiera puesto el Infierno, porque no
 creo que en alguna parte esté el hombre como allí re
 ducido á peor condicion que la de los animales, no
 teniendo ni un sitio para dormir, ni un alimento sano
 que comer, refrigerios y reposos que le permitan si
 quiera tener fuerzas para desempeñar las rudas fati
 gas que se le imponen.

Supongo que la suerte de esos seres desvalidos ha
 bra mejorado en nuestra última época de progreso,
 pues en aquel tiempo los hombres del poder solo se
 ocupaban en medrar y poco tiempo les quedaba para
 pensar en otra cosa. Los regidores encargados de las
 cárceles hacian en ellas su fortuna y los ministros se
 hacian de la vista gorda porque estaba de moda ha
 cer negocios con los grandes y con los pequeños, des
 pilfarrar las rentas públicas y sacar el dinero hasta de
 entre los andrajos de los pobres.

¡Quiera Dios que con la nueva civilizacion que he
 mos alcanzado se hayan abolido en las cárceles tantos
 horrores, tantos abusos, tantas iniquidades!

nos tratábamos como viejos amigos. No seré indiscreto pronunciando su nombre que es tan conocido, porque si bien su prision no tenia motivo alguno que fuera deshonoroso, no me parece que haya necesidad absoluta de nombrarlo causando á él ó á su familia el disgusto de evocar malos recuerdos ó cualquiera clase de mortificacion.

Entonces si me consideré como el pez en el agua. Tenia cerca de mí á un excelente compañero al principio y despues un muy buen amigo, con quien pasar las horas conversando agradablemente; tenia un balcon á la calle; tenia dos habitaciones amplias y regularmente ventiladas; tenia muebles suficientes para recibir á mi familia y á mis visitas todos los dias; tenia una puerta vidriera frente á la escalera, única que aquellas tenian que franquear para abordarnos, sin necesitar pedir permiso á nadie con total independencia de las oficinas, tenia por último un escritorio que fué cubierto en pocos dias de libros y papeles....¿qué mas podia apetecer un hombre privado de la libertad? La cárcel es siempre la cárcel, para dejar de ser el purgatorio ó el infierno desde que se tienen algunas comodidades.

Por mi parte llegué á ser casi dichoso con aquel beneficio que tan bondadosamente me habia proporcionado el Sr. Aragon en los momentos en que el juez de mi causa, mis amigos, todo el mundo, me habian vuelto la espalda....

Una nubecilla vino á los pocos dias á oscurecer aquel bienestar relativo: la falta de recursos. Con an-

CAPITULO XXV.

EL ARIETE DEL SIGLO.

Mi nuevo alojamiento en la Martinica estaba en el departamento de la Alcaidia, componiéndose este de varias piezas que ocupaban los empleados con sus camas, nosotros los presos estábamos en las dos últimas piezas, una de las que tiene un pequeño balcon para la Callejuela. Aunque el carcelero al ponerme allí me designó un rincon de la pieza que no tenia vista á la calle, frente á la cama de mi compañero, dándome á entender que no me era lícito moverme de ese lugar, como yo observara que el otro preso hacia uso tambien de la pieza del balcon, me fui tomando poco á poco las mismas libertades, sin que por entonces hubiera quien me lo reclamara.

Mi compañero de prision, de nacionalidad francesa, de carácter comunicativo y alegre como todos los franceses, hizo que pronto nos tratáramos con franqueza, de manera que al amanecer el dia siguiente ya nos habiamos contado nuestras respectivas historias y

gustia vi que el producto de los insignificantes bienes que poseía en Guadalajara estaban tocando á su término y que de allí en un mes no tendría materialmente con que sostener á mi familia. Ya mi prision se había prolongado por más de siete meses.

En estas circunstancias apremiantes, cuando vi cerradas las puertas á toda esperanza de avenimiento con el gobierno, puesto que era yo un miserable gusano de quien ni siquiera se acordaba para darle el castigo que merecía si era culpable; cuando tenia que hacer algo para preparar á mis amigos el terreno de la revolución, perspectiva única que nos quedaba para levantarnos del abismo á que se nos había arrojado sin compasión, comencé á meditar el proyecto de escribir un periódico.

Iba de acuerdo este proyecto con mis ideas románticas; después, el día en que se descubriera vendría á ser para mí un día magnífico: iba además á presentar el único caso en nuestra historia de que se escribiera un periódico contra el gobierno desde el fondo de una prision.

Entonces traté de ponerme en comunicacion con varios impresores; pero como mi nombre habia empezado á sonar apenas como el de un político ó revolucionario de provincia, no hubo uno que quisiera hacerme formal. Dos condiciones me exigian difíciles ambas de poder llenar en mi situacion; la garantia del pago y la garantia de la responsabilidad personal en lo que iba á publicarse. Como tenia empeño en el asunto, á fuerza de perseverancia vencí las principales dificultades y pude anunciar el primer número de un pe-

riódico jocoso para el día 20 de Febrero. Salí en efecto y tuvo tal aceptación, que ya no me fué necesario gastar más que una parte insignificante de los noventa pesos en que consistía á la vez mi fortuna destinada á fomentar mi nueva empresa, á la vuelta de unos cinco números ya el periódico me daba lo muy necesario para acudir modestamente á la subsistencia de mi familia.

Era consecuencia natural que, atacando en mis escritos con rudeza los abusos de la administracion, principalmente conociéndolos como los conocia por ser una de sus víctimas, el periódico llamara muy pronto la atencion de los altos funcionarios públicos, quienes se devanaban los sesos buscando entre los periodistas conocidos al audaz escritor que los estaba poniendo en berlina. Pero como ni en la misma imprenta de Garcia Torres donde se publicaba el periódico era conocido el nombre del redactor, pude, valiéndome de segundas manos, conservar por algun tiempo el incógnito, creciendo por esa circunstancia el interes de la publicacion. Se echaba la vista encima á todos los escritores de ese género y se veia que ni siquiera podian ser sospechados de manifestarse hostiles al gobierno de quien recibian grandes favores.

Los hombres del poder pusieron en juego la policia y las influencias para descubrir al redactor del periódico; el público de los políticos decia:

—¿Quién es ese atrevido que se pone frente á frente de este gobierno arbitrario muy capaz de jugarle una mala pasada? ¿Quién es ese temerario que tiene

ánimo para levantar la cabeza ahora que todos estan amilanados ante la omnipotencia de D. Sebastian Lerdo? ¿Quién es ese tonto que desafía al poder en estos momentos en que las cárceles estan llenas de descontentos políticos y en que tan fácilmente se desembaraza aquel de sus enemigos?

¡Pero qué! si yo no tenia conciencia ni del peligro á que me esponia ni del disgusto que al elemento oficial estaba produciendo. Se me figuraba la cosa mas llana designar uno á uno los abusos que se estaban cometiendo y pedir que se pusieran en práctica y en vigor cada uno de los preceptos constitucionales que se habian estado viendo hasta entonces como letra muerta.

No faltó alguno de los que ya conocian mis escritos en los Estados, que sugiriera á los hombres del poder la sospecha de que yo estaba redactando el *Padre Cobos*, porque un dia se presentó en nuestras habitaciones el secretario del gobernador Sr. Manuel Mercado y estuvo hablando largo rato con mi compañero de prision. Este se manifestó sorprendido de las preguntas que se le hacian, pues realmente no sabia nada y siempre me habia encontrado estudiando ó escribiendo mis lecciones de inglés. Asi es que él pudo contestar con ingenuidad:

—Estoy seguro de que aquí no se escribe ningun *Padre Cobos*.

Se detuvieron las pesquisas unos cuantos dias, pero luego volvieron con mas fuerza.

Un empleado del gobierno, paisano mio y compañe-

ro de colegio, fué encargado de acercárseme con cualquier pretexto y de vigilarme. Tocó esta innoble mision al célebre Agustin Caravantes. El dia menos pensado cayó como llovido del cielo en mi prision manifestándose muy interesado en mi suerte.

—Voy á sacarte de aquí, me dijo lleno de conviccion.

—Tú? le pregunté con mucha estrañeza.

—Por supuesto: soy gefe de una seccion en el Ministerio de Justicia y tengo influencia con los jueces.

—Pues chico, le dije con el aire de incredulidad consiguiente á todo lo que me venia pasando, haz en mi favor lo que puedas. En mi situacion debo aceptar todos los servicios que se me ofrezcan.

Y desde ese dia siguió menudeando sus visitas, sin que mi negocio judicial presentara muestras de dar un paso. De cuando en cuando me llevaba alguna noticia en coneccion con la causa que dizque me estaba instruyendo el juez de Distrito; pero á esto le daba un lugar secundario fijándose mas en los papeles que de ordinario tenia encima de mi mesa. En una vez sali de intento dejándole solo y cuando regresé lo encontré *infraganti* registrando mis manuscritos. Le reprendí sin reparo aquella fea conducta, y no volvió mas á verme, quedando perdida hasta la fecha nuestra amistad.

Hago á un lado esas tonterias y seame permitido para terminar este capítulo dar una rápida ojeada sobre la situacion en aquella época.

Ocupaba la presidencia de la República el gran

patriota D. Benito Juárez y componían su gabinete D. Sebastian Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones, Gral. Ignacio Mejía Ministro de Guerra, D. Matias Romero de Hacienda, D. Blas Balcárcel de Fomento y D. José M. Iglesias e Ignacio Mariscal de Gobernación y Justicia.

Este pequeño círculo llamado de los hombres de Paso del Norte, por haber huido hasta ese lugar algunos de ellos en tiempo de la intervención francesa, estaba á la vez causando profundos males á la República Mexicana. Se acusaba á D. Sebastian Lerdo de ser el instigador de esa política, quien llegó á ejercer sobre el ánimo del Sr. Juárez una influencia tan constante como perniciosa.

Se creía que hubiera sido una luz para el Presidente el fracaso de la convocatoria expedida al terminar la guerra extranjera y que fué segun recordarán los lectores «La Manzana de la Discordia» lanzada en medio de aquella situación. El partido liberal todo, se disgustó de que se quisiera dar al clero un lugar en la política después de que habia sido el autor de la intervención francesa y de que se quisiera sorprender al pueblo arrancándole el arma del veto para el Ejecutivo, arma que venia á echar por tierra el sistema parlamentario convirtiendo en entidad nula el poder legislativo; pero el Sr. Juárez seguía dominado por el Presidente de su Consejo y de esa manera pudieron ver los mexicanos llenos de estupor que se sofocaban los motines políticos con fusilamientos en masa como los de Puebla y Yucatán; que las garan-

tias individuales no eran respetadas ni en el santuario del hogar; que las leyes, vaciadas en el mismo molde de la de 3 de Octubre de Maximiliano, se expedían frecuentemente inundando de sangre el territorio de la República; que se derrochaban los fondos públicos improvisando las fortunas de la mayor parte de los hombres de la situación; que no eran llamados á desempeñar empleos del gobierno mas que á los parientes y amigos íntimos; que todo era abuso, desorden, corrupción en la esferas oficiales, mientras que el malestar y la miseria misma estaban apoderándose de las clases infortunadas de la sociedad; que el vandalismo tomaba un desarrollo nunca conocido, porque mas se perseguía á los descontentos políticos que á los saltadores de caminos; que para deshacerse de los enemigos se inventó la famosa *ley fuga* que consistía en suponer que los presos trataban de escaparse y que sus guardianes se veían precisados á hacerles fuego y á acertarles; que nunca en suma se habia visto mas relajada la moralidad de una administración.

La prensa, como todo lo que hacia referencia á las instituciones, tenia una libertad aparente: en este punto, como en el de mantener un cuerpo legislativo, como en el de hacer creer que los Estados eran soberanos é independientes, se trató siempre de conservar las fórmulas, pero nada mas que las fórmulas. Los escritores no eran perseguidos como escritores, sino como conspiradores ó como militares desobedientes, aunque los mas estaban amparados por el fuero constitucional que tambien aparentemente era respetado.

Esta política pintada á grandes rasgos, que la histo-

ria imparcial delineará alguna vez con todos sus caracteres, ofrecia un campo vasto á la prensa de oposicion, que impulsada casi por el *Padre Cobos*, comenzó á hacer sentir sus efectos en la opinion pública.

Pero como no hay oposicion fructuosa si no se presenta al frente del gobierno un partido organizado que dé garantías de enmendar los yerros combatidos, con un gefe querido del pueblo que fortifique las esperanzas defraudadas; como despues de una lucha reciente tan fatigosa como fué para México la intervencion extranjera, nose tienen mas aspiraciones que las de la paz y del trabajo siendo entonces necesario persuadir á todos de que es necesario emplear nuevos sacrificios para alcanzar tan hermosos bienes, tuvimos que ponernos de acuerdo los que escribiamos para el público en estos puntos capitales: 1° Formar un partido fuerte de los hombres amantes de establecer formalmente en el país el principio constitucional. 2° Elegir un caudillo. 3° Fortalecer de tal modo la opinion, que estuviéramos listos para buscar el triunfo á mano armada si no se nos dejaba otro camino.

Mi obra pues se redujo á los sencillos términos de afear los manejos reprobados de lo que llamábamos entónces la dictadura y de enaltecer al mismo hombre á quien yo habia sido el primero en postular para Presidente de la República: al general Porfirio Diaz.

CAPITULO XXVI.

ANGUSTIAS.

En medio de todos estos azares y de tan repetidos y variados sufrimientos y desengaños, tenia un consuelo, el de la correspondencia diaria y activa que mantenía con mis amigos los presos de Santiago Tlal-teoloco: todos los dias se cruzaban mis cartas en las primeras horas de la mañana con las de Sanchez Ochoa, Granados, Toledo y Gagern. Los tres primeros me hablaban siempre de conspiraciones y golpes de mano que proyectaban incansablemente: el último me felicitaba por el éxito inesperado que estaban alcanzando mis valientes escritos. Nada me era mas grato en la soledad de la prision que recibir diariamente aquellas cartas y recoger en lo íntimo de mi corazon los pensamientos de mis buenos amigos. Es conveniente saber que yo siempre fuí, tratándose de la amistad, un devoto, un fanático y un mártir.

ria imparcial delineará alguna vez con todos sus caracteres, ofrecia un campo vasto á la prensa de oposicion, que impulsada casi por el *Padre Cobos*, comenzó á hacer sentir sus efectos en la opinion pública.

Pero como no hay oposicion fructuosa si no se presenta al frente del gobierno un partido organizado que dé garantías de enmendar los yerros combatidos, con un gefe querido del pueblo que fortifique las esperanzas defraudadas; como despues de una lucha reciente tan fatigosa como fué para México la intervencion extranjera, no se tienen mas aspiraciones que las de la paz y del trabajo siendo entonces necesario persuadir á todos de que es necesario emplear nuevos sacrificios para alcanzar tan hermosos bienes, tuvimos que ponernos de acuerdo los que escribiamos para el público en estos puntos capitales: 1° Formar un partido fuerte de los hombres amantes de establecer formalmente en el país el principio constitucional. 2° Elegir un caudillo. 3° Fortalecer de tal modo la opinion, que estuviéramos listos para buscar el triunfo á mano armada si no se nos dejaba otro camino.

Mi obra pues se redujo á los sencillos términos de afear los manejos reprobados de lo que llamábamos entónces la dictadura y de enaltecer al mismo hombre á quien yo habia sido el primero en postular para Presidente de la República: al general Porfirio Diaz.

CAPITULO XXVI.

ANGUSTIAS.

En medio de todos estos azares y de tan repetidos y variados sufrimientos y desengaños, tenia un consuelo, el de la correspondencia diaria y activa que mantenía con mis amigos los presos de Santiago Tlaloteloco: todos los dias se cruzaban mis cartas en las primeras horas de la mañana con las de Sanchez Ochoa, Granados, Toledo y Gagern. Los tres primeros me hablaban siempre de conspiraciones y golpes de mano que proyectaban incansablemente: el último me felicitaba por el éxito inesperado que estaban alcanzando mis valientes escritos. Nada me era mas grato en la soledad de la prision que recibir diariamente aquellas cartas y recoger en lo íntimo de mi corazon los pensamientos de mis buenos amigos. Es conveniente saber que yo siempre fuí, tratándose de la amistad, un devoto, un fanático y un mártir.

Llegaron á comunicarme aquellos que á fuerza de constancia y decision habian logrado sobornar á los principales empleados de la prision militar, ponerse de acuerdo con los oficiales mas resueltos que estaban allí procesados por los motivos mas fútiles y comprometer en un movimiento político que deberia estallar próximamente á varios gefes importantes de la guarnicion. Se trataba de dar uno de aquellos golpes de mano que se daban en épocas anteriores casi todos los meses. Un pequeño papel, aunque tal vez el mas peligroso, se me habia encomendado á mi en la Martinica, y como entre nosotros no era lícito hacer observaciones á lo determinado por la mayoria, me dispuse á cumplirlo empleando en ello toda la fuerza de mi inteligencia y de mi voluntad.

Ya todo esto estaba listo, faltando solo que los Srs. Manuel Ruiz y Leon Guzman, que eran los que manejaban el negocio por fuera, designaran el momento oportuno que esperábamos con ansiedad, cuando uno de esos incidentes tan comunes en las conspiraciones, en que nunca falta un traidor, vino á trastornarlo todo: el gobierno tuvo conocimiento de lo que pasaba, los empleados infieles fueron despedidos ó presos, los coroneles de los cuerpos de la guarnicion reemplazados por otros mas adictos, y Toledo y Granados recibieron la órden de disponerse á marchar para sufrir una pena de confinamiento. Toledo partiria para Yucatan y Granados para Monterey.

—¡No importa! nos dijimos entonces por medio de cifras convenidas, esto iba á ser prematuro inspirado

por el aburrimiento, nuestra cita formal será para el mes de Octubre en México; aquí nos veremos todos, suceda lo que suceda, y entonces si podremos desafiar á D. Benito y á sus ministros á que les pase nuestra conspiracion por las narices. . . . á que la huelan.

Eramos jóvenes, estábamos fuertes y veíamos como un juguete esponer nuestra vida en las aventuras políticas, no queriendo quedarnos atras de nuestros mayores, y sin pensar siquiera que á un país lo consumen tanto los sacudimientos políticos como á un individuo las enfermedades. No era por lo mismo ni siquiera posible dudar de que cada uno de nosotros iba á hacer los prodigios que se necesitaran para acudir á una cita en que nuestro honor y nuestro amor propio estaban empeñados.

Bajo esos auspicios, pero sin que llegaran á desalentarles tan repetidos golpes de la fortuna, marcharon aquellos amigos al destierro, sin habérseles permitido que fueran á darme un abrazo de despedida. El aviso único que yo recibí el 19 de Julio de 1869 era que tanto Granados como Toledo habian traspuesto las garitas, cada cual custodiado por un escuadron de caballeria. . . . tan terribles así se habian hecho al supremo gobierno!

Sin embargo de que la *ley fuga* estaba muy en voga entonces, yo no tuve el presentimiento de que murieran confiando en que los hombres de temple no se dejan matar con mucha facilidad; pero no pude menos de hacer esta oracion en el fondo de mi alma: ¡Dios mio! dales toda la malicia que sea necesaria

para conocer las asechanzas de nuestros enemigos y sostén su fuerza para que paren el golpe.»

En esos momentos en que el implacable rigor del gobierno arrebató á dos de mis amigos para llevarlos á tierras lejanas y mortíferas, la misma mano cruel y traidora nos dejaba á los tres sin el cuarto de nuestros compañeros; Adolfo Palacio moría en Sinaloa asesinado por las gentes que pagaba el poder.

Referiré en breves palabras este lamentable suceso.

Adolfo Palacio, como he dicho otras veces, y según los sucesos referidos, como debe haberlo comprendido el lector, tenía un carácter altivo y era además emprendedor y valiente hasta la temeridad. Cuando nosotros le propusimos en Tepic, después de haber sido vencidos en Sinaloa, que nos presentáramos al gobierno de una vez para ser juzgados y dejar definida nuestra situación, él se nos quedó mirando de hito en hito y luego exclamó:

—¡Como! ¿nosotros hemos de ir á presentarnos al gobierno para que nos juzgue y nos castigue?... pero ¿cual es el delito que hemos cometido?... ¿Humillarnos nosotros al gobierno hasta tal punto?... ¡Jamás!

Después de haber hecho esfuerzos inauditos para quitarnos aquella idea, cuando comprendió que eran inútiles, se nos separó con cualquier pretexto, ofreciéndonos estarse á la capa para incorporárenos más tarde. Es seguro que ya andaba devanando el más atrevido de los proyectos en su ardiente imaginación, que incautamente creyó podía realizar solo. Así es

que, á los muy pocos días de habernos dejado, penetró nuevamente al Estado de Sinaloa, en donde tenía muchos amigos y muchos enemigos como todos nosotros. Muy pronto fué descubierto y aprehendido, tocándole la buena suerte sin embargo de caer en las manos del caballeroso, coronel entonces, Donato Guerra.

Conducido Adolfo Palacio al puerto de Mazatlan en donde estaban los generales Corona, Rubí y todos los que podían considerarse en la cuestión política sus enemigos más encarnizados, fué, como era de esperarse, tratado con mucho rigor. El solo iba á pagar las culpas de todos nosotros que habíamos llegado á ser la pesadilla de los mandones de Occidente.

En aquel tiempo publicaron los periódicos algunos horrorosos pormenores de la manera como se trató á Adolfo Palacio en la prisión, y aunque podría fácilmente reproducirlo ahora, creo que es inoportuno porque equivaldría á querer abrir heridas que el tiempo y las circunstancias se han encargado de curar radicalmente; también hay que tener en cuenta la época y la exaltación á que llegaban entonces los odios políticos.

La familia y los amigos del preso hicieron cuanto fué humanamente posible ante la rígida impasibilidad del Presidente, á fin de conseguir que saliera de allí para que fuera juzgado en S. Luis, en México ó en cualquiera otra parte por el tribunal que se designara; en nombre de la humanidad misma se pedía al gobierno que no se dejara allí á aquel hombre en el cual se estaba viendo con qué delicia se estaban ce-

bando sus enemigos. El gobierno permaneció inerte ante peticiones tan justas y tan fundadas. Se quería al juez mas recto y mas inexorable para que diera un fallo, no pidiéndole mas circunstancia que la de no estar ciego por el odio, aunque no tuviera ninguna imparcialidad.

Después de tres meses en que el infortunado Adolfo estuvo sufriendo tormentos atroces, sin esperanza no ya de que se le hiciera justicia, pero ni de que se le atendiera como á ser humano, se vió obligado á romper por sí mismo sus cadenas, emprendiendo una de las fugas mas audaces y arriesgadas que se han visto, teniendo que llvarse para efectuarla al mismo carcereiro encargado de su custodia.

El calculó y calculó bien, que no se le iba á dejar un instante de reposo, sino que se echaria mano de todos los recursos del poder para perseguirle tenazmente, como en efecto sucedió, y desde luego se puso en marcha para Culiacan, plaza que sorprendió con un puñado de hombres y allí se puso á organizar fuerzas apresuradamente para luchar con ventaja ó cuando ménos para vender cara su vida. Tenia sin embargo muy poco tiempo disponible y al mismo tiempo vió con desesperacion que se le echaba encima un ejército de perseguidores. Apenas tuvo tiempo de huir con rumbo hacia Chihuahua seguido de unos cuantos, y después de varios dias de una marcha tan difícil como penosa, sin querer acceder á las súplicas de los oficiales para que se escapara solo porque ya estaban completamente circunvalados por el enemigo, contestó: —¿No es mi vida la que

Vdes. de fienden? Pues yo tambien tengo que quedarme á defender la suya.

—No es posible salir de aqui bien librados, coronel.

—Pues moriremos juntos.

Y dió sus disposiciones para recibir al enemigo, parapetándose tras de las cercas de un corral.

Aquel desigual combate concluyó en ménos de una hora, cumpliéndose las órdenes que habia respecto del que mandaba en gefe. Adolfo Palacio recibió veinte heridas de sable y de lanza!!!

Los enconos políticos del círculo enemigo nuestro quedaron satisfechos con aquella víctima, mucho mas cuando ya habian llegado á figurarse que se les escapaba de las manos.

El *Diario* del gobierno publicó la noticia de aquel suceso haciendo cierto alarde de indiferencia, como lo hacia en ese tiempo siempre que se trataba de ignominias semejantes: solo el *Padre Cobos* y dos ó tres periódicos mas se esforzaron en hacer que se fijara la atención pública en aquel asesinato llevado á efecto con premeditacion, alevosia y ventaja. Apagado aquel murmullo ineficáz, nadie volvió á ocuparse del asunto y ese crimen, lo mismo que tantos otros, quedó sepultado en el olvido, mientras mas tarde ó mas temprano, viene á dar su lugar á cada uno, la imparcialidad de la historia.

No obstante estos golpes, yo seguia hilvanando chistes en mi periódico que hacian reir á la multitud, sin figurarse nadie que el cerebro que los producía

estaba unido á un corazon que destilaba toda la hiel de las amarguras.

A estas contrariedades hay que agregar otra de esas que quitan toda energia á las almas mas fuertes, que tambien cayó sobre mi en esos mismos dias.

Rosa, este es el nombre de la muger que quiso unir su suerte con la mia y participar de los azares de mi vida, me siguió á la Capital como me habia seguido á todas partes donde algun peligro se cernia sobre mi cabeza. Cuando supo que me encontraba encerrado en una prision, nada pudo contenerla de venir á enjugar mis lágrimas y á rodearme con las dulces atenciones de la familia, ni su situacion misma que era delicada. Además de la niña nacida en Gualajara y de otro niño nacido en Mazatlan, tambien en circunstancias críticas, traia en sus entrañas el tercero que vino á nacer pocos dias despues de su penoso viaje de Gualajara. Todos aquellos trastornos morales y físicos hacian temer un mal resultado y en efecto lo dieron: una mañana á mi celda de preso llegó la cruel noticia de que los médicos desesperaban de su curacion y que la enferma estaba en esos momentos supremos atacada de una hemorragia. Alarmado profundamente escribí una carta al juez de Distrito suplicándole que me permitiera salir por una hora á mi casa evitando las fórmulas y dándole sin ellas seguridades de mi persona. Me mandó decir de palabra que no podia hacer nada en mi favor, que aunque mi causa estaba á su conocimiento era bajo la inspeccion del Ejecutivo y que solo los Ministros podian otorgarme la gracia que solicitaba.

Un rayo no me hubiera producido peor efecto que esta contestacion, comprendiendo desde luego la imposibilidad en que se me colocaba de lograr mi deseo... Dirigirme al Ministerio era tanto como perder el tiempo inútilmente, pues demasiado sabia que los negocios mas graves necesitaban de meses para ser despachados... Pero mi estado febril no me permitia estar ocioso: llamé á un amigo de los mas eficaces y mientras llegaba me puse á escribir rápidamente el ocurso que sigue á cuyo medio me asia como se ase á un pedazo de madera en su última agonia el naufrago infeliz:

Señor Ministro de Justicia.—Habiéndome dirigido al juez de Distrito, á disposicion del cual me encuentro, pidiéndole con encarecimiento que me permita salir de la prision solo por unas cuantas horas y con las seguridades que sean necesarias, para atender á un cuidado urgente de familia, me manda manifestar que no puede hacerlo sin orden de ese Ministerio. Como las circunstancias especiales en que me encuentro son de tal naturaleza que no pueden humanamente ser desatendidas, pues tiene que considerarse el carácter político de mi prision, mi escasez de recursos, mi muger muriéndose y mis tres hijos espuestos á quedar en un momento sin apoyo... (aquí trasmití la opinion de los médicos sobre la enfermedad.) No concederme, aunque sea unos minutos para atender á mi familia en esa situacion, seria hacerme entender que no estoy en manos de los hombres sino en poder de fieras.

«Cuando estuve sujeto á la autoridad militar de San Luis Potosí, antes de tener la honra de depender de ese Ministerio, tuve aquella ciudad por cárcel, luego vine á presentarme libremente á México y en el cuartel de zapadores ó en la prision de Santiago tuve siempre libertad de salir á la calle, sin intentar sustraerme al castigo que de tiempo atrás vengo exigiendo para mi si soy culpable. Solo ahora que son abogados como yo los que me juzgan y los que me vigilan, se me cierra la puerta á toda esperanza y se me hace entender que no hallaré entre mis compañeros un solo rasgo de generosidad.

«¿Que mas segura garantía puedo dar de mi persona que esos antecedentes unidos hoy á los lazos de la familia? Pero podré dar ademas violentamente las que se me exijan: mándese que uno ó mas agentes de policia me acompañen, que me custodie por las calles la fuerza pública... á todo me someto en cambio de una hora siquiera que se me conceda hoy mismo, inmediatamente, para atender al cuidado de familia de que he hecho referencia, suplicando á Vd. que por humanidad se sirva omitir trámites y pronunciar al momento su resolución.»

A los ocho dias recibí el oficio siguiente:

«Ministerio de Justicia é Instrucción Pública—Seccion 1ª.—No correspondiendo al Ejecutivo de la Union decretar la soltura bajo fianza de los reos que tienen causa pendiente ante los tribunales, el C. Presidente de la República se ha servido denegar la solicitud relativa que ha elevado Vd. con fecha de ayer.

Comunicolo á Vd. en respuesta para su inteligencia. Independencia y Libertad etc.—Mariscal.»

Por fortuna cuando recibí esta nota, ya mi muger se habia salvado.

¡Dios está allí para velar por sus hijos cuando estos son oprimidos por los semejantes suyos que se llaman hombres!

CAPITULO XXVII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 ALDE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVII.

IGNOMINIAS.

Todo lo que quiere el hombre lo consigue cuando tiene voluntad para luchar contra los golpes de la fortuna. Esta es una regla que he observado siempre y que muy pocas veces ha dejado de darme los resultados apetecidos.

El mismo día en que recibí la agria comunicacion del Ministro de Justicia, cuyo tenor está indicando que ni siquiera llegó á ocuparse de ver lo que yo solicitaba, ese mismo día conseguí salir á la calle y ver á mi familia.

Yo tengo una fisonomia adusta y seca que hace suponerme un carácter frio y reservado. Lo que puedo decir es que soy incapaz de adular á nadie, ni de pedir favores, ni de grangear con sonrisas, ni de cometer en fin ningun acto que me embajezca para conseguir alguna cosa. Así es que desde el día en

que el alcaide D. Juan Rossel me señaló un rincón de una pieza para que acomodara mis utensilios de preso, no volví á dirigirle una sola palabra. Bien es verdad que al frente de mi indiferencia se encontraba el genio feroz é intratable de aquel hombre, así es que ni siquiera nos saludábamos cuando llegábamos á encontrarnos. Por ese lado nunca tuve la mas mínima esperanza de conseguir que mejorara mi suerte. Los otros empleados eran mas accesibles pero estaban tan vigilados, que ni ellos mismos se atrevían á comunicarse con los presos, aunque perdieran algunas utilidades.

Por fortuna el alcaide tenía un hermano llamado Joaquin que era el reverso de la medalla: muy atento, muy fino y muy insinuante. Desde que mi querido compañero, el preso de nacionalidad francesa de que antes me he ocupado, habia salido en libertad, el hermano del alcaide me iba á dar conversacion con frecuencia para entretener mis soledades. Con verdadero empeño se encargaba de algunas pequeñas diligencias que podia encomendarle con los jueces ó con mi familia. Estuvo al tanto de todos mis cuidados y angustias, indignándose juntamente conmigo contra aquel gobierno descorazonado que despreciaba las súplicas justas de un hombre que estaba en la desgracia. Entonces se arriesgó á incurrir en la cólera de su hermano pidiéndole que me concediera lo que me habia negado un ministro. Esta coyuntura, que parecia depararme el cielo, fué la que supe aprovechar.

—No, no se moleste V. por mi, le dije, yo sé que

no se ha de conseguir nada y estoy resignado á mi suerte.

—¡Cuanto siento que mi hermano tenga ese carácter!

—¿Se ha indispuerto ya con V?

—Me ha dicho herejias.

—Es posible?

—Me ha repetido que soy un bárbaro con andarme metiendo en los asuntos de los presos peligrosos y que por su cuenta pondria á V. en un separo bajo la vigilancia mas estricta.

—¡Ah! ¿Me juzga un preso peligroso?

—Al menos eso es lo que le han dicho los del gobierno.

—Pues ¡paciencia! Yo lo que siento es que V. se haya espuesto por mi causa á que le digan groserias.

—Eso no me importaria nada si se lograra el objeto.

—Pero V. en todo caso no necesitaba andar pidiendo favor á nadie para hacerme el servicio que desea.

—¿Cómo?

—Es claro, V. se queda algunas noches en la Alcaidía á hacer las guardias en sustitucion de su hermano.

—Es cierto.

—He alli la oportunidad.

Mi hombre no aguardaba este golpe de audacia y se puso lívido; pero despues de reflexionar un poco, contestó:

—No se me habia ocurrido siendo tan fácil.

Como aun lo veia vacilar y cambiar de color, procu-

ré distraerlo de aquella impresion, ofreciéndole una copa de vino y un tabaco. Despues le dije:

—¿Ha visto V. el último número del *Padre Cobos*?

—No.

—Lléveselo V.

—Bien: ya veremos lo que se hace, me dijo despidiéndose, y se fué sin duda muy preocupado con aquella idea.

Deseaba servirme pero tenia miedo. Yo le contesté acompañándolo hasta la puerta:

—En todo caso, yo no quiero que sufra V. por mi ningun perjuicio. Aceptaré solo aquello que no lo comprometa.

Al dia siguiente, que fué aquel en que recibí la mencionada comunicacion, no necesité emprender ningun trabajo. A eso de las nueve de la noche, y cuando me preparaba á meterme en el lecho, Rossel el bueno se me presentó entre alegre y asustado diciéndome:

—¿Quiere V. ir ahora á su casa?

—Ya sabe V. que no deseo otra cosa.

—Pues en el acto. Mi hermano se fué y no volverá en toda la noche. Salga V. por esta puerta sin decir á nadie una palabra y antes de amanecer vuelve V. por el mismo camino y se mete á su cuarto.

Me puse mi sombrero, me embocé en mi capa, sali y los soldados se apresuraron á abrirme la puerta de la escalera creyéndome un empleado ó un visitante.

—¿Cómo no se me habia ocurrido antes esto mis-

mo! exclamé para mis adentros luego que hube bajado la escalera.

En efecto, allí tenía la salida para todas las veces que quisiera sin necesidad de pedir licencia á nadie.

Mis piezas que estaban comunicadas con la Alcaidía, tenían una puerta vidriera de salida exactamente colocada frente al porton que está en lo alto de la escalera, cuidado este por una guardia que se releva todos los días, sin tener mas consigna que abrir y cerrar á cuantos pasan. El sargento de la guardia no está obligado á conocer á los presos y menos á los que llevan capa negra y sombrero alto. Así pues, yo habia podido franquear aquella puerta desde el primer día, todas las noches, como si fuera un empleado, sin llamar la atención de nadie. Este descubrimiento no lo eché en saco roto para las noches siguientes, aunque me causó buenos sustos.

Habia en la prision un viejo jubilado de apellido Legorreta que habia sido alcaide muchos años y que se estaba volviendo imbecil por la enfermedad que le habia venido de reblandecimiento de la médula cerebral. Tenia allí mismo su habitacion y por las noches en fuerza del instinto ó de la costumbre anterior, cogia un farol y registraba cuidadosamente todos los rincones de la cárcel demostrando aún que tenia el ojo perspicaz para vigilar á los detenidos. En una de mis ya repetidas escapatorias entró á mi cuarto y encontró abierta de par en par la puerta vidriera que me daba salida, en la cual se habia recargado probablemente alguno de los soldados de la guardia y estando solo emparejada por la parte de fuera habia cedido.

El maldito viejo volvió á donde estaban los empleados haciendo signos de alarma, pues ya no pronunciaba las palabras y se vinieron todos á registrar mi aposento.

Yo tenia siempre la precaucion de colocar debajo de mis sábanas un bulto formado de ropas y libros que me representaran en mi ausencia, de suerte que no atreviéndose ninguno á llegarse á mi lecho, solo le hicieron signos á Legorreta de que allí me encontraba dormido. Este entonces corrió los pasadores de la vidriera y cerró tambien la puerta de madera con todas sus aldabas.

A la madrugada, cuando llegué, empujé suavemente la puerta de mi aposento como todas las mañanas y viendo que resistia empecé á hacer mas impulso hasta que me convencí de que habia sido cerrada por dentro.

Me llené de angustia figurándome todo lo que podia haber sucedido durante aquella noche y me hice rápidamente estas preguntas: ¿quien cerró? ¿como supieron que estaba solamente emparejada la puerta? ¿se habria notado mi ausencia? ¿estaria descubierto ya mi ardid por el terrible y feroz alcaide? ¿Como haria para colocarme de nuevo en mi prision?

Y mientras estaba haciendo estas reflexiones, el día seguia avanzando y yo corria el peligro de ser visto allí de un momento á otro.

Hice de tripas corazón, y dirigiéndome rectamente á la Alcaidía, me presenté á un empleado subalterno de apellido Albear. No me pesó: desde ese día

tuve dos amigos en lugar de uno y dos cómplices para mis escapatorias.

Tuvieron entretanto el mejor desenlace los cuidados de familia: esta me visitaba ya todas las tardes sin inconveniente y yo seguía con toda tranquilidad consagrado á la redaccion de mi periódico. Todo parecia encontrarse en la mayor calma, como si el poder me hubiera olvidado ó estuviera haciendo investigaciones hacia otra parte, cuando algunas personas con el carácter de amigos se presentaron en mi celdilla á visitarme y siguieron frecuentándola de un modo que me llamó la atencion: no tardaron en descubrir el objeto que llevaban. Con la destreza que pudieron se sirvieron indicarme que el gobierno estaria dispuesto á darme la libertad, algun dinero y pudiera ser que una posicion, si yo me comprometia á variar el tono, ó si esto no era posible, á dejar de escribir completamente el *Padre Cobos*.

Yo contesté que el mismo gobierno me habia hecho tomar un camino del cual no me era fácil desviarme sin destruir la reputacion que habia comenzado á conquistar de hombre inflexible en mis ideas políticas: que el gobierno habia puesto en mis manos las pruebas de que era un poder arbitrario y que á mi me era imposible envilecerme hasta ir á besar la mano del verdugo que se habia recreado en mis tormentos. Me parecia que estaba vengándome un poco de las infamias que se habian hecho conmigo, y ya se sabe cuán grato es el placer de la venganza. Y me lo hacia creer así el empeño que se tomaba en callarme, cuando con

tanto desden se me habia visto apenas hacia unos cuantos meses.

En efecto, la guerra que hacia al poder comenzó á tener su significacion, primero en la prensa, la cual se reanimó y fué reforzada con nuevos y vigorosos campeones, y en seguida en el campo de la política en donde empezaron á formarse grupos respetables de oposicion con bastantes elementos para hacer vacilar en sus pedestales á los hombres del poder. Todo aquello existia ya pero sin movimiento, hasta que yo vine á darle vida con mi *Padre Cobos*. ¡Tan cierto así es el proloquio que dice que no hay enemigos pequeños!

Mucho bien me hubieran hecho la libertad y el dinero que se me ofrecian; pero era mucho mas satisfactorio para mi recibir aplausos de las gentes honradas y felicitaciones como la que me mandó un dia el distinguido escritor D. José M. del Castillo Velasco que decia: «Al autor del via-cruis del *Padre Cobos* le deja ese medio de oro como gala, el mas oscuro ó insignificante de sus colegas.—J. M. del Castillo Velasco. En la Imprenta, Marzo 25 de 1879.» Esto era de mas valor para mi que todos los puestos con que pudiera brindarme el gobierno á quien consideraba, en aquella época, antes de haber visto lo que despues he visto, como el mas arbitrario, el mas cruel, el mas antipatriótico de los gobiernos.

Un preso siempre está lleno de esperanzas ó decepciones: una palabra abre nuevos horizontes y otra palabra viene á cubrir el porvenir de negras sombras.

Un dia se presentó en mi prision Hilarion Frias y

Soto, que era amigo del gobierno y que ignoro por qué circunstancia feliz llegó tambien á serlo mio, quien se ofreció á ayudarme de un modo eficaz á recobrar mi libertad. Tenia gran influencia con el Juez de Distrito y estaba ya de acuerdo en ayudarme siempre que le proporcionara el medio de trabajar en mi favor.

En el acto le presenté el espediente que necesitaba: estaba á la vez enfermo de una dispepsia, que amenazaba hacerse crónica, y dije á Frias y Soto:

—Pues si el juez quiere reparar el mal que me ha hecho, debe sobreeser en mi causa, que es el fin que ha de tener tarde ó temprano; pero si teme hacerlo porque vendria tras esto su destitucion, que me permita salir de la prision por causa de enfermedad para ser asistido en mi casa, yo daré los certificados de médicos y cubriré las demas formalidades.

Agradó á Frias y Soto el proyecto, y al dia siguiente vino á decirme que el juez estaba conforme. Entonces ya solo faltaba estender la instancia y documentarla: 24 horas despues estaban en el Juzgado todos los recados que se necesitaban. El Juez de Distrito dispuso para mejor proveer que el detenido fuera examinado por los médicos de cárcel: con gusto hice el nuevo desembolso que era consiguiente para presentar tambien esa prueba que iba á ser mas concluyente.

Todo estaba enteramente arreglado y listo. Hilarion me habia insinuado que lo propusiera de fiador y así lo propuse: los cuatro certificados de los médicos hacian constar que mi estado delicado y enfermizo necesitaba de los cuidados de la familia: ésta me dispuso

un alojamiento cómodo y ventilado. Todos estuvimos esperando con ansiedad el momento solemne en que se me iba á dar una libertad con caucion, pero que no dejaba de ser siempre la libertad. . . . Se pasaron tres dias que para nosotros fueron tres siglos.

Al quinto ó sexto vino el terrible desengaño que siempre viene en una situacion de esas.

Un empleado del juzgado se presentó en mi prision á notificarme el auto del juez.

Este decia que en virtud de haber justificado plenamente que estaba enfermo, pasara á curarme al hospital. . . .

—¡Miserable! exclamé yo, rompiendo la pluma que se me habia dado para firmar, contra el papel que contenia aquel insulto.

CAPITULO XXVII

—¡Miserable! exclamé yo, rompiendo la pluma que se me habia dado para firmar, contra el papel que contenia aquel insulto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comovidos sobre el... y...
 sup... con... el momento...
 on sup... con...
 de... de...
 sup... el...

CAPITULO XXVIII.

FIN DE LA CAUSA.

Mi enfermedad no requería cama, y aun en ese supuesto hubiera preferido la prision, en donde disponia cuando menos de una alcoba amplia, al hospital en donde á lo sumo iba á disponer de un lecho sucio y de un rincon infecto. Renuncié al beneficio con que me habia brindado aquel juez sin entrañas y esperé con resignacion á que en algun dia llegara á aplacarse por si sola la pérvida mano del gobierno. En este tiempo un proyecto de ley de amnistia para todos los delitos políticos habia fracasado por culpa de un diputado ministerial de los mas abyectos que, en el momento en que el partido de la generosidad estaba triunfando, fué á avisar á Juarez lo que sucedia, para que este testarudo Presidente, empleara su poder como lo empleó, haciendo rodar una ley que hubiera sido benéfica para el establecimiento de la paz y de la confianza pública.

Un nuevo incidente, que no era por cierto inesperado para mi, pues que á cada momento me figuraba ya ver cernirse sobre mi cabeza todas las venganzas de aquel despótico gobierno, vino á empeorar mi situacion. Llevaba un mes de holgar en mis dos habitaciones, mandando en ellas como rey sin señor, cuando una mañana se presentó Rossel el malo conduciendo á un preso de nacionalidad española llamado Ildefonso Lopez. Con ese motivo se dictaron disposiciones nuevas que daban el resultado de matar dos pájaros con una sola piedra. Se nos quitó lo pieza del balcon á la calle, condenándolo, se pusieron cerrojos en la puerta de comunicacion con la escalera y en lo de adelante el manejo debia hacerse todo por la alcaidia, por la cual jamas me comunicaba. Es decir, se nos puso completamente á oscuras, privados del aire y de toda vista y contacto con el exterior.

Estaba en la disyuntiva de pedir favor ó de suspender mi publicacion, una vez que no podia seguir escribiendo en aquella oscuridad sin peligro de acabar con mi vista, me decidí por el último extremo escribiendo con luz artificial un artículo de despedida espresando las poderosas razones que me obligaban á obrar de tal manera.

En estas circunstancias pasó un hecho que puso el colmo á mi desesperacion: mi adorada madre acostumbraba visitarme todas las mañanas al volver de la Iglesia; pero como se pasara la hora, empecé á extrañarla y mandé á mi casa á pedir informes. En el acto me llegaron estos: mi madre estaba sentada en

la escalera de la cárcel derramando copioso llanto porque el infame alcaide la habia despedido profiriendo insolencias....

Mi calma habitual no pudo resistir tambien este golpe y entonces fui á buscar á Juan Rossel á quien interpeleé enérgicamente sobre aquel suceso, el cual corrió á refugiarse al cuerpo de guardia haciéndome desde allí las amenazas que podia desde luego cumplir satisfactoriamente. Comprendí que mi causa por buena que fuera estaba perdida. ¿Qué podia hacer la debilidad contra la fuerza? Lo único que pude hacer, fué cerrar mi último número del *Padre Cobos* con el relato de este triste suceso. ¡Pero cuanto me hizo sufrir aquel dia mismo tan justo desahogo!

La prensa de todos colores tomó por suyo el negocio. Los eminentes escritores Zarco y Zamacona censuraron agriamente semejante proceder: lo mismo hicieron los diarios extranjeros y todos cuantos papeles se publicaban en México, con escepcion de la *Opinion Nacional*, que pudo encontrar palabras para aplaudir la bellaqueria de Rossel el malo.

Entonces se me vino el mundo encima. El alcaide se presentó en mi celda encolerizado diciéndome que ya no podria recibir ni la visita de mi familia mas que una vez por semana. En su presencia mandé orden á mi familia de que no volviera á pararse en la prision.

—Pues no es eso todo, me dijo lanzándome una mirada iracunda, sino que tendrá que irse dentro de poco á la cárcel de Belen, al comun de los presos, por

orden del gobernador... ya que aqui no está contento, agregó con una sonrisa irónica y feroz.

—Bueno, bueno, le dije con enfado y le volví la espalda.

Peró la verdad era que aquella amenaza si me llenó de espanto, porque tenia horrorosos informes de esa cárcel. El cumplimiento de ella no se hizo esperar mucho, pues á eso de las tres de la tarde se me presentó un empleado con una orden escrita para llevarme á la Cárcel Nacional.

Lo que senti en ese momento es indescriptible. Me veia indignamente humillado y se sublevaba mi amor propio de un modo que me ponía cerca del paroxismo de la locura.

—¿Quieren abatirme? exclamaba, pues es necesario revestirme de ánimo para resistir todos los tormentos que me apliquen.

Y me sentia fuerte con mi resolución.

—Pero es el caso, agregaba despues, que mi principal enemigo, mi verdugo, es un miserable, un cualquiera, un nadie, un ser abyecto y cubierto de inmundicias que me oprime así, á su capricho, para dar gusto á los que gobiernan que de seguro no se ocupan de estas cosas.

Y entonces me pareció necesario luchar, tanto mas cuanto que las dificultades que iba á pasar en la nueva Cárcel para atender á mi familia eran una perspectiva que llenaba de luto mi corazon.

Dije al empleado que me diera una hora para alistarme y aproveché está para escribir á mi abogado

el Sr. D. Rafael Dondé, que de tanto alivio me fué entonces, y á todas las personas de mis relaciones que pudieran tener algun valimiento.

Trascurrió la hora sin que nadie me contestara y...fué necesario partir. Mi nuevo compañero se mostraba afligido porque se consideraba autor involuntario de mis desgracias... Me despedi de él y sali de aquel aposento que me habia dado albergue por cuatro meses, lanzando un suspiro de agonía. Hasta amor tenia á aquellos tristes muros comparándolos con el antro de horrores en que iba á ser encerrado.

Al salir á la calle hubo una coincidencia feliz: me encontré con el señor Manuel Mercado, secretario del gobernador Juan José Baz, quien en otra circunstancia me habia ofrecido servirme. Le dije brevemente toda la repugnancia que sentia de ser llevado á la cárcel de Belen y dispuso que regresara á mi misma pieza por aquella noche, mientras veia si era posible arreglar de algun modo aquel asunto.

Poco despues se me presentó el alcaide.

—Para que siga V. aqui, me dijo, quiere el gobernador que le escriba una carta retráctandose de todo lo que ha dicho en su periódico y dándonos una satisfaccion.

—Esto ya es insoportable, le contesté, hagan Vds. de mi lo que quieran, pero yo no escribo nada.

Se fué y volvió á poco rato diciéndome:

—Pues escriba simplemente una carta suplicatoria.

—Dirigida á quien?

—Al gobernador.

—Está bien, eso nada me cuesta.

En el acto, haciéndole señal de que me esperara, escribí la siguiente esquela al Sr. Baz, quien la mandó insertar en todos los periódicos:

"Junio 22 de 1869.—Sr. D. Juan José Baz.—Muy Señor mio.—Hoy en la tarde iba á ser trasladado de esta cárcel de ciudad á la Nacional; pero dicha traslacion ha quedado aplazada para mañana, segun me informa el gefe de la prision. Como entiendo que esta dura medida se ha dictado á consecuencia del párrafo que publiqué en el *Padre Cobos*, intitulado: "A última hora," al ver á mi Señora madre que se retiraba llorosa, despedida por el alcaide, y vd. debe considerar lo que duele el desprecio hecho á la madre de uno, le ruego que si es por eso y vd. no encuentra inconveniente, se sirva permitirme continuar en este local como hasta aquí, lo cual agradecerá profundamente su afmo."

Esta carta que envolvía el mas duro de los reproches, fué considerada como una satisfaccion dada á los que me martirizaban y por ese lado la tomaron los periódicos ministeriales. ¡A tal grado de abyeccion habian llegado los escritores del gobierno y tal falta de pudor existia en los que lo formaban!

En la noche fuí mandado llamar por el gobernador; y al atravesar por sus dominios presencié varias escenas dolorosas: ya era un grupo de mugeres que lloraban, quejándose de una prision arbitraria, ya eran unos hombres abofeteados por los jefes, pues desde el primero al último todos se hacian en tender á bofeta-

das, ya era otro grupo de seres macilentos y temblorosos que esperaban acurrucados á que llegase el dia siguiente, para presentarse al terrible tribunal de la calificacion. El aspecto de todo aquello era repugnante: desde el gobernador vomitando insolencias con voz chillona, hasta la cara patibularia del último de sus ministriles, todo presentaba un conjunto capaz de infundir terror al mismo demonio.

Se me introdujo en un pequeño gabinete y poco despues entró allí el entonces terrible personaje y hoy amigo mio á quien profeso gran estimacion. Nuestra entrevista no tuvo mas objeto que hacerme oír una peluca de padre y muy señor mio, que yo estuve escuchando sin despegar los labios. Se redujo ésta á manifestarme que era un tonto porque consentia en servir de instrumento á varios ambiciosos, que no obstante tener la corteza del fuero constitucional me ponian á mí de blanco por faltarles el valor civil que á mí me sobraba para hacer la oposicion al gobierno. Ninguno de ellos, agregó despues de nombrármelos, tiene buena fé ni verdadero patriotismo.

Hasta cierto punto hubiera tenido razon ese Señor, si yo no hubiera estado obrando por mi propio impulso sin acuerdo ninguno con ellos, á muchos de los cuales ni de nombre siquiera conocia, y si mis escritos no hubieran sido obra de mi mas profunda conviccion y de mi conciencia.

Despues del sermón me concedió que siguiera habitando las mismas piezas que tenia, permitiéndoseme la luz y el aire que eran las cosas que yo mas disputaba

Hasta el dia siguiente recibí una carta de mi amigo y defensor el Sr. Lic. Dondé, en que me decia que ya el Sr. Baz estaba comprometido solemnemente á dejarme en mi misma situacion.

¡Cuánto me hubiera servido esta carta ó su contenido simplemente en el dia anterior!

Habiéndose suspendido la publicacion del *Padre Cobos*, que era precisamente lo que el gobierno deseaba, todo volvió á serenarse. ¡Y era tiempo! porque ya se habia dado una orden terrible y estaba cerniéndose sobre mi cabeza una de las mayores desgracias: el ministro acababa de prevenir al juez que se inhibiera del conocimiento de mi causa, resolviéndose que debia ser juzgado en Sinaloa, en donde se cometió el delito, quedando encargados de lo demas los generales Rubí y Corona, toda vez que me habia convertido en un enemigo terrible.

Salió libre D. Ildelfonso Lopez: el motivo de su prision no era mas que una de tantas pamplinas, por las cuales se llevaba en aquellos tiempos á un hombre á la cárcel, y como se hizo muy amigo mio y continúa siéndolo, fué mi agente mas eficaz. Comprometió á su abogado el apreciable y juicioso Sr. Ortiz Careaga que era íntimo amigo del juez, á que lo inclinara á mi favor, se vencieron las resistencias y el dia menos pensado se firmó casi por sorpresa el auto en que se me daba la libertad bajo fianza.

El gobierno no lo sebia ó se estaba haciendo el disimulado, pero por sí ó por nó, todos procediamos con la mayor reserva y con las mayores precauciones, á

tal punto que fuí llevado á mi casa en un coche cerrado como si se tratara de una salida clandestina.

El día de mi libertad fué un día de fiesta para mi familia: aunque no tuviéramos un real en el bolsillo, teníamos lo principal que era la salud y el contento.

Once meses justos habia durado mi prision, habiendo comenzado el 5 de Setiembre de 1868 y concluido el 5 de Agosto de 1869.

Desde el siguiente día de mi libertad bajo fianza, activé yo mismo la conclusion de la causa, obteniendo sentencia de nulidad sobre todo el procedimiento, porque no se habian tenido datos suficientes para pronunciar el auto de bien preso y porque me encontraba de mas á mas revestido por el precioso fuero constitucional, de cuya preciosidad suelen reirse algunos gobiernos.

Se necesitó un año de sufrimientos, que nadie me podia indemnizar, para que se declarara lo que en estricta justicia, si la hubiera habido, tenia que declararse desde el primer día. ¿Pero qué mas si solo tres meses habia gastado; el juez en la cuestion de competencia?

Claro le decia yo: vd. es competente, yo quiero que vd. me juzgue; si vd. se considera sin competencia, yo se la doy, yo puedo dársela en virtud de mi libre voluntad.

¡El bárbaro tuvo por fin que convencerse!

Y á pesar de ese convencimiento y de haber firmado una resolucion declarándose competente, volvió á pretender declinar la jurisdiccion tan luego como le hi-

zo la insinuacion el ministro, de que debia yo ser enviado á Sinaloa.

¡Así andaba por los suelos la independenciam judicial y todo lo que constituye la moralidad de una administracion!

Los mismos esquimales se habrian avergonzado de ser gobernados como se gobernaba entonces.

El día 5 de Setiembre pude lograr que quedara cancelada la fianza que habia firmado mi amigo Hilarion Frias y Soto.

El día 8 tuve la satisfaccion de estrechar en mis brazos á mis amigos Toledo y Granados que llegaban puntuales á la cita y enteramente dispuestos á tomar la revancha.

El autor de estas memorias, sólo puede dar una ojeada rápida sobre un periodo de tiempo dado sin abrazar todos los detalles, tanto porque no es esa la índole de este escrito, como por que en los asuntos de alguna responsabilidad solo quiere referirse á aquellos en que fué testigo presencial.

Por lo mismo le basta con declarar, ajustándose á las opiniones derramadas entonces en la prensa, en la tribuna, y en las calles y plazas públicas, que 1869 fué el año terrible de la República Mexicana bajo el gobierno del demócrata C. Benito Juárez, ayudado del C. Lic. D. Sebastian Lerdo de Tejada y de algunos otros consejeros de distintas nacionalidades.

Los abusos, las arbitrariedades, y se puede decir hasta los crímenes que se cometieron en la parte administrativa, están bien puntualizados por la prensa de aquella época que tuvo una libertad relativa. Es verdad que eran pocas las publicaciones que lograban escapar á la seducción metálica de los agentes del gobierno, y que solo el fuero constitucional de algunos periodistas era el que los ponía á salvo de los atentados, pero esos pocos periódicos que pudieron decir la verdad, contienen exactamente referida la vergonzosa historia patria de aquellos tiempos.

Difícil es, en circunstancias como aquellas descubrir la verdad entre tantas contradicciones, sino es que se tenga esta clave: el poder habia puesto á sueldo á varios escritores mexicanos para que le prodigasen alabanzas en diarios que aquel tambien costeaba, y á la hora que faltaban mexicanos que vendieran así su

CAPITULO XXIX.

SITUACION POLITICA.

Antes de seguir adelante, y para que el lector pueda comprender los importantes acontecimientos públicos que siguieron despues, hay que dar una ojeada aunque sea, sobre la situacion política de aquella época, que fué notable desde su origen hasta su conclusion. Las bases sobre que estaba descansando aquel gobierno, eran las que le daban su mas gráfica significacion. ¿Cuáles bases eran éstas? El golpe de Estado que dió D. Benito Juárez en el Paso del Norte prorogándose la presidencia con el solo beneplácito de algunos generales, luego la convocatoria que venia atacando de frente los mandatos constitucionales y los vicios de la eleccion, conforme á la cual, se dieron á los Estados caciques, en lugar de gobernadores. Todos estos fueron hechos claros, tangibles, que presenciaron cuantos se llamaban habitantes de esta República, hechos que tiene que recojer la historia cuando haya quien se dedique á escribirla con imparcialidad.

conciencia, se alquilaban plumas extranjeras de aventureros famélicos, que sin tener afecciones por nadie, ganaban la vida firmando todos los días una buena tirada de lisonjas. Recuerdo que entonces abundaban mucho esos tipos que de cuando en cuando han venido á prostituir la dignidad de la prensa mexicana.

Enfrente de estos estaban los escritores de la oposicion apasionada y sistemática, que lo exageraban todo dándole tamaños colosales: estos acusaban á los miembros del poder no solo de arbitrarios, de déspotas y de conculcadores de la ley, sino que les llamaban ladrones, significándoles que habian mandado depositar grandes sumas en algunos Bancos extranjeros.

Para buscar la verdad en el fondo de ese debate, se necesita descontar los cargos exagerados lo mismo que las alabanzas desmedidas y fundar en los hechos el mas justificado raciocinio.

Las acusaciones no iban encaminadas todas al Presidente sino á los Ministros, á quienes culpaban de que se siguiera aquella torcida política. Lo que era al primero se le hacian insinuaciones hasta por sus propios enemigos ofreciéndole amainar en caso de que reformara el gabinete, ó diera otro giro á la política que estaba provocando con sus violencias una general conflagracion. El Sr. Juarez, á quien adornaba como uno de sus principales atributos morales la tenacidad, permaneció insensible tanto á los ruegos como á las amenazas. Precisamente la oposicion que se hacia á sus consejeros fué lo que le estimuló con mas fuerza á sostenerlos á su lado. Tal era el temple de su carácter, y

en ese camino, adoptado ya con resolucion, hubiera visto sin inmutarse á la misma muerte.

Los miembros del gobierno, como sucede muchas veces, estaban á su vez rodeados de un círculo de favorecidos, para los cuales aquellos estaban siempre prontos á otorgar mercedes, siendo los únicos que se abrian camino y se hacian escuchar, sabiendo aprovecharse de aquella influencia para hacer fortuna. Personas hubo que sin poseer antes, como vulgarmente se dice una segunda camisa, llegaron á poder disponer de millones en unos cuantos meses.

La mina que pusieron en explotacion se llamaba así: *Alcances de gefes y oficiales en la guerra extranjera*. Como por varias disposiciones se dió derecho á estos para que se les liquidara los sueldos vencidos en aquella época, en que no siempre hubo dinero, con esperanza de recibir un auxilio portuno venian muchos desgraciados de luengas tierras y tropezaban desde luego con los mil inconvenientes que presenta el Palacio Nacional. Les costaba trabajo acercarse al Ministro de la Guerra y les costaba mas trabajo todavia poder atrapar á D. Matias Romero secretario de hacienda, el cual se les escurria de entre las manos como una anguila, aprovechando para escaparse las escaleras secretas de su departamento. Entonces aquellos gefes y oficiales que habian sido dados de baja al concluir sus servicios prestados en el momento en que la patria los necesitaba, cansados de hacer diligencias y de dar pasos inútiles, agotados los recursos que habian traído solo para sus gastos mas indispen-

sables, temiendo verse precisados á recurrir á la caridad pública, acababan por vender sus liquidaciones hasta en un cinco por ciento de pago, dejando que ganaran un noventa y cinco las gentes favorecidas por el gobierno que hacían esos negocios.

Podría citar algunas operaciones de esas que presencié llevadas á cabo por amigos míos jefes del Ejército de Occidente.

De este modo la hacienda pública estaba siempre en bancarota, sin poder dar lleno á los pagos corrientes y mas apremiantes del presupuesto por tener que dar el primer lugar á las exigencias nunca satisfechas de los amigos.

Como en aquel tiempo había aun algun espíritu democrático en las masas, que solían entrar al combate en las luchas electorales con toda la fé de un pueblo libre, las Aduanas marítimas y lo mismo las demas oficinas de hacienda en la República estaban servidas por empleados que fueran muy adictos aunque carecieran de honradez, con el fin de tener esos centinelas avanzados que vigilaran las elecciones y que en caso necesario aprontaran recursos para ganarlas. Entonces fué cuando empezó á penetrar la corrupcion en los colegios electorales, convirtiéndose las urnas del pueblo en depósitos de inmundicias.

Aunque fuera público y notorio que el delito de peculado estuviera en auge, los hombres del poder se hacían disimulados, porque mas les convenia que hubiera instrumentos ciegos que personas celosas de su reputacion que manejaran los fondos con honradez

ó que se interesaran de modo alguno en el arreglo de la hacienda pública. Como en esa administracion casi todos tenían que taparse unos á otros sus picardías, no solo se miraban entre si con la mayor tolerancia, sino que cuando algun crimen llegaba á conocerse, todos concurrían con asiduidad á salvar al delincuente.

Uno de los hombres mas honrados era sin disputa el Ministro de Hacienda D. Matias Romero, y entonces fué cuando la maledicencia llegó á echarle en cara que hubiera adquirido una manzana de casas por sueldos vencidos y la construcción en la calle de la Independencia del edificio que llamaban los periódicos su *Palacio Pompeyano*.

En el Departamento de gobernacion las cosas no andaban mejor arregladas: á los Estados de la confederacion mexicana se les hizo perder del todo su independencia llegando á establecerse el centralismo mas neto aunque torpemente disimulado. Los gobernadores designados en un principio y sostenidos despues á todo trance por el gobierno general, siempre que estuvieran en la misma agrupacion política y sin desviarse ni una línea de las reglas de lealtad impuestas, establecieron con este una alianza ofensiva y defensiva, quedando tácitamente obligados unos y otros no solo á disimular las faltas sino á cerrar los ojos ante las mayores iniquidades.

Todas las veces en que se anunciaba una eleccion popular, se espedían circulares por el ministro en que se garantizaba formalmente la libertad del voto público; pero al llegar el momento solemne, la intriga ó

la violencia eran las que venian á resolver aquel problema que en otros países es el mas trascendental. De esta manera el pueblo comenzó á sentirse oprimido y á comprender que no habia establecidos mas que nombres en la democracia mexicana: comenzando por el Distrito Federal en donde era gobernador un hombre déspota, y siguiendo hasta los últimos rincones de la República, todo estaba regido tiránicamente, echándose ya de menos algunas complacencias que habia solido tener el Imperio de Maximiliano.

El Departamento de Justicia no estaba mas adelantado. Los tribunales todos estaban cubiertos con las gentes del gobierno acostumbradas á no tener voluntad propia sino á la mas ciega obediencia. Aun la Suprema Corte de Justicia, que es el poder que establece el equilibrio en los gobiernos republicanos, estaba por aquel influenciada, á lo menos en su mayoría. De esto se siguió que aunque ya se encontraba vigente una ley sobre amparo muy imperfecta, quedaban sin embargo algunas esperanzas de poner á cubierto las garantías individuales, llegando á ser una ilusión que vino á desvanecerse entre las madejas de aquellos intereses de bandería tan bien relacionados. Muy raras veces, pero muy raras, llegó á verse un acto marcado de independencia en las gentes que formaban el poder judicial y mas raro fué que el Ministro del ramo inspeccionara la clase de justicia que se administraba en los negocios comunes.

El Ministro de Fomento permanecía inerte ante las mejoras materiales y en las pocas veces que hizo

algo por los adelantamientos del país fué para sacrificar al erario. Entonces comenzaron á otorgarse toda clase de beneficios á una compañía inglesa, cuyos beneficios se pagaban en buen dinero á los patronos de alta esfera que le agenciaban concesiones tras concesiones, todas muy ventajosas.

Las líneas telegráficas y composturas de caminos carreteros eran confiadas á los amigos dándoles á ganar con las contratas un ciento por ciento. Las manos del gobierno siempre estaban abiertas para prodigar mercedes que nada le costaban, pues las arcas de la Nación daban para todo, menos para levantar el crédito público que andaba por los suelos, puesto que no se pagaba ni á los acreedores de mas privilegio.

De donde se desprendian sin embargo mas iniquidades era del Departamento de la Guerra, en donde estaba el foco de las ganancias ilícitas y de los grandes despilfarros. El Ejército debía componerse de 20,000 hombres, y aunque nunca pasara de 15,000, se pagaba un presupuesto de 30,000 con los aumentos imaginarios. El Ejército vino á ser un filon de oro inagotable.

Cada División compuesta de tres ó cuatro mil hombres recibia haberes por el doble y consumia gruesas sumas en gastos extraordinarios. Esa vorágine llamada *gastos extraordinarios* era un abismo sin fondo en donde desaparecian cinco millones anualmente. Y como la República no llegó á estar en plena paz durante el gobierno de Juárez, los motines mas insignificantes servian de pretexto para apropiarse entre unos pocos

las rentas de la Nación, diciéndose que se habían consumido en los gastos extraordinarios de la guerra: cuantiosas riquezas pasaron de las Gefaturas de Hacienda á los bolsillos particulares de los firmes amigos y sostenedores del gobierno.

Eso sin embargo no era lo que mas sublevaba la indignacion pública, sino los medios sangrientos que se adoptaban para sofocar las revoluciones.

El general Negrete se pronunció en Puebla y todos los prisioneros que se le hicieron en la derrota que sufrió, fueron sacrificados en Atexcatl, inmolándose en esa vez mas de 200 víctimas.

En Tamaulipas las sementeras fueron destruidas por orden del gobierno y las ramas de los árboles estaban por todas partes llenas de cadáveres. Los hombres eran colgados allí por centenares sin mas delito que ser tamaulipecos.

En Yucatan seis comerciantes pacíficos fueron pasados por las armas en castigo de no ser afectos al gobierno.

En la capital fueron fusilados el sargento Ibar y otros infelices soldados por sospechas de conspiracion. Eran infructuosos los pasos que se daban entonces para salvar á un acusado pues para nadie habia misericordia. Las sentencias de muerte fueron firmadas á veces por Juarez y sus Ministros en medio de los banquetes. A algunos se fusilaron contra el mismo amparo pronunciado por la Corte de Justicia.

Todos estos horrores hicieron insufrible y odioso ese gobierno. El pais en general estaba indignado: se

sentia en todas partes gran malestar y el deseo de presenciar un sacudimiento. La revolucion estaba en todos los corazones, la teniamos en el mismo aire que respirábamos. Se puede decir que solamente faltaba la mano del primer atrevido que encendiera la chispa para producir el incendio.

Yo quise ser ese atrevido y en los capítulos siguientes va á saber el lector lo que sucedió.

XXXI. CAPÍTULO XXXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECTOR GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



CAPITULO XXX

LA CONSPIRACION.

Inútil me parece decir que en aquella trinidad que formaban Toledo y Granados conmigo, era yo benévolamente considerado como la cabeza que organizaba y ellos como los brazos que estaban dispuestos á ejecutar lo que se creyera mas realizable y conveniente.

—Y bien, le pregunté á Toledo, ¿que ha hecho vd. para poderse venir del destierro?

—He burlado la vigilancia de las autoridades encargadas de no perderme de vista, del modo mas original.

—Cómo?

—Primero trabajé en inspirarles confianza haciendo paseos cortos por la mar en sus mismas chalupas, y ya cuando observé que estaban seguros de que yo no trataba de escaparme, tomé un disfraz de arrie-

ro que me sirvió tambien para desembarcar sin ser conocido en Veracruz.

—Y de allí acá?

—De allí acá han sido mayores los trabajos, porque se busca á los escapados de la conspiracion de Negrete y en mas de una vez he estado á pique de ser capturado por las gentes del gobierno.

—Las gentes del gobierno, exclamó Granados, están ahora con el ojo muy abierto creyendo que van á encontrar conspiradores en cada esquina.

—Yo por fortuna traia dinero y compré el silencio de un capitan que me habia reconocido.

—Pues fué un simplon el tal capitan, contestó Granados, porque ahora el mayor mérito que puede tener un hombre para alcanzar las mas brillantes recompensas es denunciar á un conspirador. Si ese capitan se trae á Toledo preso y lo presenta á tío Nacho, lo hacen inmediatamente coronel.

—O general.

—De todas maneras, estoy ya sano y salvo en esta capital en cumplimiento del compromiso que contraí con vdes.

—Y vd. coronel, le pregunté luego á Granados, ¿cómo ha hecho para poder venir á reunirse con nosotros?

—Al principio, esto es, á mi llegada á Monterey, contestó el coloso, fui visto y tratado con suma desconfianza y solo me hablaban los individuos del poder causándome molestias, vigilando á las poquísimas personas que se atrevian á tratarme, de un modo insolente.

te, irritante, insufrible, despojándome de las armas que me servían para mi defensa personal, oprimiéndome en fin de diversas maneras.

—Han de haber ido, como para Yucatan, las recomendaciones para la vigilancia con mezcla de rigor, del mismo Ministerio de la Guerra.

—Después me convencí de ello.

—¿Pero al fin pudo vd. librarse de esos inconvenientes? pregunté yo ansioso.

—En muy poco tiempo. Una vez que me hubo pasado la cólera de los primeros momentos entré en relaciones amistosas con casi todas las autoridades y en menos de un mes ya entraba al palacio del gobierno de Monterey como á mi propia casa. Creo que las autoridades empezaron á cobrarme cariño y, viendo seguramente que era un alegre compañero, me convidaron á todas sus francachelas y acabamos por ser todos buenos amigos.

—¿Y cómo hizo vd. para lograr hacer su viaje á México?

—Muy fácilmente: logré conseguir del mismo gobierno del Estado que me pidiera un mes de licencia para venir á México á arreglar asuntos de familia.

—Pero el gobierno general debe haber opuesto alguna resistencia.

—No: el gobierno del centro es ahora muy complaciente con los de los Estados de quienes necesita como el único apoyo con que está contando en la nación.

—De suerte que....

—De suerte que casi á vuelta de correo llegó el permiso para que yo pudiera venir á la capital y me he venido por el camino nacional, en la diligencia, sin temer ni recelar de nadie, mas que de los ladrones que quisieron robarnos en todo el trayecto unas quince veces.

Volvímos á abrazarnos y siguió muy animada la conversacion sobre el éxito probable de nuestros proyectos. Entonces les pedi informes á ambos respecto al estado de la opinion pública en los pueblos que habian recorrido, y me contestaron: que el gobierno del Sr. Juarez estaba completamente desprestigiado por todas partes no solo á consecuencia de los abusos de todo género que se habian notado en las pasadas elecciones y que auguraban no llegaria á practicarse bajo tales auspicios el sistema republicano, sino mas aún por los despilfarros y robos á la hacienda pública que se estaban llevando á cabo con todo cinismo, de igual modo que por los asesinatos políticos que se comenzaban á conocer con el nombre de *ley fuga*. Entonces fué cuando se empezó á ensayar este medio atroz, infame y bárbaro de deshacerse de los enemigos, y la prensa de oposicion que sabia tener frases oportunas bautizó tal asesinato con ese nombre y es el que sigue conservando.

He aquí á lo que se llamaba y se llama *ley fuga*. Se aprehendia al individuo ó individuos á quienes se trataba de hacer desaparecer, y si no habia contra ellos pruebas bastantes, conforme á las que se les pudiera aplicar alguna de nuestras terribles leyes de conspira-

dores ó plagiarios, si no habia un juez complaciente que quisiera pronunciar sin escrúpulo la pena capital, entonces como lo mas espedito se sacaba al culpable á media noche de su prision y se le enviaba á un gobernador amigo que ya tenia iustrucciones, el cual daba un parte á los pocos dias diciendo que el preso habia querido escaparse y la escolta se habia visto precisada á hacerle fuego, quedando el preso tendido en el acto.

Este modo de matar á los enemigos políticos como se ve, no podia ser mas infame, porque se agregaba á la cobardia del asesinato, la ferocidad de hacer morir á un hombre sin preparativos espirituales, sin arreglar sus asuntos de familia y sin despedirse de su querida muger y de sus amados hijos. En cualquier tiempo y bajo cualquier circunstancia que esto se practique, tanto el que manda aplicar la *ley fuga* como el que obedece ese cruel mandato, merecen la execracion del mundo y llevar en sus frentes el estigma de maldicion de toda la humanidad.

Todo esto tenia preocupados á los pueblos: Estados enteros se manifestaban hostiles á la administracion y se puede decir que los ánimos en general estaban muy dispuestos para la revuelta. Podia ser muy bien que nosotros mismos estuviéramos un poco ofuscados por nuestros deseos, pero lo cierto era que en la misma capital se nos venian á las manos los elementos de la conspiracion.

El general Negrete, que todavia disfrutaba de un alto prestijio, estaba oculto conspirando incesantemente, y otros gefes de importancia relativa estaban

entendiéndose entre si desde el fondo de sus escondites. La ciudad entera estaba convertida en una especie de *chucero*, cuyos nidos buscaban de dia y de noche con empeño los agentes secretos del gobierno del Distrito. En cada barrio y hasta en cada manzana habia un conspirador que esparcia el aliento revolucionario lo mismo á las plazas que á los cuarteles y al palacio nacional, puesto que el primer ministro comenzaba á ponerse de acuerdo con los descontentos buscandose con tiempo un círculo que debia servirle en la oposicion. El primer ministro de Juarez D. Sebastian Lerdo tambien conspiraba.

Nosotros por nuestra parte éramos tres amigos animados del mismo deseo y para ponernos de acuerdo en nuestra futura conducta no tuvimos ninguna dificultad. Los tres éramos víctimas de la tirania, los tres estábamos sedientos de gloria, de libertad y de venganza, los tres habiamos perdido á un amigo inolvidable, sacrificado á las iras del poder por los despreciables instrumentos de sus infamias, los tres creiamos prestar un eminente servicio á la patria librándola de un gobierno despótico y devolviéndole sus legítimas instituciones. El momento que elegiamos no podia ser mas oportuno: el país aguardaba ansioso una revolucion y los elementos estaban esparcidos por toda la estension de la República: no habia que hacer otra cosa mas que reunirlos y organizarlos. El caudillo lo daria la misma revolucion ó llamariamos despues al General Diaz, que se encontraba cultivando los campos, y lo llamariamos una vez obtenida la victo-

ria. No queríamos que un nombre tan limpio fuera á gastarse en las peligrosas lides revolucionarias.

Lo que los políticos exigieron entonces de nosotros era cabalmente lo que más deséabamos.

—Serán seguidos en el movimiento por casi todos los Estados, siempre que Vds. sean los primeros en lanzarse á la revolucion.

—Convenidos, contestamos nosotros, revolucionaremos en el mismo centro de la República para ser mas prontamente seguidos por nuestros hermanos de armas.

—En que Estados?

—Vamos á ver si podemos mover los de Querétaro, San Luis Potosí, Nuevo Leon y Zacatecas.

Era donde teníamos correligionarios formales y valientes que algo nos habian ofrecido.

—Está bien, nos contestaron los políticos, ocho días despues del dia que Vds. fijen para pronunciarse en cualquiera de esos puntos, el general Negrete se encargará de hacer que se levante el Estado de Puebla, el general Aureliano Rivera ocupará las montañas del Estado de México, los generales Ruiz y Rojas se encargaran del Estado de Veracruz, el general Huerta contestará prontamente con sus bravos de Michoacan y el general D. Leon Guzman hará que secunde el movimiento como un solo hombre el Estado de Guanajuato. Otros agentes activos y bien espensados se encargarian de poner en efervescencia revolucionaria á Jalisco, Sinaloa, Durango y Chihuahua. Se contaba completamente con las sierras de Puebla, de Gue-

rrero y de Oaxaca y, á mayor abundamiento, Lozada, el poderoso tigre de Alica, prestaba todos sus cuantiosos elementos con tal que sirvieran para batir á Juarez y que los empleara el general D. Plácido Vega que era el hombre de sus confianzas.

De todo esto se trató repetidas veces en las casas de D. Manuel Ruiz y de D. Antonio Palacios Magarola, lo mismo que en los cuartos que ocupaban respectivamente, en un hotel el Sr. D. Leon Guzman y el general Marquez de Leon.

Se estrañará que en épocas tan inmorales nuestra conspiracion no fuera denunciada, sin embargo de haber cabido en ella numerosas personas: esto consistió en que tuvimos buen cuidado de no introducir en ellas que caballeros, soldados de honor y partidarios de los principios, hombres todos que no podian inspirarnos, á los que mas jugabamos la vida, ni el menor átomo de una sospecha.

No obstante la plena seguridad que abrigábamos en la lealtad de nuestros compañeros de conspiracion, nos veiamos obligados á emplear todo género de precauciones para vernos y comunicarnos nuestros planes, pues como ya habian fracasado algunas intenciones, tanto en la capital como en los Estados, D. Benito Juarez no las tenia todas consigo y habia recomendado á sus agentes de policia la mayor vigilancia. Tanto el gobernador, como los ministros, como el Presidente tenian sus agentes secretos, de suerte que teniamos que cuidarnos de un ejército de espías que nos tenian rodeados por todas partes. Como ademas

se buscaba diligentemente tanto al general Negrete que se encontraba oculto, como á otros gefes que se habian escapado de las ejecuciones en las conjuraciones fracasadas á quienes tambien se les seguía la pista, temiamos que en medio de esas pesquisas fueran á tropezar casualmente con nosotros, trastornando así nuestro complot.

Nuestras conferencias fueron pocas, y como desgraciadamente nosotros jóvenes ardorosos y llenos de ambicion de gloria, no teniamos prevision para poder asegurar desde antes el porvenir de la República, nos cuidamos bien poco de acordar con nuestros émulos un plan político que impusiera silencio á todas las ambiciones ilegítimas, que cerrara la puerta á los deseos immoderados y que correspondiera á los sentimientos mas generales de los habitantes de la Nacion. Y nosotros nos cuidamos poco de tener esa precaucion indispensable, porque tras de la caida de D. Benito Juarez no veiamos otra figura que la de Porfirio Diaz, sin podernos imaginar que hubiera otro ú otros que se consideraran con iguales ó semejantes títulos para presidir el poder. El era quien habia hecho una campaña mas gloriosa contra los franceses y el único que habia rendido cuentas de su manejo, lo mismo que el solo que habia dejado contentos á los Estados que estuvieron sujetos á su administracion. Esto significaba para nosotros que era un hombre valiente, enérgico, honrado, justiciero y hábil político. No podian ir mas lejos nuestras aspiraciones respecto del hombre que necesitábamos para salvar la libertad de la pa-

tria que estaba corriendo el mayor peligro en medio de la corrupcion que se habia entronizado.

Esa falta de plan fué el pretexto de que se aprovecharon algunos mas tarde para dejarnos solos en la arena revolucionaria y para que nuestra empresa no tuviera todo su éxito como lo veremos mas adelante

oilum in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni.

oilum in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni.

oilum in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni. Et sic est deus in unguis regni.

CAPITULO XXXI.

ENTRE OREJA Y OREJA.

En esa época tuve el gusto de conocer á un amigo inteligente, generoso, bravo y lleno de nobles y patrióticos sentimientos, cuya pérdida lamentan todavía los muchos y buenos amigos que supo hacerse con su conducta irreprochable: Juan N. Mirafuentes. Era joven aún, apenas había comenzado á distinguirse como escritor y como militar, y siendo á la vez del número de los que no estaban contentos con la marcha torcida del gobierno, entró resueltamente á la conspiración que se tramaba contra Juárez.

Juan Mirafuentes que había sido entusiasta lector del *Padre Cobos*, me dijo un día:

—¿Por qué no publica vd. otra vez su periódico?

—El *Padre Cobos*?

—Si.

—No hay ya tiempo para ello puesto que va á esta-

llar la revolución, ni puedo dejarlo aquí en otras manos, ni sería sufrido por el poder, el cual volvería á echarme la garra encima.

—Tiene vd. razón.

—Si hubiera tiempo, vd. y yo escribiríamos juntos un periódico con cualquier otro nombre.

—Era lo que pensaba proponer á vd. pero no me decidía porque mi es tilo es muy diferente. Yo flagelo cuando escribo, mientras que vd. abrumba á su enemigo á puras carcajadas.

—No importa, vamos á escribir juntos y estoy seguro de que se llevarán bien nuestros dos estilos.

Al otro día mismo apareció el primer núm. de «San Baltazar» y aunque tanto Mirafuentes como yo teníamos que salir pronto á campaña, queríamos aprovechar en algo los días que estuviéramos precisados á perder en preparativos, sembrando alguna semilla, toda vez que el terreno político estaba muy bien abonado para hacer brotar abundantes frutos é imprimir una marcha recta á aquella publicacion que debería continuar sirviéndonos de órgano y defendernos de las injurias con que iban á llenarnos los ministeriales. Para cuando saliésemos de la capital continuarían redactando el «San Baltazar» con igual energía, nuestros amigos Muñoz Silva, Ramirez, y Buenrostro. El espiritual é inimitable Alejandro Casarin se encargaría con la chispa y el ardor que tenia en aquel tiempo de seguir dibujando las caricaturas.

Una vez arregladas las bases principales con los correligionarios de acción, y con los gefes que debían dar

movimiento á las diversas zonas de la República, convenimos en que saliera Toledo furtivamente para que fuera á aguardarnos en Querétaro, porque ya era peligroso que continuase por mas tiempo oculto en la capital.

Nuestro amigo D. Antonio Palacios Magarola nos proporcionó algunos recursos para que pudiéramos dar los primeros pasos; pero como estos eran insuficientes y como además teníamos que engañar de alguna manera á los miembros del gobierno para que no advirtieran nuestros trabajos, acordamos Granados y yo un buen plan que nos propusimos poner en planta inmediatamente.

Era entonces, como se ha dicho, jefe del gabinete de Juarez el Lic. D. Sebastian Lardo de Tejada, hombre muy inteligente y muy lleno de ambiciones, el único temible entre todos nuestros adversarios por su exquisita perspicacia. Sabíamos muy bien que estaba acumulando elementos, que estaba aprovechando todas las ventajas que le ofrecia su alta posicion, que reclutaba gente en todos los círculos con el ánimo de ponerse en las elecciones frente á frente de su protector, y creímos descubrir una buena coyuntura para conquistar un poderoso aliado. El valiente coronel Jorge Granados iria á ponerse bajo el patrocinio de aquel ministro, tanto para conseguir dinero de las cajas públicas como para obtener permiso del gobierno para residir en el Estado de San Luis Potosí que era el que habíamos escogido por centro de nuestras operaciones.

He aquí poco mas ó menos la conferencia que tuvimos en mi casa Granados y yo con ese motivo. Estábamos uno enfrente del otro, clavados de codos sobre la mesa que me servia de escritorio y que estaba á la vez cubierta de toda clase de papeles:

—Tengo miedo de ese hombre, me dijo Granados.

—Lo que le vas á pedir es una cosa muy sencilla.

En esta época fué cuando comenzamos á darnos este familiar tratamiento.

—Es sencilla, pero...

—Pero no te la podrá negar, y menos, cuando tu sabes bien que todo su ahinco ahora está cifrado en conquistar hombres de provecho.

Granados no sabia ruborizarse y no se ruborizó: sólo se limitó á decirme brillando lleno de relámpagos la mirada del ojo que tenia bueno:

—Es que yo no me dejaré conquistar.

—No se trata de eso sino de que lo pongas sin comprometerte á nada en el caso de que te otorgue todas las mercedes que le pidas. Más claro: vamos á hacer de modo que él sea aliado nuestro sin que nosotros lo seamos de él, que él nos ayude sin que nosotros quedemos comprometidos á ayudarlo.

—¿Que es entonces lo que voy á pedirle?

—Que te reconozcan y paguen, en todo ó en parte, tu liquidacion militar, la que se te formó despues de concluida la guerra extranjera, en lo cual no te harán mucha gracia, puesto que á muy pocos han dejado de pagarles esa santa deuda.

—¡Hum! dijo Granados acordándose de las liqui-

daciones que habian sido vendidas por un plato de lentejas.

—Esos cuatro ó cinco mil pesos, agregué yo, no nos vendrán mal ahora que vamos á lanzarnos á una empresa de tan colosales proporciones.

—En efecto, vale la pena hacer la lucha á ese piquillo.

—En seguida le pedirás que te consiga residir en Monterey ó en S. Luis Potosí, indistintamente, porque yo voy á establecerme en este último punto y quieres tener un amigo cerca, ya que estás confinado....

—Me preguntará que vas á hacer tu á S. Luis Potosí.

—Le dirás que me ofrecen allí un puesto de magistrado en el tribunal.

—Argüirá que somos peligrosos los dos juntos.

—Y no tendrás mas que hacerle presente que allí se encuentra toda la 3.^a Division.

—¡La 3.^a Division! exclamó Granados riéndose, ¿y que vale la 3.^a Division junto á nosotros?

—Fanfarron! le dije tomando por broma lo que él decia en el mas alto grado del convencimiento, esas tropas de las mejor disciplinadas que tiene el Ejercito Mexicano lo mismo que las autoridades del Estado que pertenecen en cuerpo y alma al gobierno, son una garantia para que no les deje sospechar que nosotros podemos interrumpir allí la paz pública.

—¿Y de qué modo he de dar á entenderle aque-

—Muy sencillamente. Cuando te haya ofrecido algo y esté para concluir la conferencia, tu le dices:— Señor Ministro, mis amigos que son valientes y leales, sabrán que V. ha sabido tratarme como á un caballero y le vivirán reconocidos. Quizás un dia ú otro podremos serle útiles en alguna cosa. Y no saldrás de estas vaguedades.

—Es decir, nada de ofrecerle que seremos sus partidarios.

—No, porque entonces habria que cumplírselo.

—Está bien.

No obstante este ensayo de conferencia, seguimos conversando sobre el asunto y poniéndonos en todos los casos para que Granados no fuera á ser sorprendido y envuelto por Don Sebastian, á quien daban los políticos una reputacion de hombre sagaz, al extremo de haber dicho mas tarde uno de sus partidarios que tenia un sol por cerebro.

Despues de estos preparativos acompañé á Granados hasta las mismas antecámaras del Ministro, en donde le hice repetir la leccion renovándole todas mis recomendaciones.

Una hora duró la entrevista, yo estaba en áscuas dando paseos por aquí y por allí para disimular mi impaciencia, hasta que vi volver á Granados con la mayor alegría pintada en su rostro.

Habia allí otras personas y le hice signo de que se guardara las revelaciones para cuando estuviéramos lejos, pero era hombre Granados que no sabia disimular sus impresiones y siempre me dijo muy quedo y apretándome el brazo:

- ¡Victorial!
- ¿Cayó?
- Redondito.
- Allá afuera hablaremos.

Quando estuvimos solos me refirió toda la conferencia tenida con el Sr. Lerdo palabra por palabra. Granados le indicó que tenía que alhagarnos un poco, que tenía que hacer algunos méritos con nosotros y que principalmente tenía que abandonar el camino que estaba siguiendo Juárez para que nosotros llegáramos á ser sus partidarios. Aquel le contestó que deseaba vivamente que fuéramos amigos suyos y que ya nos daría pruebas de distinción que no nos dejarían dudas de su afecto. Quizás no se pasaria mucho tiempo sin que recibiéramos indicaciones suyas, las cuales podíamos esperar en S. Luis, seguros de que su política habia de ser mas liberal, mas amplia y mas generosa que la de Juárez, el cual estaba aburriendo al país con su tenacidad.

Como arras de aquella alianza en perspectiva, el Sr. Lerdo dijo que por el pronto no podia comprometerse á que fuera pagado todo el bono, porque á la vez se encontraba en pugna con Don Matias Romero Ministro de Hacienda, pero ofreció que aquella tarde recibiríamos en cuenta de él unos \$500 y que el resto lo mandaria á S. Luis Potosí.

Granados me dijo entusiasmado:

—Era bueno aprovechar la oportunidad para que á ti tambien te formaran tu liquidacion y te dieran tu bono....

Me sonreí con amargura y le contesté:

—No, Jorge, yo no soy soldado de profesion; yo no he servido sino como patriota y los patriotas vienen á recibir sus recompensas cuando ya no están vivos.... No, yo no tengo carácter para pedir y menos á los que me han tenido once meses en cautiverio.

Por la tarde recibió en efecto Granados los \$500, que era mas de lo que necesitábamos para ponernos en campaña.

Justamente con esa cantidad llegó tambien el amplio permiso del Ministerio de la Guerra que Granados necesitaba para residir durante su confinamiento en donde fuera de su gusto, desde el Estado de San Luis Potosí hasta cualquier punto de la frontera del Norte.

Respecto de mi se habló muy poco y mas poco todavía en la conferencia de despedida: el Ministerio todo se alegraba de que me fuera á vivir á S. Luis Potosí, pues de esa manera quedaba desembarazado de las pullas del *Padre Cobos* y de los violentos ataques que comenzaba á lanzar el *San Baltazar*, en el cual ya tenían sospechas de que hubiera puesto yo la mano á pesar de haber disfrazado mi conocido estilo.

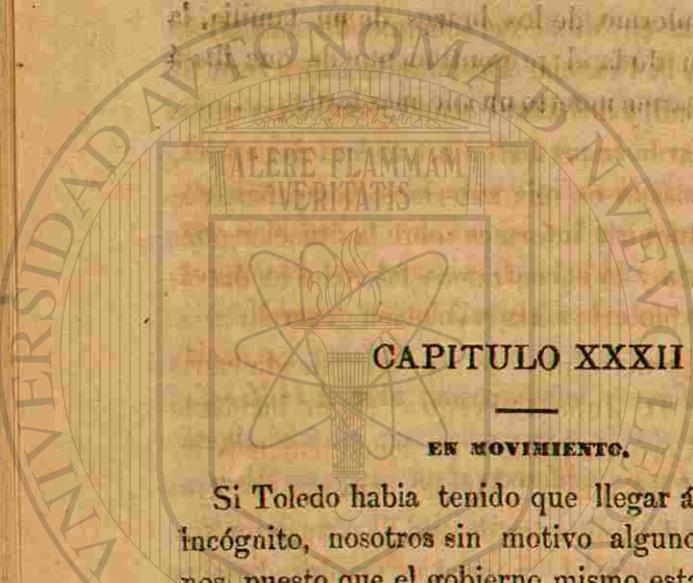
Mientras Granados estaba despidiéndose del Ministerio de Relaciones, su protector y amigo, yo corría de casa en casa avisando á los demas conjurados que ya íbamos á ponernos en camino y dándoles algunas seguridades respecto del éxito de nuestras operacio-

nes. Triunfará la revolucion, les decia, siempre que cada cual cumpla con su deber: nunca, ningun complot ha estado mejor ramificado. La señal general será, dentro de dos meses poco mas ó menos, por medio de un levantamiento en cualquiera de los Estados desde San Luis Potosí hasta Tamaulipas. Haremos porque sea en San Luis para estar en mas inmediato contacto con nuestros correligionarios de la mesa central; pero de todas maneras pueden vdes. estar seguros de que nosotros seremos *los que pongamos el cascabel al gato*. Todos los generales conspiradores me dieron su palabra de que desenvainarian la espada luego que tuvieran nuestra señal, manifestándose muy complacidos de que fuéramos nosotros los que pusiéramos el ejemplo de la rebelion á mano armada.

Por su parte el Ministro manifestó á Granados que no perdía la esperanza de que fuéramos suyos para encargarse de darnos un porvenir brillante: que debíamos aconsejar á Toledo, cuya fuga de Yucatan era ya sabida, se presentara al gobierno para que este le otorgara el permiso de establecerse en el punto que eligiera para ponerse á trabajar pacíficamente como nosotros íbamos á hacerlo. Estaba en la inteligencia de que yo me iba á la curia y Granados á poner cualquier giro de comercio con el producto de su liquidacion militar. En fin, el Sr. Ministro de Relaciones estuvo tan complaciente como complacido, demostrando muy á las claras que nos reservaba un papel para el momento oportuno, quizás el de campeones armados en la lucha electoral.

Estando ya del todo listos, tomamos boletos para la diligencia que hacia viage á Querétaro y salimos de la Capital el 25 de Octubre. Trabajo y lágrimas me costó desprenderme de los brazos de mi familia, la cual tenia sin duda el presentimiento de que iba á tener que llorarle muerto un año mas tarde. . . .

al atag...
 ob...
 en...
 la...



CAPITULO XXXII

EN MOVIMIENTO.

Si Toledo había tenido que llegar á Querétaro de incógnito, nosotros sin motivo alguno para ocultarnos, puesto que el gobierno mismo estaba de acuerdo con nuestro viage, salimos luego á visitar todos los puntos notables de la ciudad. Granados me mostró entonces la estensa línea que había ocupado en el asedio el Ejército de Occidente, los puntos del Cimantario en donde se verificó un combate que fué desgraciado para nuestras armas y que desmoralizó tanto á algunos de los nuestros, que no fueron á detenerse sino hasta Lagos en la estampida ó mejor dicho, retirada, que hicieron al frente del enemigo. El convento de la Cruz y otros sitios, en donde segun la costumbre que tenía mi amigo, se batió como un león, el promontorio de las Campanas y el lugar mismo en que fueron ejecutados el infortunado archiduque y sus

generales; y finalmente todos los demas sitios que presenciaron algun incidente histórico de importancia durante los últimos momentos del imperio que vino á improvisar en México el soberano de mas triste memoria para la Francia. Despues de haber recorrido toda la ciudad, y de haber tomado abundantes apuntes que mas tarde se perdieron con todos mis papeles, como había pasado en mis anteriores campañas, nos dedicamos á adquirir informes sobre la situacion política del Estado y lo encontramos tal como lo deseábamos para explotarlo en la revolucion general.

Por intrigas del centro se estaba siguiendo causa al gobernador D. Julio Cervantes: algun incidente pendia de la Corte de justicia en donde teniamos inteligencias y fué llamado á México para que nosotros entre tanto pudiéramos dar desarrollo á nuestros trabajos. Su secretario el señor Lic. Garfias, hombre de mucho fuego y de mucho valor, se quedó en lugar de aquel como gobernador interino y con este entramos desde luego en pláticas propouéndole que nos ayudara en la insurreccion que íbamos á promover contra Juarez.

—Sí, sí, nos contestó detallándonos algunas inconsecuencias de que había sido víctima el gobierno y el Estado, estamos dispuestos aquí á tirar el guante á D. Benito, ya que él no ha sabido comprender nuestros sacrificios ni corresponder á la adhesion que le hemos demostrado. Allí está Cervantes perseguido solo porque no ha querido ser ciego instrumento de los hombres del poder.

Le preguntamos con qué elementos podía ayudarnos y nos contestó:

—La fuerza federal se compone del cuerpo de Carabineros con 400 ginetes y de un piquete de 100 hombres de infantería, pero los gefes naturalmente estan en completa pugna con las autoridades del Estado conforme á la consigna que han recibido de México, Vds. pueden dirigirse á ellos y no dudo de que conseguirán ventajas porque no estan bien pagados ni contentos con el trato que les da el Ministro de la Guerra.

—Bien, contestó Granados, yo me encargo de hablarles.

—Y el Estado, ¿con qué puede ayudarnos? pregunté yo.

—Con mil quinientos hombres muy bien armados y cuatro piezas de artillería. Tenemos unos 600 hombres de guardia nacional, pero hay mil fusilesmas con su correspondiente parque que podemos poner en brazos á una simple orden de Vds.

Los ojos nos brillaban de júbilo, y poco faltó para que de allí mismo saliéramos á lanzar el grito de insurrección con tan buenos elementos como se nos ofrecían, y esto donde mejor podíamos necesitarlos, en el centro de la República.

En seguida nos fuimos á ver á los gefes de la fuerza federal y quedamos sorprendidos de encontrar en ellos casi la misma espontaneidad. Ninguno estaba contento y lo que cada cual deseaba era que se presentara una oportunidad para pronunciarse contra el gobierno. Con quien celebramos el convenio mas es-

plícito, porque nos inspiraba mayor confianza, fué con el Mayor de Carabineros comandante Durán, quien quedó convenido en mover el cuerpo íntegro con nuestro aviso para el punto en que lo necesitaríamos.

Podíamos, si se nos hubiera antojado, comenzar la revolución en Querétaro una vez que teníamos desde luego 2,000 hombres y 4 piezas de artillería con que dar el primer golpe seguro á cualquiera de las guarniciones mas inmediatas, pero no entraba en nuestros planes festinar los acontecimientos sin que estuvieran todos los demas que debian secundarnos debidamente preparados para que no fueran á dejarnos completamente solos, como teníamos derecho á temerlo si no les dábamos oportuno aviso.

—Es falta de cordura, dije á Granados cuando lo vi muy animado, exponer á un solo golpe el éxito de una empresa que tiene que realizarse si somos prudentes y continúa favoreciéndonos la fortuna.

¡Y aquellos intrépidos gefes se sometieron á mi dictámen, á pesar de lo provocativos que estaban aquellos elementos, no necesitándose mas que decir si para cogerlos! Ese rasgo de excesiva prudencia en hombres fogosos, que estaban acostumbrados á no conocer el peligro ni á medir la fuerza del adversario, me pareció mas heroico que si se le hubiera tirado el guante allí mismo á D. Benito Juarez, el coloso vencedor del imperio.

Algo cariacontecidos fueron mis compañeros á decir al Lic. Garfias los motivos poderosos que existían para no iniciar desde luego el movimiento revolucio-

nario: muchos de los gefes comprometidos estaban todavía en México y los poniamos en mayores dificultades para salir á ponerse al frente de sus respectivos elementos: algunos tenian que situarse en Jalisco, Sinaloa y Chihuahua, y otros que emprender trabajos difíciles en Veracruz, Puebla, Guerrero y Michoacan. Haciendo allí nuestro movimiento pronto seriamos rodeados de un ejército, nuestros amigos estaban imposibilitados de ayudarnos y al sucumbir nosotros quedaba malograda nuestra empresa hasta que otros mas afortunados ó mas cautos volvieran á emprenderla de nuevo. Necesitábamos nosotros mismos completar algunos trabajos que apenas teniamos iniciados en San Luis, Monterey y Zacatecas y que tendrian que perderse si no les dábamos valor con nuestra presencia.

El Lic. Garfias convino fácilmente en que no careciamos de razon y ofreció, una vez que en Querétaro todo estaba listo y que no habia temor de que la situacion variara, ponerse él mismo á la cabeza del movimiento en un dia señalado, que fijariamos nosotros tan luego como hubiéramos hablado con el general Treviño en Monterey y con el general Garcia de la Cadena en Zacatecas. En todo caso nos pondriamos de acuerdo por cartas escritas en cifras ó por señales trasmitidas de tal ó cual manera telegráficamente, segun los incidentes que surgieran.

—De todos modos, dijo Garfias, á pesar de su natural intrepidez dando tambien una muestra de prudencia, yo no soy mas que abogado y necesito un gefe

de armas que venga á darnos organizacion militar. Yo no tengo miedo al peligro y esten Vds. seguros de que me pronunciaré; pero no sabré mover mis fuerzas ni utilizarlas militarmente.

—¿Le agradaria á vd. que viniera á tomar el mando militar el general Juan N. Mirafuentes?

—Es mi amigo, y lo considero un poco mas aventajado que yo en milicia. Me conviene.

Y sin pérdida de tiempo pedimos á nuestro directorio de México que nos mandara al general Mirafuentes para encargarse de los elementos militares que nos habiamos encontrado en Querétaro.

Nuestra última conferencia con el hombre influente de aquel Estado fué de las más cordiales y nos separamos de allí con verdadero sentimiento, pues no solo simpatizamos con él sino que llegamos á quererlo entrañablemente.

Nada hablamos tampoco con el Sr. Garfias respecto del plan político que deberiamos proclamar. Se nos figuraba que habia ya un convenio tácito entre todos los revolucionarios de llamar al general Diaz á ponerse al frente de los negocios públicos cuando hubiera triunfado la insurreccion y nos parecia superfluo ocuparnos del asunto. Nosotros así lo sentiamos y nos figurábamos que todos estaban imbuidos en la misma idea de quitar al que habia defraudado nuestras esperanzas para poner al que mas habia brillado en la defensa de la República.

El Comandante Durán quedó comprometido á ponerse á la cabeza del cuerpo «Carabineros de Méxi-

co, apoyando el movimiento de Garfias ó del gefe que llegara de México á tomar el mando de las fuerzas. Si por algun motivo imprevisto faltaba aquella combinacion, aquel cuerpo federal se moveria al punto á donde lo llamáramos.

Como tal vez no tendré mas adelante oportunidad de retroceder hácia estos incidentes, me será forzoso espresar aquí que no se pudo conseguir que el general Mirafuentes ni ningun gefe de nuestros correligionarios fuera á recibir aquellos preciosos elementos: el primero porque ya tenia un teatro escogido en donde maniobrar y los otros porque no querian encontrarse tan cerca del gobierno en un terreno que no les era conocido. El resultado fué que quedaron perdidos para nuestra causa 1,500 hombres bien armados. Decliné los comentarios y sigo adelante con mi relacion.

Luego que quedamos, segun llevo dicho, plenamente convencidos del ánimo resuelto del Gobernador Garfias y de la lealtad con que nos habia hecho sus ofrecimientos el comandante Durán, bajo la creencia segura de que teniamos allí un buen material de guerra que habiamos ya puesto en manos de nuestros amigos de México, nos dirigimos á S. Luis Potosí.

En esa ciudad permanecemos unos dias informándonos de la situacion, que no la encontramos tan favorable á nuestros designios. El círculo político de Benigno Arriaga, Francisco Bustamante & c. era con el que creiamos poder contar porque era el que representaba allí la doctrina democrática sin los absur-

dos con que la habian adornado los hombres de Paso del Norte. Ese círculo político, aunque se encontraba haciendo la oposicion al gobierno local y al general, se mostraba indeciso respecto de la conducta que debería seguir. Anhelaba entrar al poder, pero no aprovechando los medios espeditos que le proponiamos que juzgaba bastante peligrosos, si no contáramos con que la mitad del ejército cuando menos se pasara á nuestras filas. Sin embargo, debiamos esperar el desenlace del gran suceso que tenia en aquellos momentos ocupada la atencion del Estado y despues nos darian una respuesta categórica.

Ese suceso era la eleccion de gobernador que tres círculos, con el mayor calor se estaban disputando para el gefe respectivo de cada uno de ellos. Uno lo formaban las personas del gobierno, otro las de la oposicion, estando con los que la formaban nuestras simpatías, y el tercero era el apoyado por el gobierno general y en consecuencia por las tropas de la 3.^a Division federal. El General D. Francisco Aguirre era el gefe de este último círculo, y no obstante los fuertes elementos que tenia á sus órdenes, era el que contaba con menos probabilidades de salir victorioso en aquella contienda. ¿Por qué? Porque sus hombres activos y agentes entusiastas, se estrellaban en las baterias que tenia puestas el gobierno del Estado lo mismo que en el conocimiento del terreno, y gran número de partidarios incorruptibles que tenia el círculo de Bustamante.

Un poco desalentados entraron mis amigos un dia

al cuarto del hotel que ocupábamos. Estaba yo en el balcon con vista á la plaza.

—Qué hay? les pregunté.

—Ese diablo de Benigno no quiere.

—No importa, les contesté sonriéndome con cierto aire de seguridad.

—¿Tienes alguna idea? me preguntó Granados.

—Allí está el filon que tenemos que explotar.

Y diciendo esto señalé al General Aguirre que estaba tambien en el balcon de su casa rodeado de varios oficiales.

CAPITULO XXXIII

PERSPECTIVAS.

Cuando ya estuvieron un poco encarrilados nuestros trabajos de propaganda revolucionaria en San Luis Potosí, aunque sin contar con nada enteramente seguro todavía, Toledo y yo salimos para Monterey dejando á Granados encomendada la fácil tarea de seguir cultivando las mejores relaciones con el general Aguirre, con el coronel Orellana inspector de las guardias nacionales del Estado y con el coronel Dávalos jefe de las mismas, así como con los gefes de la 3.^a Division que simpatizaban con nosotros.

Considerábamos de una capital importancia nuestra entrevista con Gerónimo Treviño, pues allí era donde veíamos el foco y el triunfo de la revolución: teníamos noticias de que las relaciones de ese gobernador de Nuevo Leon y Juárez estaban muy tirantes, al

al cuarto del hotel que ocupábamos. Estaba yo en el balcon con vista á la plaza.

—Qué hay? les pregunté.

—Ese diablo de Benigno no quiere.

—No importa, les contesté sonriéndome con cierto aire de seguridad.

—¿Tienes alguna idea? me preguntó Granados.

—Allí está el filon que tenemos que explotar.

Y diciendo esto señalé al General Aguirre que estaba tambien en el balcon de su casa rodeado de varios oficiales.

CAPITULO XXXIII

PERSPECTIVAS.

Cuando ya estuvieron un poco encarrilados nuestros trabajos de propaganda revolucionaria en San Luis Potosí, aunque sin contar con nada enteramente seguro todavía, Toledo y yo salimos para Monterey dejando á Granados encomendada la fácil tarea de seguir cultivando las mejores relaciones con el general Aguirre, con el coronel Orellana inspector de las guardias nacionales del Estado y con el coronel Dávalos jefe de las mismas, así como con los gefes de la 3.^a Division que simpatizaban con nosotros.

Considerábamos de una capital importancia nuestra entrevista con Gerónimo Treviño, pues allí era donde veíamos el foco y el triunfo de la revolución: teníamos noticias de que las relaciones de ese gobernador de Nuevo Leon y Juárez estaban muy tirantes, al

punto casi de romperse y se nos presentaba un magnífico golpe de oportunidad, del que salía garante Toledo por conocer de una manera íntima á aquel jefe con quien habia hecho gran amistad en las anteriores campañas. Si llegábamos á contar con Treviño, el negocio estaba hecho, pues que entonces tendríamos á nuestro lado unos tres ó cuatro mil valientes fronterizos y cuatro Estados de importancia, cuyo choque no podría resistir el gobierno de D. Benito que no tenia ya ningun apoyo en la opinion pública.

Encontramos al general Treviño cerca de la ciudad del Saltillo en camino para México y tuvimos que regresar á esa poblacion que ya habiamos dejado á la espalda para tener con él una detenida conferencia en la cual se mostró desde luego muy interesado.

La confianza ademas con que observé que se trataban Toledo y Treviño me hizo esperar mucho de este jefe á quien solo de reputacion conocia. Yo lo único que le pedia era que fuera sincero con nosotros: si su viaje á México tenia por objeto ponerse bien con el gobierno, estaba muy en su derecho para seguir ese camino que era el que podia convenirle como gobernador de un Estado; pero si en su conciencia estaba que la conducta del gobierno general era reprehensible y no solo reprehensible sino merecedora de ejemplar castigo, entonces debia manifestársenos franco y partidario de la revolucion.

He aquí un resumen de sus palabras:

—Simpatizo con los hombres que van á tomar parte en esa revolucion: todos han dado pruebas de pa-

triotismo y todos se han señalado por sus sentimientos liberales; han sido mis compañeros de armas y me inspiran la mayor confianza; pero yo tengo un carácter público que me impide subalternarme á otro y dudo que los demas quieran aceptarme y reconocermelo como jefe del movimiento. Por otra parte: en la actualidad carezco absolutamente de recursos pecuniarios lo mismo que de elementos de guerra para ponerme frente á frente de las tropas regulares con que cuenta el gobierno general. Teniendo ambas cosas, todavia me pensaria mucho antes de filiar me en una empresa en que arriesgaria mi gobierno, en que comprometeria mi porvenir, sin que nada positivo encuentre en el otro platillo de la balanza.

¿Que es lo que voy á buscar con vds.?

—La libertad de la patria, exclamé yo, la soberania de los Estados que estan reducidos á la esclavitud, la práctica de la democracia que es hoy una burla....

Treviño se sonrió y se apresuró á contestarnos:

—No creo que D. Benito Juarez sea tan culpable como se le supone, ni creo que el que viniera en su lugar habia de gobernar de otro modo. La concentracion del poder está en nuestro carácter de tal modo, que yo que me tengo por muy democrata procuro tener autoridades civiles y militares en todos los pueblos del Estado que hagan ciegamente cuanto yo les mando. No se puede concebir el poder entre nosotros sin algo de absolutismo, tanto porque el pueblo no está educado para otra cosa, como porque estamos acostumbrados los mexicanos ó á ser ciervos humildes ó á ser caciques endemoniados.

Abrumado por nuestras réplicas encaminadas á que nos diera una resolucion definitiva, nos dijo al fin despues de abrazarnos:

—En todo caso yo voy á México para ver por mi mismo la situacion. Si el gobierno no accede á las pretensiones que llevo en beneficio del Estado de Nuevo Leon, del cual soy el primer magistrado, es probable, casi seguro, que volveré solamente á pronunciar-me con vds. Entre tanto pueden vds. esperarme en Monterey, sin que esta espera les cueste nada, pues ya los recomiendo con mis amigos para que les proporcionen los recursos que necesiten y para que les pongan en contacto con toda la gente de accion que se irá con vds. Si yo no me pronuncio, siempre podrán contar con los hombres mas valientes de la frontera: de todos modos, son vds. mis amigos y con algo debo auxiliarlos para su empresa.

Yo mismo escribí las cartas en que nos recomendaba con sus amigos de mas valía, despachándome á mi entera satisfaccion; pero probablemente por el correo escribió en diverso sentido, porque fuimos recibidos con marcada frialdad, no se nos proporcionó ningun recurso y ni siquiera podiamos dar un paso libremente, pues se ejercia sobre nosotros la mas estricta vigilancia, al extremo de haberse criado cuatro plazas de policia reservada para que dos nos cuidasen en el dia y los otros dos por la noche, sin llegar á perdernos de vista.

Toledo á pesar de estas contrariedades seguia diciéndome que él tenia la mas absoluta confianza en

Treviño y que esperaria con fruto su regreso. A los cinco dias de permanencia en Monterey, despues de convencerme de que no sacariamos de allí ni un partidario, me volví yo solo para San Luis Potosí, en donde cuando menos se nos dejaba columbrar en lontananza alguna perspectiva.

—General, le dije á Toledo, siento mucho que vaya á quedar sumida en este pozo su actividad.

—Ya verá vd. como no se pierde el tiempo del todo.

—Yo me alegraré; pero si recibe vd. un desengaño le suplico se dirija á Zacatecas. Allí nos reuniremos antes de dos meses.

—Escribame seguido.

—¡Adios!

En S. Luis Potosí me encontré al coronel Granados en la misma situacion en que le dejé cuando nos separamos, y peor aun en cierto respecto, pues habia gastado los recursos. Siempre que él tenia nuestra caja comun sucedia lo mismo: en tres dias despachaba quinientos, mil, ó dos mil pesos, con la mayor frescura.

Entonces se nos ocurrió dirijirnos á nuestro amigo el hombre influente de Querétaro pidiéndole una cantidad pequeña para sostenernos quince dias, que era todo lo que necesitábamos, pero no la obtuvimos y seguimos viviendo de nuestro crédito particular. En circunstancias como estas que eran entre nosotros tan frecuentes, Granados tenia un *sans fagon* admirable. En los tiempos de penuria era cuando rociaba las comidas con Rhin y Champagne y cuando se

mandaba hacer mas elegantes trages. No sé en donde diablos habia aprendido á darse todos los aires de un gran señor. tronado.

La lucha electoral en el Estado de San Luis se ponía mas ardiente, segun lo estaba indicando como un termómetro seguro el tono de los periódicos, proclamas y manifestaciones. Era el momento propicio para apoderarnos de las pasiones que estaban excitadas hasta noventa grados de calor, no faltando que subieran mas que otros nueve para que se les viera estallar.

Entonces fué cuando realmente empezamos á conspirar poniéndonos de acuerdo con el coronel Orellana, el teniente coronel Dávalos y el comandante Narvaez que eran los gefes de la guardia nacional. Les comunicamos francamente todos nuestros proyectos y estuvieron conformes en iniciar la revolucion si llegaba á presentarse una coyuntura favorable, haciéndonos observar desde luego, y con mucha justicia, que por mas apoyo que tuviéramos en los otros Estados, de pronto no contábamos mas que con un efectivo de ciento cincuenta hombres, mientras que la 3ª Division tenia dos mil que eran mas que suficientes no solo para sofocar una intentona nuestra poniéndonos en ridiculo, sino para pulverizarnos en cinco minutos si no tropezábamos con otras dificultades para hacer nuestro movimiento.

—Efectivamente, contestamos nosotros, pero muy pronto contarémos de un modo seguro con algunos cuerpos de la federacion.

—Tenemos al coronel Osorio de nuestra parte y puede decirse que nos seguirá toda la artilleria, dijo Granados con entusiasmo.

—Bueno, contestó Dávalos, que era un poco desconfiado, necesitamos asegurarnos de la lealtad de esos gefes, debemos tener una junta con ellos.

—La tendremos esta misma noche.

La tuvimos en efecto, de muy pocas personas, de ocho á lo mas, y al dia siguiente sufrimos el disgusto de saber que nuestra conspiracion habia sido denunciada al gobernador, detallándosele hasta las mas mínimas circunstancias. Por fortuna aquel funcionario ó no dió crédito al chisme ó confió en que se le seguiria poniendo al corriente de lo que pasara, el hecho fué que no desplegó contra nosotros ninguna medida preventiva ni de rigor, limitándose á mandarnos decir que tuviéramos mas cautela para conspirar porque todo se habia traspirado.

La pugna entre la legislatura y la fuerza armada comenzó á hacerse mas abierta, contribuyendo á ese resultado un imprudente decreto de la primera en que cohibia el derecho de votar de los militares: como nosotros, imparciales en la cuestion local, teníamos amigos en uno y otro bando, nos fué fácil ayudar á que aquel encono se enardeciera, siendo este el único medio que veíamos de poder llevar adelante nuestros proyectos. En mis ratos desocupados escribia vehementes artículos para una y otra banderia indistintamente, los que se publicaban bajo la fé de un firmon en los respectivos periódicos,

los cuales llegaron á formar entre los partidos una barrera insuperable que impedía hasta la sombra de una reconciliación.

Al principio se habian fijado poco, como sucede siempre, los hombres de armas, en el audaz decreto de la legislatura que les privaba de sus derechos electorales, pero dos ó tres artículos furibundos vinieron á abrirles los ojos, consideraron la medida colmada y fué lo que vino á darnos á nosotros la clave de la revolucion. ¿Quién lo diría? Fuimos nosotros en esa vez los que tuvimos que decir á los mas ávidos de luchar en el terreno de las armas que aguardaran un poco.

Necesitábamos contar con el general Aguirre, que era el candidato del gobierno del centro, para que este vacilara en los primeros momentos antes de atacarnos; pero aquel naturalmente se resistía, creyendo que el brazo fuerte conque contaba no lo abandonaría.

—Pero no ve V. general, le decíamos, que no se le deja ya ninguna esperanza de triunfo electoral? ¿Con qué cuenta Vd? Las autoridades políticas son del gobierno. Los electores principales son del gobierno: el voto militar que era lo único que quedaba á su favor está nulificado. Vamos, ¿con qué cuenta V.

—No cuento mas que con la lejana proteccion del gobierno, pero aun esta perderé si cojo el poder revolucionariamente.

—Mas esperanzas tiene V. de elevarse por medio

de las armas, seguro de que lo apoyará el ministro Lerdo. Si V. se deja derrotar en las elecciones, como ya lo estamos viendo, no cosechará V. mas que las burlas de sus amigos y protectores.

—Está bien, contestó cuando se vió muy estrechado por nuestros argumentos, vamos esperando el pretexto que se nos va á dar el próximo domingo que es el dia de la votacion. De seguro que nuestros agentes serán atropellados, que se rechazará á los militares, que se cometerán otros abusos. . . . entonces ya podré escribir á México que no teniamos mas recurso.

—Convenidos. Pasado el domingo en que vamos á ver claro que no hay medios legales posibles. . . .

—Damos el golpe, contestó Aguirre.

Entonces nos salimos de allí radiantes de alegría, dispuestos á trabajar con todo vigor porque fuera completamente derrotado nuestro caudillo en las elecciones.

... el ministro de la Guerra, el Sr. Lerdo, el Sr. ...

... el Sr. Lerdo, el Sr. ...

CAPITULO XXXIV.

PRO-SUNCIAMIENTO EN SAN LUIS.

Los partidos que luchan en las elecciones siempre están ciegos y apasionados, de suerte que nada es más fácil que lanzarlos á la explosion con solo abultarles un poco los hechos cuando han sufrido una derrota. Aguirre la sufrió completa, como ya lo estábamos mirando, pero entonces nosotros nos pusimos á gritar con todas nuestras fuerzas, que aquel habia sido el mas enorme atentado, que jamas se habia desplegado mayor lujo de intrigas y de violencias: que los ciudadanos habian sido escarnecidos y la noble clase militar humillada á un extremo que apenas podia concebirse, sin considerar que á sus esfuerzos se debia la salvacion de nuestras libertades públicas. Cada artículo que lanzábamos era un bota fuego, al extremo, ¿quien lo diria? de que el mismo Aguirre nos llamó dos dias despues y nos dijo:

—Ahora si, los autorizo á vds. para pronunciarse.

—Es que la cuestion electoral no está resuelta todavía.

—Como que nó! ¿Acaso no vieron vds. lo que pasó el Domingo?

—Si, pero falta que haga la computacion de votos la legislatura.

—En la cual tratarán de ponerme en ridículo, pues aunque haya obtenido miles de votos, pondrán quince ó veinte.

—Eso es casi seguro.

—Pues yo no quiero verme en esa picota y antes ocurro á los medios que vds. han propuesto. Ya escribí anoche al Sr. Lerdo dándole detalles y anunciándole que esto no ha sido visto con buenos ojos por la fuerza armada.

—Ha escrito vd. á Lerdo?

—Anoche mismo.

Orellana, Granados y yo nos vimos con una mirada de inteligencia que significaba que debiamos apresurar nuestras operaciones, puesto que inocentemente sin duda aquel caudillo nuestro prevenia al gobierno para que se pusiera en guardia. Sobre todo, debiamos apresurarnos, tanto para que no se enfriara el espíritu público, como para que no se nos fuera á quitar de alli la tercera Division.

En consecuencia, tuvimos que alistarlo todo para dar el golpe antes de que la cuestion electoral estuviera completamente resuelta. Para nosotros este era

un detalle muy secundario, desde que nuestros amigos solo estaban aguardando nuestra señal para conmovér á toda la República.

Celebramos nuestra última reunion compuesta solo de siete personas el dia mismo en cuya noche debiamos proceder á apoderarnos de los principales edificios y de las autoridades principales. Desconfiábamos de una persona, no obstante haber ocupado en otra vez un puesto eminente, á la cual se atribuyó el aviso primero dado al gobernador, y esa persona no fué ya citada. Sin embargo de esta precaucion, alguien de entre nosotros se confió á algun amigo en secreto, pues el gobierno se manifestó alarmado pasándose los miembros de este como los de la legislatura toda la noche sobre las armas, apoyados en la misma fuerza que iba á servirnos á nosotros.

Queriendo evitar el derramamiento de sangre, y mas aún, inspirar confianza á aquellos, convenimos en diferir el movimiento. Entonces nosotros mismos fuimos á hacerles compañía y á tranquilizar sus vagos temores. Ninguno sabia á punto fijo de donde debia partir el golpe, y si acaso se presumian que de nuestra parte, lo disimularon mucho, porque estuvimos juntos, charlando y comiendo, una buena parte de la noche, en perfecta tranquilidad.

Resolvimos no celebrar mas juntas y estar dispuestos para el primer momento propicio que se presentara: el lugar céntrico que escogimos como punto de cita fué el salon de billares perteneciente al coronel Legorreta, el cual estaba situado en los bajos de la casa de

Aguirre y muy inmediato al palacio. Allí fué donde me encontró Orellana á los dos dias y me dijo:

—Ha llegado la hora. Son las tres, se está reuniendo la legislatura y Granados va á atrapar á todos los diputados con 25 hombres que le va á dar de su fuerza Dávalos.

—Ya hablaste con Granados?

—Si, ya está metido en el cuarto de banderas esperando la señal.

—Que señal?

—La que hemos de dar con un repique á vuelo de todas las campanas.

—Pues á repicarlas!

—No: tu tienes que aprehender al gobernador en su casa.

—Con qué fuerza?

—Con ninguna.

A la sazón pasaba un oficial muy joven, amigo nuestro, sin armas, y cogiéndolo del brazo Orellana, continuó dirigiéndose á mi:

—Este te acompañará.

El plan iba á ser desarrollado de esta manera: yo me apoderaria del gobernador, Granados de la Legislatura, Dávalos reforzaria las guardias de Palacio, Orellana tomaria algunas alturas y Aguirre con la poca caballeria que teniamos recorreria la ciudad para que no se cometieran desórdenes.

El plan no podia ser mas sencillo ni arreglarse en mas tiempo que en cinco minutos como lo arreglamos, al lado de una mesa de billar. Al repicar Orellana en

la Catedral y en el Carmen todos nosotros debíamos proceder á cumplir con nuestro cometido.

La legislatura estaba en sesion plena cuando apareció allí Granados al frente de sus 25 nacionales.

—Señores diputados, les dijo, suplico á Vds. se sirvan rendirse á prision, sin obligarme á emplear la fuerza.

No hubo quien opusiera la mas mínima resistencia ni despues que fueron volviendo del estupor que les produjo aquello: era conocido el valor temerario de Granados, y su estatura de gigante lo mismo que su fisonomia que se dibujaba con rasgos muy severos é imponentes en ciertos momentos como aquel, infundian respeto, pavor, verdadera fascinacion.

Ahora vamos á la parte mas delicada aún, que á mi me tocó. Era gobernador del Estado de S. Luis Potosí, no recuerdo por qué emergencias, un buen hombre de apellido Barragan que tenia su domicilio se parado por tres calles de la Plaza Principal hácia el rumbo del Santuario.

Hacia pocos dias que nos conociamos y en la mañana del dia en que se verificó este suceso habiamos estado hablando cordialmente en un colegio de niñas en que habia exámenes. Tenia el gobernador muy buenas ideas respecto al modo de desarrollar mejor en los pueblos el importante ramo de instruccion pública.

Cuando me anunciaron en su casa, no obstante ser la hora de la siesta creyó que le hacia una visita con motivo de nuestra conversacion de por la mañana y me invitó con instancia á pasar á la sala. El oficial

que me acompañaba se habia quedado en la calle, ya para proporcionarse una arma cualquiera con algun amigo que pasara, ya para estar pendiente de lo que aconteciera por los otros rumbos.

Yo por mi parte no llevaba tampoco mas arma que un diminuto cortaplumas. Hacia tres dias que habia empeñado mis dos pistolas para facilitar algunos recursos á Granados que se desesperaba cuando no tenia que gastar.

Sin embargo de esto no era posible retroceder aunque tuviera que ayudarme con los dientes. Armado pues con una firme voluntad, que es por lo regular la mejor arma de que pueden servirse los hombres, ocupé mi asiento en el estrado frente á frente de aquel funcionario é inicié con él una tranquila conversacion.

—¡Bonito tiempo! le dije mirando al cielo por entre las cortinas de una ventana.

—Muy hermoso, me contestó ofreciéndome un cigarrillo.

—Muchas gracias, Señor de Barragan. ¿No ha salido V. al campo en estos dias? Los árboles deben estar primorosamente vestidos.

El invierno era en esa vez crudo y muy probablemente los árboles se encontraban deshojados; pero el gobernador me contestó viéndome con estrañeza y como preguntándose interiormente, ¿á donde irá este hombre á parar?

—Deben estar primorosos los árboles.

—¿Sabe V. lo que me tiene encantado en S. Luis Potosí?

—Tendria gusto en que V. me lo dijera.

—Los progresos que hace la juventud. Tanto en esta mañana como en los dias anteriores he estado concurriendo á los exámenes, segun V. habrá podido observar....

—Y que le han parecido á V.?

—Muy lucidos. Se conoce que se siguen los mejores métodos en el colegio.

—Y todavia no conoce V. los adelantos en el colegio de varones: yo tendré el mayor placer de invitar á V. á los exámenes si aún se encuentra en S. Luis: ¡verá V! ¡verá V!

El Sr. gobernador se iba animando, pero como á mi se me iba agotando la materia en ese terreno, pasé á otro bruscamente preguntándole:

—¿Y qué tenemos de política?

Me dió una ojeada escrutadora:

—Nada particular.

—Yo deseaba saber la opinion de V. respecto de la marcha que sigue el gobierno de Juarez.

—Le diré á V. con entera franqueza que lo que es esa política me tiene altamente fastidiado. Si no fuera por que, aunque de un modo provisional, ocupo el primer puesto del Estado, haria la oposicion á aquel gobierno.

—Considero que aun siendo V. el gobernador, si en su conciencia cree que la política de Juarez es perjudicial á la República, debe oponerse á ella como ciudadano mexicano, como hombre honrado, como buen liberal.

—No, no; Dios me favorezca de tomar tan á pechos las cosas....

—Pero en fin, ¿es V. juarista?

—No señor.

—Entonces es V. de la oposicion.

—Tampoco: yo no soy mas que un gobernador interino.

—Voy á ponerlo á V. en un caso.

—En cual?

—Supongamos que en estos momentos el país entero se divide en esas dos banderías, la de Juarez y la de la oposicion liberal armada, ¿que conducta observaria V?

—Me haria á un lado.

—¿Y si los acontecimientos no le daban tiempo de hacerse á un lado?

—Entonces cumpliria con mi deber apoyando al gobierno.

Lo único que yo hacia, segun se comprenderá, era ganar tiempo mientras oia la señal ó mi compañero que se habia quedado fuera entraba á decirme algo. En esos momentos escuché el repique á vuelo que esperaba.

—Pues Sr. Barragan, dije entonces revistiéndome del aire mas grave que me fué posible, se encuentra vd. en el caso de no poder cumplir con ese penoso deber. ®

—¿Que me está vd. diciendo?

—Digo que la situacion del Estado que vd. go-

bierna acaba de sufrir un cambio completo en su política.

El Lic. Barragan se quedó mirándome de un modo que demostraba no solo incredulidad, sino cierto vago temor: creía, y después lo dijo siempre que se trataba de este acontecimiento, que el juicio se me había escapado y que tenía frente de sí nada menos que á un loco.

—Vd. se chancea, me dijo sonriéndose y ofreciéndome un tercero ó cuarto cigarrillo.

—No, Sr. Barragan, tengo el sentimiento de asegurar á Vd. que no me chanceo. Acaba de verificarse un movimiento militar en la plaza y los diputados todos que forman la legislatura han sido reducidos á prision. Eso significa el repique que está Vd. oyendo:

Como yo hablaba con seguridad y no habian esca-seado antes los rumores sobre aquel particular, el funcionario comenzó á demudarse y dijo con la voz alterada:

—¿Es posible?

—Vamos á Palacio para que pueda quedar Vd. mas convencido.

—¿Quiere decir que yo tambien me encuentro prisionero?

—De ninguna manera, yo solo estoy encargado de participarle la noticia y de hacerle compañía en las calles, para evitar un atropello.

—¿Y á donde quiere Vd. llevarme por las calles?

—A ninguna parte, si Vd. me da su palabra de

honor de no moverse de su casa ni hacer nada que contrarié el movimiento revolucionario.

—No; yo no quiero permanecer aquí.

—En ese caso podemos trasladarnos á casa de cualquiera de nuestros amigos.

—¿Quiere vd. que le hable con franqueza? me dijo después de haber reflexionado un momento.

—Diga vd.

—No creo ni una palabra de lo que vd. me dice: yo cuento ciegameamente con mi guardia nacional.

En ese momento entró una Señora de la familia muy demudada diciéndole que Orellana, Granados, Aguirre y Dávalos se habian pronunciado.

—Escápate, le dijo, ya están los caballos ensillados.

—Es tarde, contestó el gobernador, estoy ya prisionero.

—¡Ah! exclamó la Señora llena de ira, pues lo que es vd. solo, no se lo lleva.

Me asomé á la ventana y dije á mi compañero:

—Señor oficial.

—Mande usted, mi coronel?

—¿Está lista la fuerza?

—Si, mi coronel.

—Pues haga vd. entrar ocho soldados.

El Sr. Barragan me suplicó que hiciera retirar la fuerza y aun al oficial que la mandaba, dándome su palabra de acompañarme al Palacio en donde queria reunirse á sus compañeros.

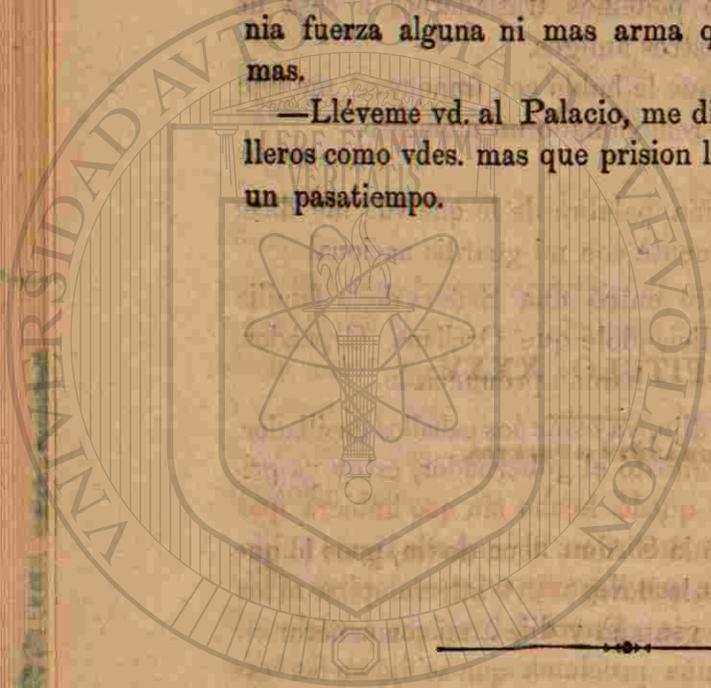
Todavía al salir le dijo la Señora:

--Tenemos aquí gente armada para no dejarte llevar.

—Es inútil, contestó el gobernador, ya empecé mi palabra.

Cuando estuvimos en la calle le declaré que no tenía fuerza alguna ni mas arma que mi corta-plumas.

—Lléveme vd. al Palacio, me dijo, que con caballeros como vdes. mas que prision la nuestra va á ser un pasatiempo.



CAPITULO XXXV.

GRANDES APRIETOS.

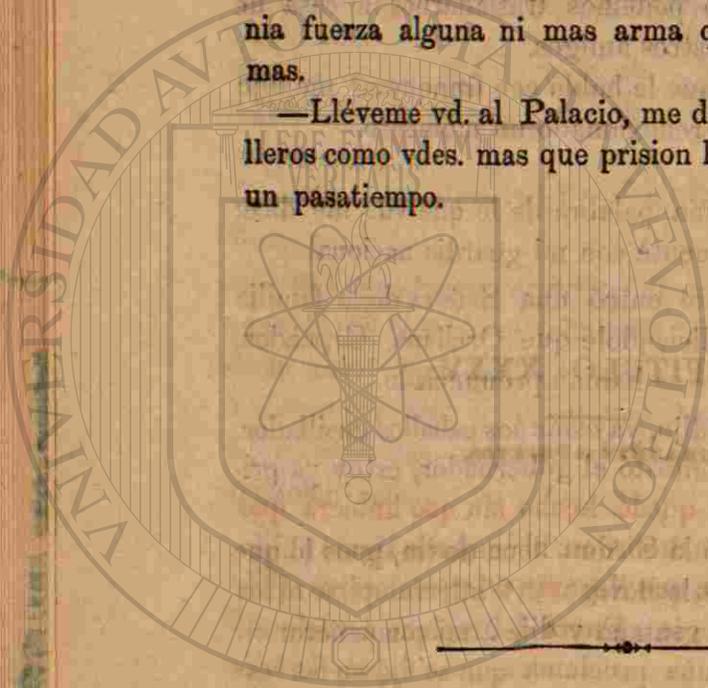
El movimiento quedó hecho sin que hubiera que lamentarse un solo desorden: el comercio siguió abierto por la tarde, sin que llegaran á interrumpirse ni los exámenes del colegio. Fuera del repique á vuelo en varias iglesias y una proclama que se fijó en las esquinas firmada por Aguirre, no hubo un tiro de fusil siquiera que acentuara mas enérgicamente el cambio político.

La proclama de Aguirre, escrita por mi, decia solamente que los nuevos gobernantes venían á reivindicar los derechos del pueblo hollados por los antiguos en el simulacro de elecciones que acababa de pasar. Se ofrecia respetar el voto público en caso de que el gobierno general aprobase el movimiento y concediera el permiso de expedir nueva convocatoria.

—Es inútil, contestó el gobernador, ya empecé mi palabra.

Cuando estuvimos en la calle le declaré que no tenía fuerza alguna ni mas arma que mi corta-plumas.

—Lléveme vd. al Palacio, me dijo, que con caballeros como vdes. mas que prision la nuestra va á ser un pasatiempo.



CAPITULO XXXV.

GRANDES APRIETOS.

El movimiento quedó hecho sin que hubiera que lamentarse un solo desorden: el comercio siguió abierto por la tarde, sin que llegaran á interrumpirse ni los exámenes del colegio. Fuera del repique á vuelo en varias iglesias y una proclama que se fijó en las esquinas firmada por Aguirre, no hubo un tiro de fusil siquiera que acentuara mas enérgicamente el cambio político.

La proclama de Aguirre, escrita por mi, decia solamente que los nuevos gobernantes venían á reivindicar los derechos del pueblo hollados por los antiguos en el simulacro de elecciones que acababa de pasar. Se ofrecia respetar el voto público en caso de que el gobierno general aprobase el movimiento y concediera el permiso de expedir nueva convocatoria.

Fué preciso dar al movimiento un carácter local mientras allanábamos entre Granados, Orellana y yo, que éramos los que teníamos todos los hilos del porvenir, las tres serias dificultades que se nos presentaban:

1.ª No contábamos mas que con los 150 hombres de la guardia nacional del Estado, teniendo allí, en actitud por de pronto neutral, á una gran parte de la 3.ª Division del Ejército con 40 piezas de artillería.

2.ª No contábamos de un modo seguro con el concurso ofrecido en los otros Estados para tirar el guante desde luego al Gobierno General.

3.ª Aguirre y sus principales partidarios, que no se preocupaban mas que de atrapar el gobierno de San Luis, abrigaban las mas fundadas esperanzas de que Juarez y Lerdo consentirian en celebrar con ellos alguna transacción.

La primera dificultad era allanable, aunque á trueque de entrar en un conflicto de armas, porque ya nos teníamos ganada una buena parte de la fuerza federal.

La segunda esperábamos vencerla tan luego como estuviéramos en con tacto con Jalisco, Zacatecas y Querétaro, que eran los Estados mas abocados á secundarnos.

Y la tercera de hecho la juzgábamos resuelta porque habíamos visto que el gobierno en nombre del principio de autoridad habia sacrificado centenares de víctimas en Yucatan, Sinaloa, Guerrero, Puebla, y Tamaulipas. No era creible que Aguirre llegara á

ser mas afortunado que los demas y antes bien aquella oportuna tregua nos serviria para tomar aliento y reforzarnos.

Para nosotros era solo cuestion de tiempo sacar á la vista la bandera de insurreccion que habia de servir de señal para que la República entera se levantase contra sus opresores. Y era preciso por lo mismo aprovechar aquel tiempo.

Así lo hicimos, pues el intrépido Manuel Orellana, vertiginosamente ayudado por Granados, Aguirre, Dávalos y demas gefes, procedió á organizar nuevas fuerzas aprovechando todo el armamento que tenia el Estado en sus almacenes, y todos de consuno pusimos á escote el contingente de nuestra actividad para llegar á estar tan fuertes en unos cuantos dias casi como la 3.ª Division que era la que estaba llamada á ponernos las peras á veinticinco.

Las líneas telegráficas habian sido interrumpidas por todas partes, pero luego que se hubo calmado un poco la efervescencia y puesto en las oficinas gentes de confianza, se restableció la comunicacion con Zacatecas y estuvimos hablando Orellana y yo con el general Garcia de la Cadena. Las contestaciones que este nos dió fueron espantosamente desconsoladoras: aunque simpatizaba con nosotros en lo particular, no podia menos de reprobarnos nuestro movimiento como un escándalo innecesario, pues Aguirre estaba enteramente de acuerdo con Lerdo de Tejada y nosotros íbamos á ser las víctimas. Aguirre no necesitaba para si de aquella violencia y nosotros puestos entre dos

enemigos no teniamos otra expectativa que la de sucumbir. Si el gobierno de México le ordenaba que nos batiera él tendria que hacerlo aunque con sentimiento porque nosotros estábamos de por medio, pero con la conciencia de que era un bien para el país atajar aquella revolucion.

Insistimos nosotros, haciéndole comprender que nuestros proyectos eran mas vastos, y lo mas que pudimos conseguir en aquella vez fué su protesta de neutralidad mientras hablaba con los comisionados que íbamos á enviarle.

Dimos aviso tambien en el acto á nuestros amigos de México, Querétaro, Puebla, Jalisco, Michoacan y Guerrero, para que se movieran, cumpliendo el compromiso solemne que tenian contraido con nosotros. De ninguna parte llegamos á recibir contestacion. La mayor parte de nuestros amigos, consideraron mas prudente ocultarse en lugar seguro, que salir á la campaña.

El gobierno entre tanto logró ponernos en el aprieto que ya temiamos: dió orden al general Larrañaga, que mandaba accidentalmente la fuerza federal, para que nos batiera. El gefe de la 3.^a Division era el general D. Pedro Martinez durante una licencia del general Escobedo y ambos se encontraban ausentes. Ahora el mismo general Larrañaga, que habia sido fiscal en la causa de Granados, era el encargado de reducirnos al orden por la fuerza.

Este gefe pasó á manifestarnos, muy cortesmente, que era nuestro amigo en la política local, pero que

siendo soldado antes que partidario, iba á tener el pesar de cumplir con las órdenes del gobierno.

Por aquella vez tuvimos la fortuna de retardar el rompimiento sugiriendo algunos pretextos al general Larrañaga conque pudiera entretener al gobierno, mientras llegaba el general Martinez á quien habiamos mandado llamar apresuradamente.

Yo mismo estuve redactando los despachos telegráficos del general Larrañaga al ministro de la guerra. En uno de ellos le decia: «Los pronunciados tienen ocupados el Palacio, el Carmen, la Catedral y otras alturas de esta ciudad que son las mejores: correrá mucha sangre, sufrirá en estremo la poblacion y no se les podrá reducir al orden, porque tienen tanta fuerza como nosotros y estan parapetados. ¿Los bato á pesar de eso?

No se hizo esperar la respuesta:

—«Bátalos V. señor general, aunque tengan las mayores ventajas, absteniéndose de hacer ninguna otra observacion.»

No hubo mas remedio: tuvimos que separarnos de Larrañaga dándole un abrazo para ir á preparar la resistencia: á las dos horas, segun nos manifestó aquel, mandaria romper los fuegos. Nosotros dividimos nuestra atencion entre nuestras fuerzas, preparándolas para el combate, y entre nuestros aliados de la 3.^a Division, acordando el momento en que debieran pasarse á nuestro campo.

Se colocaron convenientemente las baterias y las columnas de ataque por la calzada del Santuario: fal-

taban cinco minutos solo para que se lanzaran á nuestras posiciones las fuerzas de la federacion, cuando llegó el general D. Pedro Martinez, quien suspendió todas aquellas operaciones y nos citó á una conferencia. Estuvimos con el Aguirre, Orellana y yo, logrando al fin persuadirle de lo conveniente que seria que la 3.^a Division que habia sido humillada por la administracion que habiamos derrocado nosotros, representara al gobierno en nuestro favor haciéndole ver todo lo que habia pasado, penetrándole de la justicia que nos asistia, para que aquel propusiera un arreglo cualquiera, que viniera á evitar el derramamiento de sangre. Nosotros no resistiamos ninguna determinacion del gobierno que fuera conforme con los sentimientos de la fuerza federal y de su digno gefe.

El general D. Pedro Martinez, que simpatizaba naturalmente con nosotros, consideró muy racional lo que pediamos y no tuvo dificultad en acceder.

—¡Estamos salvados! dije lleno de gozo á Orellana, oprimiéndole un brazo para hacer mas espresivo mi entusiasmo, esto casi al trasponer la pieza que ocupaba Martinez, y al estar en la calle agregué con una entonacion que ya se puede suponer:

—Juro que es nuestra la 3.^a Division.

A la mañana siguiente muy temprano volvimos al alojamiento del general Martinez y este me dió unos puntos para que con ellos formulara la representacion que debia elevarse al Gobierno General. Vi que podia sacar de ellos un material abundante

para abrumar de cargos á Juarez y su camarilla, y alli mismo me puse á escribir una acta formidable que no podia considerarse sino como una rebelion abierta, disimulada solo con las fórmulas, significando á la vez una adhesion plena á nuestro pronunciamiento.

Esta acta candente fué firmada por muchos sin conciencia de lo que hacian y por otros con la seguridad de que era un rompimiento con la administracion juarista, pero fueron pocos los gefes y oficiales que pudieron eludir el compromiso. Una vez recogido el mayor número de firmas, mandamos publicar el salvador documento y ya desde ese punto de partida la 3.^a Division del Ejército fué nuestra mejor aliada.

Habian venido pues al servicio de nuestros planes, y esto de la noche á la mañana, unos tres mil hombres bien equipados, la mitad veteranos ya hechos á una buena disciplina y todos mandados por excelentes gefes; ademas cuarenta piezas de artilleria y algunos almacenes llenos de material de guerra.

El Gobierno movió prontamente sobre nosotros una Brigada al mando del general Eguiluz, pero se vió precisado á contramarchar perseguido por nuestra caballeria al saber que la fuerza federal habia secundado nuestro movimiento. Si no es esta casualidad, muere en la cuna bien pulverizada nuestra gran empresa.

Nunca llegué á saber cuales fueron las circunstancias imprevistas que se opusieron á que nos secundaran el Lic. Garfias en Querétaro y D. Leon Guzman

en Guanajuato, que eran los mas comprometidos con nosotros, fuera de los que tenian que hacer algo en el Estado de México, en el de Puebla, en el de Veracruz y en las goteras de la Capital, el hecho fué que nuestro movimiento permaneció completamente aislado, por muchos dias, dándose tiempo á la Union para que cargara sobre nosotros todos sus elementos. Solo el gefe Duran y los oficiales del cuerpo "Carabineros de México" cumplieron su palabra incorporándose con nosotros en San Luis Potosí, sin que faltara un solo hombre, un solo clarin, ni un solo cartucho. Si de esta manera hubieran cumplido la mitad siquiera de todos los que estaban comprometidos, á los quince dias hubiéramos estado asediando á la Capital, si es que la desmoralizacion del Gobierno le daba ánimo para la resistencia. Lo probable, conocida la situacion del país, era que todas las entidades de influencia se hubieran venido con nosotros determinando en pocos dias la caída de aquella administracion.

Tuve la fortuna de adquirir grande ascendiente con los generales Martinez y Aguirre, que ya estaban caminando de acuerdo en sus operaciones políticas y militares, y comencé á tomar parte activa en sus deliberaciones y medidas; pero fuera porque no me conocian aún lo bastante ó porque tuvieran miras secundarias, habia algo de lo que se hacia que se me escapaba. Asi fué que habiéndoles insinuado un dia la facilidad que teniamos para apoderarnos de Jalisco, supuesto que contábamos allí con muchos amigos lo mismo que con un cuerpo de caballeria que mandaba un hermano del general Martinez, me contestó uno de ellos.

—Ya está arreglado eso hace cinco dias.

—Como?

—Hemos mandado al coronel Catarino Gonzalez para que se saque de Guadalajara el cuerpo "Riferos de Zaragoza"

Me quedé enteramente frio y pregunté sin embargo:

—Eso solo?

—¡Pues que mas!

Mi idea era hacer pronunciar allí ese cuerpo lo mismo que el 10^o que nos era adicto, única guarnicion que habia en la plaza: hacer que Guadarrama moviera los pueblos del Sur, de lo que podia resultar que en dos semanas contáramos con 5,000 hombres y los elementos de un Estado poderoso y valiente; pero la verdad es que aquellos gefes tenian sus vacilaciones y trabajo costó persuadirlos de que no habia que esperar cuartel con D. Benito Juarez. Entonces convinieron tambien en que ya era fuerza darle un carácter claro y bien definido á la revolución, acordándose que fuera yo mismo á Zacatecas para celebrar una conferencia con el general Garcia de la Cadena. Teniamos datos para saber muy bien que este gobernador, amigo sincero de la democracia, no se hallaba de acuerdo con la marcha política del Sr. Juarez, habiendo llegado á estar en abierta pugna respecto de algunos puntos con los Ministros, conociamos ademas sus tendencias revolucionarias y nos era permitido esperar pocos tropiezos en aquella mision, tanto mas cuanto que ya habiamos redactado un plan para echar abajo al gobierno. El general Garcia de la Cadena habia repro-

bado nuestro movimiento local creyendo que procedíamos como instrumentos de Lerdo de Tejada, pero una vez que viera que á todo el poder le tirábamos el guante, ya no opondría gran resistencia.

Aquel paso era de todas maneras indispensable, pues necesitábamos apoyar nuestra causa en algo mas que no fuera la parte que teníamos de la 3.^a Division, seguros aún de que tras de Zacatecas seguirían moviéndose los demas Estados desafectos ó comprometidos. El momento era crítico para separarme de S. Luis Potosí, tanto porque en la noche iba á estrenarse mi comedia de circunstancias intitulada «Los héroes del día siguiente,» como porque Granados no habia logrado acomodarse y temia yo que se tuvieran celos de su valor ó recelos de que llegara á sobreponerse; pero no era posible vacilar ante la importancia de aquella comision, asi es que al despedirme de Granados y Orellana les dije:

—Me voy, queridos amigos míos, confiando en la prudencia que sepan guardar ustedes. Adios.

CAPITULO XXXVI.

DESASTRE DE ROCHA EN SAN JOSÉ.

Llevando pues la representacion de los principales gefes pronunciados en San Luis y la mia propia, me puse en marcha para Zacatecas: en la hacienda del Carro me encontré al general Epitacio Huerta á quien no habia tenido antes oportunidad de conocer. Los dos viajábamos de incógnito, y fué verdaderamente casual que llegáramos á tener una explicacion.

Pocas esperanzas me dió el general Huerta de que el general Garcia de la Cadena quisiera secundarnos: allí habian estado ya él y Toledo ofreciéndole sus servicios y proponiéndole mil planes, sin conseguir sacarle de la mas profunda reserva.

—Y ahora, le dije, ¿va vd. á San Luis?

—Si: mi objeto era sacar algunos elementos de Zacatecas para irme á mover á Michoacan; pero cansa-

bado nuestro movimiento local creyendo que procedíamos como instrumentos de Lerdo de Tejada, pero una vez que viera que á todo el poder le tirábamos el guante, ya no opondría gran resistencia.

Aquel paso era de todas maneras indispensable, pues necesitábamos apoyar nuestra causa en algo mas que no fuera la parte que teníamos de la 3.^a Division, seguros aún de que tras de Zacatecas seguirían moviéndose los demas Estados desafectos ó comprometidos. El momento era crítico para separarme de S. Luis Potosí, tanto porque en la noche iba á estrenarse mi comedia de circunstancias intitulada «Los héroes del día siguiente,» como porque Granados no habia logrado acomodarse y temia yo que se tuvieran celos de su valor ó recelos de que llegara á sobreponerse; pero no era posible vacilar ante la importancia de aquella comision, asi es que al despedirme de Granados y Orellana les dije:

—Me voy, queridos amigos míos, confiando en la prudencia que sepan guardar ustedes. Adios.

CAPITULO XXXVI.

DESASTRE DE ROCHA EN SAN JOSÉ.

Llevando pues la representacion de los principales gefes pronunciados en San Luis y la mia propia, me puse en marcha para Zacatecas: en la hacienda del Carro me encontré al general Epitacio Huerta á quien no habia tenido antes oportunidad de conocer. Los dos viajábamos de incógnito, y fué verdaderamente casual que llegáramos á tener una explicacion.

Pocas esperanzas me dió el general Huerta de que el general Garcia de la Cadena quisiera secundarnos: allí habian estado ya él y Toledo ofreciéndole sus servicios y proponiéndole mil planes, sin conseguir sacarle de la mas profunda reserva.

—Y ahora, le dije, ¿va vd. á San Luis?

—Si: mi objeto era sacar algunos elementos de Zacatecas para irme á mover á Michoacan; pero cansa-

do de no conseguir nada, voy con el mismo proyecto á San Luis Potosí.

—¿Que clase de elementos son los que vd. necesita?

—Soldados, armas y dinero.

—Pues allí encontrará vd. buenos amigos y buena voluntad.

Y nos despedimos, ofreciendo volver á encontrarnos en alguna parte durante los meses que durara la nueva campaña.

Al llegar á Zacatecas me esperaba ya Toledo en la casa de Diligencias y me puso al corriente de lo que él sabia: se observaban ciertos preparativos militares practicados con gran disimulo; pero el general Garcia de la Cadena no habia respondido á sus instancias con una resolución definitiva. Aún se temia que aquellas fuerzas que se organizaban fueran para batirnos.

En la misma noche de mi llegada tuve una conferencia con el jefe del Estado y le hice una estensa relacion de los trabajos que, en nuestro sentir, teniamos por todo el país bien ramificados, de nuestros elementos de guerra en San Luis Potosí que eran ya considerables, de la popularidad de nuestra causa y de la confianza ciega que teniamos en su patriotismo, no solo para que nos siguiera sino para que tomara la direccion en aquella arriesgada empresa.

Entonces me contestó que era cierto todo lo que yo le decia y que simpatizaba con la revolucion una vez que habia tomado un carácter popular; pero que

queria que se le hicieran algunas modificaciones al plan político fijando tales y cuales bases generales.

—No hay inconveniente, le contesté, mis facultades son amplias para acordar con vd. el plan que le parezca mas propio de las circunstancias y mas oportuno.

Entonces me leyó unos apuntes que ya tenia formulados, en los cuales no vi que se ocultara celada alguna, aunque tuvieran cierta redundancia. Se reforzaba el apoyo que debiamos dar á los principios constitucionales y no se excluia de ser llamado al poder al general Porfirio Diaz que era lo que mas interes tenia para nosotros porque le considerábamos como nuestra salvaguardia.

—En ese caso, me dijo, nos volveremos á ver mañana á esta misma hora. Recomiendo á vd. que no se entere nadie de esto porque estoy vigilado aquí por los empleados federales lo mismo que por un piquete de la 4.^a Division.

—Pierda vd. cuidado, general.

Y nos despedimos hasta la noche siguiente en que debiamos dejar redondeado aquel negocio.

Eran las ocho y media de la noche cuando me retiré del Palacio: vi que entraba concurrencia á un teatro y me colé allí seguro de no ser por nadie reconocido. Me favorecia el incógnito con que viajaba y me daba seguridad el saber que me encontraba en un suelo enteramente amigo. Ningun accidente me sobrevino y antes bien estuve entretenido con el pésimo espectáculo que daba una compañía de cómicos de la le-

gua. A las doce me dirigí solo al hotel de diligencias en donde ocupaba un cuarto; eché la llave por dentro y me acosté á dormir tranquilamente.

Habia trascurrido una hora cuando mas, desde el momento en que Morfeo me habia tomado con fruición en sus cariñosos brazos, cuando varios golpes dados á la puerta de mi cuarto me despertaron con cierto sobresalto. Lo primero que hice fué incorporarme y coger mi pistola.

—Quien es? pregunté.

—Amigo, contestó el de fuera y á la vez pronunció mi nombre.

—Que se efrece?

—Abra vd. sin perder un momento: es asunto de urgencia.

La voz era desconocida y aquellas palabras me parecían un tanto cuanto sospechosas; pero me vestí pronto y estuve de un salto cerca de la puerta siempre con mi pistola preparada.

—Acerque vd. el oído á la cerradura, me dijeron.

—Ya está.

—De parte del general Garcia de la Cadena.

No escuché mas, abrí y un jóven militar de aspecto franco me saludó cortesmente. Le invité á que pasara adelante y bajando la voz con precaucion, me dijo:

—Urge que salga vd. de aquí en el acto. En este momento un capitán que manda el piquete de la fuerza federal ha recibido órden del gefe de hacienda para aprehenderlo. Parece que es una combinacion con

el general Corona que ya está en Guadalajara y el cual ha teleografiado. Yo le ruego á vd. que me siga y por la calle le daré las demas esplicaciones.

—Pero

—Pronto, pronto: me parece que se oye ya la marcha de la patrulla.

Bajamos rápidamente la escalera y echamos á andar por la parte opuesta á la que traía la fuerza federal. En efecto, descansaron las armas en la banqueta y el oficial penetró al Hotel seguido de cuatro hombres.

¡Maldicion! el pájaro habia volado.

El oficial que me conducía á mí era el teniente coronel de la guardia nacional, hoy coronel, Don Luis Garcia, el cual tuvo la galanteria de llevarme á su propia casa en donde me presentó con una de las mas amables y de las mas simpáticas familias que yo he conocido en mis peregrinaciones.

En mi segunda conferencia con el general Garcia de la Cadena quedaron convenidos todos los puntos y nos separamos como dos buenos amigos, quedando en que de allí en adelante iba á estar con nosotros en perfecta combinacion. Pensaba organizar en quince dias unos tres mil hombres: por de pronto no contaba mas que con un cuerpo de guardia nacional de 500 plazas, pero habia allí bastantes cañones, bastantes armas de todos calibres y bastante parque metálico para soportar una prolongada campaña.

Mientras que yo arreglaba aquellas cosas, nuevos incidentes habian surgido en San Luis Potosí: á la vez

que Escobedo reunía fuerzas considerables en el Bajío, el temible general Rocha con lo florido de la 3.^a División que hacía la campaña en Tamaulipas y otras fuerzas del Norte, había pasado del Saltillo y tomado la sierra para caer de sorpresa sobre San Luis Potosí: con él venían Corella, Alcántara, Mariscal, Montesinos y otros muchos gefes de reconocida importancia.

Los pronunciados determinaron dividir sus fuerzas: mientras Pedro Martínez salía con dos mil hombres á encontrar á Rocha, Aguirre se sostendría en la plaza con unos mil quinientos reclutas. A la vez Granados había caído en cama atacado de un tifo que se cebaba con furor en aquella hercúlea naturaleza, llegando un momento en que los médicos desesperaban de la curación.

Las noticias aportadas por mí de Zacatecas dieron el mas grande aliento á todos los ánimos y desde aquel momento todo el mundo creyó en el éxito de nuestra empresa. Con tal de que obtuviéramos un triunfo cualquiera, nos bastaría para levantarnos muy alto y presentar mas elementos que los que pudiera reunir sobre nosotros el gobierno, quien no podía desguarnecer muchas plazas temeroso de que se le pronunciaran las poblaciones. El mismo gobierno de Juarez tuvo el buen sentido de conocer que su vida era artificial y que vendría á tierra al punto que le faltara el apoyo compacto de sus veinte mil bayonetas.

No tardó el general Garcia de la Cadena en cumplir su palabra haciendo que la legislatura misma y las autoridades constituidas suscribieran oficialmente

el acta de pronunciamiento lo cual imprimió un carácter muy serio á la revolucion. Despues publicó tambien nuestro plan con las modificaciones acordadas.

Entre tanto las fuerzas del centro que marchaban sobre nosotros se habían contenido, fuera porque esperaran refuerzos ó porque les pareciera aventurado atacarnos en una plaza fortificada estando fuera el general Martínez con las disciplinadas tropas federales en actitud de volver sobre ellas con una fácil maniobra. Pero no sucedía lo mismo con las que mandaba Rocha procedentes del Norte que siempre seguían avanzando.

Un día muy temprano, y esto cuando menos lo esperábamos los que estábamos encargados de la defensa de la plaza, empezamos á observar cierto movimiento inusitado en los arrabales de la ciudad. Algunos de los mas espantadizos empezaron á correr por las calles dando la voz de alarma.

Yo me encontraba á la cabecera del lecho de Granados cuando el general Huerta que vivía en el mismo hotel se presentó diciéndonos:

—Pedro Martínez ha sido derrotado: Aguirre se dispone á evacuar la ciudad. ¡Vámonos!

Y sin querernos dar mas esplicaciones salió á mandar ensillar sus caballos.

Granados, no obstante estar postrado por la fiebre, se incorporó y empezó á vestirse. Con grandes esfuerzos logré contenerlo y le ofrecí ir yo mismo á calmar aquella excitacion que podía sernos perjudicial.

Me encontré al general Aguirre en la puerta de su casa rodeado de su Estado Mayor y con los caballos en-

sillados. Se estaban ya cargando el dinero y los equipages en mulas aparejadas.

—¿Pero que significa esto, general? le pregunté con tono áspero.

Entonces me refirió que el gefe de un cuerpo, que dos pagadores, un aposentador y varios otros dispersos, habian llegado dando la indudable noticia de la derrota del general Martinez: que en consecuencia habia decidido evacuar la plaza y tomar el camino de Zacateces....

No lo dejé concluir desarrollando su plan de retirada y le argüí que no debia fiarse del testimonio de aquellos oficiales, á los cuales por principio de cuentas debia haber arrestado, pues demasiado sabia como militar viejo que en todos los combates siempre hay algunos pusilánimes que corren á dar malas nuevas cualquiera que sea el resultado. Le supliqué en seguida que esperara á ver confirmada la noticia por personas mas dignas de crédito, pues si la derrota era cierta no tardarian en llegar Martinez, Larrañaga ó algun otro gefe de importancia que nos diera detalles. Los informes recibidos eran tanto mas sospechosos cuanto que habian transcurrido tres horas desde su llegada y no se habian presentado mas dispersos.

Acababa de conseguir una espera de dos horas para hacer aquella retirada que iba á concluir con nuestros pequeños elementos de guerra, cuando recibimos un correo extraordinario procedente de nuestro campamento.

El general Martinez rendia un parte muy lacónico

de la batalla librada en los cerros de S. José. Rocha habia sido atacado en sus posiciones aquella madrugada y despues de cinco horas de combate fué derrotado completamente, perdiendo el kepí en la retirada, su equipage, sus elementos de guerra y muchos muertos y prisioneros: entre estos últimos estaba todo su Estado Mayor.

Brillaron los ojos de Aguirre de una manera singular, mandó que se tocaran dianas, que se dieran repiques y que se publicara solemnemente la excelente noticia. Esto es, entró la moral de nuevo en la guarnicion de S. Luis Potosí. El mismo Granados se sintió en aquel dia mas desembarazado de la fiebre y los médicos aseguraron que saliendo bien de aquel periodo de crisis que era el último, estaria salvado.

La victoria que alcanzó el general D. Pedro Martinez en las inaccesibles montañas de S. José, fué una accion de guerra de las mas notables que ha habido en México.

El general Rocha estaba á la cabeza de unos dos ó tres mil hombres de bien disciplinadas tropas y tenia á sus órdenes gefes muy valientes y distinguidos: ignorando la fuerza conque iba á atacarle Martinez, se hizo fuerte en S. José ocupando las eminencias y dejando al enemigo las subidas escarpadas y casi inaccesibles. Era muy difícil flanquear la posición é imposible atacarle de frente; pero Martinez hizo marchar toda la noche al grueso de sus tropas para ir á atacarlo por la retaguardia. Dejando las fogatas de su campamento, la artilleria pesada y algunos piquetes que pudieran embarazar su movimiento, con instrucciones

de que no dejaran de hacer fuego sobre el enemigo. volteó la posición y al amanecer se presentó atacando, como he dicho, por la retaguardia. Ni Rocha ni sus gefes de cuerpo, eran hombres para asustarse por tan poco y quedó empeñado el combate en las cumbres de la montaña. En el primer encuentro un batallón de Martínez compuesto de reclutas que acababa de organizarse en S. Luis corrió con su gefe á la caqueza, que no se detuvo sino hasta la ciudad; pero el resto de sus tropas se batió admirablemente logrando dominar al terrible enemigo. Mandaban trozos de caballería muy respetables de nuestra parte Narvaez y Andres Martínez: estos pudieron envolver á los fugitivos y hacer prisioneros al mismo Rocha lo mismo que á los demás gefes, pero como eran todos amigos de Pedro Martínez, no queriendo este causarles aquella humillación, previno que se reconcentrara al campo la caballería y que no se diera ningun alcance.

Se envainaron todos los sables absteniéndose los vencedores del placer que causa correr detras de los grupos de un enemigo que huye, sin volver la cara y completamente desmoralizado.

Inútil es decir que el general Pedro Martínez y sus tropas victoriosas fueron recibidos en S. Luis entre arcos de flores y con la fiebre del entusiasmo.

CAPITULO XXXVII.

ORDEN MILITAR.

En aquellas circunstancias acertó á pasar el general Treviño de regreso para Nuevo Leon. Se alojó en la casa de Aguirre y fué festejado por todos nosotros de un modo delirante. Paseos á caballo, comidas, funciones teatrales, serenatas, bailes, dias de campo, nada escaseamos para complacer á aquel hombre que respetábamos como nuestro caudillo en la próxima batalla importante que se librara en las goteras de la capital.

Aunque pensaba manifestarse reservado, ó á mi me lo pareció por su continente que es de suyo ura-
 fío, estaba entre sus hermanos de armas, entre todos los que acababan de hacer juntamente con él la campaña contra el imperio, rodeado de sus amigos mas íntimos y fué necesario que se permitiera ciertas es-

de que no dejaran de hacer fuego sobre el enemigo. volteó la posición y al amanecer se presentó atacando, como he dicho, por la retaguardia. Ni Rocha ni sus gefes de cuerpo, eran hombres para asustarse por tan poco y quedó empeñado el combate en las cumbres de la montaña. En el primer encuentro un batallón de Martínez compuesto de reclutas que acababa de organizarse en S. Luis corrió con su gefe á la caqueza, que no se detuvo sino hasta la ciudad; pero el resto de sus tropas se batió admirablemente logrando dominar al terrible enemigo. Mandaban trozos de caballería muy respetables de nuestra parte Narvaez y Andres Martínez: estos pudieron envolver á los fugitivos y hacer prisioneros al mismo Rocha lo mismo que á los demás gefes, pero como eran todos amigos de Pedro Martínez, no queriendo este causarles aquella humillación, previno que se reconcentrara al campo la caballería y que no se diera ningun alcance.

Se envainaron todos los sables absteniéndose los vencedores del placer que causa correr detras de los grupos de un enemigo que huye, sin volver la cara y completamente desmoralizado.

Inútil es decir que el general Pedro Martínez y sus tropas victoriosas fueron recibidos en S. Luis entre arcos de flores y con la fiebre del entusiasmo.

CAPITULO XXXVII.

ORDEN MILITAR.

En aquellas circunstancias acertó á pasar el general Treviño de regreso para Nuevo Leon. Se alojó en la casa de Aguirre y fué festejado por todos nosotros de un modo delirante. Paseos á caballo, comidas, funciones teatrales, serenatas, bailes, dias de campo, nada escaseamos para complacer á aquel hombre que respetábamos como nuestro caudillo en la próxima batalla importante que se librara en las goteras de la capital.

Aunque pensaba manifestarse reservado, ó á mi me lo pareció por su continente que es de suyo ura-
 fío, estaba entre sus hermanos de armas, entre todos los que acababan de hacer juntamente con él la campaña contra el imperio, rodeado de sus amigos mas íntimos y fué necesario que se permitiera ciertas es-

pansiones. Su corazón estaba con nosotros, aunque el deber lo llamara á velar por las seguridades del Estado que gobernaba: en todo caso jamás volvería sus armas contra nosotros. Esto era lo seguro: lo probable lo hacía consistir en adherirse á nuestra santa causa que era la de la emancipación del pueblo mexicano de la tiranía de un gobierno que no se ocupaba más que en esquilmarlo.

Treviño se separó de nosotros y lo acompañamos un buen trecho, volviendo á repetirse al despedirnos las protestas de amistad. No dudábamos, después de estas escenas, que su Estado estaría con nosotros luego que tomara algo más de incremento la naciente revolución.

El general Rocha entre tanto había reunido sus dispersos y llegó á formar con los piquetes que se le incorporaron unos mil hombres de infantería y caballería, con los cuales tenía que pasar á unas diez leguas de la ciudad de S. Luis Potosí: fué necesario entonces salir á perseguirlo. Se organizó la marcha y salimos con las mejores tropas de aquella plaza, quedándose Aguirre para defenderla y seguirnos proveyendo de recursos, con unos ochocientos ó mil hombres y algunas piezas de artillería.

Al principio ni Granados ni yo teníamos un carácter determinado en aquella situación que nosotros mismos habíamos ido formando con mucha paciencia, con un tesón inquebrantable y con gran suma de sacrificios; pero ya al abrirse la campaña en forma era preciso fijar este punto. Habíamos visto antes con

disimulo, se puede decir que hasta con encubierta indiferencia, que se tratara de eliminarnos, por el temor de que nuestra presencia caracterizada allí agravara la situación á los ojos del gobierno general. Contra nosotros pesaba un anatema que no pesaba sobre los demás: éramos revolucionarios reincidentes y como se buscaba una transacción, se nos ponía algo lejos para que no fuéramos una dificultad.

—Me fastidia esto, decía Granados, no me gusta estar representando un papel tan secundario.

—Calma, le contestaba yo, vamos cuidando un poco de que no vayan á falsearse nuestros trabajos, y si aquí no tenemos lugar, iremos á escoger el que nos cuadre en cualquiera Estado de la República.

—Es que ni Toledo, ni V. ni yo aparecemos en primera fila.

—Que importa eso? El teatro es amplio y podremos colocarnos después donde nos parezca. Es necesario dar ejemplo de abnegación, pues solo así triunfan las nobles causas.

Estaba yo entonces tan cargado de ilusiones, que haciendo abstracción de personalidades, me preocupaba solo el nombre de la libertad. Lo que quería era que el costoso triunfo obtenido por la República al luchar con el exótico imperio, diera verdaderos frutos de franca democracia. ¡No se había derramado tanta sangre para que á vuelta de hoja tuviéramos una atroz dictadura disfrazada con atavíos republicanos! ¡Y que atavíos! Todos sucios, y rotos, y repugnantes.

Sin que nosotros, pues, pidiéramos nada, se nos llamó y se nos designó nuestro puesto. Granados fué ascendido á general y nombrado gefe de una brigada del ejército que iba á ponerse en campaña. Yo asumí el carácter de gefe del Estado Mayor de Martínez y secretario del Cuartel General.

Nuestra salida de S. Luis Potosí fué violenta, porque era preciso cortar la retirada á Rocha y destruir aquellos elementos que iban á reforzar los que Escobedo estaba acumulando en los Estados de Querétaro y Guanajuato, para atacarnos.

García de la Cadena habia salido ya de Zacatecas con mas de dos mil hombres y un buen tren de guerra. En S. Miguel de Allende debia incorporársenos para presentar batalla al grueso del enemigo que estábamos seguros de vencer, para presentarnos en seguida delante de la capital. Podíamos reunir de pronto unos seis mil hombres con sesenta piezas, pero con los elementos que recogiéramos en las plazas de Guanajuato y Querétaro podíamos atacar á México con quince ó veinte mil hombres. Estas no eran ilusiones: teníamos plena seguridad en que así sucedería segun nos lo explicaban los hilos que teníamos en la mano.

El general Escobedo se aproximó hasta S. Felipe para proteger el paso de Rocha, pero tuvo que contramarchar de allí á S. Miguel luego que observó el movimiento simultáneo de las fuerzas de S. Luis y Zacatecas.

Entonces el general Pedro Martínez se puso á la cabeza de nuestra caballería que podía componer-

se de unos mil hombres para hacer mas fácil la persecucion de Rocha y me dejó á mi con el mando de la infantería.

Escobedo seguía su movimiento retrógrado y en todas las poblaciones que tocábamos se nos informaba que su tropa iba desmoralizada y que tanto los oficiales como los soldados no esperaban mas que una oportunidad para pasarse. En el primer encuentro que tuviéramos, mas de la mitad de aquella gente forzada levantaria en alto las culatas de los fusiles y gritaria ¡viva la revolucion!

Estas noticias llenaban de entusiasmo á los nuestros que con instancias pedían ser llevados al combate.

Un francés apellidado Texier dueño en sociedad con el coronel Cesareo Garza del rancho de Cinco Palos en la Huasteca, se presentó al campamento de Martínez para indicarle el nuevo camino que seguía Rocha esquivando el encuentro con las tropas que lo perseguían. Texier, segun decia, habia dejado sus negocios para incorporarse con nosotros, pero por una fatal equivocacion fué á dar al campo de Rocha á quien tuvo que ofrecerle sus servicios temeroso de que adivinara su intento. El gefe enemigo lo empleó como guia en virtud de ser muy conocedor del camino y luego que pudo se le escapó dejándole la luna en prendas. Dió todos los detalles que se necesitaban de aquella fuerza y dijo cuales eran los proyectos de ataque contra nosotros, poniéndose en combinacion todas las tropas del gobierno que nos rodeaban

habiendo empleado para sorprender estos importantes secretos toda su astucia.

A los tres días volvió el general Martínez sin haber tenido éxito las operaciones sobre Rocha, quien sufrió solo las naturales pérdidas de una marcha precipitada. Algunas mulas rezagadas, algunos equipajes secuestrados, algunos prisioneros y muchos dispersos, redujeron los elementos que llevaba Rocha á menos de la mitad, pero forzando marchas y haciendo zigs-zags sin descansar de día ni de noche, pudo escapar de la persecución encarnizada que se le hacía, logrando ponerse fuera de nuestro alcance.

En el mismo día quedaron incorporadas también las fuerzas zacatecanas, cuyo número, según he dicho antes, pasaba de dos y se acercaba á tres mil hombres. Nuestro Ejército podía ser de unos cinco mil hombres y sesenta piezas de artillería contando con dos cuerpos de caballería de carga que no los tenía iguales el gobierno en todo el ejército: "Carabineros de México" y "Rifleros de Zaragoza." El primero mandado por el coronel Manuel Orellana Noguera y el segundo por el coronel Francisco Martínez, ambos gefes valientes, serenos, populares entre las tropas, y sobre todo, dignos. Eran los dos cuerpos que de antemano sabíamos habían de darnos la victoria en el primer encuentro que tuviéramos con el enemigo.

Escobedo contaba con unos siete mil hombres repartidos en la extensa línea que ocupaba desde Querétaro hasta Guanajuato y esperaba un refuerzo de tres á cuatro mil que se le había mandado de las

plazas de México y Puebla. Necesitábamos, pues, aprovechar rápidamente el tiempo, si queríamos aprovechar también la ventaja pasajera que teníamos sobre el enemigo que era la de la moral más levantada después del reciente triunfo de San José.

Con ese objeto tuvimos aquella misma tarde una conferencia. Comprendimos que teníamos que acordar dos puntos importantísimos: primero, la organización de nuestro ejército que debía ser mandado por una sola persona; segundo las operaciones militares que debían desplegarse. De allí debía depender el éxito futuro de la revolución, y resolvimos allanar cuanto antes esas dos primeras dificultades.

El general García de la Cadena manifestó en nuestra pequeña junta que no abrigaba la pretensión de poseer grandes conocimientos militares, á cuya carrera había entrado varias veces llamado por el deber de ciudadano y no porque la hubiera tomado como profesión. Confesaba que cualquiera de los gefes presentes tendría más aptitud para mandar aquella columna, para darle conveniente disciplina y manejarla en el combate; pero que su posición de gobernador constitucional de un Estado que le había investido de plenos poderes para hacer triunfar la revolución, le ponía en cierta altura de la que no creía conveniente descender. No era soldado más que de circunstancias, no tenía pretensiones de poder dirigir una batalla, no poseía la ciencia de la guerra sino más bien la de la guerrilla, pero ¿le era posible por su representación política aceptar un papel secundario en aquella revo-

lucion mientras no se presentaba otro gefe con mejores títulos?

Por fortuna el único que podia allí disputar el mando era el general Pedro Martinez que acababa de derrotar á Rocha, que ántes habia brillado con muchísima honra en la guerra extranjera y que actualmente era dueño de los mejores elementos militares, quien no obstante todas esas ventajas, contestó con una gran modestia y con un gran patriotismo:

—Yo por mi parte tengo el mayor gusto en ponerme á las órdenes del general Garcia de la Cadena. Creo que lo mismo harán los demas gefes que vienen conmigo porque todos son subordinados y comprenden que nunca hay sacrificio cuando se sirve á la patria. Nuestra causa, que es la causa de la libertad, es sagrada y debemos deponer ante ella todas nuestras aspiraciones personales. Desde luego reconozco por mi gefe al general Garcia de la Cadena.

Garcia de la Cadena se conmovió, como era natural, ante aquel gran rasgo de abnegacion y de prudencia y dijo luego con acento lleno de sinceridad:

—Crea el general Martinez que solo por el Estado de Zacatecas que represento acepto este honor que me pone en el compromiso de saber morir como un valiente en el primer combate que tengamos; pero desde ahora hago esta aclaracion que me propongo cumplir lealmente: el nombre de general en gefe de este Ejército yo lo llevaré como un honor, pero en realidad el gefe positivo lo será el general Martinez quien dirigirá las marchas, dará la organizacion mi-

litar que le parezca, dirigirá las operaciones y hará todo lo demas que estime conveniente para el mejor éxito de la revolucion.

Quedó decidido que Garcia de la Cadena llevaria el nombre de general en gefe del Ejército y Martinez con el carácter de Cuartel Maestre dictaria todas las disposiciones militares que se fueran necesitando. Entonces él y yo veniamos á componer el alma de aquel ejército de operaciones que tenia cubierta la retaguardia con las plazas mal guarnecidas de San Luis y Zacatecas. La primera despues de habernos mandado los últimos refuerzos podia tener unos 600 hombres y la segunda contaria con 300; pero muchos gefes amigos nuestros habian salido á los distritos con amplias autorizaciones y estaban organizando fuerzas con suma actividad. Entonces tuve el gusto de conocer y tratar á Ignacio Martinez y Pedro J. Garcia que despues han sido mis íntimos amigos, mis hermanos: ambos entraron con fé á la revolucion y entonces tuve el gusto de conocer los grandes méritos que tienen como patriotas, como soldados, como valientes y como políticos. No solo vi en ellos unos amigos campechanos muy á propósito para endulzar las amarguras del campamento, sino hombres capaces de dar las mas grandes pruebas de abnegacion y hasta de heroismo. Simpatizamos tan luego como nos conocimos y todos tres desde aquella época nos hemos seguido queriendo entrañablemente.

Estos excelentes amigos, jóvenes llenos de admirable vigor, lo mismo que otros gefes ya esperi-

mentados como Joaquin Verástegui, Antonio Jáuregui, Juan Gonzalez y cien mas, desplegaron la mayor actividad levantando fuerzas en los Estados á donde podía estenderse nuestra accion.

Despues de habernos dado una organizacion conveniente en el mismo dia, formando las brigadas y los cuerpos, el órden de las marchas, etc. llegamos al punto capital que era el de las operaciones militares que debiamos emprender sobre el enemigo. Escobedo estaba fortificándose á diez leguas de nosotros, ¿debiamos atacarle ó esquivar la batalla como aconsejaba el general Huerta para ir á levantar á Michoacan y otros Estados que dieran mas fuerza á la revolucion!

En seguida se verá como una sola torpeza puede ser el engendro de mil calamidades.

CAPITULO XXXVIII.

MUERTE DE GRANADOS.

La opinion estuvo bastante dividida entre los generales que discutieron el punto de si era conveniente atacar ó no á Escobedo en sus posiciones. El general Martinez, intrépido y á veces temerario, respondia del éxito aunque se le dejara emprender las operaciones con solo la Division de S. Luis compuesta de tres mil veteranos:

—Yo conozco, decia, la táctica de Escobedo y Rocha y estoy seguro de derrotarlos

—No debemos esponer á los azares de un solo combate todo el éxito de la revolucion, contestaba el general Huerta, yo estoy seguro de poder levantar todo el Estado de Michoacan en masa tan luego como lo libremos de la opresion militar en que se encuentra. Si me dan Vds. mil hombres yo les respondo de volverles cinco mil al cabo de dos meses.

mentados como Joaquin Verástegui, Antonio Jáuregui, Juan Gonzalez y cien mas, desplegaban la mayor actividad levantando fuerzas en los Estados á donde podía estenderse nuestra accion.

Despues de habernos dado una organizacion conveniente en el mismo dia, formando las brigadas y los cuerpos, el órden de las marchas, etc. llegamos al punto capital que era el de las operaciones militares que debiamos emprender sobre el enemigo. Escobedo estaba fortificándose á diez leguas de nosotros, ¿debiamos atacarle ó esquivar la batalla como aconsejaba el general Huerta para ir á levantar á Michoacan y otros Estados que dieran mas fuerza á la revolucion!

En seguida se verá como una sola torpeza puede ser el engendro de mil calamidades.

CAPITULO XXXVIII.

MUERTE DE GRANADOS.

La opinion estuvo bastante dividida entre los generales que discutieron el punto de si era conveniente atacar ó no á Escobedo en sus posiciones. El general Martinez, intrépido y á veces temerario, respondia del éxito aunque se le dejara emprender las operaciones con solo la Division de S. Luis compuesta de tres mil veteranos:

—Yo conozco, decia, la táctica de Escobedo y Rocha y estoy seguro de derrotarlos

—No debemos esponer á los azares de un solo combate todo el éxito de la revolucion, contestaba el general Huerta, yo estoy seguro de poder levantar todo el Estado de Michoacan en masa tan luego como lo libremos de la opresion militar en que se encuentra. Si me dan Vds. mil hombres yo les respondo de volverles cinco mil al cabo de dos meses.

García de la Cadena se manifestaba indeciso entre ambos pareceres. Sabía que el gobierno estaba desmoralizado después de la sangrienta jornada de S. José y que esa desmoralización había cundido á los gefes del ejército, los cuales iban á batirse sin ninguna fé y solo por compromiso; le constaba que al presentarnos delante de Escobedo alguna de su gente había de pasársenos porque más simpatizaba con la revolución que con el gobierno y tenía confianza en la pericia militar del general Martínez; pero le hacían mucha fuerza los argumentos del general Huerta: ¿y si íbamos por uno de tantos azares de la guerra á sufrir una derrota? El medio propuesto por el general Huerta á pesar de ser el más lento, ¿no era el más seguro? ¿Acaso había duda alguna respecto de que presentándonos en Guanajuato, en Jalisco, en Michoacán, vinieran á reunírsenos miles de hombres que solo esperaban esta oportunidad? ¿Que necesidad apremiante había para arriesgar todo el porvenir de la causa del pueblo á un solo combate librado sin contar siquiera con la ventaja del número? ¿No sabíamos por las relaciones de nuestros inteligentes exploradores que Escobedo tenía ya siete ú ocho mil hombres y que si no nos atacaba era por la poca confianza que tenía en sus tropas?

El voto de García de la Cadena vino á resolver aquel punto tan cuestionado y tan difícil. El general Martínez pudo haberse opuesto porque en la misma orden general del día se hizo saber á la armada que este era quien tenía á su cargo todas las operaciones

militares; pero siempre ha sido abnegado y prudente, y se conformó con decirme á mi solo y casi al oído:

—¡Que lástima! Yo hubiera respondido con mi vida del éxito de este combate.

—¿Y no cree V. general, que esto sea de funestas consecuencias en el porvenir?

Como él tenía gran fé en nuestra causa me contestó:

—Siempre triunfaremos, pero después de haber perdido una muy buena oportunidad de llegar pronto á México.

—¿No se perderán las plazas de S. Luis y Zacatecas luego que dejemos estos rumbos?

—Yo creo que Aguirre se defenderá; pero si se pierden esas, ganaremos otras.

—Lo juzgo difícil, general, y creo conveniente que V. se oponga á las decisiones que se han tomado.

—V. acaba de decirlo: ya son decisiones que se han tomado.

—Pero no se han llevado á efecto. Aun se puede argüir con el grave mal que va á resultarnos de perder nuestros dos Estados, en donde dejamos tantos amigos sacrificados por nosotros.

—Yo no he de ser quien oponga dificultades á esos Señores, me contestó inclinando la cabeza, V. tiene mucha razón y yo también la he tenido respondiendo de la victoria: si insistiera creerían que yo era un ambicioso ó un díscolo. . . no, no quiero que se imponga nunca mi opinión cuando encuentra resistencias. Después de espresadas estas tendría menos

aplomo á la hora del combate. Ahora no hay mas remedio que marchar.

¡Y marchamos!

Se dispuso que Toledo y Huerta con parte de las fuerzas de S. Luis y Zacatecas, se movieran sobre Leon haciendo un llamamiento al ejército enemigo, mientras nosotros caíamos de súbito sobre la plaza de Guadalajara para hacernos inmediatamente de una zona que comprendia los Estados de Occidente y algunos del Sur que unidos á los del Norte que ya teniamos nos hacian dueños de media República. La fuerza con que se iba á ocupar la ciudad de Leon constaba de unos mil hombres. Nosotros con cinco ó seis mil y un pesado tren de carros y artilleria nos fuimos para Lagos que era el punto de reunion de todas nuestras fuerzas: alli deberian incorporársenos Huerta y Toledo, lo mismo que algunos mas refuerzos de Zacatecas y S. Luis. Se tenian á la vez esperanzas de que nuestro movimiento determinara algo que nos habia de ser favorable en Guanajuato y Querétaro.

El enemigo, ducho como lo era en esta clase de estrategias, no cayó en el lazo que quiso tendérsele, y lejos de perseguir á los mil hombres destacados sobre Leon, les dejó seguir su marcha tranquilamente y lo que hizo fué desprender á Rocha con cinco mil hombres sobre el grueso de nuestro ejército, mientras Escobedo con cerca de dos mil se dirigia sobre la plaza de S. Luis que estaba guarnecida con seis ú ochocientos reclutas y unas doce piezas bien dotadas y bien establecidas en los fortines. Esto no nos

inquietó porque estábamos ciertos de que la plaza de S. Luis tenia elementos para sostenerse durante seis meses.

En estos momentos se nos presentó otra brillante oportunidad militar de que desgraciadamente no supimos sacar provecho. Pudimos volvernos sobre Rocha y atacarlo en el fondo de una barranca cerca de Ojuelos en donde varias de sus piezas pesadas estaban detenidas por las dificultades del paso. Hubiera tenido que combatir sin artilleria en una posicion desventajosa en la que sin mucho esfuerzo debimos haberlo destrozado. Lejos de eso, de perseguidores tomamos el pobre papel de perseguidos, haciendo marchas verdaderamente de escapatoria, lo cual contribuyó á que empezara á decaer la moral de nuestro ejército y el enemigo á recobrar los bríos que le faltaban. Pudimos tambien artillar alguno de los desfiladeros que atravesamos antes de llegar á Lagos y destacar la caballeria en combinacion con las fuerzas de Toledo y las de Aguirre para derrotar con seguridad á las fuerzas que marchaban sobre la plaza de San Luis, pero prevalecieron las opiniones del general Huerta que fatalmente estaba empeñado en acercarse con tropas á Michoacan para hacer la revolucion por su cuenta en un terreno con el que se encontraba tan familiarizado.

En nuestras conversaciones confidenciales le decia yo á D. Pedro Martínez:

---Estamos repitiendo las calaveradas de Uruga: con doce mil hombres se dirigió sobre Guadalajara, plaza que defendia Wol con mil, mientras Miramon con

ocho mil iba pisándole los talones. ¿No le hubiera sido mas fácil y provechoso librarle una batalla campal escogiendo el terreno del combate?

—¿Y si ha tomado la plaza de Guadalajara?

—Nunca, le conté, nunca podrá tomarse esa plaza por medio de un ataque brusco, aunque se encuentre mal defendida; nunca tampoco debe gastarse el brio ni la sangre de los soldados contra las fortificaciones cuando hay á la espalda un ejército que los espera á pecho descubierto. Hay mas probabilidades de vencer á este que á los muros de una ciudad fortificada y que sabe que antes de veinticuatro horas recibirá poderosos auxilios.

Y no encontrando otra razon que darme en apoyo de una medida que ya, aunque con repugnancia, la estimaba como suya, me contestaba:

—Guadarrama se ha pronunciado en el Sur de Jalisco y tenemos seguridad de que el 10^o de la federacion tambien se pronunciará en la plaza tan luego como nos aproximemos.

Mientras nos íbamos aproximando recibimos la noticia de un inesperado fracaso. Aguirre habia evacuado la plaza de S. Luis y alcanzado, como era natural, habia sido destrozado por la caballeria de Escobedo, perdiendo en diez minutos sus excelentes elementos de guerra en el punto llamado el Puerto de la Cal.

Seguimos acercándonos al abismo hasta tocar el fatal puente de Tlolotlan que estaba fortificado en el otro extremo y defendido, segun se nos informó, con 400 hombres por el general D. Sabas Lomeli.

Era casi al oscurecer y desde luego el general Martinez se proporcionó guias para que nos llevaran por cualquier vado al otro lado del rio.

—Que vado, ni que vado! exclamó Jorge Granados, yo me encargo de atacar de frente esa posicion.

—No, dijo Martinez tendiendo la vista á lo largo del puente, seria una temeridad.

La luz del crepúsculo de la tarde daba un aspecto siniestro á la posicion y asomar solo la cabeza era peligroso porque los soldados favorecidos por las alas paralelas del puente hacian una punteria irreprochable. Muy pocos de los que cometieron la imprudencia de asomarse por la boca del puente dejaron de salir heridos. Además de la gran trinchera formada de tierra y sostenida por un respaldar de peñascos, en todo lo largo del puente habia esparcidas grandes piedras y ramas espinosas que hacian embarazoso el tránsito á pié y mas el de á caballo.

Granados insistió diciendo:

—Al cerrar la noche ataco la posicion y respondo de que al aparecer el alba podrán pasar por aqui nuestras fuerzas.

Todos estuvimos procurando quitar tal idea de la cabeza á Granados; pero como esperaba con ansia una oportunidad como esta para lucirse delante de los gefes y oficiales que no conocian su raro valor, y como en realidad le parecia aquella fortificacion un juguete, se aferró mas, tomándolo á capricho, y él mismo escogió hasta cien hombres entre las fuerzas de Zacatecas.

Entonces nos dijo:

—Generalmente se tiene mala idea de la infantería zacatecana: voy á probar á Vds. que estos soldados cuando son conducidos por buenos gefes se baten tan bien como los de S. Luis y Guadalajara.

En la entrada del puente y bajo una lluvia de balas que nos dirigieron desde el otro extremo, descubiertos por un cohete de luz que no advertimos, tuvimos una breve escena que recuerdo tan vivamente como si hubiera pasado ayer.

—Jorge, hermano mio, le dije, es una locura lo que vas á hacer.

—Estoy seguro de que no llego á la mitad del puente sin que el enemigo abandone los parapetos.

—Que ha de abandonar! ¿No ves que no pierde ni un solo cartucho con solo esilar sus tiros en esta direccion?

—La noche es muy oscura... favorece mis planes.

—No ves que todo el puente está sembrado de obstáculos?

—Para eso llevo gente que solo se ocupe de despejar el paso.

—Jorge, por Dios te lo pido, no vayas.

—Es imposible ahora retroceder: ya dije delante de todos que tomaba la posición: ó lo cumplo ó muero.

Incliné la cabeza ante esa resolución y me hice á un lado. Granados arengó á su grupo de tropa, y poniéndose á la cabeza se precipitó en aquel negro abismo alumbrado solo por los fogonazos de la fusilería.

Granados montaba un caballo negro como la noche, al cual ví pasar á los cinco minutos sin su ginete en carrera desahogada. El fuego seguía muy nutrido á todo lo largo del puente, que tiene según cálculo más de doscientos metros. El enemigo que ocupaba los parapetos aprovechaba casi todos sus tiros sobre nuestro pelotón que marchaba á pecho descubierta. Los nuestros no podían hacer ningún daño con sus fusiles en las trincheras: un poco nada más les ayudaban dos pequeños obuses que de nuestro campo estaban dirigiendo al enemigo algunas granadas.

Cuando ví pasar desahogado el caballo de Granados me dió un vuelco terrible el corazón y el más negro presentimiento pasó por el fondo de mi alma... sin embargo, el combate seguía encarnizado y ya se oía en el otro extremo del puente. Me situé en el centro de la entrada para ver mejor y observé que los fuegos de los parapetos se inclinaban como para ofender á un enemigo que estaba abajo queriendo escalar el muro.

¡Y Granados que tenía seguridad de que iban á huir! murmuré yo en mi interior, desesperado.

De repente el combate se hizo muy tibio y los fogonazos nuestros casi desaparecieron. Las balas empezaron á silvar de nuevo por encima de mi cabeza.

Era claro que la posición no había sido tomada y que nuestras fuerzas habían perecido ó se retiraban.

No tardaron en empezar á aparecer nuestros dispersos en la boca del puente.

—Y Granados? les preguntaba, ¿en donde está el general?

O no respondían ó si contestaban era con palabras ambiguas que no me dejaban satisfecho.

—Está herido, está muerto el general Granados? volvi á preguntarles.

Uno solo hubo que me dijera:

—Está herido.

Entonces el general Martínez mandó á seis soldados de confianza que debían irse arrastrando con precaución hasta que lo encontraran.

Pasó una media hora de horrible incertidumbre.

Por fin aparecieron los seis hombres con el cuerpo de Granados en los brazos. Lo recibí en los míos en donde exhaló el último aliento pudiendo apénas estrechar mi mano entre las suyas....

Estaba acribillado de heridas desde la frente hasta los piés y entre ellas cinco eran mortales. ¡Y todavía le sobraron alientos para estrechar mi mano como su postrer despedida....

CAPITULO XXXIX.

DERROTARSE SOLOS.

La noche fué muy triste. Toledo y yo, lo mismo que otros muchos militares que amaban apasionadamente á Granados, estuvimos llorando sobre su cadáver. A la mañana siguiente, Manuel Orellana vengó su muerte con la de algunos soldados y oficiales del enemigo á quienes desalojó de sus posiciones, dándoles un alcance terrible con su brillante cuerpo "Carabineros de México."

Lomelí llegó con unos cuantos de los suyos á Guadalupe.

Nosotros, es decir, todo el resto de los que componíamos aquel ejército, formamos un acompañamiento fúnebre al cuerpo de Granados, hasta llegar á S. Pedro en donde con permiso del cura, todo un buen sujeto y amigo campechano, lo depositamos forman-

—Y Granados? les preguntaba, ¿en donde está el general?

O no respondían ó si contestaban era con palabras ambiguas que no me dejaban satisfecho.

—Está herido, está muerto el general Granados? volví á preguntarles.

Uno solo hubo que me dijera:

—Está herido.

Entonces el general Martínez mandó á seis soldados de confianza que debían irse arrastrando con precaución hasta que lo encontraran.

Pasó una media hora de horrible incertidumbre.

Por fin aparecieron los seis hombres con el cuerpo de Granados en los brazos. Lo recibí en los míos en donde exhaló el último aliento pudiendo apénas estrechar mi mano entre las suyas....

Estaba acribillado de heridas desde la frente hasta los piés y entre ellas cinco eran mortales. ¡Y todavía le sobraron alientos para estrechar mi mano como su postrer despedida....

CAPITULO XXXIX.

DERROTARSE SOLOS.

La noche fué muy triste. Toledo y yo, lo mismo que otros muchos militares que amaban apasionadamente á Granados, estuvimos llorando sobre su cadáver. A la mañana siguiente, Manuel Orellana vengó su muerte con la de algunos soldados y oficiales del enemigo á quienes desalojó de sus posiciones, dándoles un alcance terrible con su brillante cuerpo "Carabineros de México."

Lomelí llegó con unos cuantos de los suyos á Guadalupe.

Nosotros, es decir, todo el resto de los que componíamos aquel ejército, formamos un acompañamiento fúnebre al cuerpo de Granados, hasta llegar á S. Pedro en donde con permiso del cura, todo un buen sujeto y amigo campechano, lo depositamos forman-

do su fosa á un lado de la entrada principal de la parroquia.

Allí yace todavía aquel héroe, en una tumba humilde, cuya quietud no es jamás turbada mas que por las fervorosas plegarias de los fieles que se reúnen en aquel antiguo templo. ¿Qué mejor monumento para Granados que los frondosos árboles del cementerio, que las elevadas torres de la parroquia, que el recuerdo de sus amigos, y por último, las páginas que debe consagrarle la historia como á uno de los campeones mas aguerridos de la libertad y de los defensores mas enérgicos de la independencia de su patria? Cuando se refieran por los historiadores futuros los combates de S. Pedro, el Espinal, Veranos, Palos Prietos, el Presidio y Tololotlan, el nombre de Jorge Granados, brillará como el de uno de nuestros mas esforzados capitanes.

¡Descanse en paz!

Las fuerzas destacadas sobre Leon, habian ocupado aquella plaza sin ninguna dificultad y habrian podido igualmente apoderarse de Guanajuato, levantar rápidamente á toda la gente de armas del Estado á incorporárenlos con cuatro ó cinco mil hombres, ó mas bien venirse pisando la retaguardia de Rocha, que venia á una sola jornada de nosotros; pero probablemente no hubo acuerdo en los dos jefes caracterizados que mandaban aquella expedicion, el caso fué que dejaron sembradas las mas malas impresiones en los pueblos que recorrieron, no obstante haber si-

do recibidos en todas partes con grandes muestras de regocijo. En Leon se les presentaron mas de mil hombres del pueblo pidiendo armas y tuvieron que despedirlos, temiendo que faltaran aquellas, y mas aún los suficientes recursos para mantenerlos.

La expedicion á Leon, no sólo fué estéril sino desastrosa, pues se perdieron, algo de prestigio, y algo tambien de soldados que encontraron buena oportunidad para desertarse.

Después tuvimos seguridades para convencernos de que nuestro triunfo hubiera estado en marchar sobre la capital con todos nuestros elementos arrollando los que se nos presentaran delante, pues bastó que se supiera que Huerta habia entrado á Leon para que el gobierno dictase disposiciones para llevar los poderes á Veracruz: tanto así llegó á desmoralizarse, proclamando casi su impotencia para sofocar la revolucion.

Aquellos eran tambien los momentos oportunos para que los correligionarios que nos habian empujado haciéndonos confiar en sus grandes ofrecimientos, hicieran algo de su parte. Uno solo de los pronunciamientos con que antes nos brindaban en los Estados de Veracruz, Puebla y Estado de México, habria sido bastante para acabar de desmoralizar al gobierno, que hubiera huido dejándonos el campo..... pero todos nuestros amigos, todos los cómplices de aquella vasta conspiracion nos dejaron abandonados.

El único que acababa de levantarse de acuerdo con los liberales de Jalisco era el general Guadarrama,

gefe del ejército, que estaba resentido con el gobierno como otros muchos porque ni siquiera las gracias se le habian dado por sus servicios. Este era popular en el Sur de Jalisco y fácil le fué reunir en dos ó tres dias cosa de quinientos hombres de caballería armados por su propia cuenta.

El general García de la Cadena, despues que todas nuestras tropas hubieron cruzado el puente de Tololotlan, dejó allí á cuatrocientos ó quinientos hombres al mando de un hermano suyo para defender el paso del puente y los lados del rio, teniendo que detener allí todo el empuje de Rocha que debia presentarse el dia siguiente, mientras nosotros ocupábamos á Guadalajara.

Esto de ocupar á Guadalajara que estaba defendida por mil quinientos hombres y treinta piezas de artillería tras una bien levantada fortificacion, no era cosa tan sencilla, y ántes bien debió considerarse como un delirio para los que no estaban en el secreto de las cosas; pero en realidad íbamos en pos del mas brillante de los éxitos. La mayor parte de los oficiales del 10.º eran de Galeana y parientes del general Martinez, quienes nos mandaron comisionados que estuvimos recibiendo por el camino proponiéndonos una combinacion. Esta consistia en que nos aproximásemos para apoyar el movimiento que deberian hacer en nuestro favor, pero si no se les presentaba oportunidad de pronunciarse con todo el batallon por la vigilancia que ejercieran los jefes, entonces nada seria mas fácil que entregarnos un fortin para que entrá-

sémos á la plaza, puesto que algunos de los comprometidos habia de ser nombrado jefe del punto en alguna trinchera que ofreciera acceso ventajoso.

El 10.º contaba de 800 á 900 plazas, de suerte que contando con él, ya teníamos de nuestra parte á toda la guarnicion de Guadalajara con la cual engrosaríamos nuestras columnas para hacerle frente á Rocha en campo raso con cosa de unos diez mil hombres y cien piezas de artillería. Por eso fué que no obstante la ventaja que tuvimos ántes de escoger posiciones para presentar la batalla con las mejores probabilidades de obtener la victoria, se escogió el que parecía mejor partido que era tomar la plaza de Guadalajara y en seguida con elementos que venian á hacernos poderosos aplastar á Rocha con nuestro número, con nuestros cañones y con nuestra elevada moral. Tras la ocupacion de Guadalajara y la derrota infalible de Rocha, ya no habia que hacer otra cosa mas que emprender un paseo militar hasta México, cuyas puertas encontraríamos abiertas de par en par y cuyas calles se cubrirían de arcos de flores para recibirnos.

Pero no contábamos para nada con la huéspedes y esa huéspedes fué que en la guerra no debe contarse tanto con la casualidad como con la prevision, colocándose siempre en los mas malos resultados de una operacion cualquiera que pueda venir á determinar un fracaso, como sucede la mayor parte de las veces, en que por un suceso el mas insignificante se malogra el mas brillante de los planes. En la guerra es necesario tener todos los hilos posibles de la combi-

nacion, para contar siquiera con probabilidades de buen éxito, pues sabido es que una orden mal comunicada, que el atraso de cinco minutos en una marcha, que la cobardia de un subalterno que no ha hecho el empuje requerido en un ataque falso y cualquiera otra pequeña circunstancia, basta para dar el triunfo al enemigo.

Con nosotros no pasó uno sino varios de estos accidentes. En primer lugar el 10.^o Batallon no llegó á pronunciarse aunque seguian los oficiales en comunicacion con nosotros, cuando habíamos ocupado algunos edificios en los arrabales de la poblacion. En segundo lugar, tampoco pudieron entregarnos un palmo siquiera de la línea fortificada, ó porque tuvieron miedo ó porque fueron encerrados dentro de la Penitenciaría que era el Baluarte principal de los sitiados y en donde deberian hacerse fuertes esperando á Rocha si nosotros llegábamos á apoderarnos de la plaza. Para esa emergencia habia almacenadas allí provisiones de boca y guerra en abundancia, y estaba artillada la fortaleza convenientemente. En tercer lugar, y esto fué lo mas grave, el hermano del general Garcia de la Cadena que defendia los pasos del rio y el puente de Tololotlan, habia sido arrollado por las columnas de Rocha, quien sin pérdida de minutos, volaba que no corria en auxilio de Guadalajara.

Entre tanto nosotros no habíamos emprendido ningun ataque, seguros como estaban nuestros generales de que no era fácil improvisar un asalto, y lo que se hizo para dar tiempo á que obraran nuestros amigos,

fué entablar negociaciones con los enemigos. Bien sabíamos que estos no habian de acceder á nada, supuesto que estaban esperando á Rocha, el cual les habia avisado ya, que venia pisándonos la retaguardia; y como á unos y á otros convenia la tregua, fácil fué establecer una inocente tirada de pláticas, ofreciéndose de nuestra parte toda clase de garantias si se aceptaba la capitulacion y los sitiados amontonando dificultades para el hecho lejano de que se resolvieran á entregarnos la plaza. Sabian unos y otros que solo estaban engañándose esperando que un próximo acontecimiento viniera á desenredar la madeja.

Nosotros fuimos, como era natural, los que llevamos la peor parte, pues una vez derrotadas nuestras fuerzas que guardaban los pasos del rio, ya no podíamos ir á presentar batalla á Rocha poniéndonos entre dos fuegos. Si ántes pudimos combatir y vencer usando de nuestro mayor número en hombres y cañones, en la difícil posicion en que nos habíamos colocado, ya no teníamos mas recurso que huir, y huir pronto, si no queríamos ser allí envueltos con nuestras propias redes. A la media noche comenzamos á movernos para el sur de Jalisco, deteniéndonos á tomar el rancho en el pueblo de San Agustin, distante unas seis ó siete leguas de Guadalajara. Y nos detuvimos allí porque la marcha comenzaba ya á ser desordenada y nuestros gefes superiores temieron que se iniciara la desercion. Hasta aquellos momentos no habíamos tenido ninguna baja y si muchas altas, contando en mas de mil los voluntarios que se nos

habian presentado en Guadalajara; pero los soldados tienen muy buen instinto, huelen desde lejos la derrota y los nuestros comenzaron á mostrar descontento desde que veian que todas nuestras marchas eran en retirada, sin que procuráramos un combate y ya se mostraban mas dispuestos á tirar el fusil que á seguir huyendo.

Después de dos horas de descanso continuamos nuestra marcha para Santa Ana, pues se nos informó por nuestros exploradores que un trozo de caballería al mando del general D. Nepomuceno Cortina, valiente merodeador fronterizo, habia sido destacado de las fuerzas de Rocha sobre nosotros. En adelante íbamos á seguir nuestras marchas en retirada teniendo siempre á la vista el enemigo.

No obstante, en medio del desaliento que se habia apoderado generalmente de los ánimos, una buena noticia vino á reanimar el adormecido entusiasmo de nuestro campamento. Es el caso que llegaron á él unos oficiales llamándose comisionados del general Amado Guadarrama, el cual se ponía á las órdenes del general en jefe de nuestro ejército con una fuerza de mil quinientos hombres, ofreciendo que se nos iría á incorporar en la cuesta de Sayula en donde se podia presentar á Rocha una batalla que fuera decisiva.

Se tocaron dianas solemnizando aquello, pues lo cierto era que ya nos habíamos olvidado de Guadarrama, quien ni siquiera habia llegado á contestar nuestras cartas, en que le excitábamos á presentarse en las inmediaciones de Guadalajara, para que presta-

ra su ayuda en las operaciones que iban á emprenderse sobre esa plaza. Calculamos que Guadarrama queria permanecer de observacion, para tomar el camino que le pareciera conveniente y no volvimos á pensar más en aquel auxilio, que de más á más no reputábamos de importancia, sabiendo que su fuerza se componia de los antiguos *chinacates* de Rojas y Simon Gutierrez.

A la mañana siguiente, continuamos nuestra marcha, y al pasar por Cuevitas, lugar muy á propósito para un combate, por parte de las fuerzas que dan la espalda á los volcanes de Colima, por tener el flanco derecho apoyado en una laguna y el izquierdo en una serrania, punto histórico ya en nuestras contiendas civiles, por haber derrotado allí D. Santos Degollado al español del ejército reaccionario, general Casanova; una vez allí, digo, muchos de nuestros gefes que se habian encontrado en aquel brillante hecho de armas, corrieron á ver á García de la Cadena proponiéndole que se esperara á Rocha. Le hacian ver que allí podria jugar muy bien nuestra artillería por encontrarse todo el terreno despejado, formándose una playa salitrosa de muchas leguas y que estaba tambien inmejorable para una carga dada por nuestro brillante cuerpo de caballería, y de más á más habia tiempo sobrado en el resto del dia y tal vez en todo el siguiente, para improvisar algunos parapetos que ocultaran nuestra línea y principalmente nuestros cañones á la vista del enemigo, en particular aquellos que habian de batirle de flanco.

Nos detuvimos y nuestros generales, seguidos cada cual de su estado mayor se pusieron á reconocer el campo. El aspecto que presentaron en ese momento nuestras tropas fué magnífico, pues todos los cuerpos que iban llegando al lugar del combate, al descansar sobre las armas lanzaban un jhural atronador como el mejor preludio de la victoria. Tal y tan vivo era el deseo de pelear en todos aquellos soldados, que parecia imposible no darles gusto, estuviera ó no estuviera bien escogido aquel terreno. Lo primero no es la posición, lo primero es el espíritu de la tropa.

Sin embargo las cornetas y los ayudantes anunciaron á poco, que continuaba la marcha, la cual se siguió en efecto en medio de un silencio fúnebre.

CAPITULO XL.

LO DE OVEJO.

Todo el entusiasmo que reinaba en nuestras tropas y mas pronunciado aún en nuestros brillantes oficiales, se convirtió desde aquel momento en el más profundo disgusto. Al cruzar por aquellas playas secas y ardientes, que desde lejos parecen lagunas y que al andar sobre ellas se ven compuestas de arenillas relucientes en que se introducian los caballos hasta más arriba de las pesuñas y los soldados de infantería hasta los tobillos, exclamaban todos los nuestros:

—¿Y por qué no se ha escogido esta posición?

—¿Que dicen nuestros generales?

—Dicen que no podemos permanecer aquí por la falta absoluta del agua y porque el sol nos derretiría á todos.

Nos detuvimos y nuestros generales, seguidos cada cual de su estado mayor se pusieron á reconocer el campo. El aspecto que presentaron en ese momento nuestras tropas fué magnífico, pues todos los cuerpos que iban llegando al lugar del combate, al descansar sobre las armas lanzaban un jhural atronador como el mejor preludio de la victoria. Tal y tan vivo era el deseo de pelear en todos aquellos soldados, que parecia imposible no darles gusto, estuviera ó no estuviera bien escogido aquel terreno. Lo primero no es la posición, lo primero es el espíritu de la tropa.

Sin embargo las cornetas y los ayudantes anunciaron á poco, que continuaba la marcha, la cual se siguió en efecto en medio de un silencio fúnebre.

CAPITULO XL.

LO DE OVEJO.

Todo el entusiasmo que reinaba en nuestras tropas y mas pronunciado aún en nuestros brillantes oficiales, se convirtió desde aquel momento en el más profundo disgusto. Al cruzar por aquellas playas secas y ardientes, que desde lejos parecen lagunas y que al andar sobre ellas se ven compuestas de arenillas relucientes en que se introducian los caballos hasta más arriba de las pesuñas y los soldados de infantería hasta los tobillos, exclamaban todos los nuestros:

—¿Y por qué no se ha escogido esta posición?

—¿Que dicen nuestros generales?

—Dicen que no podemos permanecer aquí por la falta absoluta del agua y porque el sol nos derretiría á todos.

—Dicen que la posición sería buena ahora mismo, pero no mañana ni pasado mañana, ni menos dentro de tres ó cuatro días. ¿Qué comería la tropa? ¿qué comerían las mulas y los caballos? Adónde sería necesario llevarlas para que bebieran agua?

—El caso es grave, Rocha viene á una jornada de nosotros.

—A menos: pero al vernos posesionados de estas arenosas playas, se conformaría con mandarnos tiro-tear, seguro de que á los dos ó tres días nos habían derrotado la sed y el hambre.

Parecía que estas razones eran suficientemente poderosas para no presentar la batalla en las llanuras salitrosas que se extienden entre Cuevitas y Zacoalco.

Seguimos en consecuencia nuestra marcha, tomando posesión de la cuesta que sigue de Loyola para subir á Zapotlan. El punto también era ventajoso tratándose de defender el terreno sobre la marcha, pero para conservarlo más de un día, ofrecía los mismos inconvenientes: sin una gota de agua, sin un rancho que nos proporcionase pasturas para la caballada. Ese ha sido el motivo seguramente para que en las multiplicadas campañas que se han hecho en el Sur de Jalisco jamás hayan sido defendidas esas posiciones formalmente. Se han fortificado, lo mismo que las empezamos á fortificar nosotros, se han ocupado militarmente, se ha establecido por una noche el campamento y al día siguiente ha tenido que abandonarse.

Se tomó el pulso á las dificultades y se acordó ir á buscar más adelante el lugar de la batalla, como á

aquel que le dijieron que escogiera el árbol en que había de ahorcarse.

Creo que ni los esforzados gefes que nos conducían en aquella inconcebible retirada, podían tener ya conciencia de nuestra victoria, que ocho días antes hubiera sido probable, quince días antes, segura; pero un mes ántes irresistible, evidente, inmediata.

De más á más, el general Guadarrama que veía huir á la revolución en lugar de hacer progresos, se entendió con el gobierno de Guadalajara que le daba más garantías. Al aproximarnos nosotros á aquella ciudad había salido una comisión con objeto de ofrecer al general pronunciado el mando de las fuerzas nacionales de Jalisco, una suma de dinero y mayor aun de consideraciones.

El general Guadarrama estuvo entreteniéndose el asunto, pero luego que quedó despejado el horizonte con nuestra poca feliz retirada, entonces contestó sin pérdida de tiempo que se ponía á las órdenes del que mandara como general en jefe de las tropas del gobierno.

Entonces en lugar de mil ó mil quinientos hombres de refuerzo que esperábamos se incorporaran á nosotros, más con objeto de dar espíritu á nuestras tropas que con la necesidad de aumentar nuestros elementos de fuerza militar, en vez de aquel trozo de caballería digo, solo se nos incorporaron algunos oficiales que no iban de acuerdo con tal política, prefiriendo militar en las filas de la moribunda revolución. Esos oficiales fueron los que nos llevaron la noticia de la

defeccion de Guadarrama, de Pedro Torres y algunos que se encontraban muy inmediatos á él, como el coronel D. Ignacio Alatorre, fueron los que nos dieron los pormenores que acabo de referir.

Desde aquel momento ya no debíamos, pues, contar con Guadarrama, con Pedro Torres ni con nadie más que con nosotros mismos: San Luis y Zacatecas habian caido en poder del enemigo y en cuantas partes habia querido alzar cabeza la revolucion, habia sido abatida por las gentes de Juarez. Verdaderamente no habia más que ligeras chispas. Quedaban algunos amigos nuestros guerrilleando en los Estados de Zacatecas y San Luis y eran todos los elementos con que contábamos los que íbamos á luchar por la regeneracion de la patria.

En Zapotlan se pensó seriamente en nuestra situacion, porque de allí era difícil seguir huyendo con el pesado tren que llevávamos, y aunque muchos hubo que opinaron por la defensa de las barrancas y la ocupacion de Colima, para disponer de un puerto que nos pusiera en contacto con nuestros Estados del Pá-cifico y que nos proporcionara elementos como los que produce el Manzanillo, se desechóla idea, porque no podríamos pasar ni nuestra artillería pesada ni nuestros carros de municiones y entonces torcimos el camino dirigiéndonos á Zapotiltic, con rumbo al Estado de Michoacan.

En aquel pueblo pernoctamos, y como sucede siempre en la víspera de una batalla, los oficiales y tropa estuvieron llenos de alegría. Las músicas recorrie-

ron las estrechas y mezquinas calles de la poblacion, se bebió todo cuanto habia en las miserables tienduchas, que pudiera subirse á la cabeza, y el regocijo inmotivado de la armada se prolongó hasta la media noche. Pocas horas despues se dió el primer toque de marcha, y á las tres de la madrugada nos salimos al campo, porque ya las avanzadas de Rocha habian sido sentidas á retaguardia por nuestros exploradores y se temia que Guadarrama estuviera encargado de cortarnos el paso en algun desfiladero de los que tanto abundan en aquella zona.

Al esclarecer la mañana y mientras se organizaba verdaderamente la marcha por un terreno que pocos conocian, apenas habíamos andado dos leguas. A poco andar nuestra estrema retaguardia cubierta por una guerrilla fronteriza habia empezado á ser molestada por las avanzadas del enemigo. Este indudablemente venia pisándonos los talones y tenia el ánimo de batinos sobre la marcha.

Entonces ya fué necesario detenernos en donde nos cogió la ocasion sin tener tiempo apenas para reconocer el campo. Subimos el general D. Pedro Martinez y yo á la azotea de un molino ó rancho llamado "Lo de Ovejo" que se encontraba á la derecha del camino y desde allí estuvimos viendo con un anteojo la negra masa que se formaba en el horizonte, con las tropas de Rocha. Indudablemente que sus cinco mil hombres habian sido reforzados con dos mil en Guadalajara, y con los mil quinientos de Guadarrama lo mismo que con otros quinientos de Colima, iba á lan-

zar sobre nosotros un efectivo de ocho mil hombres apoyados con cuarenta cañones. Nosotros teníamos sesenta, que ya empezaban á estorbarnos y seis mil hombres de tropa, sin contar la gente destinada á cuidar el parque y los equipages. Esto es, íbamos á batirnos con una tercera parte menos, tanto en espíritu militar, como en efectivo de tropas.

—Aquí está bueno para formar la batalla, me dijo el general Martínez, luego que hubo dado una ojeada al terreno que nos rodeaba.

—Al fin le contesté.

Y se lanzó al caballo y empezó á arreglar el campo, mientras que el general García de la Cadena corría por todos lados al galope, seguido de su Estado Mayor, dictando también sus disposiciones para el combate.

Se formaron dos líneas, una á vanguardia mandada por el general Martínez y otra un poco á retaguardia, cuyo mando se encargó al general Huerta. Estaban ambas apoyadas por el flanco izquierdo en un monte muy espeso de pinos y el flanco derecho en el rancho de "Lo de Ovejo" cuyas cercas de piedra presentaban una muralla que iba á trepar al cerro. En nuestro frente había pequeñas barrancas que estorbaban las maniobras del enemigo, en la izquierda el monte era espeso y muy fácil de defenderse y la derecha era inflanqueable por la montaña. Así es que de chiripa habíamos ido á dar á un punto que no lo hubiéramos encontrado mejor ni buscado con la linterna de Diógenes. García de la Cadena, Toledo, An-

drés Piñon, y el coronel Dávila estaban encargados del ala izquierda y Martínez del centro y la izquierda.

Se supo en nuestro campo que el plan del enemigo era batir nuestra retaguardia cuando estuviera empeñado el combate, empleando en esa operación á Guadarrama y se destacó á Francisco Martínez con cuatrocientos caballos para que fuera á situarse á una legua de distancia para estar allí de observación.

Cuando se desplegaron á nuestro frente los tiradores del enemigo, el general Martínez me encargó que fuera á vigilar las operaciones de la segunda línea y á apresurar el paso de la artillería que debía haber entrado ya á funcionar en la primera.

Arengué á los batallones de Zacatecas á mi paso, que eran los que estaban formados detrás de los de San Luis y fui á ver el paso de la artillería. Veinte cañones, los mas grandes, los de mejor alcance y los mas bien dotados de artilleros estaban embarrancados y no había medio de que salieran de allí, ni llegaron á salir mientras duró el combate. Como allí estaban embromados Ceballos y Chasco, dos de nuestros mejores oficiales de artillería, les dije bajo mi responsabilidad que dejaran á los subalternos aquella operación y fueran á servir las piezas que habían entrado en línea. Ceballos disparó entonces el primer cañonazo de aquella batalla y con excelente puntería, pues todos vimos estallar la bomba en medio de las columnas del enemigo. De allí á poco ya no se vió nada, pues todos fuimos envueltos en el ruido y el humo de ochenta cañones disparando al mismo tiempo, lo mismo que

diez ó doce mil bocas de fusil que disparaban cuándo menos diez veces por minuto.

Rocha llevaba lo florido en tropas y oficialidad, lo mismo que la crema de los gefes, yendo entre otros Corella, Fuero, Tolentino, Carrillo, Cortina, Lomeli etc. Recuerdo que le contamos veinte generales conocidos entre los que llevaba á sus órdenes, así es que tuvo en donde escoger para nombrar gefes de las columnas de cargos á los mas experimentados y de mejor prestigio militar.

Dos veces se dió una carga furiosa de caballeria contra nuestra ala izquierda, medio cubiertos por el monte de pinos y las dos fueron rechazadas aquellas gruesas columnas. De la misma manera se intentó atacar nuestro flanco derecho y las columnas del enemigo fueron no solo rechazadas sino deshechas por la nube de proyectiles que recibian á pecho descubierto.

Entonces se dirigieron los esfuerzos de Rocha á nuestro centro, pero allí estaba Martinez quien con su intrepidez acostumbrada obligó á salvar casas á los batallones que se lanzaban arma en brazo á dar una carga á la bayoneta.

El combate habia comenzado á las ocho de la mañana, eran ya las dos de la tarde y todavia se encontraba indeciso. Me encontraba á la sazón en el ala derecha, observando el aspecto general de la batalla, cuando ví dos cosas que me alarmaron grandemente: nuestros amigos habian sido desalojados de nuestro flanco izquierdo y sus soldados aparecian en grupos dispersos mas allá de la arboleda sobre las lomas, á

la vez que un trozo de caballeria venia bajando el cerro al flanco derecho y casi á nuestra retaguardia.

¿Aquel podia ser Guadarrama que atacádanos por la espalda en momentos tan críticos iba á determinar nuestra derrota? Entonces tomé una escolta de ocho hombres armados de rifles de repeticion, que era la misma del general Martinez y con ellos me fuí á impedirles el paso mientras llegaba Francisco Martinez con la columna de caballeria que mandaba y que habia permanecido inactiva hasta aquel momento.

Por fortuna aquel enemigo que no pasaba de 500 hombres venia por las hondonadas abriéndose de nuestra línea y el incidente pudo pasar sin ser advertido por nuestros gefes ni por nuestra tropa, que á haber visto al enemigo á retaguardia en cualquier número que fuera se habria desbandado. Ya comenzaba á fatigar la prolongacion de aquel combate y en nuestras tropas que no habian comido ni dormido se echaba de ver el cansancio.

El ardid fué bueno respecto de aquel trozo de caballeria que tan intempestivamente apareció sobre la retaguardia de nuestro flanco derecho, mandándoles tirotear con aquellos hombres que no tenian lugar en la línea de batalla: el enemigo se detuvo mientras que mandaba reconocernos, y así pudimos dar tiempo á que llegara Francisco Martinez con "Rifleros del Norte" dispersando en cinco minutos á aquellos imprudentes. Tomamos cinco oficiales prisioneros y estos nos declararon que pertenecian á un escuadron de Guajuato que mandaba el coronel Valencia. Tenia ins-

trucciones de cortarnos la retirada en la derrota, pero habia equivocado la hora y el camino.

Tras este incidente, es decir, á eso de las cuatro ó cinco de la tarde, el coronel Martinez obedeciendo una orden de su hermano el general, pasó á la primera línea con objeto de unirse á «Carabineros de México» que mandaba siempre el intrépido Orellana y dar una carga brusca de caballeria para recuperar la posición perdida en el flanco izquierdo. El mismo general Martinez se puso á la cabeza de la columna y la carga fué tan brillante, y al parecer decisiva, que toda la línea enemiga empezó á retroceder, viéndose el polvo que levantaban los fugitivos hasta mas allá de dos leguas á su retaguardia. Entonces el 10.º de infanteria, aquel afamado 10.º que no habia querido abrirnos las puertas de Guadalajara, levantó las culatas de los fusiles declarándose prisioneros. Sin tiempo para desarmarlos, el general Martinez mandó que fuera rodeado por algunas fuerzas nuestras y se llevaran á entregar á la segunda línea, que era á donde desde temprano se habian estado mandando todos los prisioneros.

¡Fatalidad! Se levantaba tanto polvo, formaba una masa tan amenazadora aquellos 800 prisioneros custodiados por 400 dragones, y aparecieron tan de súbito encima de la expresada 2.ª línea, que ésta se creyó sorprendida por una columna del enemigo y echó á correr con todo y gefes, sin que fuera posible que los contuvieran ni los mismos soldados del 10.º que gritaban á una voz: ¡somos de vds! ¡viva Martinez!

En esos momentos, las cinco de la tarde, teníamos perdidos el flanco izquierdo y toda la segunda línea, es decir, mas de cuatro mil hombres. Martinez seguia batiéndose solo con los restos de la que habia sido la valiente 3.ª Division del Ejército Republicano.

El enemigo que tenia gefes mas aguerridos, mas prácticos y mas serenos en lo general que nosotros, notó en medio del desorden introducido en sus filas que nosotros tambien estábamos muy mal parados, reunieron en el centro á todas sus tropas disponibles y cargaron en combinacion sobre el único grupo que permanecia en nuestro campo formado de los Martinez y Orellana, y mas por el número que por el arrojo y valentia, vinieron á dominarlos á eso de las seis de la tarde y cuando los prisioneros viéndose libres empezaron á hacernos fuego por la retaguardia.

El general Martinez ordenó que cubriera la retirada «Carabineros de México» haciendo fuego, pero como al vencedor siempre sobra audacia, logró este introducirse en nuestras mismas filas en donde hirió casi de muerte á Dávila, Osorio y á muchos mas de nuestros distinguidos oficiales.

La jornada de «Lo de Ovejo» fué como era de esperarse, un completo desastre para nosotros, pues nos hizo perder no solo todos nuestros elementos de guerra, sino hasta nuestros equipajes, quedándonos reducidos á un grupo de 800 dispersos, cercados, hambrientos, y lo que es mas triste aún, desmoralizados.

circunstancias, puesto que Garcia de la Cadena había sido desalojado de sus puntos y tenido que replegarse en retirada hasta la hacienda de Contla y el General Martinez estaba batiéndose personalmente sin poder observar que el enemigo se desbandaba en grandes masas, de suerte que era ya imposible saber aprovechar aquella brillante aunque momentánea oportunidad.

Solamente en la guerra admito yo como indispensable la unidad del mando, acompañada de la energía, de la resolución rápida y hasta del despotismo, para obligar á todos á obedecer, de manera que resulte una precisión absoluta de las maniobras.

El camino de la retirada fué tomado instintivamente por los primeros que se vieron precisados á emprenderla, y por fortuna era tan angosto y accidentado, que el enemigo tuvo que abandonar muy pronto la persecución que nos hacía, tanto más cuanto que ya había llegado la noche y con ella las sombras que favorecen el desbandamiento de los hombres forzados; pero siguió otra persecución todavía que fué la de los rancheros que nos salían armados de mosquetes empeñados en obtener también un botín de aquella derrota. Cada vez que por encima de las lomas ó al tener que cruzar la espesura de un bosque ó la profundidad de un barranco, se presentaba un grupo de rancheros disparando sus armas sobre los desmoralizados fugitivos, éstos soltaban el caballo que llevaban estirando, la mula con el equipaje y hasta las armas que les servían para su defensa, echando á co-

CAPITULO XLI.

ATAQUE A VILLANUEVA.

¡Terrible enseñanza para nuestros caudillos fué la batalla de Lo de Ovejo, haciéndoles ver que en la guerra no se puede prescindir de la unidad en el mando ni de que haya una sola cabeza que piense y ordene, y muchos brazos que ejecuten!

Si bien es cierto que en nuestra huida desatentada la tropa perdió un setenta y cinco por ciento de su entusiasmo, también lo es que hubo momentos en que se reanimó, los cuales hubieran sido aprovechados si un jefe bajo su exclusiva responsabilidad se hubiera encargado de dirigir las operaciones militares. Por ejemplo si cuando cargó el general D. Pedro Martinez con la caballería hubiera habido alguno que concentrara la segunda línea, enteramente inútil, formando columnas de combate que apoyaran á aquel por los flancos, este solo empuje habría bastado para desviar la victoria; pero no había cabeza en aquellas

rrer en todas direcciones, sin oponer ninguna resistencia. Muchas veces intentamos los gefes que íbamos mezclados entre aquella muchedumbre desorganizada, poner orden á la huida frenética en que habíamos sido arrastrados, principalmente al observar que nadie nos perseguía; pero á lo mejor alguno gritaba con voz sepulcral.

—¡Ahí viene Guadarrama!

Y todos echaban á correr desafortadamente.

En una vez el valiente Osorio, aunque iba herido, creo que también Toledo y algunos otros oficiales, nos propusimos introducir el orden en marcha, apoderándonos de una puerta de golpe por donde era indispensable que todos pasaran puesto que no había otro camino: con las espadas desnudas y las pistolas amartilladas, formábamos á cuantos iban llegando, aun cuando pertenecieran á diferentes cuerpos de caballería, pues ya de infantería no nos quedaban ningunos, porque se habían fugado por las montañas los que quedaron en poder del enemigo y habíamos conseguido imprimir á la marcha cierta regularidad, cuando de repente se oyeron unos tiros á la retaguardia y la huida volvió á ser precipitada, loca, convenciéndonos de que era imposible comunicar valor, ni vergüenza, ni mucho ménos disciplina á gentes á quienes la derrota desembaraza de todas sus obligaciones.

Descansamos dos horas en la hacienda en donde se encontraban hacia algun tiempo el general en gefe y todos los que habian sido derrotados en el ala derecha, lo mismo que los gefes y oficiales de la 2.^a lí-

nea que no habia tenido por conveniente dispersarse hacia otros rumbos, y despues de ese pequeño descanso en que apenas hubo tiempo para procurarnos con suma dificultad algun bocado que no habíamos probado hacia treinta horas, continuamos nuestra marcha si no con mas orden al menos con una poca mas de calma.

Con la luz de la luna subimos la peligrosa cuesta del Carnero, rodeada de abismos, pero como era tal el cansancio de todos, se despreciaba el peligro y se prefería ir durmiendo sobre el caballo. No sé si alguno rodaria á aquellas profundidades á causa del sueño y desfallecimiento que eran generales á todos, lo que fui yo, varias veces estuve á punto de caerme cuando el sueño me vencía y daba inconscientes cabezadas á diestro y siniestro, haciéndome aflojar las piernas y soltar los estribos. Abria los ojos, miraba á la luna, bajaba la vista que encontraba á uno y otro lado oscuros precipicios á pesar de la claridad y lograba mantenerme un minuto firme para ver á poco otro, dominado por un sueño que parecia invencible. Muchos habia que deseaban llegar cuanto ántes á un lugar plano para acostarse allí á dormir, aunque despues fueran hechos prisioneros por el enemigo.

Quando estuvimos á los dos ó tres dias cerca de la risueña poblacion de Zamora, que era el punto á que nos dirigíamos para restaurar un poco nuestras fuerzas perdidas, fué cuando verdaderamente pudimos formarnos una idea del estado de reduccion en que se encontraban nuestros elementos de guerra. Cien-

to cincuenta hombres de Carabineros de México con una parte de su banda y de sus batidores, doscientos de Rifleros y cerca de doscientos mas de diversos piquetes de caballería, era la gente de combate, los demás eran generales, gefes, oficiales de las divisiones, brigadas y cuerpos que habian acabado, lo mismo que un número considerable de asistentes, artilleros, mozos de ambulancia etc., entre los útiles y los inútiles un total de cerca de mil hombres. Se organizó como mejor se pudo á toda aquella gente, y haciendo nuestras trucas bandas el ruido que pudieron, entró triunfalmente nuestro ejército por las calles principales de Zamora, en donde ¿quién lo creeria? fuimos recibidos con entusiasmo, como si en vez de derrotados, hubiéramos llegado victoriosos. Bien es que en Zamora se habia pronunciado hacia poco tiempo, el general Ruiz, y en otras poblaciones del Estado no escaseaban nuestros correligionarios, los unos armados ya y los otros esperando que nosotros pudiéramos armarlos.

De allí pudimos salir á pocos dias algo mejor organizados, pues habiéndose quedado el general Huerta en su terreno con un buen cuadro de oficiales, quedando cumplidos sus vehementísimos deseos, la causa quizás de nuestras desventuras, se pudieron agregar los dragones vueltos á los dos cuerpos de caballería de que se habia salvado mayor número, mientras el general Garcia de la Cadena con gefes como Toledo, Miranda, Garcia y otros se dedicaban tambien á organizar dos ó tres escuadrones. Cuando salimos de

Zamora podíamos disponer de cosa de unos seiscientos hombres de combate, todos de caballería.

Con estos hicimos una travesía verdaderamente admirable hasta tocar el Estado de Zacatecas por en medio casi de las columnas enemigas que ocupaban los Estados de Michoacan, Guanajuato, Jalisco y Aguascalientes, tomando por el cañon de Juchipila, para ir á aparecer al frente de Villanueva, ciudad de recursos en donde debíamos tener algun descanso para emprender de nuevo nuestras operaciones militares. En el Estado de Zacatecas, contando con la popularidad del general Garcia de la Cadena y con algunas armas y pertrechos de reserva, era en donde íbamos á vernos muy pronto con una fuerza de dos ó tres mil hombres que nos permitiera hacerle frente á cualquier enemigo mientras algunos otros Estados de los que no nos faltaban promesas, se pronunciaban. No habíamos dejado de escribir entre otros á Treviño y Canales quienes nos habian dejado traslucir algunas esperanzas.

Como dije ántes, llegamos al frente de Villanueva en donde debíamos repararnos de nuestras fatigosas marchas y de nuestra caballada que ya apenas podia con nosotros, cuando ¡oh dolor! vamos viendo que la plaza estaba fortificada y las alturas ocupadas por gentes furiosas que nos recibieron á balazos.

Entonces ví lo que no habia visto nunca y lo que seguí viendo despues en varias ocasiones: poner sitio en forma con caballería á una plaza fortificada. Los dragones echaron pié á tierra y tomaron otras altu-

ras para hacer fuego al enemigo con objeto de servir de sosten á nuestras columnas de ataque. Por fortuna en la madrugada del siguiente día que era cuando debíamos dar el asalto, tuvimos que levantar el sitio para hacer frente al general Donato Guerra que se dirigia contra nosotros con toda la guarnicion de Zacatecas, compuesta de unos ochocientos hombres, toda infanteria.

Iba á trabarse un combate pues, en que si era segura nuestra derrota, era seguro tambien que el enemigo no podia darnos alcance. A pesar de esto, al primer choque con el enemigo, uno de los nuevos cuerpos de, García de la Cadena que iba á la vanguardia, volvió caras y echó á correr con sus gefes á la cabeza en tan precipitada fuga, que no nos fué posible contenerlos ni aún haciendo uso de la fuerza. Yo tenia una escolta de cincuenta hombres de oficiales y hombres que pertenecian á piquetes y escoltas para cuidar el flanco de nuestra columna de las de Villanueva y con ella quize interrumpir el paso á los fugitivos, aumentó la confusion, pues creyéndonos enemigos echaron á correr por una loma en donde estaban nuestros nuevos equipajes arrastrándolos consigo en la fuga.

Entre tanto los Martinez y Orellana habian dado una carga brillante con dos secciones de Rifleros y Carabineros, logrando meter en desorden al enemigo, el cual aumentó á consecuencia de haber caido herido del caballo el gefe de la fuerza, general Donato Guerra. Entonces ya solo se ocuparon de poner en salvo al herido tomando el rumbo de Villanueva, no

sin sufrir grandes pérdidas en el pequeño alcance que pudo darles nuestra caballería.

Por fortuna en aquella jornada que habian estado viendo los de Villanueva desde las torres en número de 150 hombres, no salieron éstos á tomar parte, sirviéndoles de respeto la humilde fuerza que yo tenia colocada á la izquierda del camino sobre una ladera, pues que si hubieran discurrido hacer cualquier movimiento de fijo somos los derrotados. Entonces fué cuando ví al general García de la Cadena dando muestras de gran valor y audacia: con la espada desnuda y hablando siempre con rigor á los suyos hasta enronquecerse, procuraba llevarlos al combate, sin observar de cuantos era seguido, unas veces de cien, otras de cinco y otras de nada, pero volviendo á la carga siempre con ímpetu, siempre con indomable energia.

Los que alcanzaron sin embargo la victoria, si el nombre de victoria puede darse á aquella escaramuza, fueron Martinez y Orellana que dieron cargas terribles y repetidas al sable por haberse agotado el parque metálico á la caballería hasta hacer replegarse al enemigo á la plaza de Villanueva.

Nos dirigimos violentamente para Zacatecas, cuya plaza habia quedado desmartelada, huyendo las autoridades juaristas para Aguascalientes en cuyo camino tuvieron que abandonar en poder de los nuestros unos carros con parque y armamento que habian tenido tiempo de llevarse.

Como lo que más necesitábamos eran recursos de dinero, pues la tropa comenzaba á manifestar disgus-

to por la falta de salario, lo primero que hizo Garcia de la Cadena fué decretar un empréstito repartido entre las casas principales, decosa de unos treinta mil pesos, nombrándome Comisario interino para recibirlo. Me fueron pagados en el mismo dia veintidos mil y contentos con ellos ya no quisimos recibir más, porque no habia en que llevarlos y teníamos que evacuar la ciudad en la noche, porque gruesos trozos de cuerpos de ejército habian sido movidos de todas las plazas fuertes para batirnos. Probablemente la ocupacion de Zacatecas despues de nuestra completa derrota en «Lo de Ovejo» causó alguna impresion al gobierno que ya no esperaba volver á oír hablar de nosotros, pues que en el acto se decretaron las facultades extraordinarias con el cortejo de las disposiciones *ad terrorem* que siempre se decretaban en abundancia para sofocar cada revolucion, no encareciéndose los ejemplares de la ejecuciones en masa para hacer terrible y respetado el gran principio de autoridad de que era celoso conservador D. Benito Juarez.

Caminamos toda la noche y en la Villa de lo perteneciente al mismo Estado de Zacatecas y que fué ocupado sin dificultad, se hizo la division de los caudales entre los dos gefes de fuerza que en aquel mismo dia debian separarse, tanto para no presentar un solo bulto al enemigo como para dar un amplio desarrollo á sus operaciones militares, tanto más cuanto que cada cual tenia su terreno conocido, su teatro propio en que le era mas fácil maniobrar y aumentar sus elementos.

Con fé y actividad estaban seguros ambos caudillos de volver á encontrarse sobre el campo para presentar una gran batalla al enemigo, en que fueran enmendados todos los errores de lo pasado que habia sido un modelo de imprudencias, y casi, casi, de tonterias.

Estaban seguros de no volver á creerse de promesas engañosas como las que les hicieron ir á Guadalajara despreciando la victoria con que les brindaba la oportunidad, desde las puertas de San Luis hasta Lagos y tal vez hasta el desgraciado puerto de Toluatlan.

En Villa de Cos nos despedimos de Garcia de la Cadena, quien se quedó con una columnita de unos 250 á 300 hombres, mientras nosotros con cerca de 500 penetramos audazmente al Estado de San Luis Potosí, con objeto de recoger algunas partidas mandadas por Ignacio Martinez y otros gefes, restos muy pobres del desastre que hacía dos meses habia sufrido el general Aguirre.



CAPITULO XLII.

SITIO DE MATAHOROS.

Nuestra expedición con cuatrocientos hombres de combate á través de los Estados de Zacatecas y San Luis Potosí para internarnos en la Huasteca, fué de las mas audaces, aunque tambien de las mas penosas, pues aparte de que constantemente fuimos perseguidos por fuerzas cuádruples y quíntuples á las nuestras, nos veíamos con frecuencia en la necesidad de hacer grandes rodeos para no caer en alguna emboscada de las muchas que se nos ponian por los entones ya desmoralizados gefes juaristas. Una vez en la Huasteca Potosina, pocos eran los que podian atreverse á seguirnos, y no solo podíamos tomar algun descanso en Alaquines, Villa de Tellez etc., sino reclutar hombres para que nuestros cuadros de oficiales procedieran á formar cuerpos de infanteria: Ignacio

Martinez comenzó á formar uno con el nombre de Libres del Valle, Chaseo otro, Santa Cruz otro y así sucesivamente hasta contar con cinco ó seis piquetes de infanteria, con dos escuadrones ya formados de caballería y de otros en esqueleto aún, con buenas perspectivas de organizacion. De nuestra trabajosa expedicion por la Huasteca, en que mas de una vez no encontramos que cenar ni que beber, en que pernoctamos multitud de veces en el márgen de un arroyo, en medio de un bosque, en el centro de una llanura ó en la cima de una montaña, despues de haber pasado por todo género de privaciones en aquella zona tan rica de vegetales y en que sin embargo teníamos que alimentar á nuestros caballos con las hojas de los árboles ó con los cogollos de la palma, salimos con mil hombres de combate bien probados en el crisol de todo género de padecimientos del cuerpo y del espíritu.

Para distraer nuestros tormentos, y de tal manera les distrajimos que llegó á pasar para nosotros el tiempo casi sin sentirlo, formamos un grupo íntimo de amigos leales, todos de buen humor, Orellana Noguera, Ignacio Martinez, Pedro García y el que esto escribe, uniéndose muchas veces á nosotros para disfrutar de nuestros pasatiempos, Toledo, Sierra, Santa Cruz, José Valle y otros jefes que se encontraban en aquel grupo de patriotas, del cual habíamos visto desertar hasta generales y coroneles, principalmente en los dias mas ingratos en que hacíamos una marcha penosísima en medio de una abundante lluvia du-



rante tres ó cuatro dias, debiendo pasarlas lo mismo que las noches con la misma ropa, puesto que no teníamos otra que ponernos, principalmente los que como yo habíamos perdido un equipaje en cada encuentro con el enemigo.

Al salir á Nuevo Leon en donde contábamos con grandes simpatias por ser los Martinez, lo mismo que la mayor parte de los gefes y oficiales que nos acompañaban de aquel Estado, tuvimos muy buenas noticias de la revolucion. Negrete andaba pronunciado con una fuerza de mas de dos mil hombres, la sierra de Puebla estaba pronunciada con Mendez y Francisco Lucas, Orizaba lo mismo que la costa de Sotavento, en el Estado de Veracruz y otros muchos pueblos de la República nos habian secundado. El gobierno de Juarez no estaba como nos lo suponíamos, en un lecho de flores, pues aún los Estados lejanos de Yucatan, Campeche y Tabasco, lo mismo que Sinaloa y Sonora, estaban conmovidos. Esto vimos consignado en los primeros periódicos que cayeron en nuestras manos y esto supimos por las personas versadas en la política que nos encontramos al tocar en algunas pequeñas poblaciones que se encontraban sobre nuestro camino.

Una vez en Nuevo Leon mandamos un comisionado á Treviño y otro á Canales. El primero nos contestó de palabra que no le comprometíamos y el segundo vino á tener una conferencia con nosotros en la frontera de ambos Estados. Ocurrimos al punto de la cita el general Martinez y yo con una escol-

ta de diez hombres y Canales llegó por la noche acompañado tambien de algunos oficiales.

Nuestra conferencia fué enteramente cordial, quedando convenidos en que no solo no nos hostilizaria, sino que cerraria los ojos para que pudiéramos proveernos en su Estado de los recursos que necesitásemos: nos advertiria de cualquier peligro que corriéramos y sería nuestro fiel aliado, pero sin pronunciarse contra el gobierno, para lo cual tal vez se presentaría ó no la oportunidad. Por de pronto podia servirnos conservando su posicion de gobernador reconocido oficialmente del Estado de Tamaulipas.

En la carta que escribí á D. Pedro Martínez para Treviño, segun los puntos que me dió para redactarla, le decia el primero al segundo que le dijera si estaba vivo su compromiso de darnos aunque fuera disimuladamente algunos auxilios de tropas y dinero, en cuyo caso le mandara lo que tuviera por conveniente mandarnos á Linares, á cuya plaza nos dirigíamos para proveernos solo de lo mas necesario, pues aunque recordaba que Treviño habia hecho alguna indicacion respecto de que no se ocuparan militarmente ninguno de los pueblos de su Estado para que no se comprendieran por el gobierno general sus compromisos ni se le obligara á dar color antes de tiempo, nosotros teníamos que faltar á aquella pequeña recomendacion porque estábamos en la absoluta necesidad de procurarnos algunos recursos.

Treviño no contestó esas cartas, pero como se contaba de antemano con su neutralidad por lo menos, si

no con su apoyo decidido, nos dirigimos para Linares sin la menor sospecha de que esto pudiera disgustar á nuestro aliado.

Las autoridades de esta poblacion, por instrucciones ó sin ellas del general Treviño, esto no pudimos averiguarlo, reunieron ciento cincuenta ó docientos hombres armados y atrincheraron las torres de la Iglesia y las principales fincas de la plaza, desde las cuales nos recibieron á balazos. Como esto pasaba en los momentos en que entrábamos á la poblacion y ya hacia tiempo que no teníamos encuentro con el enemigo, sintiendo como el general Bum la nostalgia de la guerra, nos lanzamos Ignacio Martinez, Pedro Garcia y yo seguidos de veinte ginetes á tomar las torres de la Iglesia, y si bien estuvimos en la puerta de esta y pudimos cruzar la plaza en todos sentidos recibiendo un fuego nutrido de todas partes, lo cierto fué que tuvimos que abandonar nuestra empresa no solo obedeciendo las órdenes que nos libró el general en jefe, sino porque se nos habian derribado algunos hombres, nuestros caballos estaban heridos y convencidos de que no podia tener frutos prácticos aquella bárbara hazaña.

Sin embargo el enemigo capituló luego que vió entrar el grueso de nuestra fuerza que presentaba un imponente aspecto, principalmente por los restos de sus regimientos antiguos de caballeria.

Apenas comenzábamos á reponernos de nuestras prolongadas fatigas, cuando se presentó el mismo Treviño en persona al frente de unos cuatrocientos

hombres de caballeria con ánimo de batirnos segun los informes que se nos dieron. Acampó á corta distancia de la ciudad sin que llegaran sus avanzadas á dispararnos un solo tiro.

Martinez comprendió que lo que Treviño deseaba era que saliéramos de aquella poblacion, y con ánimo de no disgustarle salimos por un rumbo opuesto aún, sin proveernos de los víveres que necesitábamos para la travesia que íbamos á verificar. Se quedaron alli dos comisionados encargados de obligar á Treviño á que dijera francamente si deberíamos tenerlo como amigo ó como enemigo. Estuvimos esperando toda la tarde y al dia siguiente, aquella respuesta en las afueras de la ciudad, pero no recibéndola, lo que atribuimos al temor que tenia nuestro amigo de comprometerse con nuestras relaciones, levantamos el campamento y nos fuimos al Estado de Tamaulipas, en donde nos sentíamos como en nuestra casa, toda vez que contábamos con la sincera amistad de Canales que era siempre esclavo de su palabra.

Al atravesar por el Estado de Nuevo Leon se nos incorporaron muchos oficiales de los dispersos en "Lo de Ovejo" y en el puerto de la Cal que fué donde Aguirre sufrió una espantosa derrota, cuyos oficiales tuvieron toda clase de garantias con Treviño y hasta auxilios pecuniarios. Un ayudante de Aguirre nos dijo de parte de Treviño que no temiéramos ninguna hostilidad y que estaba reforzando sus elementos para pronunciarse.

Quando á pesar de todo esto hacíamos comenta-

rios respecto de la conducta poco franca del general Treviño, D. Pedro Martínez nos decía:

—Treviño no disparará un solo fusil contra nosotros: entre todos nosotros los gefes fronterizos que estuvimos combatiendo juntos en la guerra extranjera, hay una liga de union y de cariño, que ninguna ambicion ni ningun interés logrará quebrantar. Pero cuando expresamente se ha celebrado un pacto como el de Treviño con Aguirre y conmigo, podemos fiar en que si el gobierno de Nuevo Leon no es nuestro aliado, ménos podrá sernos hostil. Respondo con mi cabeza de la lealtad de Gerónimo Treviño.

Bajo tales seguridades que eran repetidas por todos los militares de Nuevo Leon, casi veíamos próximo el día en que Treviño empuñara como su bandera nuestra bandera revolucionaria redentora de la libertad.

Entre las columnas que se destacaron sobre nosotros al Estado de Tamaulipas la que más nos inquietaba era la de Rocha que contaba, segun se nos decía con mil doscientos caballos y 800 infantes bien municionados y llevando además alguna artilleria ligera. No obstante, la hicimos perdernos la pista entre aquellos desiertos de que está poblado aquel Estado fronterizo y haciendo una de aquellas marchas de veinte leguas de un hilo sin comer ni beber agua, que solo sabian hacer nuestros rápidos soldados, llegamos á un punto llamado Charco Escondido, distante doce ó catorce leguas de Matamoros, en donde habiamos de recibir muy importantes comunicaciones

de aquella plaza en donde teníamos importantes inteligencias.

Una legua ántes de llegar á Charco Escondido encontramos unos carros con barriles de agua que habia mandado buscar el general Martínez para la tropa que venia pereciendo de insolacion y recuerdo con horror la emocion que esto produjo en la columna. Los soldados hicieron un movimiento general para apoderarse de los carros; pero fueron contenidos, sabe Dios con que trabajos por la disciplina militar y fueron llegando por compañías á recibir el reparto de agua. Jamás habia visto mayor avidéz para beberla como en aquella muchedumbre que estaba toda muriéndose de sed. Se habian recorrido veinte leguas sin encontrar un miserable charco para apagar la sed, ni un árbol cuya sombra pudiera mitigar los rigores de un sol abrasador. Cuando llegamos á aquel miserable villorrio que se llama Charco Escondido, en que no habia mas de un tienducho miserable donde no se completaba una docena de botellas de diversos licores, nos pareció el Paraiso Terrenal; tanto así nos habia hecho sufrir el árido desierto que acabábamos de recorrer.

Descansamos, tomamos nuevo aliento con las favorables noticias que recibimos de Matamoros, cuya plaza solo esperaba nuestra aproximacion para caer en nuestro poder y nos pusimos en marcha á ponerle sitio. No contábamos con un solo cañon y Matamoros los tenia de sobra, lo mismo que sus anchos fosos y elevadas murallas que eran mas que un simple

obstáculo para nuestras cargas de caballería; pero no por eso dejamos de desplegar todo el espantoso simulacro de un ejército sitiador. Ya en esa vez estaban incorporados con nosotros Emilio Parra, Abraham García y todos los leones de Tamaulipas tan conocedores de la guerra de encrucijada, como diestros para concluir con un ejército á fuerza de escaramucearlo.

Los que no estaban en el secreto de nuestra aproximación á Matamoros nos juzgaron unos insensatos: ¿cómo íbamos á poner sitio á una plaza artillada y rodeada de fuertes cuando no contábamos con doscientos infantes y nuestra fuerza principal era la caballería? Pues por eso: porque teníamos mucha y buena caballería era por lo que emprendíamos aquellas hazañas con toda impunidad.

Pero el secreto era este: dentro de la ciudad mandaba la guardia nacional de Matamoros como segundo en jefe de la plaza, el general D. Pedro Hinojosa que estaba comprometido con nosotros. El plan sería el más sencillo del mundo: Hinojosa amarraría á Palacios y nos daría entrada á la plaza, ó si esto no era fácil, se pronunciaría y se saldría con un cuerpo ó todavía mejor, nos entregaría la parte que le tocara guarnecer con la guardia nacional.

Cualquiera plan es bueno y cualquiera es fácil de realizar cuando se está en las condiciones en que nosotros estábamos, que eran nada menos con la seguridad de contar con la mitad de la guarnición que nos disputaba aquella importante plaza.

No teníamos más que esperar la señal para precipitarnos dentro del recinto fortificado como una avalancha: mientras llegaba ese momento nos entretuvimos haciendo lo que los guerrilleros llaman santiaguitos. Cogimos nuestros mejores caballos é íbamos á caracolear frente á las fortificaciones, haciendo gastar al enemigo cuarenta ó cincuenta saquetes de metralla. Principalmente de noche les teníamos siempre en alarma procurando cansarles. Llegó un día en que se oyeron dianas en nuestro reducido campamento.

—Que pasa?

—Que Hinojosa, que el valiente general está entre nosotros.

—Solo?

—Solo. Si apenas ha podido escaparse, porque Palacios le olió la podrida y quería matarlo.

—Pues que sea bienvenido el general, que aunque esté solo siempre vale por un ejército.

Y siguieron tocando dianas por la incorporación del valiente general Hinojosa.

tentos de Matamoros, porque nos llegó la noticia de que Rocha había llegado á las Villas. Las Villas son en Tamaulipas Reynosa, Mier, Camargo y Guerrero, poblaciones que se encuentran en el rio Bravo, al frente de otras americanas de la misma categoría.

Después tendré oportunidad de hacer algunas consideraciones sobre el estudio que he hecho de aquella frontera en las diferentes veces que la he recorrido.

Nuestro movimiento fué dirigido á Mier, en donde se encontraba una fuerza de quinientos caballos mandada por Naranjo: este gefe era subalterno de Treviño y también amigo nuestro, de suerte que pronto íbamos á ver despejada la incógnita. Si se unía con Rocha para batirnos, ya sabíamos que no teníamos que contar para nada con Nuevo Leon, lo mismo que si se hacia fuerte en la poblacion esperando un refuerzo que no tardaría tres dias en llegarle; pero en cambio, qué satisfacción para nosotros si resultaba cierto lo que nos decian nuestros amigos y era que Treviño nos mandaba aquellos elementos.

Naranjo nos abandonó la poblacion negándose también á entrar en explicaciones con nosotros. No nos disparaba un tiro, pero tampoco queria hablarnos una palabra. El movimiento de aquella fuerza, que no podíamos aún tener ni por amiga ni por enemiga, segun los exploradores que la fueron siguiendo, era claramente encaminado á cubrir la frontera de Nuevo Leon. ®

—Está bien, dijo Pedro Martinez, adivino lo que desea Treviño: que no toquemos su Estado de Nuevo Leon. Pues no lo tocaremos en adelante.

CAPITULO XLIII.

CHARCO ESCONDIDO.

El resultado de nuestra aproximacion á Matamoros, no fué otro que divertirnos ocho dias con inútiles escaramuzas, diversion que necesitábamos mucho después de haber pasado tantas hambres, tantas escaseses y tantas fatigas para dar descanso al cuerpo y tranquilidad al espíritu. Dias muchos tuvimos en que nos alimentábamos con los cogollos de las palmas y en que no encontrábamos agua para beber ó si la encontrábamos era de los charcos conservados del temporal de aguas que llaman los rancheros aguages, en donde bebía también el ganado y en donde el turbio líquido tenía un sabor nauseabundo y un olor á cloaca intolerable.

Tuvimos que levantar el sitio contentándonos con la adquisicion del general Hinojosa y algunos descon-

—Lo cual no nos servirá de nada, le contestó Ignacio Martínez.

—Por qué?

—Porque Treviño está ya ligado con D. Benito Juárez.

—Ahora recuerdo, añadió Orellana, que cuando estábamos en S. Luis, recibimos un despacho de García de la Cadena de Zacatecas, en que nos decía que le avisaba persona muy segura de México que el general Treviño había recibido \$ 200,000 de Juárez para corromper uno ó mas gefes de la revolucion.

—Y todas nuestras sospechas recayeron entonces en el general Aguirre, dijo otro, puesto que contando con mil hombres se dejó derrotar por 200 en el Puerto de la Cal.

Pedro Martínez puso término á aquella conversacion que le desagrababa siempre que se promovía, por el ventajoso juicio que tenía formado de la lealtad de Treviño y por el gran cariño que le profesaba, diciéndonos que su plan era hacernos de una posición ventajosa para batir á Rocha con plena seguridad de derrotarlo y nos encargó que estuviéramos listos para el combate.

Ese punto estratégico fué Charco Escondido que por estar metido entre un monte espeso que forma una extensión de muchas leguas, se presta á hacer desde allí marchas ocultas y disponer emboscadas, tanto mas fácil y provechosas cuanto que Martínez tenía consigo á los hombres mas diestros de Tamaulipas en la guerra de breñales. Con tres ó cuatro

partidas tomadas de aquellos hijos de los bosques, se puede acabar con una tropa organizada, solo con que la tiroteen constantemente á su paso por las tupidas arboledas. El terreno es en efectos á propósito para concluir con tropas que no sean voluntarias ni conozcan aquellos inmensos vericuetos.

Luego que estuvimos en Charco Escondido, el general Martínez dispuso que todos los soldados limpiaran sus armas para salir al día siguiente al encuentro de Rocha, que se hallaba á dos jornadas distante de nosotros. Emilio Parra, Abraham García y otros famosos guerrilleros fueron desplegados en observacion del enemigo: estos eran los que habian de hostilizarlos entre los breñales y los que habian de caer sobre él en el momento en que estuviera mas empeñada la lucha para determinar su derrota. El plan era este poco mas ó menos: nosotros lograríamos atacar á Rocha con sus mil infantes y sus 800 caballos á cierto sitio entre el monte, muy conocido de toda nuestra gente, en donde podría hacerse un fuego cerrado desde cada matorral y en donde nuestros dragones podrían flanquear al enemigo por caminos cubiertos en la espesura, en esos momentos en que el enemigo habia de sentir á quema ropa un fuego nutrido por los flancos, Parra, García y demas darian una carga al machete por la retaguardia: era tan seguro el éxito que en la noche anterior lo festejamos bebiéndonos entre todos una botella de Bermouth que era la única que quedaba en el mercado.

Conque despues de una noche de *gorja*, en qu

fueron acariciadas nuestras mas dulces esperanzas por un soplo benéfico que dejó esparcir sobre ellas el angel de la victoria, amanecimos el siguiente dia limpiando nuestras armas, para lo cual fué preciso desatornillarlas todas, reduciéndolas á piezas menudas. Había sido tan prolongada y tan trabajosa aquella campaña por entre los cerros, los montes, las llanuras, los arroyos, los rios, cruzados unas veces á nado y otras en canoas, etc., etc., que francamente era una obra de caridad practicar aquella operacion. Algunas carabinas estaban tan llenas de moho que ya no se conocia de que color eran y se temia que no dieran fuego en la hora del combate.

A cosa de las doce del dia el calor se hizo tan sofocante, el sol quemaba tan arduosamente que la mayor parte de la gente abandonó la tarea emprendida con la limpia de las armas y se dejó vencer por el sueño. El primero que dió el ejemplo fué el general en jefe, quien declinó la responsabilidad en el segundo en jefe, general Pedro Hinojosa á quien le encargó que fueran puestas avanzadas en los caminos mientras la columna desarmada se entregaba al descanso.

Tras el general D. Pedro Martinez se encontraron tambien vencidos por el excesivo calor los generales Sierra, Hinojosa siguiendo los coroneles Orellana, Martinez Ignacio y Andrés y luego me fuí á acostar tambien en el mismo lecho que ocupaba Orellana, quien ocupaba un cuarto que daba á la placita cercana al cuartel general, situado en una casucha compuesta de una sala y un corral, que hacia esquina.

Cuando antes de entrar allí pasé una mirada por nuestro campamento establecido en los corrales de la pequeña poblacion, observé que todo estaba quieto: el sol reverberaba y hacia que el silencio profundo que reinaba por todas partes, se hiciera mas solemne.

Apenas llevaba un cuarto de hora de haberme dormido cuando se introdujeron á la habitacion Ignacio Martinez y el teniente coronel Santa Cruz.

—El general Sierra tiene una magnífica sandía y les hace la invitacion de que pasen, á su alojamiento, dijo el primero.

—Tambien tiene un café riquísimo, agregó Santa Cruz.

Orellana prefirió seguir durmiendo: yo admití gustoso el convite y todos tres atravesamos la placita para llegar á la casucha en que estaba alojado el general Sierra, dando á la misma plaza.

En efecto sobre un mantel muy limpio que cubria la mesa totalmente estaban colocadas seis tasas y en el centro ya partida una hermosa sandía convidando á saborearla. Podíamos preferir el café á la sandía, vice versa ó gustar ambas cosas.

Acabábamos de tomar asiento cuando llamaron la atencion de alguno de los presentes unas mugeres que pasaron corriendo y volviendo la cara atrás, por delante de nuestra puerta que estaba abierta completamente.

Tras de las mugeres pasó un soldado tambien desarmado y volviendo la cabeza. Entonces Sierra se acercó á la puerta y apenas sacó la cabeza para ob-

servar, cuando nos dijo con un acento de que no era posible abrigar la menor duda:

—¡El enemigo!

Salimos á la calle y pudimos todos los que allí estábamos ver que un trozo de caballería estaba desembocando á la plaza por las dos esquinas opuestas.

Desde aquel punto ya no supe de mis compañeros: yo me dirigí al cuartel general, despertando al paso á mi amigo Manuel Orellana, advirtiéndole del peligro que nos amenazaba, no sin costarme algun trabajo hacerlo despertar y comprenderme.

En seguida desperté al general D. Pedro Martivez y puse en guardia á cinco hombres de su escolta que comenzaron á hacer fuego por una puerta y una ventana. El enemigo se había detenido en el centro de la plaza sin saber á donde dirigir su ataque. De nuestro alojamiento fué de donde se le hizo fuego y para ese punto se encaminó dispersando tambien sus carabineros. Otra seccion de caballería enemiga estaba ya lista á dar una carga de sable.

El general en jefe tuvo apenas tiempo de ponerse las botas y en pechos de camisa montó en un caballo en pelo: salió á la calle por un costado de la casa y allí quiso detener á nuestros infantes que iban huyendo y antes bien le arrastraron en su fuga, siendo el único que disparando dos pistolas al enemigo que se les echaba encima, logró contenerlos á una distancia respetuosa. Tambien le pudimos proteger su retirada los que disparábamos nuestras armas por instinto y sin concierto alguno al frente de la plaza.

Rodeados completamente los pocos hombres que allí nos defendíamos, mandé cerrar la puerta y nos replegamos al corral para ver si nos era posible escapar brincando las cercas: Al atravesar la salita que nos habia servido de alojamiento vi el magnífico cronómetro del general Martinez y cosa de mil pesos en oro, lo mismo que dos pistolas con mango de marfil. Todos andábamos tan ocupados y preocupados que ni los soldados de la escolta tuvieron ánimo de echar mano de aquello. Yo en ese momento llevaba una silla de montar en las manos, por si mi asistente no hubiera cumplido con mi orden anterior de que tuviera ensillado mi caballo. Mi corazón me decia algo y desde temprano le habia ordenado que tuviera listos dos caballos.

El pobre hombre, cuando yo salí al corral con la silla, estaba luchando para ponerle el freno al caballo, el cual con los tiros se encabritaba y le tiraba de manotadas. Iba yo á reprenderle por su torpeza, cuando cayó atravesado por una bala. Mas de cincuenta hombres que estaban en la cerca nos estaban descargando sus armas casi á quema ropa.

Entonces el capitán de la escolta del general Martinez, que estaba tambien desmontado, me cogió de una mano y llevándome á otra casa que se comunicaba con los corrales de la nuestra, me dijo:

—Por aquí coronel.

Estaban muy bien encerrados algunos de los nuestros con la familia que ocupaba la pieza única en que pretendíamos entrar y trabajo inmenso nos costó que

nos abrieran, sin embargo de haber sido reconocidos. Entre tanto éramos el blanco del enemigo que no cesaba de arrojarnos una lluvia de balas. Nosotros dos, el capitán de la escolta del general Martínez, cuyo nombre no recuerdo, y yo, fuimos los últimos en retirarnos de aquella desgraciada escaramuza. Acabábamos de ser sorprendidos por el enemigo de un modo que nos parecía fabuloso: á no ser que hubiera venido por el aire, no podíamos figurarnos otra manera de poder llegar sin ser sentidos hasta nuestro campamento. Y lo peor era que todos los que estábamos juntos en aquella pieza esperando de un momento á otro ser descubiertos, creíamos que nuestro vencedor había sido Rocha, de suerte que estábamos convencidos de que ya no teníamos mas expectativa que la de la muerte. Tal vez allí mismo; en medio de aquella inocente familia, íbamos á ser despedazados. La misma familia aquella empezó á ayudarnos á bien morir.

De repente oíamos en la calle unas exclamaciones que nos volvieron el alma al cuerpo, lanzadas por los que volvieron de dar el *alcance*.

—¡Viva el general Treviño!

—¡Viva el general Naranjo!

Asomamos un ojo por una hendidura y vimos que quienes lanzaban tales gritos eran unos rancheros, muy distintos de los soldados de línea que habíamos visto desembocar á la plaza formando la vanguardia.

¡Entonces Treviño y Naranjo estaban unidos con Rocha!

Por fin golpearon la puerta nuestra con el mango de una pistola. Un soldado abrió exclamando al mismo tiempo:

—Estamos vendidos.

Entró un gallardo oficial, que era nada menos que el comandante ó teniente coronel Cermeño jefe de la fuerza de línea. Cuando le dijeron que allí me encontraba yo, confió á un subalterno el resto de los prisioneros y á mi me dijo quitándose el kepi:

—Tenga vd. la bondad de seguirme.

Aunque estaba seguro de que iba á morir, como siempre queda en el corazón alguna esperanza, me dirigí á un mozo de confianza del general Martínez que estaba también preso y le dí á guardar mi cartera, diciendo luego al oficial con voz que me pareció tranquila:

—¡Jamás!



CAPITULO XLIV.

PRISIONEROS DE GUERRA.

El Sr. Cermeño que era el jefe de la fuerza de línea mejor organizada que nos dió la sorpresa de Charco Escondido, me trató con las mayores consideraciones, haciendo por tranquilizarme con su grata conversacion, informándome luego que el general Rocha con sus tropas estaba todavía á quince leguas de distancia y que los que nos habian dado aquella carga inesperada, eran nada menos que los generales Treviño y Naranjo.

—¡Ah! exclamé sintiendo iluminado mi espíritu por todo el esplendor de la verdad ¿y las avanzadas que estaban puestas por el camino de Monterrey?

—Fueron cortadas y hechas prisioneras, porque nosotros nos acercamos á este punto atravesando el monte.

Me preguntó entonces la causa del descuido en que fuimos encontrados, á lo que le contesté que no esperábamos ser atacados por aquellas fuerzas á las cuales considerábamos cuando menos imparciales en la cuestion ya que no fueran nuestras aliadas como lo afirmaba D. Pedro Martinez.

Caminábamos pié á tierra por en medio del campamento en el que tropecé con varios cadáveres y con una muchedumbre desordenada de los vencedores que á cada momento nos amenazaban con maternos, ébrios como estaban por el vino y el contento de su fácil victoria.

—¿En donde se encuentra el general Treviño? pregunté á un individuo de mala catadura que iba montado en uno de mis caballos y en mi propia silla.

—Allí, me contestó indicándome un grupo en el centro del campo.

Y al volvernos la espalda vi que llevaban tambien mi maleta y una pistola del general Martinez.

Dimos unos cuantos pasos para aproximarnos á donde estaba el general Treviño, todavía montado dando sus órdenes.

Cermeño se le aproximó á darle parte de la buena presa que habia hecho, notándose en su fisonomía placentera el gusto que esto le causaba. Treviño tambien se manifestó gozoso de verme en aquella condicion y dirigiendo su caballo hácia donde yo me habia quedado esperando que decidiese sobre mi suerte, me dijo con aire zumbon.

—¡Ola amiguito, ya cayó vd.

No contesté una palabra.

Entonces me enderezó una dura reprimenda, afeando nuestra conducta por haber penetrado al Estado de Nuevo Leon, cosa que nos tenía prohibida, por cuya falta bien merecíamos el castigo que nos había impuesto desbaratando nuestras chusmas.

—A fé que si hubiéramos podido defendernos, pensaba en mi interior, no dejaria que el jefe vencedor se desahogara cuanto quisiera.

Cuando concluyó de dirigirme aquel sermon le dije desentendiéndome de todas sus injurias.

—Soy prisionero de vd. general, y estoy á sus órdenes.

—¡Siempre mogigato! murmuró entre dientes y dispuso que se me condujera á un jacalon que se había escogido para encerrar á los prisioneros, el cual estaba completamente rodeado de tropas.

Allí me encontré al coronel Andrés Martinez hermano del general y á otros cincuenta y tantos oficiales que habian sido tomados prisioneros. En la clase de tropa habia unos 300 que estaban afuera del jacal en el centro de un cuadro compacto de centinelas.

Las noticias que estuvimos recibiendo fueron desgarradoras: el general Sierra, el pagador Valle y algunos otros de nuestros compañeros, habian sido alcanzados y muertos. El monte, segun los informes que nos llegaban estaba lleno de cadáveres. Por ese mismo monte habian hecho su retirada los generales Hinojosa, Martinez y Toledo y los coroneles

Orellana, Ignacio Martinez, Chasco, Santa Cruz y otros.

Teníamos una hora de estar en aquella prision provicional, cuando oímos un tiroteo y el oficial que mandaba la guardia entró con esta, ordenando que nos formásemos para fusilarnos: tenia estas instrucciones en caso de cualquiera alarma que pudiera favorecer nuestra fuga, tanto mas cuanto que nuestros prisioneros soldados rasos empezaron á dar gritos y á querer forzar la prision.

Por fortuna el alboroto cesó pronto y todo volvió á quedar tranquilo.

El alboroto provino de que Emilio Parra volvia con su fuerza de una expedicion y se introducía al rancho creyendo que estaba todavia ocupado por las fuerzas de Pedro Martinez. Si aquel jefe, sabedor de lo que habia acontecido hubiese dado un ataque combinado con Abraham García, de seguro que hubiera dado á Treviño una sorpresa tan completa como fué la nuestra, pero el fué el sorprendido al verse recibido á balazos y se vió precisado á huir en desorden.

La contraseña adoptada por las fuerzas de Treviño, fué una ramita de huizache muy verde que todos traian colocada en el sombrero, así es que en los momentos de confusion entró á nuestro cautiverio una mujer varonil, esposa de Abraham García, á quien todos llamábamos la Güera, la que me dijo, entregándome una de aquellas ramitas.

—Póngasela en el sombrero y sálgase, afuera lo espero.

Lo hice instantáneamente y salí de la prision casi detrás de ella. Los centinelas no me marcaron el alto al ver que llevaba la contraseña, creyéndome oficial de los suyos. Anduve durante cinco minutos yendo de aquí para allá sin decidirme á tomar ningun partido. Meterme en el monte era sumamente peligroso porque allí andaban los de Treviño buscando dispersos y botin. Los jacales del rancho estaban todos ocupados. Los caminos, veredas y direcciones, me eran totalmente desconocidas. La Güera que me habia ofrecido llevarme, muy conocedora del terreno, se habia ausentado sin duda para reunirse á su marido... entonces consideré que acaso era mas prudente permanecer entre los prisioneros, toda vez que era inútil pensar en la huida y regresé á reunirme con mis compañeros. ¿Hice mal? seguro que no, supuesto que vivo todavia y que en el caso de haber intentado separarme de aquel campamento, de seguro, sin que cupiera la menor duda, pronto iba á ser alcanzado y muerto.

Al oscurecer fuimos trasladados á una casa de terrado que ofrecia mejores condiciones de seguridad y allí se me presentó el Sr. secretario de Naranjo, Lic. Emeterio de la Garza, preguntándome lo que se me ofrecia. Aunque mi situacion era de las mas desesperadas, la presencia en mi prision de una persona decente é ilustrada me dió ánimo, atreviéndome á pedirle un catre de campaña, puesto que yo habia perdido el mio y todo lo que componia mi humilde equipage. El Lic. de la Garza me cayó muy

bien, tanto porque desde que fuera aprehendido hasta aquel momento, no habia tratado mas que con gente que se acercaba mucho al estado primitivo; como porque ese caballero es bastante simpático, tiene finas maneras y distinguida educacion. No he llegado á estrechar amistades con Emeterio de la Garza, pero nos hemos visto bien desde entonces, faltando, se puede decir, la ocasion, que viniera á procurarnos la intimidad.

Cumplió fielmente mi encargo y me mandó además una humilde cena, que era lo que podia proporcionar aquel rancho. Recuerdo que como nos habian dicho que en la madrugada habia de fusilársenos, todos los prisioneros nos sentíamos con poco apetito, y aún á alguno oí decir, que sentia la comida como hilacha que se resistia á la masticacion.

La noche fué cruel, tanto por el calor aumentado con la reunion de sesenta personas agrupadas casi unas sobre otras en una habitacion pequena, como por las frecuentes irrupciones de soldados que iban á ejercer vigilancia sobre nosotros y mas que á eso á satisfacer el gusto de causarnos molestias, haciéndonos desear que llegara pronto el dia para salir de penas.

El dia pareció en efecto tan triste como la noche, llenándonos de nuevas zozobras, pues se presentó una nueva guardia haciéndonos el oficial que la mandaba formarnos en hilera para pasarnos lista. Yo aparecia como el gefe principal y á mi se me encomendó la tarea de repartir treinta pesos entre to-

dos á razon de cuatro reales por cabeza, dándose me atribuciones de cabecilla en la prision. Desde aquel momento todas las órdenes, lo mismo que todas las molestias se entendieron conmigo.

Cuando empezó á alumbrar el sol se nos vino á formar de nueva cuenta y se nos sacó de la prision entre dos hileras de soldados.

—¡Ya nos van á fusilar! dijo uno de los prisioneros, difundiendo con esa imprudencia un indecible terror entre los demás.

No se trataba de eso todavía, sino de subírsenos sobre unos carros que se habian embargado para emprender la marcha.

—¿Y á donde vamos? preguntó uno de los nuestros á un oficial.

—A encontrar á Rocha para entregarle á vds.

Nuevo motivo de pánico entre los prisioneros.

Cuando nos vimos en el camino en medio de la extraña columna de Treviño, formada en su mayor parte de las veintenas de rancheros, que ofrecian un espectáculo bastante curioso, uno de los nuestros dijo:

—Este es el camino para Monterrey....

Y la alegría se apoderó del espíritu de los prisioneros, en grado tal, que á los pocos momentos empezaron á cantar y á dar otras muestras de satisfacción.

Andrés Martinez iba herido y á el y á mí nos permitieron ir sobre una caja en el carro mas pequeño, acompañados solo de otros ocho prisioneros.

El resto que eran unos cincuenta iban todos agrupados en el otro carro.

Habríamos andado á lo mas una ó dos leguas, cuando nos detuvimos cerca de un rancho que tiene por nombre "El Lobito."

—¿Que hay? preguntamos.

—Aquí vamos á esperar á Rocha, nos dijeron.

Nuevo motivo para dar lugar á zozobras.

En efecto, á eso de las diez de la mañana, vimos llegar un gran trozo de caballeria de línea, la cual se conocia por la faja negra que hacia dibujarse en el horizonte y luego se nos dijo que en efecto acababa de aparecer el general Rocha al frente de ochocientos caballos. Y como nos afirmaron que allí íbamos á acampar establecimos nuestros alojamientos debajo de los carros, buscando una poca de sombra, porque la llanura en donde habíamos hecho alto, estaba completamente al descubierto. A las diez abrasaba el sol como si nos encontráramos en la playa mas ardiente.

Diez minutos despues aparecieron delante de nosotros Treviño y Rocha seguidos de varios oficiales vestidos todos de colorado. Se nos mandó formar en fila y por lista se nos obligó á ir dando dos pasos al frente. El primero que se pronunció fué mi nombre: Rocha no me conocia, me examinó dos segundos y en sus ojos pude leer mi sentencia de muerte. Cuando se llegó el nombre de Texxié le recordó la mala partida que le habia jugado en San Luis ofreciéndole que iba á pagársela.

Concluyó la lista y se retiraron los generales quedándonos los prisioneros sumidos en la mayor consternación. Las noticias que nos llegaron sucesivamente fueron estas: Rocha pedía que se le entregaran todos los prisioneros para fusilarlos, pero Treviño y Naranjo se negaban, alegando que ellos eran los que habían alcanzado la victoria de Charco Escondido. Rocha desistía de su primer empeño y se conformaba con la mitad, en la inteligencia de que tenía órdenes del gobierno comunicadas por conducto del ministro Ignacio Mejía para fusilar á cuanto revolucionario pudiera atraparse. Treviño y Naranjo seguían oponiéndose á semejante carnicería.

A eso de las doce del día en que se repartió el rancho á la tropa y á los prisioneros, vino á establecerse una poca de calma: los generales estaban almorzando en la casucha principal del rancho que estaba á un kilómetro de distancia, y á nuestros oídos llegaban los acordes de la música que estaba tocando.

Durante la comida seguía platicándose sin embargo sobre el mismo tema, y aunque Rocha iba haciendo baja, respecto del número de prisioneros que pedía para el sacrificio, porque era indispensable para dar gusto á Juárez como si fuera un dios Huitzilopochtli que algunas víctimas se le inmolaran, no quitaba el dedo del renglón, figurando á la cabeza del pedido mi nombre y el de Texxié.

Nos encontrábamos, pues, los prisioneros de guerra en la mayor incertidumbre, y aunque habíamos

dos ó tres que inventábamos proezas para reanimar la moral y el buen humor, nuestros esfuerzos se estrellaban ante el terror que ya se había apoderado del ánimo de nuestros compañeros.

Por fin, vimos acercarse á un oficial, que era nada menos que Buzo, ayudante de Rocha, con un papel en la mano y seguido de unos treinta *cuerudos* (soldados vestidos de pieles) armados con carabinas de á doce. El oficial de la guardia que nos custodiaba *inmediatamente*, recibió el papel, lo examinó un momento, y encaminándose á los carros con voz enérgica pronunció mi nombre..... todos los presos esperaban que continuaran, ¡nada!..... yo fui el único escogido entre los demás.

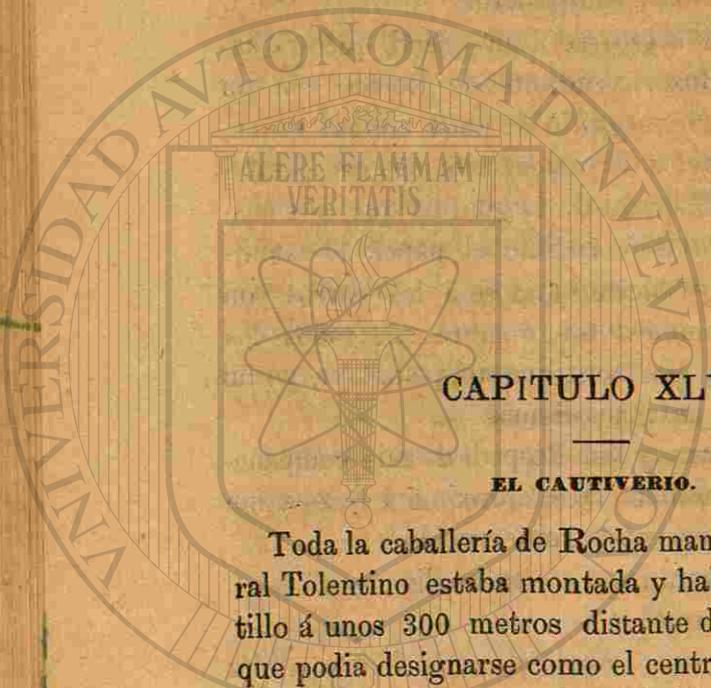
Cogí mi sombrero y me despedí de mis compañeros: casi todos lloraban. Me aproximé á Buzo y me pareció que también estaba enternecido.

Cuando le pregunté con cierta negligencia:

—¿Van á fusilarme?

—Si, me contestó, cubriendo una densa palidez todo su semblante.

—Pues vamos, capitán, le dije entonces, colocándome en el centro de la escolta. Estoy á sus órdenes.



CAPITULO XLV.

EL CAUTIVERIO.

Toda la caballería de Rocha mandada por el general Tolentino estaba montada y había formado martillo á unos 300 metros distante de nuestros carros, que podia designarse como el centro del campamento de Treviño. Llegamos á aquel sitio y el ayudante de Rocha Señor Buzo cumplió con las formalidades de entrega del prisionero condenado á muerte, hablando unas cuantas palabras con Tolentino, quien dispuso á su vez que fuera entregado al oficial que mandaba la escolta que debia verificar la ejecucion. Esta escolta estaba pie á tierra y luego que yo llegué á colocarme á su frente se dió á mi presencia orden de que se cargaran las armas.

Aquello presentaba el aspecto mas formal, podia decirse que la sentencia que se habia pronunciado era

inapelable y yo sin embargo con la conciencia íntima de que aquella no era la hora que el destino había fijado definitivamente para cortar los hilos de mi existencia, permanecia tranquilo, casi indiferente, presentando todos aquellos pormenores, como si se tratara de ver una parada militar.

Estaban practicándose las formalidades de la entrega, cuando acertó á pasar cerca de mi el general Tolentino.

—General, le dije, ¿no ha recordado vd. que fué recibido en un templo de masones en México, en que yo trabajaba, y en que pronuncié un discurso en la solemnidad de su recepcion?

—Si lo recuerdo, me contestó.

—Y bien, ¿recuerda vd. á la vez cuales son sus deberes masónicos?

—Es verdad, y ya me he empeñado en vano con el general Rocha.....

—Pero vd. es el que vá á fusilarme!

—Corro á ver si logro conseguir algo.

Y puso su caballo al galope con direccion á la casa del rancho donde se oian los acentos de la música y el rumor de los brindis de los generales.

No le recordaba igualmente lo de nuestro encuentro en Ixtlan, porque no trataba de que me pagara un favor, sino de que cumpliera con una obligacion.

Como no tenia ninguna fé en lo que pudiera hacer Tolentino, pensé en otro recurso mas eficaz y le dije entonces á Buzo:

—Quisiera vd. hacerme un servicio?

—El que vd. quiera, me contestó con decision, siempre que esté en mi mano.

Voy á referir una pequeña circunstancia que habia influido anteriormente, para que entre Buzo y yo existiera un sentimiento de simpatia. Siendo tambien ayudante de Rocha, fué herido y hecho prisionero en la accion de San José, y objeto entre nosotros de muchas consideraciones. Teníamos el general Martinez y yo un carruage y en este hacíamos Buzo y yo algunas jornadas, participándole de mis alimentos y ministrándole algunos cuidados. Sabia por lo mismo que su ofrecimiento era sincero.

—Lápiz y papel, le dije.

Me proporcionó ambas cosas y escribí dirigidas á Rocha algunas palabras de inteligencia. Acababa de recordar que el general era tambien mason, aunque por cierto en aquellos momentos no tenía confianza alguna en que diera mas obediencia á los preceptos de esta institucion que á las instrucciones que tenia del gobierno. Pero era preciso, visto aquel formidable aparato, intentar todos los recursos que se prestaran para mi salvacion.

—Esto para el general Rocha, dije al capitan Buzo, pero ántes se necesita suspender la ejecucion. ¿Puede vd. hacerlo bajo su responsabilidad?

—Sí, me contestó y dijo unas cuantas palabras al oficial que me habia recibido.

Este, no obstante, mandó traer unas reatas y dispuso que entre dos soldados me ataran fuertemente de los brazos y de las piernas, tirándome del modo

mas rudo sobre el piso. Esta escena la presenciaron mas de seiscientos hombres que daban frente al lugar de la ejecucion.

Como mayor lujo de seguridad, por si no bastaran los ochocientos hombres que me custodiaban, ni las cuerdas que me sujetaban las piernas y los brazos, aquel bravo oficial acercó dos centinelas que debian estar con el arma al brazo á quienes dió esta orden.

—Al primer movimiento que haga el condenado, ¡fuego!

Aunque supe entonces el nombre que llevaba ese energúmeno, procuré olvidarlo. Hay monstruos así entre los séres vivientes, que deberian causar vergüenza á toda la humanidad.

Sería el instinto que me ha hecho ser admirador del bello sexo, sería que mi interior tranquilo me daba ánimo, ó sería una curiosidad pueril; pero cuando pasó cerca de mí, montada en un soberbio caballo, una hermosa dama que segun supe despues era querida del general Tolentino, me incorporé ó procuré incorporarme, olvidando las instrucciones que tenian mis guardianes, quienes llegaron á preparar sus Remington y seguí absorto contemplando á la hermosa sílfide que se me aparecia en aquellos momentos como una deidad, hasta que desapareció detrás de la caballería, sin hacer por mi parte el menor caso de aquellos bárbaros que estaban ya listos á disparar sobre mí, solo por el atrevimiento de fijar mis ojos en tan bella y elegante señora.

En el movimiento que habia hecho, á pesar de mi exigente oficial, quedé con la vista fija en direccion al rancho de donde esperaba mi salvacion, y á pocos mo-

mentos columbré el rojo vestido de Buzo: detrás de él venia un hombre vestido tambien del mismo color. Cuando se aproximaron reconocí al general Rocha en persona.

Buzo llegó el primero y dió la órden de que me desataran. A mi me dijo simplemente:

—Viene el general.

El general llegó y ayudó personalmente á acabar de desatarme sin que pareciera llamarle la atencion tal procedimiento.

No medió mas que una simple explicacion entre nosotros, reducida á estas cuatro palabras:

—Es vd. mason? me preguntó.

—Sí, le contesté.

Respondí á sus señales y me dijo llanamente.

—Vuelva vd. á su sitio.

Sin esperar á mas, eché á andar por en medio del campo sin que ninguna escolta me custodiara. Al llegar al lado de mis compañeros, y esto era ya cerca del oscurecer, habiendo durado mi martirio unas cuatro ó cinco horas, todos los que me estaban creyendo difunto, recibieron la mas viva sorpresa. La preocupacion que les dominaba les habia hecho creer que habían oído una descarga una hora ántes y todos habian caído de rodillas y habian orado por el eterno descanso de mi alma.

Cuando llegaron á convencerse de que realmente era yo, pues algunos sin dar enteró crédito á su ojos me tocaban, empezaron á abrazarme, sin que dejara uno de hacerlo y derramaron lágrimas de enterneci-

miento. Además de un gran ascendiente había engendrado, pues, verdaderas simpatías entre mis compañeros, lo cual me envanecia. Tambien es verdad que consideraban lo que acababa de pasar como un milagro, diciendo que no había ejemplo semejante atendida la rigidez del general Rocha en campaña.

¡Nunca habia dejado sin obedecer alguna de aquellas órdenes de muerte que con tanta facilidad comunicaban Juarez y sus ministros contra sus adversarios en política! El milagro no podia ser mas patente.

Continuamos en los carros nuestra marcha para la ciudad de Monterey á donde llegamos en los últimos dias del mes de Junio. En la garita que queda algo distante, hicimos alto y se nos mandó echar pie á tierra, no obstante que acababa de llover y las calles estaban llenas de charcos. Entonces se nos formó en doble hilera colocándonos en el centro de la columna y con una fila de soldados á nuestros flancos. Así entramos á Monterey, recorriendo la ciudad en varios sentidos, precedidos de la música y entre cohetes y repiques, como si se tratara de un convite de circo por una parte y por otra de algun acontecimiento extraordinario.

Las gentes de Monterey, lejos de insultarnos al ver que tanto se nos paseaba por las calles como si fuéramos animales raros, lejos de injuriarnos como se deseaba, nos compadecian, y señoras habia que cerraban luego sus ventanas y se metian llorando.

La gente del pueblo se contentaba con exclamar:

—¡Pobrecitos!

—Para qué los estarán haciendo pasear tanto?

—¡Ya apenas pueden de cansados!

Por fin llegamos á una casa vacía, en la cual se nos introdujo, cubriéndose todo de guardias y de centinelas. Se nos hizo saber que la cárcel pública no ofrecía seguridades ni amplitud para contener á sesenta prisioneros peligrosos y que por eso se había improvisado aquella casa en prision. Estaba en un punto céntrico y rodeada de los cuarteles. De allí á la plaza principal, á la casa de gobierno etc. no habia mas que un paso.

Nos tiramos para descansar en el suelo sucio, puesto que no teníamos otros muebles, y apenas el ángel de la resignacion que acompaña á los desgraciados había permitido que el sueño cerrara nuestros cansados ojos, cuando vino un soldado á despertarnos diciéndonos que allí estaban unas comidas. En efecto, de varias casas particulares nos mandaron de comer régicamente, y á mí que era ya un poco conocido en aquellos rumbos, me mandaron tambien un catre y una muda de ropa. ¡Cómo es cierto que por cada malvado que hay en la tierra surgen cien almas buenas y caritativas dispuestas á enjugar las lágrimas del que sufre! ¡Cómo es cierto tambien que donde hay un tirano que oprime y martiriza, hay criaturas humanas revestidas de otra naturaleza, que no ven en las otras criaturas mas que á hermanos á quienes es preciso tender una mano cariñosa que endulce sus penas!

Cuando mas estábamos saboreando los agasajos de

aquellas buenas gentes, llegó la órden de que nadie entrara á hablarnos sin permiso escrito, de que no se nos llevaran comidas sin la misma formalidad y de que nada se introdujera á nuestra prision que no fuera escrupulosamente registrado, prohibiéndose nos terminantemente que tuviéramos armas, papel, tinta, cortaplumas, camas de laton ó fierro, con escepcion de la mia y sobre todo ninguna clase de vinos y licores.

Teníamos una ventana á la calle con rejas de fierro y allí se puso un centinela que no debia permitir que nadie se aproximara ni de dia ni de noche.

Yo y los gefes de mas graduacion ocupábamos la sala: el resto de los prisioneros ocupaban una recámara y en otro cuarto que tenia puerta para el patio se puso á los enfermos.

Yo seguía haciendo cabeza en la prision y encargado de repartir el haber de cuatro reales por persona cuando habia dinero.

Como las precauciones de rigor que se desplegaron contra nosotros fueron despues de que nos habíamos puesto en contacto con infinidad de personas, resultó que ya estábamos provistos para entonces de armas, de dinero y de cuanto necesitábamos para dar desarrollo á cualquiera de los muchos proyectos que constantemente estábamos urdiendo.

El que tomó mas consistencia fué el de pronunciarnos con la guardia que nos custodiaba que estaba de acuerdo con nosotros y con nuestros soldados prisioneros entre los que habia un oficial que los encabezaba que seguía pasando por soldado raso.

La combinacion era buena, salvo el poco conocimiento que en nuestra mayor parte teníamos de la localidad. Pero como podia fracasar era necesario tomar algunas precauciones que aseguraran la huida despues de la derrota.

Entonces me valí de un amigo de confianza, del Lic. D. Jesus Jimenez al cual confié todo nuestro plan, encargándole de que nos tuviera cuando menos dos caballos ensillados para mi y el coronel Martinez que éramos los que mas peligro corríamos en caso de un fracaso.

Jimenez salió gustosísimo á cumplir con su comision. El golpe se daría en la noche de la mañana en que le habíamos comunicado nuestros proyectos.

Pero tal fué la alegría de nuestro amigo, que roció su almuerzo con mas espíritus de los que eran necesarios, se entusiasmó con nuestro plan y faltó á las leyes serenas de la discrecion: ¡lo contó todo no por hacernos perjuicio sino arrastrado por el entusiasmo! Era un secreto que no podia caber en su pecho, que se hacia pedazos de gusto, y se le escapó en frases imprudentes.

Media hora ántes del momento preciso, cuando apenas acabábamos de correr la palabra de orden, desde nuestro alojamiento hasta el Hospicio donde se encotraban los otros prisioneros, se presentó una guardia muy reforzada de fuerza federal, para relevar á la del Estado que nos custodiaba.

Ya no era una guardia de veinticinco hombres la que nos vigilaria sino dos de á 50 completamente re-

forzadas. Una ocupaba la parte baja y otra la parte alta. Es decir habia dos soldados para cuidar á cada prisionero.

Inmediatamente se procedió á hacer un riguroso registro en la prision sin que se hubiera podido encontrar cosa alguna que inspirara sospechas ¡y teniamos allí quince ó veinte pistolas!

Desde ese fatal dia se aumentó espantosamente el rigor con que se nos trataba, impidiéndonos toda comunicacion con el exterior; todo el dia se oia la voz de llamada al cabo cuarto dada por los centinelas por el asunto mas insignificante: se nos colocaron centinelas dentro de las habitaciones y por la tarde á las seis y cuando mas tarde á las siete éramos encerrados.

Entonces los graves planes de rebelion tuvieron que convertirse en humildes proyectos de fuga.



Entre tanto, la noticia de nuestro fracaso había producido gran sensación en la prensa del país y entre las relaciones de los prisioneros, considerándose que según la usanza y las órdenes terminantes comunicadas sin embozo, por el Ministro de la Guerra, todos debían sufrir la última pena. Treviño había rendido el parte de su fácil victoria dándole grandes proporciones y poniendo mi nombre pomposamente á la cabeza de la lista de los prisioneros, reconociéndome el carácter de coronel de caballería que era el título que se me daba en las órdenes generales y demás papeles que nos fueron aprehendidos. Había sido cogido con las armas en la mano, lo mismo que el resto de nuestros compañeros, y debíamos sin género de duda sufrir la pena última conforme á cualquier ley que quisieran aplicarnos y

principalmente como holocausto debido á las exigencias de la política, pregonadas muy alto por Juárez, encañamiento del principio de autoridad! Rocha también rendía otro parte y daba cuenta de que ya había reclamado á los prisioneros para cumplir con las órdenes que se le comunicasen sobre el particular.

Todos vieron muy claro que estábamos de antemano condenados á muerte y con objeto de salvarnos se echó mano de recursos que apenas son imaginables. Toda la prensa, sin distinción de colores políticos, clamó á una voz pidiendo que fuéramos perdonados. Unos periódicos, como los de Colima, Veraacruz y Guadalajara, hacían mérito de nuestros servicios prestados en la guerra extranjera y pretendían que era un deber del gobierno que nos otorgara el perdón. Otros, como los que sostenían la política del gobierno, convenían en que se nos impusiera algún castigo pero nunca el de la muerte, aconsejando en aquel caso la misericordia.

Los masones llamaron á Juárez á un festín y pronunciaron allí elocuentes discursos, distinguiéndose entre los oradores el joven Clemente Vazquez, que estuvo según supe después arrebatador, sin que ninguno lograra alterar un solo músculo en el rostro lleno de severidad azteca del Presidente. Lo que hizo fué no dar contestación á ningún brindis y responder á las interpelaciones privadas que no era á él sino á la majestad augusta de la ley á quien le tocaba decidir sobre nosotros. Mi desolada familia, acompañada de mis numerosos amigos personales, fué tam-

bien á echarse á las plantas del primer magistrado, sin lograr tampoco arrancarle ni el mas insignificante de los consuelos, que sería en todo caso el que se le reclamaba con justicia y era: que se nos juzgara con todas las formalidades de un juicio imparcial en la capital de la República, sacándonos de aquellos lugares desiertos en que no disfrutábamos ni de una sombra de garantías. ¿Por que se nos había de privar de un derecho que se les concede por la Constitución á todos los criminales? ¿Acaso estábamos nosotros fuera de la carta fundamental? ¿No éramos ciudadanos mexicanos, y en todo caso, habitantes de la República y sujetos á sus leyes?

Esas razones, y otras muchas que se alegaron, podrían tener toda la fuerza que se quisiera, pero el gobierno no quiso escucharlas y se mantuvo en una reserva inflexible: en la reserva que le daba su propia seguridad, su conciencia íntima de que á la hora en que se hacian todas aquellas gestiones debíamos estar ejecutados. Las órdenes eran claras, precisas, concluyentes, indudables, feroces y los encargados de ejecutarlas tenían la costumbre de la obediencia, de suerte que no era lícito figurarse siquiera que en aquellos momentos estuviéramos todavía con vida.

Por eso el Sr. Juárez contestaba cuando se le obligaba á contestar algo á los que se interesaban por nuestra suerte:

—La ley obrará: yo no puedo interrumpir los efectos de la ley que está por encima de todos nosotros.

Y mientras tanto, el Ministro de la Guerra D. Ig-

nacio Mejia aprovechaba todos los conductos de mar y tierra para apremiar á que se cumplieran las órdenes que habia respecto de los prisioneros en general y de las personas recomendadas en particular, si era que alguna causa, cualquiera que fuera, habia impedido cumplirlas.

Estas noticias nos fueron comunicadas á Monterey por los periódicos y las cartas que recibimos. Se nos tenía prevenido que no recibiéramos comunicacion alguna si no era por conducto del gobernador, á quien semanariamente ademas le habiamos de mandar las cartas de familia, únicas que nos eran permitidas, abiertas para que pudiera ponerles el pase á fin de que fueran admitidas en las oficinas del correo, lo cual quiere decir que estaba prevenida respecto de nosotros la mas estricta incomunicacion; pero teníamos amigos entre las mismas personas que rodeaban al gobierno, uno de ellos era Pancho Garza Treviño, y éste nos hacia el favor de ponernos al corriente de lo que pasaba, siendo muchas veces intermediarios inocentes de nuestros planes de evacion y de otros muchos que diariamente nos fracasaban. Estos pusieron en nuestras manos los periódicos que llevaban tan alarmantes noticias, y aunque por mi parte ya había muerto moralmente desde que estuve próximo á ser fusilado; veía bien claro que no había pasado mas que un peligro superficial y que el verdadero lo estaba corriendo en aquellos momentos en que debian haberse recibido las órdenes terminantes para que concluyera el incidente con nuestra definitiva ejecucion. De todos modos y aunque

la orden fuera de fusilarse á todos, sabía muy bien, que mi nombre había de encabezar la lista, tratárase de matar á muchos ó á pocos. Yo era el que en lo sucesivo iba á tener menos esperanza de salvacion.

Había recibido de Guadalajara un despacho telegráfico de mi hermano político, diciéndome que todo el comercio y personas respetables de aquella sociedad se habían dirigido á Juarez pidiéndole que me indultara de la pena de muerte y que se esperaban buenos resultados. Esto lo ví en los periódicos: Juarez contestaba que el gobierno procedería en justicia.

Aquella última esperanza estaba pues desvanecida.

Entonces me confirmé en que la única manera que tenia de salvar mi vida era evadirme de la prision y consagré todo lo que tenia de voluntad y de inteligencia á dar forma á tan audaz y á primera vista irrealizable proyecto.

A cuantos compañeros de la prision propuse que nos escapásemos, me contestaban, que era ya imposible, porque se ejercia sobre nosotros tal vigilancia que era para no dejarnos ni respirar. Al único que encontré un poco mas decidido fué al francés Texxié que por los muchos idiomas que sabía y por su natural astucia podía resultar un magnífico compañero.

—Tengo un plan, le dije, que ofrece algunas probabilidades de buen éxito.

—Con una sola probabilidad que tenga, debemos intentarlo.

—Mi plan tiene muchas.

—Cuál es?

—A su tiempo lo comunicaré á vd. Por ahora necesitamos proveernos de pasaportes y..... nada mas.

Al dia siguiente se estuvo metido Texxié dentro de las cortinas de mi cama fabricando los pasaportes. Con unos naipes y una navaja hizo las letras de molde y con tinta de imprenta que se proporcionó, pudimos tener á los tres dias unos documentos tan bien hechos que podían pasar por los ojos del mismo Rocha sin que notara entre los nuestros y los que el extendía la menor discrepancia.

Entonces llevé á Texxié al brocal del pozo ó noria que estaba en el patio y le dije:

—Por aquí nos vamos.

Vi por unos momentos vacilar el valor de aquel hombre, quien exclamó con el semblante demudado:

—¿Por aquí?

—Es la cosa mas fácil, si no estoy errado en mis cálculos.

—No comprendo.

—Este pozo está comunicado con la casa inmediata.

—De veras?

—En las noches de luna he observado que saean agua en la otra casa por medio de un carrillo semejante á éste y que el mozo, seguramente por decidia, deja despues el cubo dentro del pozo. Probablemente la extremidad de la soga debe tener un palo que queda bien atravesado en el carrillo.

En aquel momento sacaban agua en la otra casa y dije:

—Ponga vd. cuidado.

Se oía perfectamente el chirrido que hacia el frote de la sogá en el carrillo y veíamos moverse el agua al caer el cubo. A la sesta vez vimos distintamente que el cubo quedó dentro del agua y todo volvió á quedar en silencio. Texxié no respiraba, y cuando quedó convencido por si mismo de la bondad de mi plan, solo agregó este argumento:

—¿Y si la sogá del otro lado está tan mala como la nuestra?

—Eso no destruye el resto de las probabilidades que Vd. exige.

—Tiene vd. razon. Ahora vd. fija el dia.

—Mañana al oscurecer.

—Pueden vernos con la luz de la luna.

—Es otra probabilidad en contra, pero no podemos esperar por mas tiempo. Mañana llega Rocha á Monterey y pasado mañana iremos al patíbulo, vd. y yo los primeros.

—Queda resuelto ese punto. ¡Mañana! Yo me encargo de todos los pormenores.

Los pormenores eran: destrozár la sogá vieja del pozo que teníamos á fin de que los prisioneros contribuyeran para comprar una nueva, poveyéndose de una segunda para refaccion, proporcionarse un palo largo con un gancho en la punta para atrer con él la sogá del otro pozo y unir ambas en el punto en donde cesara la pared que dividia á los dos pozos, arreglar una maleta con lo mas indispensable etc. etc.

Rocha llegó en efecto por la tarde del dia siguiente.

te, difundiendo esta noticia el pánico entre los prisioneros. ¡Demasiado sabian que era el encargado por el gobierno para llevar á cabo las ejecuciones!

Se me pasaba decir que los masones de Monterey habian comisionado á Mr. Landolf, dueño del hotel de San Fernando para que me visitara, cuando eran permitidas las visitas al principio de nuestro cautiverio, y que con ese caballero, que me dió las mas grandes pruebas de amistad, arreglé, en la única vez que hablamos, una clave de cifras y la manera de comunicarnos en el porta-viandas al cual le mandó hacer un secreto que solo los dos conocíamos. Otro dueño de hotel, Mr. Achille Chéron, se disputaba con Landolf la benevolencia de prestarnos servicios y se dió buenas mañas para hacernos llegar vinos y cerveza que nos estaban rigurosamente prohibidos. Este mismo me habia obsequiado con una botella de magnífico cognac que yo tenia oculta para aprovecharla en la mejor ocasion.

Avisé, pues, á Mr. Landolf que aquella noche íbamos á evadirnos, á fin de que nos tuviera listos los dos caballos que me habia ofrecido, con un guia que nos acompañara. Mr. Landolf me contestó de acuerdo, urgiéndome á que hiciera lo posible para salir de la prision, porque ya era público que el dia siguiente íbamos á ser encapillados.

No nos quedaba que hacer otra cosa mas que poner en ejecucion el proyecto. Para mayor seguridad teníamos informes respecto de la persona que moraba en

la casa contigua é hicimos esfuerzos para hacerle llegar un aviso, que no le llegó probablemente porque no tuvimos contestacion.

Ese vecino era un capitalista llamado D. Bernardino Garcia.

Era preciso aparentar ante nuestros compañeros la mayor calma y por la tarde me puse á jugar ajedrez con uno de ellos, mientras Texiér daba la última mano á los preparativos. A Landolf le mandé decir que me mandara la comida despues de las siete de la noche para retardar el encierro que se verificaba á esa hora. Texiér vino á avisarme á la sala comun que habia llegado mi porta-viandas. Solo registré este para ver si venia un papel, y como estuviera vacio el lugar destinado á los mensajes cedí la cena á los prisioneros mas necesitados. Texiér me llevó á un rincón del patio y de entre las yerbas sacó la botella del cognac ya destapada y sus demas útiles de fuga. Dimos un gran sorbo cada uno de aquel líquido destinado á comunicarnos mayor resolucion y nos encaminamos al lugar en que estaba el pozo, todavia en la sombra, pues la luna llena solo estaba alumbrando la otra mitad del patio, con una luz tan clara como si fuera de dia. Echamos suertes sobre quien descenderia primero y tocó á Texiér, quien atando un extremo de la sogá al carrillo echó la otra parte al pozo á donde se introdujo violentamente, quedando convenido en que cuando todo estuviera listo, me haria la señal maullando como un gato. Si tenia tiempo haria nudos en la sogá del otro pozo para que pudiera ascender con mas facilidad y

la renovaria con la que llevaba de refaccion si no la encontraba en buen estado de resistencia.

Habia bajado ya y rechinaba la carrucha con su peso, cuando se me acercó un oficial prisionero del cuarto de los enfermos, aquel á quien habia cedido mi cena, diciéndome:

—¿Me permite vd. sacar un cubo de agua?

—Espere vd. un momento.

—Ha bajado uno por la sogá, ¿quien es?

—Cállese vd. hombre.... aquí está el cabo cuarto á dos pasos y.... se va á descubrir esto.... que sirve para todos....

Tras de aquel oficial vinieron otros varios á ver lo que pasaba y entre ellos uno apellidado Nuñez, comandante de graduacion que me profesaba algun cariño personal.

El altercado se hizo mas y mas alarmante; pronunciándose el mayor número contra mi escapatoria, diciéndome que los comprometia.

—Todos debemos correr la misma suerte, exclamó el enfermo.

—Pero cuando me sacaron á fusilar en el Lobito, ¿fueron vds. á correr la mia? le pregunte con calma.

—Es diferente si vd. se va ahora, Rocha nos fusila á todos.

Nuñez intervino entonces exclamando:

—¿No son vds. hombres? ¿No han leído, pues, las noticias que vienen en los periódicos? Yo les mando á vds. que se estén quietos.

—Aquí todos somos iguales.

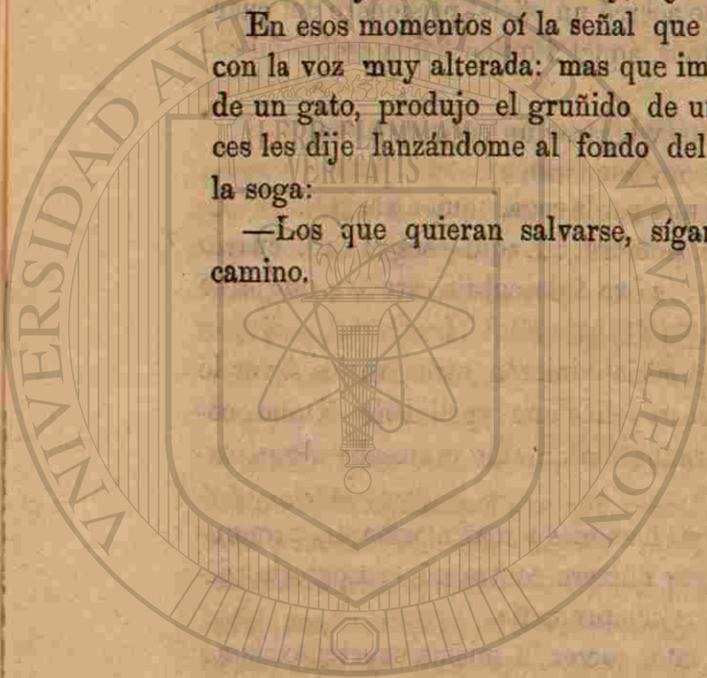
—Y no debemos consentir en que algunos nos aban-

donen. La libertad ha de ser para todos ó para ninguno.

—Pues yo tambien me voy, dijo Nuñez.

En esos momentos ó la señal que me hizo Texiér con la voz muy alterada: mas que imitar el maullido de un gato, produjo el gruñido de un tigre. Entonces les dije lanzándome al fondo del pozo cogido de la sogá:

—Los que quieran salvarse, síganme: este es e camino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

CAPITULO XLVII.

INCIDENTES.

Mi principal temor una vez lanzado al abismo, fué que mis compañeros dieran la voz de alarma y que los soldados nos hicieran fuego dentro del mismo pozo, de suerte que por mas prisa que me diera á bajar, siempre daba tiempo á que la guardia ó por lo menos los centinelas que estaban junto á la noria, hicieran uso de sus fusiles, por lo que me parecia á cada momento oír sobre mí una descarga. Este natural temor me dió tal impulso que, inconscientemente me encontré al otro lado ya muy cerca de la boca del pozo vecino alumbrado por la luz de la luna.

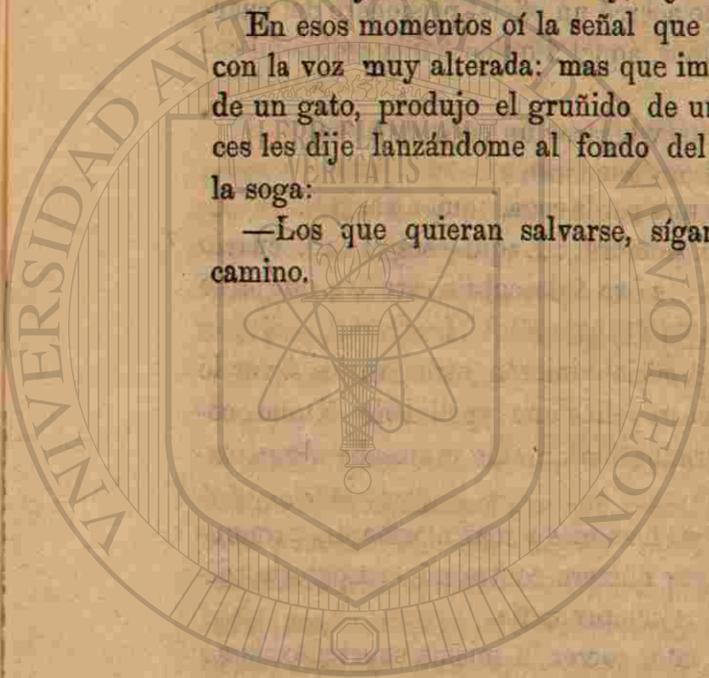
Para subir, lo mismo que había hecho para bajar, solo me serví de los brazos, sin observar que Texiér había hecho á la cuerda algunas lazadas para que pudiera meter en ellas los piés y subir con mas descan-

donen. La libertad ha de ser para todos ó para ninguno.

—Pues yo tambien me voy, dijo Nuñez.

En esos momentos ó la señal que me hizo Texiér con la voz muy alterada: mas que imitar el maullido de un gato, produjo el gruñido de un tigre. Entonces les dije lanzándome al fondo del pozo cogido de la soga:

—Los que quieran salvarse, síganme: este es el camino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

CAPITULO XLVII.

INCIDENTES.

Mi principal temor una vez lanzado al abismo, fué que mis compañeros dieran la voz de alarma y que los soldados nos hicieran fuego dentro del mismo pozo, de suerte que por mas prisa que me diera á bajar, siempre daba tiempo á que la guardia ó por lo menos los centinelas que estaban junto á la noria, hicieran uso de sus fusiles, por lo que me parecia á cada momento oír sobre mí una descarga. Este natural temor me dió tal impulso que, inconscientemente me encontré al otro lado ya muy cerca de la boca del pozo vecino alumbrado por la luz de la luna.

Para subir, lo mismo que había hecho para bajar, solo me serví de los brazos, sin observar que Texiér había hecho á la cuerda algunas lazadas para que pudiera meter en ellas los piés y subir con mas descan-

so y comodidad, casi como si hubiera escalones de una escalera; pero yo no ví esto por la situación escepcional en que me encontraba, y como ya dije, bajé y subí á fuerza de brazos, llegándose un momento en que completamente me faltaron los alientos y esto cuando estaba á ménos de dos varas de la salvacion.

Cogido á la cuerda con las dos manos desfallecidas y con el cuerpo tirante, sin haber podido apoyar los piés en ninguna parte, llegué á considerar que me era imposible continuar ascendiendo y llamé á mi compañero con voz suplicante:

—Texiér, le dije.

Y como nadie contestara;

—¡Texiér! ¡Texiér! volví casi á gritarle con voz suplicante, haciendo esfuerzos para ascender que no resultaran inútiles, puesto que ya estaba muy cerca de la boca del pozo.

—Texiér, volví á decirle otra vez con voz angustiada, pues ya había llegado el momento en que no podía tenerme mas cogido á la cuerda, porque me faltaba fuerza en los músculos de las manos é iba á soltarme.

Apareció en lo alto del pozo la cabeza de Texiér despues de unos momentos que me parecieron siglos.

—Que hay? me dijo.

—Que voy á soltarme, que ya se me acabaron las fuerzas.

—No, me dijo él con la respiracion agitadísima, un esfuerzo mas y tómese de mí cuello.

Hice el esfuerzo, alcancé el cuello de Texiér con

una mano quedándome con la] otra cogido á la soga; pero al asirme de él comprendí que no me daba ninguna seguridad y volviendo á oprimir la cuerda con el pequeño resto de fuerzas que me quedaba, torné á decirle con voz cuya entonacion era el de una eterna despedida:

—Es imposible. . . . yo debo quedarme aquí.

El pobre no tenia palabras ya para darme valor.

Entonces el instinto de la propia conservacion me trajo una idea feliz. Haciendo un esfuerzo supremo, el mas terrible, el mas gigantesco, el mas sobrenatural esfuerzo que haya hecho hombre alguno en su vida, me contraje, logré subir las piernas, que con la frialdad del pozo se encontraban inertes y, sosteniéndome con los piés y la espalda, fijos contra las paredes, me solté de ambas manos, quedándome ya sin ningun apoyo, de tal manera, que el menor movimiento me haría ir rodando desde á veinte ó mas varas de altura en que me hallaba hasta las aguas que no eran muy profundas y que no podian impedir que me estrellara el cráneo en sus arenas. . . . Aquel momento de suspension sobre el abismo sostenido solo con la espalda y los piés atravesado á todo el ancho del pozo, me sirvió mucho para cobrar nuevas fuerzas. Entonces me cogí nuevamente de la soga que tenía abandonada, dí otros pasos más, ayudado de los piés, que logré subir hasta el brocal del pozo, quedando casi con la cabeza para abajo. Entonces Texiér sujetó aquellos y ya con esa ayuda eficaz pude seguir avanzando con los brazos hasta que me eché casi exánime enci-

ma del pretil, sobre el cual quedé un instante descansando.

Cuando pude recoger la respiracion y hacer uso de la voz que ya me faltaba, dije á Texiér:

—Estamos descubiertos.....

—¿Como?

—Todos los oficiales..... estaban agrupados..... al pozo..... cuando oí la señal..... y..... me vine.

—Entonces..... vamos á ser..... aquí... fusilados.

Noté entonces que la respiracion de Texiér era todavía mas cortada y mas difícil que la mia. También había tenido que trabajar mas tiempo que yo y luchando sabe Dios con cuantas dificultades.

—Seguramente, le contesté.

—El caso es... que no podemos... salir de aquí... allí vienen unos criados... vámos á ocultarnos... en... aquel cuarto... allí puse mi maleta....

—Suceda..... lo que suceda..... debemos irnos luego..... no tardan los soldados..... en hacernos fuego.... por arriba....

Texiér entonces entró al cuarto y tomó su maleta.

El pozo daba á un patio pequeño y en el siguiente que era un poco mas grande era en donde habíamos oido voces de mujeres. Estas voces habian ido felizmente alejándose.

Entonces oímos voces de mujeres y hombres reunidos en los altos, fijándonos por primera vez en que aquella casa los tenia. La luna en aquellos momentos caia á plomo sobre el patio iluminándolo con una luz que á nosotros nos parecia tan brillante como la

del sol; pero había una línea de media vara de sombra junto á la pared de nuestra derecha y por ella pudimos deslizarnos llegando sin ningun tropiezo al zaguán.

—¡Estamos salvados!.... exclamó Texiér.

—Todavía no, le contesté:

Y en efecto, por mas esfuerzos que hicimos no pudimos abrir la puerta y.... ¡era forzoso salir de allí!

Prontamente urdimos un plan y entramos dando fuertes pisadas como gentes que llegan de la calle.

—El Sr. D. Bernardino García?... preguntó Texiér, con la voz temblorosa.

—No está aquí, contestó un hombre desde arriba.

—Y la Señora?... pregunté yo á mí vez para no dejar toda la carga á Texiér y con objeto de que la emocion fuese repartida entre ambos.

—Tampoco está, contestó la misma voz, ¿que se ofrece?

—Traemos un negocio....

—Muy importante....

—De Matamoros.....

—Es el de una libranza....

—Allá voy.

Bajó en efecto un hombre que tenia aspecto de criado y éste, abriendo la puerta de la calle que no estaba cerrada mas que con un pestillo, que nosotros no habíamos podido encontrar antes en medio de nuestra turbacion, comenzó á darnos las señas de la casa en donde podíamos encontrar á D. Bernardino García y á su Señora.

No lo dejamos terminar, sino que precipitándonos á la calle, apenas debe haber oído que le dije yo:

—Sí, sí.... ya sabemos á la casa.

Y sin cuidarnos de la estrañeza que debió producirle el que tomásemos un rumbo distinto del que nos indicaba, nos fuimos rectos á una fuente que hay en el centro de la plaza, impulsados por el instinto de encontrarnos en un sitio aislado en donde poder deliberar. La puerta se cerró sin embargo y nosotros continuamos sin hablar palabra con direccion á la fuente, á la cual no abordábamos aún, cuando vimos que una escolta de diez ó doce hombres llegó á la casa de D. Bernardino y oímos que el oficial golpeaba la puerta con el puño de la espada.

—Vámonos de aquí, dije á Texiér.

—Nos buscan á nosotros?

—Sin duda alguna: lo que me estraña es que hayan tardado tanto en perseguirnos.

Algun tiempo despues supe por informes de los mismos prisioneros que los oficiales que trataban de impedir la fuga dieron cuenta á Andrés Martínez que era el gefe mas caracterizado de lo que pasaba y que este lo puso en conocimiento del oficial de guardia, quien para saber quienes y cuantos eran los que faltaban, tuvo que formar á los prisioneros y pasarles lista, lo mismo que hacer un reconocimiento en el pozo, operaciones que lo ocuparon una media hora, tiempo que nosotros debimos emplear en las maniobras que llevo referidas. Al tomarse los informes que dieron las gentes de la servidumbre de D. Bernardino

García, ya se pudo tener la evidencia de que por allí nos habíamos escapado, y se dió parte á la superioridad destacándose inmediatamente numerosas patrullas por todas partes para que nos sorprendieran, cateándose cuantas casas se creyeron sospechosas y hasta la del obispo Vereá por ser jalisciense.

Nosotros nos dirigimos al azar buscando el hotel de San Fernando en donde debia estarnos esperando Mr. Landolf con los caballos, y digo al azar, porque conociamos poco la poblacion y estábamos desorientados por los sucesos, y los humos del cognac que habíamos apurado en buena contidad ya nos alcanzaban. Vimos un edificio iluminado y atravesamos por los mismos billares imprudentemente sin cuidarnos de la concurrencia que se fijaba mucho en nuestras fachas de revolucionarios. En el patio encontramos á un negro y Texiér le dijo en inglés que fuera á llamar á Mr. Landolf. Este tardó poco en venir causándole suma sorpresa vernos allí á aquella hora.

—Aquí están Rocha, Treviño y sus oficiales, nos dijo apresuradamente, yo mismo les estoy sirviendo la cena.... vds. no pueden permanecer ni un segundo.

—Y los caballos? le pregunté aterrado, previendo ya que habia descuidado este detalle, bajo la plena seguridad que tenia de que no podríamos cumplir nuestra promesa de fugarnos.

—No hay.... no se consiguen aún.... ¡váyanse por Dios!

—¿Y á donde hemos de ir?

En esos momentos apareció en la puerta de los bi-

llares un caballero de elevada estatura y muy barbado, que segun dijo Landolf era un doctor inglés amigo suyo á quien puso al corriente en pocas palabras de nuestra situacion, rogándole que nos ocultara en su casa que no podia ser sospechosa. Convino en ello aunque demostrando mucha vacilacion y nos dijo que lo siguiéramos á regular distancia.

Así lo hicimos, tomando nosotros por en medio de la calle tomados del brazo, y hablando palabras en inglés para que se creyera que éramos extranjeros borrachos, á lo cual ayudaban las enormes botas que llevábamos calzadas lo mismo que nuestras blusas de lona.

El doctor inglés tenia una Botica que quedaba al frente de un terreno abierto como plazuela en el cual habia algunos carretones de basura: nos dijo que lo esperaríamos ocultos debajo de uno de estos, mientras él iba á ver si no habia gente sospechosa en la Botica. Allí pasamos dos horas en la mayor ansiedad, pues á cada momento velamos pasar patrullas que se cambiaban contraseñas con los serenos y sentíamos el movimiento que nos demostraba que ya se hallaba en alarma la poblacion.... Por fin volvió el doctor y entregándonos cinco pesos y una navaja de barba, nos dijo:

—Es imposible alojarlos en la Botica porque no se va la gente y es lugar pequeño: quítense la barba y salgan luego de la ciudad.

Insistimos en que nos ocultara, se negó terminantemente y solo convino al fin en llevarnos con otro

extranjero amigo suyo que tal vez podria encargarse de nuestra salvacion.

—¿Quién es? le preguntamos.

—Mr. Mathieu, un estatuario que tiene corazon de oro.

—¡Vmos allá!

Y por entre las patrullas nos dirigimos á la casa de Mr. Mathieu, el cual estando ya recogido en su lecho tardó algo en abrirnos.

El doctor le dijo quienes éramos y nos dejó en la puerta confiados á nuestro nuevo dueño, quien nos dijo que su casa era muy pequeña y nos invitó á que lo siguiéramos despues de cerrarla por fuera con llave.

Habíamos andado varias calles siempre para el extremo norte de la poblacion, (no puedo afirmar que fuera al norte sino por un vago recuerdo) cuando se me ocurrió preguntarle:

—Y bien, ¿á donde nos lleva vd?

—A la salida de Monterey, para que tomen luego la montaña.

—La montaña?

—Si, si: dentro de media hora están vds. allí en salvo.

—¡Imposible! exclamé con resolucion, nosotros no iremos esta noche á la montaña, en primer lugar porque estamos rendidos de fatiga y no podremos avanzar mucho sin caernos de sueño, y en segundolugar porque mañana mismo seremos allí alcanzados y matados como perros.

—La montaña es muy grande.

—Pero los rancheros de aquí saben seguir las huellas y no tardaríamos en ser descubiertos.

Texiér indicaba que nos llevara á su casa otra vez á lo que Mathieu contestó:

—Tiene que ser visitada mañana por el general Rocha segun me ha ofrecido uno de sus oficiales.

—Pues llévenos vd. al hotel de Achille Chéron.

—Está muy lejos y viven allí muchos oficiales.

—A quién pertenece esa casa? pregunté yo indicando una finca de gran zaguan y de anchas ventanas que era una de las últimas de la poblacion.

—Es una cerveceria alemana, en donde hay juegos de boliche. Es el Tivoli de Monterey.

—Está bien; allí pasaremos la noche.

En seguida dirigiéndome á Texiér.

—Despierte vd. al dueño y háblele en aleman contándole que somos contrabandistas ó cualquiera otra paparrucha.

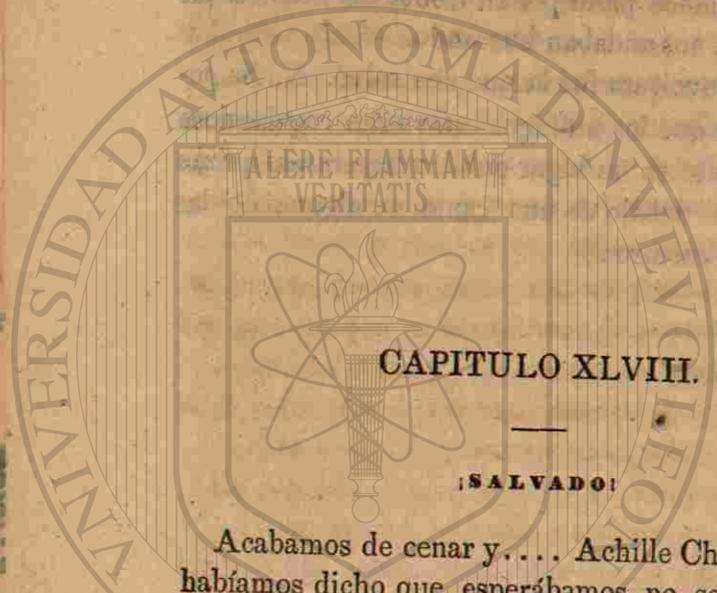
A la vez que Texiér golpeaba fuertemente la puerta, el Sr. Mathieu se despedia de nosotros para que no le vieran en nuestra compañía.

Nos abrió el aleman encargado de la casa: Texiér le pidió alojamiento ó cuando menos algo de cenar mientras llegaba Achille Chéron á buscarnos, para quien estábamos encargados de meter un contrabando: por fortuna aquel era un su cliente y estaban los dos en negocios, conviniendo con el mejor agrado en darnos entrada.

Abrió la puerta de par en par, encendió varias luces en una especie de cenador que daba precisamente

al frente de la calle y allí nos sirvió carnes frias y cerveza que nosotros gustamos con el mayor apetito, mientras veíamos pasar por en frente de nosotros las patrullas que nos andaban buscando.

Esta desenvoltura fué la que nos salvó. Nadie podía figurarse que los prófugos estuvieran regalándose tranquilamente en un lugar público, esperando quizás encontrarnos debajo de una cama en alguna de las casas que se catearon.



CAPITULO XLVIII.

¡SALVADO!

Acabamos de cenar y.... Achille Chéron, á quien habíamos dicho que esperábamos, no se presentó ¡ni era fácil que se presentara!

Entonces con la mayor calma del mundo, pedimos á nuestro alemán una cama para pasar la noche, y de muy buena voluntad, no obstante la extrañeza que debía producirle nuestra facha, como ya habíamos conversado con él alegremente y habíamos simpatizado, colocó dos colchones sobre unas mesas de billar y apenas pusimos la cabeza en la almohada nos dormimos profundamente, dando el descanso que necesitábamos, tanto á nuestro espíritu como á nuestro cuerpo.

Por la mañana cuando ya entraba el sol por las rendijas de la puerta, se presentó el alemán muy alarmado diciéndonos que, ¡como teníamos calma para es-

tar durmiendo cuando estábamos corriendo el mayor peligro?

—¿Se ha descubierto el contrabando?... preguntó Texiér.

—Que contrabando ni que canastas! vdes. son los dos prisioneros del general Treviño que se han fugado anoche.

Entonces nos refirió que se nos buscaba como agujas, que se habían cateado muchas casas, que se estaban registrando los caminos, sendas y montañas y que de un momento á otro debía presentarse allí la policía. Por fortuna había estado ya muy temprano en la cervecería el dueño de la negociacion, que era un frances anciano de buenos sentimientos y éste le había prevenido que nos ocultara del mejor modo posible.

—Conque vamos á desayunarnos, nos dijo, y en seguida al escondite que les tengo dispuesto.

Nos sirvió su Señora un suculento desayuno al aire libre y en seguida fuimos conducidos á un gran horno que no por ser grande dejaba de tener mal olor y de ser molesto. Sobre todo, cuando calentó el sol se hizo insufrible y temiendo ser asfixiados salimos de allí decididos á ser fusilados. Tanto era así de insoporable el calor y la falta de ventilacion.

Entonces nos fuimos al interior de la huerta: había allí sembrada una milpa y formamos una pirámide de cañas con una cavidad que nos sirviera de refugio y en donde nos ocultábamos cada vez que oíamos una voz de alarma que fué convenida con el alemán y con su esposa.

En una vez estábamos completamente descuidados hablando de nuestra situación, cuando oímos carreras de caballos por la puerta y en nuestra misma dirección. No tuvimos tiempo más que para ponernos lívidos. Sin embargo, los caballos estaban sueltos, y se habían asustado, corriendo á donde nos hallábamos, mientras sus dueños se habían metido al despacho á tomar cerveza. Al apercibirse de ello se vinieron á recogerlos á la vez que nosotros estábamos ya metidos en nuestro escondite. Pero los malvados caballos lejos de dirigirse á rumiar las cañas de maíz de la siembra, gustaron más de las nuestras y poco faltó para que en su afán no derribaran nuestra pirámide, dejándonos al descubierto. Ya se comprenderá la ansiedad en que estuvimos durante los segundos que emplearon aquellos oficiales, pues que oficiales de Treviño eran, para coger sus caballos. No necesitaban más que tener ojos para hacerse cargo de que aquel promontorio de cañas de maíz tenía alguna significación.

El peligro pasó, y cuando se fueron tan impertinentes parroquianos, nuestro buen alemán vino á decirnos que allí no estábamos bien y que había calculado que estaríamos mejor colocados en una pequeña azotea que estaba cubierta en parte por las ramas de un árbol. Allí tendríamos sombra y aire libre, solo que estábamos condenados á no alzar la cabeza ni á asomarnos por ningún lado, porque cualquiera persona que llegara á divisarnos dada la grande alarma de la noche anterior y el escándalo que se había hecho, entraría en sospechas y sería capaz de delatarnos.

Subimos á la azotea y allí estuvimos debajo de las ramas que se estendian por aquel lado tendidos de barriga, sin que nos fuera posible dominar del todo nuestra curiosidad cada vez que llegaba una persona al establecimiento ó que sentíamos pisadas de caballos por la calle. Entonces arrastrándonos como gatos nos llegábamos al borde de la azotea y con las mayores precauciones satisfacíamos nuestro deseo.

Achille Chéron apareció por fin y quedó encargado de proporcionarnos lo que necesitábamos para salir de Monterey. Él me dijo que había hablado ya con las hermanas del Dr. Gonzalitos, una persona que todo el país sabe es adorada en Monterey, las cuales además de interesarse en mi suerte por ser mis paisanas, eran en extremo buenas y caritativas. Su casa había sido una de las primeras cateadas y ya habían hecho esfuerzos para averiguar donde estábamos para tendernos su protectora mano.

Nuestro buen amigo Achille volvió un poco más tarde con los útiles que le habíamos pedido: un vestido negro para mí, un birrete de seda, un Breviario, un cuello de padre y un rosario; y unos calzones y chaqueta de cuero, con el sombrero respectivo para Texiér. Yo iba á fingirme un cura y Texiér un sirviente ranchero. Achille nos dijo que estuviéramos listos en una hora, pues que trascurrida esta se presentaría una persona, que no le habían dicho las Gonzalitos quien era, pero á la cual podíamos confiarlos ciegamente.

Yo me rapé toda la barba y me puse aquellas ropas

quedándome tan bien trasformado en clérigo que la esposa del alemán á quien me presenté para hacer una prueba, no quería creer que fuera una misma persona con el escapado de la noche anterior. Texiér por su parte también quedó inconocible, dejándose unas pequeñas patillas medio rubias iguales en el recorte á las que usan los rancheros. El traje le iba muy bien é imitaba el lenguaje y el tono perfectamente.

Llegó la persona que esperabamos en un guayin acompañada solamente del cochero. Ambos nos hicieron la mejor impresion y ni siquiera vacilamos en seguirlos.

Con razon, y de una vez diré quien era la persona encargada de nuestra salvacion: nada menos que el valiente general Juan Guerra, que entonces era todavía coronel. Su presencia arrogante, su voz dulce, sus ademanes llenos de resolucion, todo contribuyó á infundirnos la mayor confianza.

Tomó algunas botellas de cerveza que acomodó en el coche y señalando á Texiér el asiento del pescante junto al cochero y á mí el del fondo, nos dijo:

—Allí tiene cada uno en su asiento una carabina de doce tiros y una pistola de seis. Somos cuatro hombres bien armados y resueltos que venderemos caras nuestras vidas. ¡En marcha!

Y dando otra prueba de audacia de las mas grandes que se hayan visto, tuvimos que atravesar de una lado á otro la poblacion á fin de llegar al punto en que debiamos refugiarnos. Pasamos por la plaza, por el palacio, por las casas de comercio, por nuestra misma

antigua prision fingiendo que conversábamos tranquilamente.

Juan Guerra, que era persona muy conocida en todo Monterey, tenía que ir saludando á sus amigos. Muchos han de haber sospechado algo, pero tuvieron la prudencia de disimularlo.

Llegamos á los suburbios opuestos y nos detuvimos en una pintoresca casa de campo perteneciente á la familia de nuestro salvador, de allí recogimos unas ropas y luego pié á tierra atravesamos por fértiles prados en donde corrian preciosos manantiales de agua.

Recuerdo que al querer saltar uno perdí pisada y caí al fondo sumergiéndome hasta la cintura.

Esto era lo de menos en aquellas circunstancias y continuamos nuestra marcha como si nada hubiera sucedido. Al pié del cerro llamado de la Mitra que está enlazado con la cordillera de la Sierra Madre, nos encontramos un mozo con tres cabalgaduras y un gran cesto de viveres: los dos criados echaron pié adelante con su carga y nosotros los seguimos por difíciles veredas en nuestras mulas que eran las cabalgaduras que montábamos. Todavía con luz llegamos al sitio que nos iba á servir de albergue casi en la cima. Abajo estaba un sembradio del cual era dueño el mozo que llevaba la cesta de viveres y por el cual nadie podría atravesar sin su permiso. La única senda que conducia á nuestro escondite era aquella que habíamos llevado y como la posición era infranqueable, resultaba que estábamos allí como en un baúl, salvo el pequeño inconveniente de dormir á la intemperie. Eso iba á

importarnos poco una vez que tuviéramos tranquilidad en el alma.

Luego que nos dejaron Juan Guerra y sus mozos, después de haber pasado en la cumbre de la montaña un rato de agradable conversacion, tratamos Texiér y yo de arreglar nuestra casa lo mejor que pudimos. Muy cerca del punto en que nos habian dejado, había un hueco en la peña que con unas cuantas ramas convertimos en preciosa gruta, estableciéndonos la cocina afuera para que no nos ahogara el humo. Era peligroso hacer lumbre y teniamos recomendacion por los que allí nos habian llevado de que no la hiciéramos, pero nosotros quisimos correr el riesgo, por tal de comer las cosas calientes, usando de algunas prudentes precauciones.

Después que arreglamos nuestra habitacion y nuestros rústicos lechos, descubrimos la cesta de víveres... ¡Jesus! ¡que sorpresa! Allí habia buenos vinos, buenos tarros de cerveza, buenas carnes frias, buenos pescados, buenas piezas de pan francés y otras varias cosas, que aumentaron, si cabia, nuestro devorador apetito. Hicimos una cena realmente pontifical, agregándole una taza de Moka ó de huasteco, con su respectivo *plus-café*. Después de esto nos consagramos á las reminiscencias de lo que nos habia sucedido hasta aquel momento, y el mismo murmullo de la conversacion acabó por traernos un sueño reparador.

Al dia siguiente nos visitó Juan Guerra y nos trajo varias noticias, entre otras el periódico oficial en que estaba impresa una circular que se había dirigido á to-

das las autoridades del Estado y que es lo mas bárbaro que he visto hasta ahora en esa clase de documentos en nuestras guerras civiles. Siento que se me estraviara como otros muchos papeles y no poder insertarla, porque llamaria mucho la atencion de las gentes civilizadas.

En esa circular se daban nuestras filiaciones y señas particulares, dictándose prevenciones muy duras contra nosotros y contra los que nos dieran abrigo: se prevenia que fuéramos aprehendidos y que si haciamos resistencia fuésemos muertos acordando premios á la actividad y castigos á la negligencia. En caso de que se nos matara, que era el fin de todas las recomendaciones, debería justificarse esto presentando nuestras cabezas á la primera autoridad del Estado.

Conforme á esa prevencion todas cuantas personas nos favorecian se estaban haciendo reos de la pena de muerte y esto nos puso en un embarazo que procuramos solventar suplicándoles que nos dejaran abandonados á nuestra suerte. Pero tanto Juan Guerra como las personas que lo ayudaban en su obra generosa eran incapaces de retroceder cuando estaban haciendo el bien y lejos de consentir en abandonarnos redoblaron con nosotros sus cuidados y atenciones.

Al tercer dia de estar allí tuvimos un gran susto: de repente, después de que habiamos almorzado fuimos viendo delante de nosotros una persona desconocida con vestido de cuero. Cualesquiera otros se hubrian desconcertado con semejante sorpresa y se hubieran vendido: nosotros con la mayor sangre fria le

referimos á nuestro extraño visitante que éramos cazadores. Lo creería ó no, pero él á su vez nos dijo que andaba buscando unas mulas y que las huellas señaladas de las nuestras le habian llevado á donde estábamos.

—¿Y en donde están sus animales? nos preguntó.

—Se los llevó el mozo á darles agua y volverán á la tarde por nosotros.

Para mayor precaucion el mismo dia nos cambiamos á otro sitio muy distante en la misma montaña, teniendo cuidado de borrar todas las huellas que pudieran descubrirnos, pues antes bien las que dejamos cuando fueron á inspeccionarlo todo les hizo creer que ya habiamos dado la estampida.

Asi pasamos una semana no sin estar escetos de inquietudes y zozobras. Cada dia se iba haciendo mas difícil nuestra huida, porque en cada dia se redoblaba mas la vigilancia en los caminos, no desesperando de que dieran el mejor resultado las medidas puestas en ejecucion. Nosotros tambien empezamos á creer que solo un milagro podía hacernos salir de aquella cadena de espionage que se habia difundido por todas las poblaciones y rancherías.

Un incidente inesperado vino á influir en nuestro favor. La autoridad primera de uno de los distritos, creo la de Cadereyta, dió un parte diciendo que unos rancheros le comunicaban que habian visto dos cadáveres en cierto punto, cuyas señas confrontaban con las que de nosotros se habiandado. ¡Vaya con mil santos! La *vindicta* del gobernador estaba satisfecha, y

por lo menos mientras se averiguaba si éramos ó no nosotros aquellos cadáveres, teniamos tiempo de escapar. Arreglamos de nuevo nuestros disfraces completando lo que nos faltaba y por la tarde bajamos de la montaña acompañados de nuestro infatigable bienhechor, el querido amigo Juan Guerra. Este nos entregó la suma que se pudo reunir entre los mexicanos y extranjeros que concurrieron á hacer aquella obra de caridad, nos dejó nuestras armas, nos proveyó de víveres frescos, puso á nuestra disposicion dos buenos caballos ensillados y enfrenados, todo lo cual pondriamos en poder del general Quiroga, si llegábamos con bien á Laredo de Texas, donde aquel tenia su casa.

Abrazamos tiernamente á nuestro generoso salvador y nos pusimos en camino al anochecer precedidos de un guia que despues llegó á ser mi criado mas fiel y de mayor confianza.

Habiamos andado á muy buen paso unas cinco ó seis leguas cuando Texiér me dijo de repente que no podia cabalgar mas. Encendí un cerillo y vi en efecto que el semblante lo tenia lívido.

—Siga vd. me dijo, vd. es el que importa que se salve.

—Pero somos compañeros y no puedo abandonarlo aquí.

Entonces nos metimos al monte, atamos los caballos y entre el mozo y yo lo medicamos con lo único que teniamos á la mano que era con cognac dándole fricciones por el cuerpo. Lo arropamos para que su-

dara y pasaron dos horas sin que diera esperanzas de mejorar.

Texiér voivió á decirme:

—Yo me voy á morir aquí: vd. sálvese. No es justo que por mi le cojan prisionero mañana.

—Si vd. cree que está enfermo de muerte, es mayor razon para no dejarlo.

Y se empeñó fuertemente en que yo me salvara solo y mas fuertemente me empeñé yo en quedarme.

Refiero esto porque despues tuve un pago horrible de aquel compañero que se condujo conmigo en el extranjero como un canalla.

En otras dos horas de fricciones conseguimos aliviarse y volvimos á ponernos en camino, teniendo que ir despacio porque el ansia le repetia y le ahogaba. Por fin se mejoró mucho con el fresco de la mañana y entonces avanzamos mucho terreno. En los ranchos que tocamos nos recibieron bien por mi traje de eclesiástico, aunque les causaba extrañeza que fuera armado hasta los dientes.

Todavía tuvimos algunas aventuras y entre otras la de haber sido reconocidos por un rancharo muy vivo que cuidaba el paso del rio Salado, cuyo silencio compramos con \$25. En este paso estuvimos á punto de ahogarnos porque iba violentísimo el curso del rio y se nos volteó la canoa.

Luego que vió Texiér que nos acercábamos á puntos mas poblados y que nuestra reunion infundia sospechas, me pidió mi caballo que era mucho mejor y de buena andadura con pretesto de su enfermedad y

tomó un diverso sendero del que llevábamos procurando que ni yo ni el guia observáramos su separacion. Nos hizo perder algunas horas buscándole y convencidos al fin de que era una pillada, seguimos nuestro viage con rumbo al Bravo, no sin extraviarnos varias veces.

Por fin despues de pasar algunos trabajos y peripecias llegamos al rio Bravo por un lugar solitario, construimos nosotros mismos una balsa y en ella pasamos el guia y yo, teniendo grandes apuros para pasar tambien las cabalgaduras.

Quando estuve en territorio americano tiré la montera y el breviario y grité con el mayor regocijo:

—¡Vivan los hombres libres! Ahora si puedo ya respirar venga un abrazo.

Y no habiendo otra persona á quien abrazar, abracé á mí guia por dos veces.

Mi guía llamado Faustino, que había sido criado de confianza de Quiroga y que me había ofrecido de allí en adelante serlo mio, refirió á aquel el comportamiento de Texiér abandonándome cuando yo no quise hacerlo así en ocasion mas de sesperada y á las orillas de Monterey en donde había espuesto mi libertad y mi vida por ser consecuente y buen cristiano, lo cual reprobó Quiroga llenando á Texiér con las palabras mas duras, indignándose á tal punto como si á él mismo le hubiera sucedido aquello. No contábamos con que el mismo Texiér, tendría la desfachatez de presentarse al día siguiente contándonos que se había perdido en un momento en que había querido ganar terreno.

Es de advertir que él conocia toda la orilla del rio Bravo mejor que mi guía Faustino por haber sido muchos años allí uno de los mas peligrosos y de los mas audaces contrabandistas. Despues me confesó que había querido encaminarse al centro de Tamaulipas, que consideraba como á sus terrenos, pero que había temido que no le alcanzaran los recursos. Hasta entonces había sido yo el depositaerio de los fondos.

El general Quiroga despues de recogerle el caballo y las armas quiso echarle de allí con ignominia, pero yo me opuse diciéndole que tendría que salir tambien, pues no podía olvidar que había sido mi compañero de fuga y que me habían servido muchísimo su inteligencia y su decision: en consecuencia tenía que comer del plato que yo comiera y contar con los recursos conque yo contara hasta que nos separáramos defini-

CAPITULO XLIX.

REGRESO A LA PATRIA.

No habiendo mas episodios importantes sino hasta las revoluciones conocidas por de la Noria y Tuxtepec, en las cuales tomé una parte tan activa y tan directa como en las anteriores, pero cuyos sucesos corresponden á la 3ª parte de esta obra que continuará publicándose en los números siguientes de la *Patria Ilustrada*, voy á cerrar por ahora la segunda parte con la relacion de mi pequeño destierro hasta la expedicion de la ley de amnistia y mi regreso á México.

El general Quiroga que era de aspecto duro y que cuando estuvo en campaña llegó á tener actos de verdadera crueldad, era sin embargo un hombre muy bueno en el fondo, segun pude comprender en los pocos dias en que me retuvo alojado en su casa prodigándome las mas cordiales atenciones.

tivamente. Le alojé en mi misma habitacion, participó de mis ropas y de mi asistencia y fué tan atendido en lo de adelante, por dos ó tres dias mas, como yo lo era. Llegado el momento de la partida, me despedí de mi nuevo y generoso amigo el general Quiroga, haciéndonos la promesa mútua, que despues cumplimos, de encontrarnos juntos en campaña. Partimos Texiér y yo en carruaje por el desierto territorio de Texas que divide á Nuevo Laredo de Brownsville, procurando acampar en los aguajes, que eran muy escasos, no obstante encontrarnos en la estacion favorable. Ibamos en cambio bien provistos de víveres y esto contribuyó á que la espedicion no fuera tan penosa.

Cuando llegamos á Brownsville fuimos recibidos en triunfo por nuestros amigos refugiados en aquella poblacion. Allí estaban mis queridos compañeros, amigos y hermanos el Dr. Ignacio Martinez que acababa de ser herido en una temeraria espedicion que hizo á Camargo, y Pedro J. García, que estaba preparándose para acompañar en otra mas temeraria todavía al general Pedro Hinojosa. Iban ambos amigos á saltar al territorio mexicano con unos treinta hombres mal armados, para ser destrozados en el primer encuentro. Ni siquiera tendrian esta gloria pues los mismos suyos los asesinarían luego que no pudieran darles ninguna paga.

Allí estaban tambien el coronel Francisco Martinez y otros muchos oficiales que no habian tenido tiempo mas que de refugiarse allí despues de las con-

tinuadas derrotas hechas á los restos de lo de Ovejo. La revolucion no solo había declinado sino que había concluido con tan severos golpes y la mayor parte de nuestros gefes ó se hallaban ocultos, ó proscritos, ó se habian pasado con armas y vagages al enemigo.

Era muy natural que hubiera entrado el mayor desconcierto en nuestras filas; y nosotros, sin embargo, teniamos grande aliento, así lo creiamos, para avivar el fuego sagrado de la revolucion. Estábamos sedientos de tomar la revancha y no solo publicábamos un periódico con el nombre atronador de «La Revolucion,» y haciamos milagros y conseguíamos dinero que empleábamos en armas, sino que escribiamos á todo el mundo invitándole á pronunciarse contra la odiosa dictadura de Juarez y aun al mismo Cortina que imperaba en Matamoros tuvimos la audacia de dirigirle alguna amable invitacion.

A quienes haciamos una guerra sin cuartel, era al general Palacios gefe de las fuerzas federales en Matamoros que nos habia hecho una persecucion tenaz y á Treviño á quien prodigábamos los epítetos mas re-tumbantes. En realidad nos sentiamos dominados por grande encono, ó si me es permitido decirlo, por un vehemente deseo de venganza; sentiamos en el rostro como el calor de los chicotazos que nos había dado Treviño con lo que nosotros llamábamos sus negras acciones; estaba hirviendo nuestra sangre bajo el impulso de la humillacion que nos había hecho sentir en la sorpresa de Chareo Escondido; yo particularmente me veía arrastrando mi verguenza por las calles de Mon-

terey y seguido del peladage que se había mandado que gritara ¡viva Treviño! y en esos momentos me consideraba con impulso bastante para obrar un cataclismo por tal de conseguir la revancha.

Nuestro periódico respiraba, pues, veneno contra Treviño especialmente, y nuestros trabajos revolucionarios, casi públicos, trajeron sobre nosotros la atención de las autoridades americanas que no dejaron de dirigarnos serios apercibimientos, impidiéndonos mas de una vez que pasáramos el río á dar un golpe de mano, llevados, eso sí, mas de la compasión á nosotros que de afecto al enemigo, pues bien echaban de ver que nosotros éramos la parte flaca y los que voluntariamente queríamos inmolarnos en el altar de los sacrificios del Huitzilopochtli que gobernaba á los mexicanos.

Palacios y Cortina llegaron á saber que Ignacio Martínez estaba curándose sus heridas oculto en Brownsville y como esas heridas procedían de un hecho reciente, que calificaban de vandálico por haber tomado los fondos públicos que había en Camargo á la ocupación de la plaza, pidieron formalmente su entrega. El coronel Francisco Martínez fué entonces el aprehendido por equivocación, tuvo tiempo el Dr. de ocultarse mejor, de completar su curación en ocho días mas y por fin de salir para Nueva Orleans con objeto de establecerse allí definitivamente ejerciendo su profesión.

El coronel Francisco Martínez que se encontraba enfermo del pulmón, al grado de haber predicho los

médicos su próxima muerte, quiso cambiar de aires y se arregló para partir también á Nueva Orleans, dejándome conforme á un convenio que celebramos, un magnífico caballo árabe que había pertenecido á Maximiliano valuado en mil pesos y una silla plateada de mucho valor. Yo no necesitaba aquello, pero me proponía rifar ambas cosas en una fuerte suma y sacar recursos que era lo que mas necesitábamos todos en aquella situación. Me quedé pues con ellas y puse el caballo en una pensión, permitiendo que Texiér lo montara de cuando en cuando, al cual solo se le entregaba mediante orden escrita. Es de advertir que al llegar ambos á Brownsville había partido con él los recursos que me quedaban, lo cual no impidió que dicho Texiér fuera á los tres días á refugiarse á la casita que teníamos rentada Pedro Garcia y yo con nuestro pequeño ramo de imprenta.

La llegada á Brownsville del general Toledo, del coronel Enkin y de otros muchos revolucionarios que reconocían nuestra casita situada frente al río como su cuartel general, llamó otra vez la atención de las autoridades mexicanas que, poniéndose de acuerdo con las americanas proyectaron caer de noche sobre nosotros y pasarnos al otro lado del río para ejecutarnos de manera que no pudiéramos intentar recurso humano para salvarnos.

El plan fué magníficamente combinado. Cortina pasaría con 25 hombres armados á media noche, consintiendo en hacerse violador del territorio extranjero, se apoderaría de nosotros sin que lo sintieran en el

cuartel americano por estar retirado, y metiéndonos en las lanchas, seríamos trasportados á Matamoros en donde se nos fusilaria luego para que no hubiera otro remedio. Muerto el perro

Pero nosotros lo supimos afortunadamente, y tambien de noche salimos para un rancho que tenia el general Hinojosa en Texas á nueve leguas de Brownsville, yendo en la expedicion el mismo general Toledo y las demas personas que corrian el mencionado riesgo. Texiér me propuso que se quedaria cuidando la casa y vigilando el caballo en la pension, puesto que no lo podria montar porque para pedirlo necesitaba llevar orden mia escrita.

¡Pues cuando volvimos á los ocho dias habia desaparecido Texiér con caballo, silla y cuantos objetos principales habia yo comenzado á reunir en mi modesto equipage!

Perseguidos como estábamos, vistos ya mal por todo el mundo á causa de lo que pasaba entre nosotros mismos y conociendo poco el idioma y las leyes de aquel país, dejamos al ladron que se fuera tranquilamente á Corpus Christi en donde vendió todo por \$500 que le sirvieron para largarse á Europa y tomar parte en la revolucion de Francia al lado de la Comuna.

Dicen que Texiér murió ahorcado en Paris. Lo cierto es, que ni ha vuelto á reclamar su rancho de Cinco Palos á su socio Cesáreo Garza ni nadie ha vuelto á obtener noticias suyas.

En Julio me habia escapado de la prision de Monterey, en Agosto habia llegado á Laredo y estábamos

ya en el mes de Octubre sin saber que hacer y sin expectativa de ninguna clase, viviendo de nuestro propio crédito y acaso en vísperas ya de recurrir á un trabajo mas material para mantenernos, cuando recibí un mensaje de mi familia dándome la noticia de haberse aprobado en el congreso una ley de amnistia general.

Inmediatamente hice mis lios, recurrí al crédito, tuve el dinero indispensable para el viage y me puse en marcha para Nueva Orleans.

—¿Nos vamos á México? pregunté al Dr. Martinez luego que dí con él en su casita de Rampart Street.

—Sí nos vamos, me contestó despues que le hube impuesto de que estaba ya espedida la ley de amnistia.

—Tenemos que detenernos aquí unos ocho dias mientras llega el único vapor que hace viages de este puerto á Veracruz.

—All right.

En consecuencia, destinamos ocho dias para pasearnos en aquella populosa metrópoli, separando lo indispensable para pagar el pasage á bordo del buque.

Desgraciadamente en el "Cosmopolitan Hotel" cometieron con nosotros uno de esos abusos que en todas partes se cometen con los extranjeros, nos cobraron \$25 por una docena de puros habanos que yo me habia fumado despues de las comidas, y esto, lo mismo que otros percancees, produjeron el desnivel de los recursos y vimos partir el vapor sin tener el gusto de poder embarcarnos para nuestra patria.

El dia 1º de Diciembre de 1870 logramos que se

nos admitiera á bordo de un buque mercante de pocas toneladas por 60 pesos que era todo nuestro capital, y en ese falucho, verdadera cáscara de nuez, pero muy velera, llamada la "Bella Island," nos arriesgamos á cruzar el tempestuoso Golfo Mexicano. El capitán nos ofreció ponernos en 6 días en Veracruz, pero llevábamos ya ocho días y no habíamos adelantado gran cosa por que los vientos nos habían sido contrarios.

Por fin el día 10 estalló un temporal. En mis apuntes se encuentran estas palabras que son mas expresivas que cuanto yo pudiera decir, porque fueron escritas en presencia de la tempestad: "Día 10. ¡Terrible día! A las nueve de la mañana comenzó á soplar un huracán que duró hasta las cuatro de la tarde cogiéndonos en alta mar en el seno del Golfo. El capitán no ha podido tomar la altura por el tiempo cubierto. Hubo que arriar todas las velas dejando el buque á palo seco y á merced de las enfurecidas olas. El capitán está alarmado todavía y á cada media hora nos reparte vasos de wishkey para que sepamos morir con valor. ¿No estamos salvados ya, le pregunté, puesto que ha calmado el viento?—Entonces señalándome el espumoso mar que parecía un mar de champagne, me contestó.—Es mas difícil librarse de este elemento que de aquel otro.—Es decir, el capitán tiene mas recelo de las olas enfurecidas que del terrible viento que ha barrido cuanto había sobre cubierta en nuestra embarcación, llevándose también á un marinero en lo recio del huracán, sin que nadie supiera ni á que hora. El espectáculo es grandioso

sin embargo. He llamado al Dr. Martinez varias veces, pero el pobre está mas mareado que nunca y hasta por la tarde logré con trabajos, por que el buque experimentaba recias sacudidas, sacarlo á la toldilla y al ver como está el mar ha exclamado: ¡Sublime! ¡sublime!—Yo me quedé orgulloso de su sorpresa, como si aquello fuera mio. Por la noche siguió la tormenta, pero mas soportable. El capitán me ha dicho despues que lo menos en veinte veces estuvimos á punto de ser tragados por las olas."—En este mismo día 10 de Diciembre se perdieron siete embarcaciones de diversas categorías, segun fuimos informados en Veracruz á los ocho días en que pudimos por fin saludar las playas de nuestra patria.

¡Oh que inmensas sensaciones de alegría, de satisfacción, de orgullo sentí al irme aproximando á México en donde iba á volver á ver á tantos seres queridos que ya casi me habían llorado por muerto! Me parecía que el ferrocarril caminaba con demasiada lentitud y que la distancia que me separaba aun de la capital no se acababa nunca.

Muchos de mis amigos se sirvieron acompañar á mi familia para recibirme en la Estación de Buena Vista. Allí estaban lo generales Negrete, Cosío Pontones, Carrillo, Toledo y otras personas avesadas á toda clase de vicisitudes, que han hecho como yo un largo aprendizaje en la escuela de adversidad. Allí estaban el Sr. Palacios Magarola y otras personas, varias de las que creía yo que mucho habían visto y sentido durante su vida, para que pudiera imprecio-

narles aquella escena. Pues todos derramaron lágrimas de enternecimiento cuando me vieron estrechar en mis brazos á mi esposa y á mis amados hijos que tan pocas esperanzas tenían de volverme á ver.—Aquella fué una escena casi muda, pero muy elocuente. Lo que acababa de pasarme en Charco Escondido y Monterey era lo que realmente hacía desgarradora semejante situación.

Todos juntos nos fuimos á casa y cuando ya fué muy entrada la noche me dejaron de nuevo instalado en mi hogar, dicha de que no disfruté mucho tiempo, segun verá el lector en la tercera y última parte de esta verídica historia.

FIN DE LA SEGUNDA PARTÉ.

ERRATAS PRINCIPALES

| PÁGINA. | LÍNEA. | DICE. | DEBE DECIR. |
|---------|--------|---|---|
| 303 | 19 | como gobernador | al lado del gobernador |
| 303 | 18 | del gobernador Garfías | del Señor Garfías |
| 305 | 16 | de Loyala | de Sayula |
| 384 | 1 | la defección de Guadarrama, de Pedro Torres y algunos | la defección de Guadarrama y de Pedro Torres: algunas |
| 387 | 2 | y Martínez del centro y la izquierda | y Martínez del centro y la derecha |
| 388 | 9 | las columnas de cargos | las columnas de carga |
| 388 | 12 | medio cubiertas | medio cubierta |
| 388 | 20 | obligó á salvar cosas | obligó á volver caras |
| 389 | 2 | al flanco derecho | por el flanco derecho |
| 389 | 12 | abriéndose de nuestra línea | abriéndose de nuestra línea |
| 389 | 22 | mandándoles tirotear | mandándolo tirotear |
| 392 | 17 | para desviar la victoria | para conseguir la victoria |
| 394 | 20 | las que quedaron en poder del enemigo | las que no quedaron en poder del enemigo |
| 394 | 99 | el ala derecha | el ala izquierda |
| 395 | 20 | para ver á poco otro | para verme á poco en otro |
| 395 | 19 | de las de Villanueva y con ellas quizá | de las de Villanueva y con ellos quise |
| 399 | 12 | con rigor á los suyos hasta enroquecerse | con vigor á los suyos hasta enroquecerse |
| 399 | 24 | desmantelada | desmantelada |
| 400 | 17 | no encareciéndose los ejemplares | no escaseando los ejemplares |
| 400 | 20 | celoso conservador | celoso observador |
| 400 | 21 | En la Villa de lo | en la Villa de Cos |
| 400 | 26 | dar un amplio | dar mas amplio |
| 401 | 10 | puerto de Tololotlan | puente de Tololotlan |
| 402 | 10 | ya desmoralizados gefes | ya moralizados gefes |
| 407 | 13 | Villa de Tellez | Villa de Valles |
| 408 | 9 | en el margen | en la margen |
| 408 | 13 | rica de vegetales | rica de vegetacion |
| 408 | 27 | nuestros rapidos soldados | nuestros intrépidos soldados |
| 410 | 2 | el espantoso simulacro | el gran aparato |
| 410 | 16 | atacar á Rocha | atraer á Rocha |
| 418 | 18 | dispersando tambien sus carabineros | disparando tambien sus carabinas |
| 421 | 6 | Estamos vendidos | Estamos rendidos |
| 421 | 19 | —Jamás! | —Vamos. |



UABO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

